This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

S42 [illegible] 1.2.2

Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913

PANORAMAS DE LA VIDA

PANORAMAS

DE LA VIDA

POR

JUANA MANUELA GORRITI.

COLECCION DE NOVELAS, FANTASÍAS, LEYENDAS Y DESCRIPCIONES AMERICANAS.

TOMO II

BUENOS AIRES

Imprenta y Librerías de Mayo, Moreno 337 y Potosí 189

1876

HARVARD COLLEGE LIBRARY
10 24 1915
BY TRANSFER
PROFESSOR'S FUND.

UN DRAMA EN 15 MINUTOS

(Á LA SEÑORITA ANA SOLER)

En una tarde apacible de Mayo, mar tranquilo y viento en popa, el velero bergantin «Alcion» dejaba las floridas costas de Corfú, y surcando las encantadas aguas jónicas, dirijia su rumbo á Occidente.

Tripulábanlo doce hombres, al mando del capitan Brunel, antiguo oficial de la marina francesa, enérjico y decidido militar, curtido al sol de los trópicos, retemplado en las tormentas, y largamente fogueado al calor de cien combates en las guerras del imperio.

La catástrofe de Waterloo y la traicion del Bellerofonte, lo arrojaron á tierra, vencido, pero no humillado. Sí: porque no pudiendo soportar la presencia de ejércitos estrangeros en el seno de la Francia, imponiéndola leyes y soberanos, alejóse

S42 [illegible] 1.2

Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913

PANORAMAS DE LA VIDA

A ese nombre formidable aquellos hombres palidecieron. Mas ó menos piratas todos ellos, ninguno sin embargo, conocia sino de nombre al terrible corsario tan temido en las costas de Oriente.

Doblada una rodilla y las frentes inclinadas, llevaron la mano al corazon, en señal de homenaje.

El corsario apagó su linterna, y seguido de sus bandidos, ganó la escalera, llegó al puente, y se dirigió á la cámara donde el capitan, su hija y Renato, sentados á la mesa, comenzaban á gustar una cena compuesta de frutas y deliciosos vinos.

—Padre—dijo Elena, sin poder dominar la estraña inquietud que á pesar suyo invadía su ánimo—¿por que has llenado tu barco de griegos?

—Son buenos marineros, hija mia. El isleño del Archipiélago es fuerte y sufrido en el rudo trabajo del mar. Por lo demas, mia no es la culpa. Demetrio reemplazó uno á uno con ellos á los pobres bretones que me arrebató la peste.

Al nombre de Demetrio, Elena se estremeció, porque creyó ver al través de la escotilla dos ojos de fuego que la contemplaban entre las tinieblas.

De repente, estrechando con temor el brazo al capitan—Padre!—murmuró á su oido—escucha. Se diria que andan sobre el puente.

—Y bien, es el vijia de cuarto que se releva.

Renato, que notó la inquietud de su amada, abrió la puerta, y ántes que ella hnbiera podido detenerlo, se puso en dos saltos sobre el puente.

En ese momento, sonó la detonacion de una arma, escuchóse el rumor de una lucha, y luego el ruido que produce un cuerpo al caer en el agua.

— Renato! — esclamó la jóven, con acento desesperado, abalanzándose á la puerta.

Pero al mismo tiempo cerróla una mano vigorosa y el capitan ébrio de rabia sintió que la echaban barra y cerrojos, dejándolo á él encerrado y en completa inaccion. Miró en torno, como una fiera acorralada, y no encontrando salida, armóse de una pistola, tomó en brazos á su hija que estaba postrada en tierra casi exánime, sentóla en un sitial, se colocó á su lado y esperó.

En el mismo instante el grupo de amotinados rodeó la escotilla.

—Capitan!—gritó una voz—estás en nuestras manos, y nada puede salvarte. El teniente cayó al agua luchando, sabes con quién? con Cerninio de Lesbos, que ya habrá dado buena cuenta de él.— Dáte, pues á razon, entréganos tu hija y el itinerario del «Alcion» toma una lancha y lárgate, que no queremos matarte.

Miéntras el bandido hablaba, el semblante del

capitan se iluminaba gradualmente con los siniestros tintes de un gozo lúgubre.

—Has acabado?—gritó.

—Sí, y esperamos.

—Pues escuchad! Son las nueve ménos diez minutos. Si á las diéz no han bajado por esta escotilla quince fusiles, otros tantos puñales y hachas y treinta pistolas, el « Alcion » con todo lo que lleva consigo habrá saltado, lo ménos media milla sobre el nivel del mar.

Y uniendo á la voz la accion, abrió la trampa que cerraba la santa bárbara, colocada al pié de su cama, cogió un botafuego, encendiólo, tomó en la otra mano su reloj abierto, bajó la primera grada del terrible depósito, y gritó:

—Va uno! . . . .van dos! . . . .van tres! . . .

Estraños murmullos se oyeron en lo alto; deliberaciones desesperadas, gritos de rabia, de temor; imprecaciones, blasfemias!

Y el capitan de pié sobre la santa bárbara, con el botafuego ardiendo en una mano, el reloj en la otra y la frente radiante de una serenidad terrible, gritaba con el acento inexorable del destino.

—Cuatro! . . . . cinco! . . . . seis!

Y la superficie de un gran espejo, colocado en la cámara, permitia á los bandidos, verlo en aquella

actitud; y la temerosa llama de la mecha que descendia cada vez mas bajo la trampa.

—Cuatro! . . . . cinco! . , . . seis!

Al escuchar este guarismo de terrible proximidad, una general dispersion se efectuó en el puente, y luego el piso de la cámara se llenó de armas que caian una á una de lo alto de la escotilla.

El capitan las contó con sublime sangre fria, y gritó cuando hubo pasado por sus manos la última pistola.

—¡Franca la puerta, y la gente en su puesto!—

La puerta se abrió, y Renato pálido y los vestidos descompuestos destilando agua se precipitó en la cámara.

—Elena!—exclamó.

—Héla ahi—Díjole el capitan—.Se ha desmayado. Déjala asi, y á restituir arriba el órden perdido. ¿Qué fué de tí cuando te separaste de nosotros?

—Demetrio me recibió con un balazo; luché con él, dimos ambos en el agua, y mi puñal fué mas afortunado que el suyo. . . . . .

—Dios mio!—exclamó Elena, volviendo en sí de repente—Renato ha muerto? mi padre ejecutó, acaso, su terrible designio?

—Te dormiste, hija mia, al hacernos los honores de la cena: pero nosotros como galantes caballeros,

hemos velado tu sueño, guardándonos de tocar á estos deliciosos manjares.

—¡Es posible!—exclamó la jóven, llevando las manos á su frente—¿Cómo puede uno soñar asi con los vivos colores de la realidad! Oh! yo te he visto, Renato, luchando con un terrible bandido, caer al agua, debatirte y sucumbir bajo sus golpes. A tí, padre mio, de pié ahi, sobre la puerta abierta de la santa bárbara, con una mecha encendida en una mano y el reloj en la otra, contando los minutos que nos separaban de la muerte. Y yo presa de una profunda angustia—¡Virgen santa de la Guarda!—esclamé—consérvame á mi padre y á mi esposo; y si me permites poner el pié en el suelo de esa patria que voy á buscar, mis primeros pasos se dirijirán á tu sagrado templo. Ah! qué ha sido esto? delirio? realidad?

—Una pesadilla, hija mia,—dijola el capitan.—¿Qué hora contaste al comenzar la cena?

—Las diez ménos cuarto, padre.

—Has dormido un cuarto de hora. Son las diez. cenemos . . . . . .

Una mañana esplendente de Junio, tres viajeros desembarcaban de un bergantin de blancas velas en el muelle de Marsella.

Era un anciano de bigotes canos y marcial continente, un apuesto jóven, y una bellísima niña,

que realzaba sus gracias con el pintoresco traje de las hijas de la Grecia.

—Por aquí, teniente. Sigamos esta alameda de acacias que conduce al sagrado monte.

—Dónde me llevas, padre?

—Al santuario de Nuestra Señora de la Guarda. Recuerdas que hicistes un voto.

—Sí, en aquella horrible pesadilla.

—Esa pesadilla, Elena, fué una realidad.

FIN DE UN DRAMA EN 15 MINUTOS

EL POSTRER MANDATO

(Á LA SEÑORITA SARA CARRANZA)

El reinado de los Incas habia pasado para siempre; consumada estaba la traicion que hiciera caer al último de ellos en un infame lazo. Despojado de su poder, arrancado del solio de sus padres, Atahualpa yacía cautivo en las prisiones de su imperial palacio de Cajamarca.

El desventurado monarca, habia visto cada vez estrecharse mas en torno suyo, el radio mezquino de esa sombra de libertad que el vencedor aparentaba dejarle. Del círculo amurallado del alcázar al de los ejercicios gimnásticos, que debia servir de medida al oro de su rescate; de allí á las tinieblas de un calabozo, donde, separado de los suyos, dejáronlo solo, cargadas de cadenas sus augustas manos.

—Mi última hora se acerca—dijo, ese dia á Hernando, aquel generoso hermano de Pizarro, el

sólo amigo que su infortunio hallara en aquel cubil de fieras.

—Nada temas—respondió el noble español—que mientras yo alienta, tu vida es sagrada.

—Magnánimo corazon!—repuso el prisionero:—eres solo entre esos hombres feroces, y tus esfuerzos serán vanos. . . . Han resuelto que yo muera, y moriré.

Háse apoderado de mí, al mirarte hoy, una tristeza de siniestro agüero. . . . . ¿Qué quiere anunciarme? Lo ignoro; pero de cierto algo funesto me predice . . .

Un guerrero que entró en el calabozo interrumpió al Inca.

—Hernando—dijo aquel—el Consejo te encarga la mision de llevar al rey nuestro señor el quinto del botin conquistado, y me envia á tí para prevenirte que el convoy te espera y que debes disponerte á partir.

Hernando volvió hácia el cautivo una dolorosa mirada.

—Lo ves?—dijo este—no me engañaban mis presentimientos: te alejan para darme la muerte.

—No! esclamó el jóven—Aquí y en todas partes yo seré tu guarda. Cerca de tí, mi espada te habria defendido; lejos, reclamaré tus derechos; me arrojaré á los pies de mi rey y demandaré justicia de la dignidad soberana profanada en tu persona.

—Generoso amigo! —replicó el prisionero, sonriendo tristemente—tú no cuentas con que ellos tienen prisa. Cuando hayas llegado cerca de tu dueño. Atahualpa dormirá ya con sus padres en el seno del gran Pachacámac. Además ¿qué es, pues, este simulacro de vida que me queda? Hánme quitado el trono, la libertad, la familia, la luz. . . . . Despues de esto, morir es un bien; y los que me aman, lejos de lamentar mi suerte, deben regocijarse conmigo por que se aproxima el fin de mis desventuras. Pero antes de alejarte, concédeme una gracia.

—Habla! ¿qué puedo hacer por tí?

—Tu conoces á Yupanqui, aquel hijo de un cacique inmolado por mi hermano, que yo adopté y que estaba á mi lado cuando cai prisionero?

—Quién? aquel heróico adolescente que en ese dia de iniquidad se arrojó delante de tí, recibiendo en su pecho los cacrílegos golpes que te asestaban?

El prisionero levantó los ojos al cielo, y una lágrima surcó su pálida mejilla.

—El tambien, como mis mas fieles súbditos, habrá perecido?

—Nó—repuso Hernando—Cayó acribillado de heridas, y fué hecho prisionero; pero su juventud interesó á mi hermano, que le dió la libertad, despues de haber cuidado de su vida.

A estas palabras el semblante del Inca se iluminó, y un rayo de gozo brilló en sus ojos.

—Y bien!—esclamó dirijiendo á Hernando una suplicante mirada—deseo antes de morir, ver á este hijo de adopcion; estrecharlo en mis brazos, y enviar con él á mis súbditos, que son tambien hijos mios, mi postrera voluntad, mis últimos adioses!

—Ah!—dijo Hernando con acento de despecho, si yo partiera con mi hermano el poder como parto los peligros, ni una gota de sangre se habria vertido entre los tuyos y los mios; y tú sentáraste en tu trono todavía; y peruanos y españoles serian una sola nacion, una sola familia. Mi hermano es bueno y generoso; mas tiene cerca de sí malos consejeros, que han subordinado á los temores de la religion las decisiones de su política. . . . . .

Pero al menos, seráme dado cumplir tu anhelo: el jóven Yupanqui tendrá libre acceso, hasta tí, para recibir tus órdenes y darte cuenta de su ejecucion.

Al arrogarme este acto de autoridad en obsequio tuyo, seguro estoy de que, en mi ausencia, mi hermano lo ratificará.

—Noble guerrero—esclamó el Inca, tendiendo á Hernando los brazos encadenados—que tu Dios y el mio derramen sobre tí la mas amorosa de sus miradas! que la patria donde tornas te guarde un tesoro de amor y felicidad. . . Y ahora. . . . aléjate,

que el ánimo comienza á faltarme, y no quiero que otros ojos que los tuyos miren mi debilidad.

Hernando se apartó del Inca, profundamente conmovido. Por mas que procuraba rechazarlo, un lúgubre presentimiento invadia su alma.

Poco despues el calabozo se abrió, dando paso á un jóven de arrogante presencia, de negros y profundos ojos, que fué á caer á los pies del cautivo, y besó con doloroso fervor las cadenas que aprisionaban sus manos.

—Hijo mio—díjole el Inca atrayéndolo á sus brazos—el tiempo huye, y la hora avanza. No te entregues á vanos lamentos, cierra el labio, esfuerza el corazon y escúchame.

El jóven ahogó un jemido, pasó la mano por su frente y levantando la cabeza, mostró al Inca su bello semblante, triste, pero sereno.

—Héme aquí, padre mio—le dijo—pronto á ejecutar aquello que te plazca mandarme.

—Escucha—prosiguió el prisionero—Tú sabes que estos hombres cruentos están devorados por una sed inextinguible de oro, que no se sacia con los inmensos tesoros que, de ese funesto metal, los mios han amontonado á sus piés. Iniciados por algunos traidores en el secreto de la ciudad subterránea, búscanla con feroz codicia. Los caciques que conocen su entrada están en poder suyo; y para

vencer su constancia, sujétanlos diariamente á los mas atroces tormentos. Hasta hoy han sido fuertes; pero su valor puede sucumbir. Y entónces aquel emporio maravilloso de riquezas acumulado por mis mayores; sus sagrados restos, desde el hijo del Sol hasta mi heróico padre, sacrílegamente profanados, serian el pasto de su inmunda codicia. Oh! Gran Pachacámac! por tu divina luz eso no será! En verdad, yo estoy aprisionado, próximo á morir; pero hé aquí, cerca de mí un hombre libre y fuerte. . . . . .

—Habla! padre,—interrumpió el jóven—¿qué debo hacer!

—Huye! Para mayor presteza y seguridad, toma nuestra vertiginosa via de las alturas; corre noche y dia, sin detenerte ni aun para mojar tu sediento labio al paso de los torrentes, y llega á la Ciudad Santa ántes que la flor de *ariruma* cojida al atravesar los jardines de este palacio, haya perdido su frescura. Muy niño eras todavia cuando yo te hice ver la metrópoli de los tesoros. Has olvidado su entrada?

—No. Tras el lado occidental del Saxsa-huaman, entre un grupo de cerros peñascosos, en el fondo de una cañada sombreada de *molles*, álzase aislada una roca negra, que los viejos dicen es un destello de la luna. Su mole oculta la sagrada puerta.

—Haz, en el curso de una noche, levantar sobre

ella una montaña, cuya cima alumbrará el primer rayo del sol.

El Inca sacó de su seno una trompa de oro, y entregándola al jóven:

—Hé aquí la *pucuna* imperial. Su voz tiene el poder de realizar lo imposible. Y ahora, hijo mio, que el Grande Espíritu te ilumine y guie tus pasos. . . . . .

El Inca tendió la mano al jóven, y velóse el rostro con su manto.

Poco despues, el hijo adoptivo de Atahualpa corria con pié lijero al través de los aéreos senderos suspendidos sobre dos abismos, que serpentean en las cimas de los Andes. Desde aquel sublime observatorio sus miradas se estendian sobre el encantador panorama de esas montañas; esos valles, esas selvas, esos rios, esos lagos que se ostentaban rientes á la luz del sol, mientras su dueño yacia en el fondo de un calabozo, cautivo, encadenado. Y lágrimas de dolor y de rabia surcaban las mejillas del jóven y regaban su camino. . . . . .

Un dia, á la hora del crepúsculo, cuando el sol desaparecia de la quebrada, dorando solo las cúpulas de la ciudad y la elevada planicie del Rodadero, un viajero, terciado el morral, usado el coturno y el semblante fatigado por un largo viaje, llamó á la puerta de una cabaña. Abrióla una

hermosa jóven que al verlo exhaló un grito de gozo y se arrojó en sus brazos.

—Yupanqui!

—Suma!

—Ah! es un sueño? Nó! Estoy despierta y te estrecho en mis brazos! Mírame vestida de luto; creíate muerto! . . . . . .

—Muerto estoy, amada mia—respondió el jóven con triste acento, y vengo á decirte que desatados estan ya los lazos de amor que nos unen.

Suma dió un grito de terror y cayó sin sentido á los piés de Yupanqui.

El jóven fijó en el rostro de su amada una mirada de dolor; besó su pálida frente, colocó entre sus negros cabellos la flor de *ariruma*, fresca aun, y se alejó.

Al cerrar de aquella noche, oyóse en las alturas de Saxsa-huaman el sonido de una pucuna que tocaba un aire guerrero. A su voz, los habitantes de las quebradas y los moradores de las alturas, prosternáronse con la frente en el suelo: habian reconocido la llamada del Inca.

En seguida, todos aquellos que podian voltear una onda ó blandir un chuzo alzáronse con presteza, armáronse y siguieron la voz del instrumento, que recorria el valle, traspasó las alturas y se detuvo, al fin, en la cañada sombreada de molles sobre la roca

negra que los viejos decian ser un destello de la luna.

La multitud se apiñó ansiosa en torno de la roca sobre cuya cima se hallaba un hombre de pié é inmóvil como un fantasma.

—Sabeis quién soy yo?—dijo con voz breve.

—Un enviado del Inca!—respondió la muchedumbre—El hijo del Sol habla por tu boca. ¿Qué nos ordenas?

—Veis estas cuatro montañas que nos cercan? Sobre esta roca donde siento mis pies, el primer rayo del sol de la mañana alumbrará la cima de la quinta, tan semejante á las otras, que el ojo mas penetrante no pueda distinguirla.

A estas palabras la multitud desapareció silenciosa, y la cañada quedó solitaria; y luego, en el mismo silencio volvió á invadirla, no una sino muchas veces, ejecutando, en el curso de la noche, una obra maravillosa.

Al siguiente dia, el primer rayo del sol alumbró la cima de la quinta montaña, tan agreste como las otras y, como ellas, cubierta de cactús y musgos seculares.

Al mediar de la venidera noche oyóse todavia la pucuna imperial. Los pueblos, despues de haber adorado postrados su sacra voz, siguiéronle por las estrechas gargantas de una montaña sombría, en cuya cumbre la trompeta se detuvo al borde de un

abismo que los habitantes del valle denominaban con terror—*Supai-simi.* [1]

La noche era sombría, y negras nubes cubrian el cielo. En el lejano horizonte alzábase una tempestad cuyos relámpagos alumbraban el inmenso hacinamiento de hombres reunidos en torno del abismo.

La trompa calló, y la voz del enviado del Inca se alzó entre el silencio de la noche.

—Anoche el Inca os ordenó levantar una montaña. Hoy os ordena morir!

El mensajero calló, y la multitud prosternándose, entonó á media voz un himno de muerte.

Y el inmenso grupo comenzó á estrecharse en torno de la profunda sima . . . . . .

Y, en fin, un relámpago alumbró la cumbre de la montaña desierta y al enviado del Inca, solo, inclinado sobre el negro cráter de Supai-simi.

Como Hernando lo habia presentido, como el Inca lo habia predicho, la muerte del cautivo estaba decidida; y solo aguardaban, para ejecutarla, que el generoso hermano de Pizarro se hubiese alejado.

Un dia, con una mano arrojaron sobre él, el agua sagrada del bautismo, y con la otra presentáronle la sentencia.

1. Boca del Diablo.

Aquella noche, la última que debia pasar entre los vivientes, el desventurado monarca pidió que lo dejaran solo para recojer su espíritu. ¡Vana esperanza! El infame Valverde le impuso su odiosa presencia, importunándolo con las impías amenazas de una condenacion eterna.

El prisionero apartaba los ojos del cínico semblante del fraile, para volverlos al rostro divino del Crucificado; y se preguntaba cómo un Dios de amor podia ordenar tanta iniquidad.

De repente, la puerta del calabozo se abrió y el Inca vió aparecer á Yupanqui.

El jóven palideció. Habia comprendido con una mirada la situacion; y adelantándose, grave y triste, fué á prosternarse á los pies del cautivo.

—Tu voluntad está cumplida:—le dijo en el sagrado dialecto de la imperial familia.—La mole de una montaña reposa sobre la entrada de la ciudad subterranea, y muertos está los que piedra á piedra la elevaron.

—Que el gran Pachacámac te bendiga, hijo mio, como te bendice tu padre—esclamó el Inca, posando sus manos sobre la cabeza del jóven—Vete en paz: vuelve á nuestros deliciosos valles, y sé feliz con Suma.

—No, padre,—respondió Yupanqui;—la mision que me diste no está cumplida aún.

—Qué dices!

—Los caciques han perecido en los tormentos; y los artífices de la montaña en la profunda sima de Supai-simi; pero tu mensagero vive todavia. Su alma es fuerte; mas el rigor de los suplicios puede vencerla. Quitemos, pues, á nuestros verdugos ese placer.

Y sacando de su seno una flecha envenenada, se atravesó el corazon, y espiró sonriendo al prisionero con amor.

El Inca se inclinó sobre el cadáver de su hijo adoptivo, y besó su frente llorando.

—Que arrojen al campo á ese infiel—exclamó Valverde;—y que las aves de rapiña devoren su cuerpo.

Pero una mano misteriosa robó con el cadáver del Inca el de su hijo de adopcion.

FIN DEL POSTRER MANDATO

UN VIAJE ACIAGO

Siempre he creido que la fatalidad es el guia de mis pasos: los sucesos de mi vida me lo han probado, al menos, de una manera cierta. Todo lo que toco queda marcado de un sello estraño; sin conciencia de ello, mi labio vierte palabras proféticas; y los séres que á mí se acercan son arrebatados por un espíritu misterioso que los eleva á las nubes, ó los hunde en los abismos: jamás los deja en las condiciones normales de la existencia. ¿Debo aplaudir ó deplorar esta facultad sobrenatural unida á mi destino?

Así hablaba yo un dia á la bella C., mientras, sentada á su lado en un divan, tejía para ella una corona de rosas.

—La lucha es la vida, respondió la graciosa chica, sacudiendo con donaire su rizada cabellera; la lucha es la vida; y yo espero con ánsia esa mística

influencia que venga á desterrar la monotonía insoportable de la mia. Agitarse, ya sea en la dicha ó en el dolor: dudar, temer, desear: eso es vivir!

Querida niña! ¡Plegue á Dios derramar siempre sobre tus bellas horas esa dichosa monotonía; y aleje de tí, en su misericordia, las tempestades que invocas!

DE ARICA Á LA PAZ

Nada tan riente, en apariencia, como la perspectiva de esta incursion al través de los nevados picos, para el viajero que, recostado en los mullidos cojines de un wagon, cruza en alas del vapor la larga etapa que separa Arica de Tacna. Míralas elevarse en esplendentes grupos sobre un cielo de azul purísimo, dibujando en sus profundas hondonadas, verdes mirages que seducen los ojos y atraen el alma con la sed engañosa de lo desconocido.

—Un caballo! ¡Un caballo! exclama, como Ricardo, al apearse bajo los floridos granados de la estacion. Pero, si el gran paladin sabia á qué atenerse al ofrecer su reino por un corcel, yo ignoraba del todo los percances que sobre el lomo de ese noble animal, esperan al peregrino en aquellas magníficas alturas.

Apenas si el fraternal hogar de Modesto y las caricias de su preciosa compañera, pudieron detenerme en ese nido de flores que se asienta entre las arenas

del mar y las rocas del Tacora. En la tarde del tercero, abrigada la cabeza con un castor plomizo, embozada en mi albornoz, y estrechando en mis manos las de Modesto y Merced, esperaba yo impaciente el momento de partir, que retardaba cuanto podia la insoportable calma del arriero.

Modesto, que era profesor en un colegio, se desesperaba de no poder acompañarme, como el uso lo exigia, al salir de la ciudad, á causa de las clases que lo reclamaban á esa hora.

Yo reia de su angustia y del ceremonioso cortejo cuya falta lamentaba; y el arriero seguia en sus aprestos con la misma cachaza. Y yo le mostraba el sol próximo al horizonte y él lo miraba como quien mira llover.

—Modesto! Modesto! gritó de repente una voz que venia de afuera; y fuertes aldabazos resonaron en la puerta falsa, que se abría sobre la Alameda.

—Es el loquísimo Cárlos, dijo Merced. Muchacho, corre á abrirle, que vá á romper el postigo.

La puerta se abrió y dió paso á un jóven de estatura mediana y simpática fisonomía, bajo cuya serenidad retozaba á grandes brincos una marcada travesura. Nada, sin embargo, habia de notable en sus facciones, sino es dos ojos negros, atrevidos hasta la impertinencia; pero que atraian, no obstante, con su mirada franca y benévola.

Saludó con gentil desembarazo, y oi que decia á Modesto en voz baja:

—Chico! un tallo de pensamientos á la aguada, sobre este soneto que desde Lima me pide R. B.

Y dió á Modesto un album de laca adornado con arabescos de oro.

—Caballero, ¿me dará usted permiso para leer ese soneto? dije yo apoderándome del album sin esperar el permiso.

—¡Ay, señora! despues de Echeverria nadie deberia decir galanterías á esa bella florecita. . . . . Pero *ella* lo ha querido. . . . ¡ay!

—¡Cuidado! señor mio, repliqué yo riendo, que soy amiga de B. . . y si se me antoja hacerle saber como en estas latitudes existe un mortal que suspira par su mujer y se atreve á hacerle versos, lo veria usted llegar en tres saltos y . . . .desafío, y muerte al canto!

—*Helay niña*, ya estamos listos, dijo el arriero presentándome ensillado un caballejo negro, de revuelto y erizado pelaje.

Estreché en un solo abrazo á Modesto y Merced, saludé á su amigo, puse el pié en la mano del arriero, monté y partí.

Habia ya atravesado en toda su longitud la romántica alameda que divide la ciudad, y llegaba delante de la quinta de Hangas, cuando un ginete,

corriendo en mi alcance á carrera tendida, vino á ponerse á mi lado.

Era el bardo del soneto, enviado por Modesto para hacerme compañía. Montaba un potro tordo, que llamó mi atencion por su extremada belleza, y lo manejaba con garbo sin igual.

En la necesidad de aceptar la compañía de un desconocido, con quien nada podia hablar que me fuese personal, propúseme estudiar á este muchacho cuyas miradas triscaban á vueltas de una helada gravedad.

No necesité emplear astucia alguna para descubrir en él un fanfarron de escepticismo que, bajo la apariencia de un libertino, encerraba una alma tierna, candorosa y buena.

Notando que se volvia con frecuencia para mirar hácia atrás, adiviné el deseo de ver llegar al arriero, para entregarle mi custodia y regresar á Tacna. En consecuencia, finjí la resolucion de pasar la noche en el caserío pintoresco de Calana; y para mejor persuadírselo, eché pié á tierra en la primera puerta, díle las gracias y lo despedí. Mas, apenas el primer recodo del camino hubo ocultado á mi gracioso acompañante, subí sobre una piedra, recobré el estribo y me puse en marcha de nuevo.

Era una hermosa tarde de primavera, serena y tibia. El sol iba á ponerse, y yo corria á todo el

galope de mi cabalgadura bajo las verdes arboledas que sombrean el camino de Pachia, pintoresca etapa donde terminala llanura.

Entregada al pensamiento del viaje que emprendia, de sus variados incidentes y su anhelado término; olvidada de que transitaba por senderos que me eran desconocidos, caminaba, engolfándome con delicia en las olas de sombra que invadian el valle.

El último fulgor del dia coloreaba con un dorado rojizo las nubes amontonadas sobre las sombras del Tacora. Un rumor lejano de cantos, mugidos y gorgeos, se mezclaba á la calma solemne que reinaba en torno. Las hojas de los sauces rozaban al paso mis mejillas como la caricia de una mano amiga: el suave perfume de las retamas embalsamaba el aire, despertando en mi alma dulces y dolorosos recuerdos. Yo lo aspiraba con amor, suspirando—Lima! Y la mágica ciudad se alzaba en mi mente con su cabellera de gas y su diadema de palacios; y el silencio se poblaba de armonías; y la prestigiosa luz de la luna aumentaba la ilusion febril del pensamiento.

Un asperge de gotas frias salpicó de repente mi rostro. Entregado á si propio, mi caballo atravesaba un rio con el mismo desparpajo que si desensillado y sin ginete paciera en un gramadal.

Miré en torno mio y me encontré sola en el ancho

camino que sube de Pachia á las alturas de Palca. Habia corrido, olvidando á mi arriero que se quedó rezagado en las chicherías del *Alto de Lima.*

Detúveme á esperarlo; pero, por mas que me volvia y aguzaba el oido, nada ví, ni percibí ruido alguno en toda la vasta extension del camino que de allí se descubría: nada, sino el solemne silencio del desierto. Sin embargo, ningun rezelo vino á inquietarme. Estaba la noche tan luminosa, el aire tan suave, y la naturaleza abandonada á tan dulce reposo, que todo linaje de temor habria sido ridículo.

Seguí, pues, mi marcha, sola en la tierra, pero acompañada de una hermosa luna y de millares de estrellas, que parecian escoltarme y correr conmigo.

Bien pronto dejé atrás la polvorosa llanura de Pachia con sus verdes oasis y azules lontananzas.

Las imponentes moles del Tacora se alzaban ante mí; y el pobre caballito negro, á pesar suyo, y dando lastimeros relinchos, tuvo que internarse conmigo en los tortuosos rodeos del aéreo camino trazado por las herraduras de las arrias en la rápida vertiente de las montañas.

A mispies se abria como un abismo la profunda quebrada de Palca, valle salvaje y pintoresco, surcado de torrentes, donde crecen el *molle* y la salvia, cuyo acre perfume subia hasta mí en los vapores de la noche.

De vez en cuando, el chillido de una ave nocturna, volando sobre mi cabeza, me arrancaba al mundo de pensamientos que poblaban mi mente, y volvia á encontrarme sola en medio de la noche, suspendida entre el cielo y la tierra, en aquellos senderos abiertos sobre el nido de las águilas, al borde de los precipicios.

Así acabó la noche. Habíala pasado escalando los flancos de las montañas, y al amanecer me encontraba á una altura donde reinaba un frio penetrante, y la nieve cubria de blancos festones la copa de los *tolares*.

Mi caballo, cayendo de cansancio, despeado y jadeante, se detenia á cada instante dando fuertes resoplidos. Yo conocia ese síntoma precursor del terrible *soroche*. Desmonté inmediatamente, y tomando el frasco de álcali que traia para preservarme yo misma de aquel horrible accidente, lo hice aspirar á la pobre bestia, que pareció aliviarse.

Entre tanto, el dia adelantaba, y el sol de la cordillera desplomaba sus rayos de fuego sobre la blanca nieve que tapizaba el suelo.

En la esperanza de ver llegar el arriero, sentéme á la sombra de un peñasco en el declive de una hondonada profunda, en cuyo fondo blanqueaba la espuma de un torrente.

Pocos sitios he visto como aquel, tan agrestes y de

tan sombría magnificencia. Sobre mi cabeza se aglomeraban en gigantescos grupos las masas de los Andes; y al frente, estendidos en vertiginoso descenso, el valle de Tacna y el doble azul del cielo y del Océano. Bandadas de cóndores completaban el paisaje, cerniéndose en el espacio en círculos de mal agüero para la salud de mi pobre caballejo, que á pesar de su cansancio, se encabritaba espantado por la sombra formidable de sus alas.

Habian pasado algunas horas; pero, aun cuando de allí se descubria el camino en una extension de mas de dos leguas, nada divisé, nada veia sino era torbellinos de polvo arremolinados por el viento, y que, desviándose, iban á hundirse en los precipicios.

Era medio dia; y yo con mi caballo, que nos habiamos desayunado con un trozo de pan, teniamos una sed que se aumentaba con la vista lejana del agua que bullia entre las rocas, allá en el fondo de la hondonada.

Compadecida del pobre animal, busqué un parage para bajar al torrente, y lo encontré, aunque en extremo fangoso. Eché adelante el caballo, que se extremecía, asustado de aquel peligroso descenso; pero atraido por las emanaciones del agua, bajaba describiendo zedas en las paredes del despeñadero, y al fin, rodeando, y muchas veces rodando, llegó conmigo al fondo del barranco.

Allí, una escena inesperada cautivó mi atencion y me hizo olvidar la sed que me aquejaba.

Cuatro hombres armados de lampas y barretas se ocupaban en cavar una *chulpa* (la huaca del Sud). Aquel monumento de forma piramiral se alzaba al abrigo de tres peñascos, enteramente oculto por el lodo del camino; y fué quizá su misteriosa posicion lo que despertó la codicia de esos hombres, que se sorprendieron desagradablemente á mi repentina aparicion, y me miraron de reojo. Pero yo les mostré una curiosidad tan franca, desinteresada, y por decirlo así científica, que sus recelos se desvanecieron y me dieron permiso para quedarme á ver el éxito de aquella escavacion.

Desbaratadas las paredes de la *chulpa*, los trabajadores se dieron á cavar el suelo en torno.

Al levantar la primera capa de tierra, la lampa tropezó contra un cuerpo duro. Era una laja colocada en el centro. Quitada esta, quedó visible la entrada de un subterráneo, y una escalera de piedras toscas que se hundia en las tinieblas.

Los buscadores de riquezas no habian previsto aquel caso y carecian de luz. Felizmente yo tenia un cerillo en el saquito que llevaba terciado en bandolera. Partímoslo, y encendidas aquellas antorchas improvisadas, descendimos al subterráneo. Allí nos esperaba un extraño espectáculo.

En una especie de rotonda abovedada en forma de horno, hallábanse acomodadas cinco momias; cuatro en grupo, la quinta aislada.

El grupo representaba un hombre, una mujer y dos niños. Cada uno de los adultos tenia sobre sus rodillas un niño, y aquellos cuatro rostros desecados por los siglos estaban vueltos hácia la figura solitaria; y sus apagados ojos fijos en ella con una avidez que habia sobrevivido á la muerte y al tiempo.

En esta momia se descubrian particularidades notables. Su piel blanca, y su barba y cabellos rubios acusaban la raza europea; y entre los restos pulverizados del vestido que le cubria, se veia, cruzado sobre su pecho, un tahalí de soldado.

Mientras los trabajadores, ébrios de codicia, proseguian sus investigaciones, yo, ayudada de la débil luz del cerillo, examinaba las facciones, y sobre todo, la extraña actitud de esta momia. Sentada sobre los talones, y no en cuclillas como todas las momias peruanas, estaba sujeta á un trozo de roca por una faja que, en estrecho lazo, le rodeaba el cuello en mil vueltas; y sus manos, ahuecadas y juntas, ligadas tambien por un cabo de la misma faja.

Indudablemente, aquel resto humano, fué un soldado español inmolado en holocausto á la venganza de los indios.

De repente noté con asombro que aquellas pupilas terrosas brillaban con una luz amarillenta. Acerqué mas la llama del cerillo, y ví multiplicarse el mismo resplandor en la boca, las manos y los oidos de la momia.

Todo lo comprendí entonces. Una escena lúgubre se desarrolló en mi mente, y vi animarse el siniestro grupo, y sus miradas estintas, y la secular sonrisa impresa en sus lábios secos, estaban diciendo todavía: ¿Quereis oro? ¡Toma oro! Y el hombre de sangre fué relleno del funesto metal que vino á conquistar á precio de tantos crímenes.

Mis compañeros, chasqueados en sus investigaciones bajo el pavimento del subterráneo, recibieron un gran alegron cuando les mostré el oro que encerraba la momia blanca. Pero en vano procuré hacerles comprender su valor científico: rieron de mí, y seducidos por unos cuantos puñados de oro, destruyeron esa interesante página de la historia.

A mi me permitieron llevar un idolito preciosamente trabajado en arcilla negra, y en el que yo reconocí uno de esos oráculos que los indios consultaban en sus templos.

Encantada con esta adquisicion, recogí mi caballo y seguí á aquellos hombres que, agradecidos á mi hallazgo, me volvieron al camino por una senda menos áspera que la que traje para bajar al agua;

partieron conmigo un lunch compuesto de papas, ají molido, queso y aguardiente, y se alejaron muy contentos, cantando en coro un yaraví.

Sin embargo, quien mas habia ganado en los tesoros contenidos en la *chulpa* era yo, sin duda. ¿No poseia aquel lindo idolito que podia revelarme el porvenir? el porvenir, que nos obstinamos siempre en revestir con los rosados colores de la dicha? Los indios *Urus*, que habitan los totorales flotantes del Titicaca, me habian enseñado la manera de consultar esos oráculos, que ellos guardan escondidos con grande veneracion; pero me faltaba el agua, requisito necesario para oir su voz. Guardélo, á mi vez, cuidadosamente en mi seno, y seguí mi marcha, muy inquieta ya por la tardanza del arriero.

El dia declinaba, arreciaba el frio, y las cañadas comenzaban á llenarse de sombra.

De pronto una ráfaga de viento se llevó mi sombrero, que ví revolotear en el aire sin poder recobrarlo. Pero en el momento que desaparecía, una mano lo arrebató al abismo.

El ruido que mi caballo hacía en el piso rocalloso del camino me habia impedido sentir los pasos de otro que marchaba detrás. Montábalo un jóven bello y apuesto, que al darme el sombrero me saludó con amable cortesanía, y se informó del motivo de mi soledad en aquellos desiertos parajes. Cuando lo

hubo sabido, se indignó contra el arriero, y me aseguró que no se apartaría de mí hasta que éste llegase. En vano le supliqué no me afligiera retardando por causa mia la rapidez de su viaje: nada quiso oir, y fuerza me fué aceptar á pesar mio.

Sujetó el brioso andar de su caballo al paso tardo del mio, cansado y flaco, y se abandonó á un millar de preguntas, que habrian sido indiscretas, si no fueran todas en mi propio interés. Todo lo indagó, menos mi nombre: circunstancia que aumentó mi estimacion por aquel protector desconocido.

Cuando se hubo informado de cuanto me concernia, entró espontaneamente en la relacion de lo que le era personal. Me habló de Valparaiso, su residencia; de las gentes de Lima que allí habia conocido, y finalmente de su viaje á Cochabamba, donde lo llevaba un objeto de *supremo interés para él.*

Subrayo estas palabras para espresar de algun modo el sentimiento íntimo, religioso con que fueron pronunciadas, y que me hicieron adivinar un amor profundo en aquel noble y hermoso corazon.

Bajamos á un parage donde el camino cortaba el cauce de un manantial de límpida corriente. Mi compañero adivinando mi sed, desmontó para ofrecerme un vaso de agua.

Recordé entónces el oráculo de la *chulpa*; y como ya habia hablado de ello al jóven, al darle las gracias,

le pregunté, riendo, si queria preguntarle algo sobre Cochabamba.

Imposible me seria pintar la expresion de gozo con que ocojió mi oferta. Acercóse á mí y esperó con mudo recogimiento á que yo llenara las formalidades del rito.

Era el idolito una vasija pequeña que representaba un guerrero indio con el carcaj á la espalda y apoyado en su arco. Los bordes del receptáculo estaban ocultos entre la toca de plumas que cubrían su cabeza, y el pedestal encerraba una especie de tambor donde sonaba la voz desde que la vasija se llenaba de agua.

Vertí, pues, el resto de mi vaso dentro del idolito, y lo puse en las manos del jóven, que lo aplicó al oido y cerró los ojos.

A poco lo ví palidecer.

Preguntéle que habia oido.

—Un llanto mezclado de ayes profundos—me respondió, y me devolvió el idolo. Yo lo apliqué al oido á mi vez; y escuché distintamente, pronunciada y repetida con un acento semejante al latido de un péndulo, esta palabra siniestra:

—¡Tiembla!

Mi compañero se repuso luego, y rió de su emocion. Era jóven, y el sol de su dicha alumbraba su alma; pero yo, que habia vivido y sufrido mucho, era ya supersticiosa, y volví los ojos hácia atrás con

inquietud, como el ave que siente zumbar la tempestad donde dejara su nido.

Habia cerrado la noche y la nieve caia á copos cuando llegamos al *tambo* de Tacora.

El primer objeto que se nos presentó al entrar en el patio fué un cadáver tendido en tierra entre cuatro cirios. Era el del administrador del establecimiento, muerto pocas horas antes del *tifus*, horrible fiebre que estaba diezmando las poblaciones. Su pobre viuda, sentada á la cabecera del difunto, lloraba la doble pérdida de su marido y del bienestar de sus hijos, que, sin asilo ni sustento, iban á ser arrojados can ella de aquella casa donde habian vivido felices. Dios no lo permitió. Apénas mi jóven protector hubo sabido qué desgracia amenazaba aquella pobre madre, corrió á ella, y apartándola de ese lúgubre sitio, le dió, con una suma de dinero para el entierro, una carta dirigida al propietario del tambo, amigo suyo, garantizándole en la direccion del establecimiento.

Sin embargo, no obstante aquella hermosa accion, que debió derramar la alegria en su alma, el bello jóven estuvo triste y sombrío aquella noche. Ah! como dice el vulgo—ningun corazon engaña á su dueño!. . . . .

Por fin, á las doce del siguiente dia, cuando casi de rodillas suplicaba á mi compañero que prosiguiera

su viaje, el bueno del arriero se me apareció con sus bestias y él mismo, *asorochados*, maltrechos y en la mas triste figura.

Sin embargo; yo ví el cielo abierto con su presencia, pues me consumía de afliccion el perjuicio que estaba ocasionando á aquel excelente jóven, de cuya impaciencia por partir pude juzgar muy luego; pues apenas me hubo recomendado al arriero, y cambiado conmigo su tarjeta, saltó sobre el caballo, y partió como una exhalacion.

Supe entonces el nombre de aquel sujeto generoso; y mi lábio lo envió á Dios en una ferviente plegaria, ¡Porqué no lo escuchaste, Señor!

Pocos momentos despues yo tambien continuaba mi marcha, seguida del arriero, que atacado del soroche habia caido en un estraño amilanamiento, y lloraba como un niño. Sin embargo, como era necesario arrancarlo al sueño, mortal para los que padecen aquel accidente, híceme sorda á su llanto y le anuncié la resolucion de trasnochar, á fin de ganar el tiempo perdido. Casi se muere al escucharla pero como la conciencia le decia que la culpa era suya, forzoso le fué obedecer.

A las nueve de la noche bajamos á la cuenca profunda del Mauri, rio caudaloso encerrado entre los flancos de dos montañas, cuyas aguas, congeladas hasta la mitad de su corriente, se rompian rujiendo

bajo los piés de nuestros caballos, con grande espanto del arriero, que en el curso de su rudo oficio, jamás habia hecho, decia él, un viaje tan *estrafalario*.

El cauce del Mauri es la línea divisoria entre el Perú y Bolivia.

En la playa opuesta, encontramos tendidos los cadáveres de tres indios pertenecientes á una hacienda de las cercanías, que atacados del tifus y en el delirio de aquella horrible fiebre, se habian arrojado al agua, de donde salieron moribundos á espirar en la arena.

No de allí á mucho comenzamos á encontrar largas hileras de hombres marchando silenciosos en direccion á los vecinos pueblos. Eran indios de las *punas* que llevaban sus muertos al cementerio. Por todas partes, á mi paso, hallábamos los caseríos desiertos, los campos yermos, las sementeras abandonadas. La muerte se cernía sobre aquellas alturas derramando en torno el esterminio.

Como para indemnizar mis ojos de tan lúgubres cuadros, la aurora me guardaba un esplente espetáculo.

El dia comenzaba á teñir de rosa las últimas cimas de Tacora, que hacia tiempo habia dejado atrás; las estrellas habian dasaparecido, y la luna palidecía recostada como una viajera cansada en las profundidades del espacio. Los cerros, que desde

el Mauri comenzaban á alejarse, apartándose bruscamente en la abra de Santiago, dejaron descubiertas la *pampa* de ese nombre, y la magestuosa cordillera de oriente, con sus tres magníficos nevados. —*Illimani*, *Illampu* y Sorata, altares sublimes del Dios Vivo, á cuya vista el alma se recoje y ora.

Mi primera impresion se tradujo en llanto: llanto al que, por una estraña intuicion, se mezclaron los nombres de mis hijas:

—Mercedes!—Edelmira!—Clorinda!—exclamé, ante esas tres maravillas de la creacion.

En ese momento, una niebla sombría, surcada de relámpagos, se abatió de repente como una larga faja sobre el Illampu y el Illimani; al mismo tiempo que de un cúmulo de nubes amontonadas sobre la cumbre del Sorata, se desprendía un vaporoso fragmento que tomó luego, en contornos vagos, la forma de un ángel; y elevándose lentamente, se desvaneció en el azul profundo del cielo.

A esa vista mi corazon se estremeció, y la terrible amenaza del misterioso penate de la *chulpa* resonó en mi alma.

Mientras yo caminaba absorta en mis pensamientos, el arriero, en la esperanza de matar el *soroche*, se habia bebido toda la porcion de espíritu de vino que llevábamos; y de bruces sobre el cuello de la mula, se dejaba llevar, en una completa embriaguez. En

vano lo llamé por su nombre y aun por otros á que su estado lo hacia acreedor: aquella alma vagaba en los espacios del infinito.

¿Qué hacer? Fuerza me fué arrear á ese hombre con sus bestias, y sujetar mi impaciencia al grado de su cansancio.

Habia anochecido y nevaba, cuando llegué al pueblo triste y ruinoso de M. No habia allí *tambo*, ni especie alguna de posada; y á pesar mio tuve que pedir hospitalidad en la casa parroquial. El cura me recibió con benévolo apresuramiento, y puso á mi disposicion los pocos recursos con que podia contar en aquel miserable lugar.

Era un clérigo jóven, profundamente instruido, animoso y de buena voluntad, que soportaba con plácida resignacion los rudos trabajos de su cargo, mucho mas penosos en aquella época, en que la epidemia asolaba su curato; cuando era necesario recorrer largas distancias al través de las heladas punas, desafiando la nieve y los vendavales para llevar á los moribundos los socorros del médico y del sacerdote.

En el momento que yo llegué á su casa, regresaba él mismo de una choza aislada en los lejanos campos donde habia ido á auxiliar á una familia atacada del tifus, que pereció toda á sus ojos, salvándose únicamente un niño de tres años.

El cura lo recogió; trájolo piadosamente en sus brazos, y lo acostó en su propia cama, con la solicitud de una madre.

Cuando el niño se hubo dormido, el cura me pidió permiso para dejarme, pues la campana le llamaba al *rosario*.

Seguílo á la iglesia donde las gentes del pueblo estaban ya reunidas.

Notábase en la nave numerosos espacios vacíos. Eran los que dejaran los infelices barridos por la peste.

El cura, en vez de subir al púlpito, se postró humildemente al pié del altar, mezclado con sus feligreses, y recitó con voz grave pero llena de uncion ese conjunto de tiernas plegarias que constituye el *rosario* de Maria.

Despues del rosario les dirigió una corta plática. Reprochóles las rencillas, las enemistades, los odios entre criaturas de un dia, á los ojos de Dios, y en presencia de su cólera visible en el azote de la peste; los exortó al perdon, á la union, al amor, á la caridad, á la penintencia; y concluyó dándoles su bendicion.

De vuelta á la casa, el cura que habia enviado todos sus criados á cuidar de los enfermos, encendió lo que él llamaba su cocina improvisada: un grande anafe de rom; frió dos papas; añadió á este potaje

dos tazas de leche de oveja, azucarada, y sirviéndolas sobre una gran mesa cubierta á medias por un pequeño mantel, se puso á cenar conmigo, muy contento de tener con quien hablar del mundo de los vivientes en aquel lugar de destierro.

Nada hay tan triste como la existencia de un cura de puna. Colocado entre una naturaleza muerta y un pueblo salvaje, sus ojos y su espíritu no encuentran donde posarse, si no es en el recuerdo.

Sin embargo, la palabra de aquel hombre sabia colorearlo todo; y las siembras de las papas, la cosecha de la quínua, el corte de la cebada y el esquileo de los rebaños, incidentes triviales, tomaban en sus labios la gracia y el poderoso interés del idilio.

Dos dias despues, al cerrar la noche, divisé de lo alto de la cuesta, estendida á orillas del Chuquiago, aquella Paz á la que yo habia jurado jamás volver, como si algo pudiera resistir á la poderosa ola del destino.

Y volví á pisar aquellas calles tortuosas, pobladas con los recuerdos del pasado; recuerdos tristes, pero dorados por el sol lejano de la juventud; y encontré los afectos de la amistad y de la familia, que envolvieron mis dias en su calurosa atmósfera.

Pero ¡ay! mis ojos iban á buscar siempre un punto en el horizonte.

«Mi nido está en un jazmin: ¿quién me lo traerá?.....»

Al llegar á la Paz, habíame salido al encuentro un hermoso lebrel blanco, que se arrojó á mí, hízome mil caricias, y desde ese momento no se apartó de mi lado.

Pocos dias despues, una noche que fatigada de un largo paseo me habia acostado temprano, el lebrel que dormia á mis piés, se despertó aullando.

En el mismo instante la puerta se abrió con recato y un hombre se precipitó en el cuarto.

De pronto creí que era un ladron; pero luego reconocí en él á mi aturdido acompañante de Tacna, al poeta del soneto.

—Hé matado á un hombre!—me dijo al oido, por que yo no estaba sola: una jóven parienta me acompañaba.

—Y viene usted á buscar un asilo en Bolivia. Sea usted bien venido. Aquí nada tiene usted que temer

—Al contrario, lo temo todo de la policia, que me persigue y me espera á la puerta de esta casa, donde no se atreve á penetrar.

—Por Dios, esplíquese usted.

Supe entonces que el jóven poeta, llegado aquella tarde al oscurecer, encontró en la casa donde iba á alojarse una reunion festiva compuesta de jóvenes de ambos sexos, que celebraban un cumpleaños.

Una de las muchachas mas lindas de La Paz, la morena Rosa C. llamó la atencion del jóven tacneño, que se dió desde luego á cortejarla con su característica impetuosidad. Por desgracia, encontrábase allí el novio de la niña. Federico S., jóven altivo y quisquilloso en demasía. Ofendido por los obsequios que su amada parecia admitir con agrado; y no siéndole permitido enfadarse en una reunion de buen tono, recurrió al arma del ridídulo para vengarse de su rival. Acercóse al piano, y acompañándose con un estrepitoso *ritornello*, cantó de pié el hinmo de *Ingavi*.

Quien recuerde el 18 de noviembre de 1841, comprenderá la indignacion que ese canto encerraba para Carlos.

Federico S. no habia cantado dos estrofas, cnando sintió una mano que se posaba en su hombro.

—¿Sabia usted al cantar, que aqui se encuentra un peruano?

—Bah! y ¿por qué sino estoy cantando?

—Insolente! llamas á los peruanos cobardes? Aquí hay uno que te hará ver lo contrario. Vén!

El ruido de la fiesta cubrió este diálogo, que pasó desapercibido para todos excepto para Rosa. La pobre jóven se arrepintió amargamente de su coqueteria; y olvidada de sí misma ante el peligro que por culpa suya corria su novio, siguió á aquellos

hombres, corriendo cuanto pudo; pero ellos marchaban á buen paso y muy luego los perdió de vista entre las tinieblas.

Dió entonces aviso á la policía en el deseo de evitar una desgracia. Vana esperanza! el destino habia fallado, y uno de esos dos jóvenes debia morir.

Llegados á un sitio solitario, ambos rivales se hicieron fuego.

La bala de S. rozó la cien de Carlos, llevándose un bucle de sus cabellos; la de éste atravesó el cuerpo á su enemigo y lo arrojó al suelo sin sentido.

Cuando Carlos huyendo bajaba la *cuesta* de San Pedro, que separa este pueblo de la ciudad, una partida de policía que lo buscaba lo rodeó y le intimó arresto; pero él se escapó de entre sus manos y se refugió en casa. No habia tiempo que perder: levantéme curé su herida, y miéntras Rosaura, la jóven que me acompañaba, lo vestía de mujer y se lo llevaba por una puerta escusada, corrí yo en auxilio de su enemigo, que encontré incorporado, y procurando levantarse, asiéndose á los espinos que crecian en aquel sitio. Trájelo á casa donde los médicos reconocieron su herida, que encontraron mortal.

Contentáronse con ordenar algunos lenitivos, y se retiraron, dejándome sola con el moribundo, que pasó la noche en dolorosa agonía.

Sin embargo, solo las crispaciones de sus manos, retorciéndose entre las mias, indicaban su horrible sufrimiento: el valiente jóven lo soportaba sin exhalar una queja.

En uno de esos momentos, volvió hácia mí una mirada suplicante, y me hizo un encargo. Habia ofendido á su madre, que se hallaba ausente, y me rogó que, postrándome á sus piés en nombre suyo, le pidiese perdon.

Mi promesa le dió una grande tranquilidad; y al amanecer espiró en mis brazos.

Qué reflexiones tan tristes hice yo aquella noche, mirando agonizar á ese hombre, que en la flor de la vida, bello, y la mente llena de ilusiones, iba á hundirse en el sepulcro! Ay! cerca estaba el dia en que, con el corazon destrozado, veria pasar esos mismos pensamientos, en el duelo de mi alma!

En tanto que yo velaba al desgraciado Federico en su agonía, Carlos, disfrazado y conducido por Rosaura, se ocultaba en casa de un consul, donde debia esperar una ocacion favorable para huir de la Paz, cuyas avenidas todas estaban guardadas por los amigos de S., que hallando lenta la accion de la justicia, querian hacerla por su mano; y vijilaban las garitas y las casas de los agentes extranjeros. Así era que, solo guardando un rigoroso encierro podia el pobre fujitivo sustraerse á las investigaciones de sus

enemigos. Pero no era la prudencia el lado fuerte de Carlos. Dos dias despues estaba perdidamente enamorado de la hija de su huésped; y dejando su escondite, la seguia por toda la casa.

Todavía no hacia una semana que estaba allí, cuando un dia, viendo á la jóven asomada á una ventana, tuvo un arrebato de celos; y queriendo saber á quien miraba, fué á ponerse á su lado. Media hora despues la casa fué rodeada de gendarmes, y Carlos aprehendido, cargado de grillos y encerrado en un calabozo.

Al saber estras tristes nuevas temblé por su vida; y viendo al pobre jóven forastero y solo, á merced de enemigos poderosos, propúse salvarlo, empleando para ello, no la lucha, sino el arma del débil: la astucia.

El único medio de arrebatarlo á una muerte cierta era la fuga; y á ello dirijí mis esfuerzos. Pero en vano recorrí secretamente los edificios vecinos á la cárcel: en cada uno se hallaba apostado un espia.

Fué por fin necesario tentar un peligro: la compra del carcelero: sondarlo en el terreno de la codicia y del temor. Todo inútil: las promesas y las amenazas de mis agentes estrelláronse en su icorruptible honradez.

Y los dias pasaban, y los amigos del malogrado S.

vagaban en torno á la cárcel con una frecuencia siniestra.

Apurado todo recurso, eche mano, por último, á un expediente supremo, ante el cual habia retrocedido hasta entonces.

Habia un nombre que era y es todavia un mágico talisman para un pueblo boliviano; nombre que levantaba ó apaciguaba las tempestades populares, segun la voluntad de que lo invocaba; nombre que fué un fanatismo, y que es y será un culto—Belzu.

Asíme pues del prestigio de ese nombre, me envolví en su omnipotencia, y desde ese momento cedió todo á mi voluntad.

Llamé al carcelero, y llevándolo intencionalmente á un salon donde estaba el retrato de ese caudillo, le intimé en su nombre la evasion del jóven preso, necesaria, le dije, á sus planes políticos como agente suyo en Bolivia

El carcelero dobló una rodilla ante aquella imágen y juró cumplir mis órdenes, aunque le costara la vida.

A las doce de aquella noche, el preso y el carcelero se me presentaron, prontos á partir.

Viendo á Carlos montando el caballo de un amigo suyo, le pregunté donde estaba aquel bello tordo que tanto me habia agradado.

—¡Ay!—dijo él, con su melancólica chanza—de

los seres que esa tarde estuvieron á las órdenes de usted, el uno murió una hora despues: el otro, como Cain, anda fujitivo.

Estrechó mi mano, y partió á carrera perdiéndose entre las sombras.

Y yo quedé dando gracias á Dios por la libertad del pobre muchacho; pero murmurando, con el corazon oprimido:—El uno murió; el otro tuvo la horrible desgracia de matar á su hermano, y anda fujitivo. ¡Fatalidad! ¡Fatalidad!

La luz del dia desvaneció aquellos lúgubres pensamientos. Pero ¡ah! esa jornada no debia acabar, sin que esa fatalidad que me aterraba, volviese á mostrarme su enemiga faz.

En un periódico de Cochabamba leí el siguiente artículo necrológico:

—«El bello y noble Alfredo W. que llegado hace poco entre nosotros, conquistó tantas simpatías ha perecido, víctima de un suicidio ¡Los motivos que lo han llevado á este acto de desesperacion merecen una mencion particular

«Apasionado de una mujer, amado y llamado por ella en socorro de su padre, arruinado por una quiebra, y preso por deudas, el jeneroso jóven corrió á dar á su amada su fortuna y su nombre; pero encontró una decepcion donde creyó hallar la felicidad. El corazon que venia á buscar lleno de fe, habia

cambiado de dueño: otro poseia su amor. Alfredo no quiso pedir el olvido al tiempo: pidió á la muerte su reposo eterno. Que duerma en paz! »

El héroe de esa trágica leyenda, aquel desgraciado Alfredo W., era el jeneroso protector que habia amparado mi soledad en los desfiladeros del Tacora. ¡Fatalidad! ¡Fatalidad!

Un aullido lúgubre respondió á esta siniestra palabra que yo pronunciaba entre lágrimas. Era mi lebrel que habia venido á colocar su cabeza sobre mis rodillas, y me miraba con ojos extraviados. A poco lo ví vacilar y caer.

El pobre animal estaba envenenado, y espiró entre horribles convulsiones, fijando en mí su cariñosa mirada. . . . .

En breve, yo misma, casi moribunda, y el corazon destrozado, me alejaba de aquella ciudad donde habia presenciado tantos horrores.

En el pueblo de M. encontré la casa parroquial desierta. El cura, y el huérfano adoptado por él, habian sido arrebatados por la horrible epidemia.

Al desandar mi camino, encontraba marcada con ruinas la huella de mis pasos. ¡Fatalidad! ¡Fatalidad!

Y al llegar á Lima, en fin, la bella C. vino á mi encuentro vestida de luto triste y llorosa.

Ella tambien habia sufrido la fatal influencia.

Aquel á quien dió su amor habia muerto cuando venia á unirse á ella, sin que le fuera dado ni aun el consuelo de llorar sobre su tumba. Pereció en el mar, y su cuerpo yacia en el fondo del abismo.

Querida niña! plegue á Dios derramar sobre tu perdida felicidad la paz del olvido!

FIN DE UN VIAJE ACIAGO.

UNA QUERELLA

Era una noche de Enero, calurosa y sin estrellas. El cielo estaba cargado de sofocantes vapores, y ni la mas ténue ráfaga de brisa venia á refrescar la atmósfera, abrasada por el sol de un largo dia.

En las sombras revueltas del camino que conduce de la *Magdalena* á la *portada de Juan Simon*, corria un ginete montado en un brioso caballo negro.

El noble corcel parecia comprender la impaciencia de su dueño, y devoraba el espacio en fogoso galope.

Sin embargo, á estar dotado de reflexion, habríale asombrado el encontrarse corriendo á esa hora, él, habituado á reposar hasta el mediar de la noche en una fresca pesebrera, cercada de rosales, tapizada de sabrosa yerba, y acariciado por una blanca manita, en cuya palma comia biscochos esquisitos.

¿Por qué aquella noche le habia faltado todo eso? ¿Por qué habia cólera en el movimiento de la brida que lo conducia? Y lo que era peor, aun, ¿por qué

inusitados golpes de acicate, venian de vez en cuando á lastimar sus lucientes hijares?

Todo esto habria podido explicar la espresion pintada en el semblante del nocturno caballero, su frente, ora cubierta de mortal palidez, ora encendida con el rubor de la indignacion; su sonrisa, que él habria querido tornar irónica y que era solo dolorosa.

El valiente potro, siempre, aguijoneado por la inmerecida espuela, cruzó como una exhalacion las calles de Lima, flanqueó la plazoleta del teatro, espléndidamente iluminada para una funcion de beneficio, y entró en una de las mas bellas casas de Valladolid.

Al hechar pié á tierra, su amo, que lo cuidaba con el anhelo cariñoso de un árabe, apartóse de él con despégo abandonándolo en manos de un criado, sin darle siquiera una mirada; y taciturno, sombrío, atravesó el patio y se dirigió al principal.

Su mano iba á tocar el boton dorado de la mampara, cuando esta se abrió dando paso á una jóven suntuosamente vestida, que al verlo retrocedió, con un ademan de gozosa admiracion.

—¡Qué feliz casualidad! esclamó.

¡Y no habia de decir que la dicha me acompaña! Tú aquí! tú aqui en el momento que contrariada, rabiando con toda la susceptibilidad de mis nervios. . . . . Figúrate primo mio, que, sin

esperanza de encontrarte, venia á pedir á José la direccion de tu *eden* para enviar audazmente un mensagero en busca tuya; y me iba dando al diablo la solapada reserva de aquel taimado, cuando héte aquí, como llovido del cielo para acompañarme al teatro, y hacer los honores del palco á la linda Alina Wilson. ¿Sabes que la Bazuri nos ha dedicado á ambas su funcion de beneficio?

¡Ah! imagina la magnifica aparicion de dos jóvenes tan bonitas, servidas por el leon de los salones, el codiciado ensueño de tantas hermosas, el bello Enrique de Mendoza!

Qué triunfo! . . . . . Pero ¿qué es lo que tienes, primo mio? esclamó la elegante parlanchina, notando de pronto el aire sombrio con que su interlocutor escuchaba aquella larga tirada.

—¡Nada! querida Luisa. Hablabas con tal entusiasmo que no dejabas lugar para colocar una frase.

—¡Nada y estas pálido, y con un aire que huele á tragedia, de una legua!

—Visiones de tu fantasía, linda prima—repuso el jóven, haciendo un supremo esfuerzo para llamar á sus lábios una sonrisa.—Ni qué preocupacion resistiria á la perspectiva de una deliciosa velada entre dos astros de belleza!. . . . . Pero yo supongo que este traje es por demas inconveniente. . . . . .

—Vé á cambiarlo, que tienes tiempo de sobra, en tanto que llega el coche á buscarnos, pues quise venir á pié, temiendo entrar con ruido en casa de un soltero. ¿Cuándo dejarás de serlo, Enrique? Cuándo vendrá á estos lujosos salones su divinidad tutelar? ¿Cuánta luz, qué perfume derramaría en esta suntuosa morada una mujer jóven y bella? . . . Alina Wilson, por ejemplo.

—¿Y por qué ella mas que otra cualquiera?

—Ingrato¡ ¿no has encontrado alguna vez la mirada de esos grandes ojos azules?

—Si no la conozco, prima.

—Es posible? Pues ella te conoce á ti . . . . . quizá demasiado, para su tranquilidad. . . . . Pero vé á vestirte, y no pases cuidado por mí, que quiero repasar en tu magnífico piano mí último estudio, una *reverie* que me tiene loca. Figúrate una sublimidad musical, firmada por un nombre oscuro de mujer, é impresa en Lóndres por G. Gottschallk que me envió el único ejemplar que existe en Lima. Pienso hacer un efecto inmenso en el concierto que va á dar Alina en la próxima semana. . . . .Pero, vete, y despacha pronto primo mio, que la hora avanza.

Enrique dejó á su prima sentada al piano, y entrando en su cuarto, ocupóse aunque con profundo disgusto, en los detalles del tocador.

Y en tanto que su mano crispada por la fiebre enlazaba la corbata y calzaba el guante, preguntábase cómo podria soportar durante cuatro mortales horas la frívola alegría de sus compañeras de velada, cuyo prólogo reia ya bajo los ágiles dedos de su prima en festivas notas que el sonoro *Pleyel* parecia reproducir con placer, y que caian en el corazon de Enrique como gotas de plomo hirviente sobre las llagas de un mártir.

De repente, á los caprichosos floreos sucedieron los patéticos acentos de una estraña melodía.

Enrique se estremeció.

—¡*La Cautiva*—esclamó—esa música sublime que escribió á mi lado y que viene ahora á hablarme de ella!

Y cual si le persiguiese un fantasma, Enrique huyó hasta el fondo del jardin.

Mas, luego, arrastrado por aquellos encantados acordes que llegaban hasta él apagados pero distintos, volvió sobre sus pasos, y pálido, conteniendo el aliento y las manos sobre el corazon, de pié tras las cortinas de la puerta, escuchó con dolosa avidez.

Imposible sería describir con la pálida fraseologia las bellezas sucesivamente plácidas y sombrías de aquella melodía, del todo imitativa cuyas notas reproducian con todas sus terribles peripecias una trájica leyenda.

Escuchábase el fragoroso vaiven de las azules olas del Mediterráneo, estrellándose en las graníticas rompientes de la costa africana, sobre cuyas rocas, soberbios como el despotismo, silenciosos como la esclavitud, elévanse los muros de un harem. La oscura mole se inclina sobre el abismo y sus bóvedas se dibujan fantásticas sobre el estrellado cielo.

Blanca como la desnudada túnica abierta sobre su anhelante seno, pálida, desmelenada, y secos los bellos ojos enrojecidos por el llanto, una mujer hermosa y desolada, asidas sus diáfanas manos á las rejas de un ajimez, y la mirada perdida en el vasto horizonte, busca en sus brumosas lontananzas los recuerdos de su destrozada existencia.

Allí están los rientes dias de la infancia con sus turbulentos juegos, y la juventud con sus ardientes suspiros, sus deliciosas promesas. . . . . Y la májica luz del recuerdo presta al ilusorio mirage los vivos colores de la realidad.

Los radiantes rayos de un sol primaveral iluminan las floridas riberas de la Sicilia. Allá al cabo de una sombrosa avenida de sicomoros, divísanse las elevadas torres y la gótica fachada de un templo.

En sus bóvedas resuena la voz magestuosa del órgano, y el ancho pórtico dá salida al alegre cortejo de una boda. Graciosas jóvenes vestidas de blanco y coronadas de flores, se agrupan en torno á los

héroes de la fiesta, entonando gozosos epitalamios.

¡Qué bella es la desposada! En su rostro resplandecen la juventud y la dicha.

¡Cuán hermoso el doncel en cuyo brazo se apoya con el dulce abandono del amor!

La comitiva ha llegado al promedio del camino, entre el mar y el castillo, morada de aquellos que el amor ha unido en indisoluble lazo.

¿Por qué la desposada, apartándose de su brillante séquito, abandona el brazo en que se apoya y se dirije sola á la ribera?

Va á cumplir un voto depositando su corona virginal á los piés de la Madona, cuyo santuario se divisa allá, entre las musgosas rocas de la costa.

Héla allí postrada al pié del tosco altar de piedra, fijos los ojos en la santa imágen, murmurando una amorosa plegaria, y el alma abismada en la contemplacion de una dicha sin fin. . . .

Dos figuras siniestras, dos hombres medio desnudos, armados de anchos puñales, surjiendo de repente de entre las breñas, se arrojan sobre ella, arráncanla del sagrado recinto y del beatífico ensueño que la absorve; inutilizan su resistencia, sofocan sus gritos, y la arrastran en pos suyo hácia una nave que oculta los aguarda entre las sinuosidades de un risco. Saltan en ella y se alejan, mezclando sus horribles risas á los lamentos

desesperados de la vírgen, que el viento arrebata con la corsaria nave hácia las costas de Africa.

Y la desdichada cautiva, al volver de su largo desmayo, se encuentra á los piés de un amo, cuyas impuras miradas la codician; pero que aplazando sus tiránicas violencias la encierra en una suntuosa alcoba, dorada jaula, cuyas rejas la infortunada sacude una á una, con rabioso terror, mesando sus cabellos, invocando al cielo y al infierno, hasta que exhausta de fuerza cae exánime en tierra.

Enrique habria caido tambien, tan dolorosos eran los latidos que destrozaban su corazon, si lágrimas, arrancadas á pesar suyo por los recuerdos despertados en él, por aquella tétrica melodía, lágrimas amargas, pero al fin, lágrimas, no hubieran venido á aliviarlo.

Mas la pasion que en ese momento dominaba á Enrique, tiene la funesta propiedad de emponzoñarlo todo en el alma que sojuzga. El recuerdo de las palabras de su prima, respecto de aquella música, asaltó su mente, y la imágen de G. Gottschallk surjió como una sombra mas, en las tinieblas que ofuscaban su espíritu.

—¡Entonces tambien me engañaba!—exclamó—mentía en esas melodías celestiales, como mentía en sus palabras de amor!

Y asiéndose á su orgullo, y elevándolo á la altura de su dolor, arrojó con un ademan colérico aquellas

benéficas lágrimas; serenó su semblante, ensayó en el espejo una sonrisa y fué á reunirse á su prima, que lo llamaba por que era hora de partir.

Poco despues, en uno de los mas visibles palcos de primera, vióse en compañía de las dos mas bellas jóvenes de la fiesta, al *leon de los salones*, *al codiciado ensueño de las hermosas*, que desde luego hiciéronlo el punto de mira de sus gemelos.

En cuanto á Enrique, parecióle Alina la muchacha mas linda que hasta entonces habian contemplado sus ojos. El recuerdo de la indiscreta revelacion que poco antes le habia hecho su prima, halagó su espíritu; díjose que seria altamente descortés el no ofrecer á esa deliciosa niña algunas flores de galantería; y pensando ademas, que debia castigar y olvidar, dióse á obsequiarla con lisonjas apasionadas, que llegaban al corazon de la jóven transformadas en ondas de ventura.

Quien hubiera observado aquella noche á Enrique, habria notado que su actitud era violenta, y forzada su sonrisa; y que frecuentes distracciones absorvian su mente y le cortaban la frase. Mas sus compañeras, la una interesada en creer, la otra demasiado ocupada de sí misma, juzgáronlo apasionadamente enamorado, y él mismo embriagado con sus propias palabras, comenzó á sentir en ellas un éco de verdad, y cuando salió del teatro dando

el brazo á la bella Alina, orgulloso de las miradas de admiracion y de envidia que encontraba al paso, creyóse casi curado del mal que roia su alma.

Apenas habia tenido tiempo de cambiar con los bellos ojos de Alina la última mirada, al partir el carruaje que llevaba á las dos amigas, cuando una mano vino á posarse familiarmente en su hombro.

—¿Qué es esto—exclamó Eduardo, uno de sus íntimos amigos, con gozosa admiracion—tú, en la tierra de los vivientes, misántropo del amor? ¿Qué milagro te devuelve á la sociedad, á tu bella prima, á tu carrera de conquistas?..... por que, no lo niegues, acabas de hacer una.

—¡Una conquista! ¿A qué das tú ese nombre?

—Al hecho de pasar toda una velada al lado de una mujer, monopolizando sus miradas; sus sonrisas, atravesar el largo trayecto del palco al estribo del carruaje llevándola tiernamente apoyada en vuestro brazo, mirando vuestros ojos en sus ojos; decirse adios en una cariñosa ojeada. . . .¡Bah! sino es eso una conquista. . . . .Pero ¿qué es lo que ha pasado allá bajo las encantadas arboledas de la Magdalena? !Tú aquí! ¿Há entrado en aquella deliciosa casita el fuego ó la peste?

—Al contrario, como que á esta hora se duerme allí tranquilamente.

—¡Ah! ya sé ¡Una querella! Estás celoso de R.

J., que mezcla siempre el nombre armonioso de Maria en sus sentimentales cantos? ¿Has enojado acaso á tu despótica beldad con alguna mirada que osaste dirigir á otra, un suspiro de que no le diste cuenta al momento? O bien. . . . .

—Basta de suposiciones, Eduardo; no la veré jamás: estamos separados para siempre: ya lo sabes todo.

—Oh! no te enfades, y recibe mas bien mis sinceras felicitaciones. Ya era tiempo de sacudir ese yugo feudal que te sujetaba, lejos de tus amigos y de la sociedad, á los piés de una mujer que, si es linda, carece de posicion, y no tiene mas fortuna que una casita rústica, un bosquecillo de rosales, su piano y sus pinceles, objetos admirables bajo su mano, es cierto; pero sin valor intrínseco en nuestro metalizado mundo.

Conclusion: á un jóven rico y brillante como tú, una rica heredera como Alina Wilson, que representa una gran fortuna, y un nombre nobiliario en Inglaterra.

Entre tanto, para recatar de alguna manera la vergüenza de esa tonta existencia que llevabas, entrégate á la deliciosa vida de soltero, y saborea alegremente sus últimos goces.

—¿Quieres cesar de fastidiarme con tus ruines especulaciones?

—Sí, á condicion de que tomes parte en la fiesta

que tiene lugar esta noche en los salones de Tulia.

—¿ Quien es Tulia, si gustas decirmelo ?

—Quién es Tulia. . . . ah ! . . . sí olvidaba que hablo con un antípoda. En verdad, que de un año acá te has hecho enterrar vivo. Oh! tengo lástima de tí !

Tulia! Figúrate, desgraciado, un ser delicioso, fantástico,verdadero Proteo que reviste sucesivamente todas las gracias y los mas opuestos géneros de belleza. Creola nuestra fantasía una noche que, fastidiados de las monótonas veladas del Club, inventamos un palacio encantado rodeado de sombrosos jardines, dominio de una misteriosa beldad, que nos reuniera en suntuosas *soirées* en medio á un cortejo de hermosas mujeres, ocultas como ella, bajo el picante antifaz.

Un comité fué encargado de arreglar con doce mil soles al mes, la regia morada de Tulia; y otro entre los mejor relacionados, de renovar el personal de cada fiesta.

Esta noche soy yo el caballero de la reina, ¿ quieres ocupar mi lugar ?

—Y bien! si!

—¡ Hurrah! . . . . Curado el jóven! curado del tonto amor que lo encerraba en un limbo!

Ah! cuántas veces, echándote de menos en los

bailes, en las carreras de caballos, en las partidas de campo, he maldecido á tu Maria, que. . . . .

—Eduardo, si no quieres que cierre tu boca un bofeton, no pronuncies jamás ese nombre.

—Me callo! me callo! Haz de cuenta que nada he dicho. . . . . ¿Pero vendrás á la fiesta?

—Iré: lo he dicho ya. ¿Se juega allí?

—Por supuesto! ¿Que fiesta puede haber sin juego?

—Entónces, vuelvo á casa para tomar dinero.—¿Vienes conmigo?

—Es mejor que adelante para anunciarte. Hé aquí mi tarjeta de introduccion.

—Soirée de Tulia—Naranjos—4 . . . .

—Está bien

—Hasta luego. Oh! que placer voy á dar á tus amigos! . . . .

José salió al encuentro á su amo para ayudarlo á desnudarse. Enrique le ordenó dejarlo solo, y entró en su cuarto. Abrió su escritorio tarareando el rondó final de la ópera. Queria aturdirse, y acallar con la algazara de la vida exterior el lamento que se elevaba en su alma.

Llenó de oro sus bolsillos, y sonriendo con amargura: estoy en fondos—se dijo—y puedo perder largamente. Llevo hace un año una vida tan tonta!

Eduardo tiene razon: era tiempo de que todo esto acabase.

Queriendo tomar algunos billetes de banco, abrió por distraccion una gaveta llena de cartas.

Al verlas, Enrique retiró bruscamente la mano, cual si hubiera tocado un áspid.

Pero una fuerza superior á su cólera lo atrajo de nuevo hácia ellas. Abríalas una á una, y leia su última frase:

Tuya! Tuya!—Sí! pero á condicion de ser caprichosa, coqueta, altiva, exigente, y de no dar jamás explicacion de los misterios de mi conducta!—

Y Enrique, indignándose de mas en más al éco de su propia voz, las estrujaba entre sus dedos: Pero luego, el suave olor del lirio que de aquellas cartas se exhalaba, un delicioso mirage, el mirage del pasado, surjió en su mente, con sus encantadas horas de intimidad y de abandono, al lado de una mujer idolatrada; sus juegos, en que ambos se tornaban niños; sus querellas, que estrechaban cada vez mas los lazos de su amor!

Y, sin embargo, todo habia acabado, y; no debian volver á verse los que asi habian vivido de una sola vida, no teniendo los dos sino un solo pensamiento, un solo anhelo, una sola voluntad.

Y Enrique se preguntó que haria en adelante de su existencia dividida, trunca, vacía de la felicidad que

antes la llenaba; y el pensamiento del suicidio anegó su espíritu, y su mano cogió un revólver.

Pero la vista de aquellas cartas lo detuvo.

—¡Todavia nó!—se dijo.—Es necesario devolverle sus cartas. . . . ¡Verla otra vez!

Llamó y pidió su caballo.

—¿El señor ignora que son las dos de la mañana? —observó admirado José.

—¿Te lo he preguntado acaso?

José obedeció en silencio.

Cinco minutos despues, Enrique salia de su casa á toda brida.

—¡Enrique! ¡Enrique!—gritó una voz algo *abombada*—¿A donde corres así?

Quieres desventurado, hacerme perder la apuesta de un costoso lunch?

Eduardo hablaba todavia, y ya el ginete habia desaparecido.

Media hora mas tarde, con el corazon agitado por un sentimiento indefinible, mezcla confusa de dolor, de cólera y de un gozo amargo, Enrique flanqueaba los vergeles de ese lindo pueblecito, oculto como una violeta entre los oasis sembrados acá y allá, en las riberas del oceano.

De pronto, su caballo, sin necesidad de la brida, se detuvo ante la reja de madera que cercaba un

huerto en cuyo centro una graciosa casita de madera pintada al temple, blanqueaba entre el ramage.

Enrique ató su caballo al tronco de un sauce, salvó la reja y atravesando el huerto, se dirijió á la casa.

Los perfumes embriagantes de las rosas, de los jazmines y azahares saturaban el aire llevando á su corazon, en ondas del dolor, el recuerdo de una dicha desvanecida.

Enrique dió vuelta en torno de la casa. Una puerta—ventana de esas que dan salida á los jardines en las *villas* italianas, estaba abierta é iluminada. Enrique se detuvo ante ella. Una mujer vestida de blanco, los codos apoyados en una mesa y el rostro oculto entre las manos estaba inmóvil y silenciosa. Delante de ella veíanse los fragmentos de un retrato.

Al ruido que la arena hizo bajo el pié de Enrique, un rostro bello aunque en estremo pálido se volvió hácia él.

—¡María!—iba esclamar Enrique; pero una fria mirada cambió aquella apasionada invocacion en una frase ceremoniosa.

—Suplico á V. señora—la dijo—que me perdone si, aunque con profundo disgusto, regreso á su casa. Mañana emprendo un largo viaje; y antes de partir me es necesario devolver á V. objetos que no pueden confiarse á nadie.—

Y le presentó un paquete de cartas.

Recibiólo ella en silencio y lo arrojó sobre la mesa.

—Me será permitido demandar igual restitucion? —añadió Enrique, irritado de esa aparente serenidad.

Maria se levantó, fué hácia un escritorio, tomó un paquete sellado y se lo entregó.

—¡Estaban listas!

—Si, señor.

Nada habia ya que decir ni que esperar y sin embargo, Enrique permanecia aun allí. Parecíale que sus pies habian hechado raices en aquel sitio donde tanto tiempo habia habitado su alma.

—¡Ah!—dijo—hé aqui todo concluido entre nosotros! hénos aqui estraños el uno al otro. Sin embargo. . . . . antes de separarnos para siempre, ¿no querria V. dejarme un sentimiento menos amargo? no procurará V. justificarse?

Maria irguió su bella cabeza y guardó silencio.

—Pues, bien—díjole Enrique, haciendo esfuerzo para ahogar un solloso que queria mezclarse á su voz; pues bien, cualquiera que sea lo que acontezca, acuérdese V. que la he perdonado.

—¡Perdonarme!—esclamó ella—perdonarme! ¿que? El haber ultrajado mi amor? el haber hecho la desgracia de mi vida? Ah! si uno de nosotros tiene que perdonar, no es ciertamente V. señor.

—No soy yó—esclamó Enrique dando un paso hácia ella—¡Ah! dígnese V. al menos decirme. . . .

—¡Nada! señor, nada! ¿Para que servirian las esplicaciones? Tan solo para probarnos una vez mas, que nuestras almas no se comprenden, y que el camino de la vida es para nosotros muy diferente. El de V. es brillante, sembrado de flores: V. lo recorrerá sin obstáculos y la dicha vendrá á su encuentro, complázcome en creerlo, y solo deseo que un dia se arrepienta. Hé ahi todo lo que tengo que decir. Adios.

La voz de María se apagó á estas palabras; pero, dominando inmediatamente aquella impresion; revistió su semblante de una serenidad que exasperó á Enrique.

Habria querido verla desolada, derramando lágrimas tan amargas como las que él sentia rebosar en su propio corazon.

—¿Rehusa V. justificarse?—díjola con amarga ironía —Tiene razon; V. porque yo no daria fe á sus palabras.

—Y bien—replicó ella—¿porque agriarnos mas con discusiones inútiles? Separemonos sin ofendernos de nuevo: ¿No sabemos ya que nuestros caracteres no simpatizan? Todo queda reasumido en estas palabras: V. no me amaba, no me estimaba bastante para confiarme su honor y la felicidad de su vida.

—¡ Que no la amaba !—esclamó Enrique con una esplosion de resentimiento.

¡Ah! ¿no es V. quien, hace seis meses está aplazando indefinidamente el dia de nuestra union, sin espresar el motivo? ¿Qué ha destruido mi confianza, sino la conducta culpablemente misteriosa que V. observa conmigo de un tiempo á esta parte? ¿Se dignó esplicarme su turbacion cuando yo llegaba mas temprano que de costumbre? ¿Ha querido V. jamás decirme quien le escribia esas cartas que nublaban su frente ó la hacian resplandecer de gozo? ¿Y ese jóven que encuentro siempre en el camino de esta casa, y cuya vista hace nacer en los labios de V. una sonrisa de secreta inteligencia quien es?

En fin, esta tarde llego y encuentro á V. radiante de una alegria, cuya causa se obstinó en ocultarme, á mí, que vivia de su vida. . . . . Durante nuestra discusion oigo pasos en su gabinete de pintura; quiero entrar y V. se opone; insisto, y V. se coloca delante de la puerta. ¿Que debia yo creer ¿Qué habia tras de esa puerta? ¡Ah! dele V. si puede, otro nombre que no sea este: ¡Infamia!

Una llamarada de indignacion brilló en los ojos de Maria, que levantándose, pálida y erguida, fué á abrir la puerta de aquel gabinete.

—Enrique—dijo, haciendo un gran esfuerzo para afirmar su voz—la mayor prueba de amor que V.

pudo darme habria sido el fiarse en mi palabra; creerme, cuando respondia á cada injuriosa sospecha que V. me arrojaba al rostro.—Te amo! te amo! —Pero no: suspicaz como un corazon sin generosidad, celoso como quien sabe engañar, ha sido V. duro, injusto, egoista. No reflexionaba que siendo V. rico y yo destituida de fortuna, debia mostrarme altiva, y rehusar muchas veces justificarme. Sabiendo bien que la familia de V. aristócrata de raza y de dinero, deseaba darle una esposa acaudalada nunca habria concedido á V. mi mano, si un abogado, antiguo amigo de mis padres no hubiera descubierto en unos antiguos documentos, mi legítimo derecho á una cuantiosa herencia. Era forzoso entablar un litis, y aquel hombre generoso, dolido de mi orfandad, lo siguió con incansable solicitud, hasta hoy, que la corte falló definitivamente en mi favor.

Esta era la causa de ese retardo que tanta sombra arrojaba en el ánimo de V.

Mi protector, impedido por los años y una dolorosa parálisis, me escribia las noticias buenas ó malas que debia darme. Su hijo me traia las cartas, y y recogia las firmas necesarias en aquel litigio. Ese era el jóven cuya presencia inspiraba á V. ofensivas sospechas. Entre tanto, y mientras mi abogado arrancaba de manos de un usurpador mi perdida fortuna, aprovechaba yo aquella dilacion

para acabar un cuadro: el retrato de una noble y hermosa mujer muerta víctima de su celo caritativo durante una epidemia.

—Consagrábalo á su hijo, que muchas veces habia llorado conmigo el temprano fin de aquel ser idolatrado. Ayer habia alguien oculto en este gabinete, es cierto; pero era mi maestro, que habiendo conocido el original, daba á mi obra los últimos toques.

A estas palabras, acercándose á un gran cuadro colocado en el caballete apartó el velo que lo cubria.

—¡Maria!—esclamó Enrique cayendo de rodillas ante ella, y ante el retrato de su madre.

—Hé ahi—continuó ella, con frialdad—hé ahí explicadas esas reservas que una alma leal habria aceptado sin exámen.

—Pero V. lo ha destruido todo con su violencia y sus injuriosas suposiciones; ha ofendido mi dignidad en lo que tiene de mas sagrado: el honor; ha herido profundamente mi corazon, y roto en él para siempre los lazos que nos unian.

Y Maria pálida pero firme y serena, dejó el cuarto sin dirijir á su amante una mirada.

Enrique salió de aquella casa loco de dolor. Atravesó el jardin, cuyas flores balanceándose al húmedo ambiente del alba, se inclinaban ante él cual amigos que lo saludaran al paso. Volvió á saltar la

reja y pasó al lado de su caballo sin verlo, sin oir el relincho lastimero con que el pobre animal lo llamaba.

—¡No me ama ya!—exclamaba, marchando á largos pasos—la he ofendido, y quiere castigarme, arrojándome de su presencia; desecha mi amor, quiere que muera!

Al llevar la mano al corazon encontró el revolver con que poco antes los celos lo habian armado. Enrique lo estrechó contra su pecho como á su última esperanza.

—¡Muramos!—dijo—aquí cerca de esa morada, donde mi alma vagará eternamente en busca de la suya.

Miró hácia el oriente, que comenzaba á teñirse con los rosados tintes de la mañana.

—Al primer rayo de sol!—se dijo, acariciando el cañon de su revolver.

En ese momento una mujer cubierta de harapos, lívida y demacrada, llevando consigo dos niños, uno en los brazos, el otro de la mano, pasó al lado de Enrique, arrastrándose á lo largo del camino.

A esa vista, un sentimiento de piedad distrajo un momento su espíritu de la siniestra idea que lo absorbia. Acercóse á la triste madre y le preguntó por que se encontraba á esa hora, en aquel parage desierto, desamparada y sola.

¡Ay de mí!—respondió la desventurada—como nos vé V. ahora, señor, asi nos hallamos ya en el mundo: huérfanos y sin asilo. Vivíamos del diario trabajo de mi marido pero caimos los dos, al mismo tiempo enfermos; fué necesario separarnos para ír al hospital, él á San Andrés, yo á Santa Ana, con mis hijos.

Ayer encontrándome sin fiebre, diéronme de baja, y me encontré á la puerta del hospital mas débil y enferma en la convalecencia, que lo habia estado en la enfermedad. Arrastréme con mis hijos hasta Malambo donde vivia, en un callejon, pero durante mi enfermedad, el casero habia alquilado mi cuarto. Fuí á San Andrés en busca de mi marido, y lo encontré tendido en el *De profundis*. . . . . Juzgue V. señor, mi situacion! . . . .Sin saber donde volver los ojos, pensé en unos parientes lejanos que residen en *la Magdalena*, y vengo á pedirles un asilo.

En medio de su desesperacion, Enrique pensó con una vislumbre de gozo que el oro que llenaba sus bolsillos, destinado á una noche de orgía, podia ahora derramar el consuelo en aquellos desgraciados. Vertiólo en la raida manta de la pobre viuda que cayó de rodillas con sus niños, implorando para su bienhechor las bendiciones del cielo.

—Orad por mí—les dijo él, alejándose. Y su voz á estas palabras tenia un acento lúgubre, por que una

luz dorada comenzaba á colorear las copas de los árboles.

Enrique tomó su arma, y envió á Maria su último pensamiento; á Dios su última plegaria. . . . . .

. . . . . .

De repente, un brazo cariñoso rodeó su cuello: un rostro pálido y mojado de lágrimas se apoyó en su rostro.

—¡Perdon!

—¡Perdon!—dijéron ambos á la vez.

—Y el primer rayo de sol, aguardado como una señal de muerte, alumbró la felicidad de dos seres que casi hubo de separar para siempre el exceso mismo de su amor.

Poco despues, con gran sorpresa de sus amigos y de la sociedad limeña, que la idolatraba, la linda Alina Wilson, hija de un ministro extranjero, arrancándose al abrazo paterno que anhelaba retenerla, dejaba, para siempre las playas del Perú.

¿Por qué abandonaba así, padre, amigos, adoraciones?

¡Ah! es que, por una ley fatal, aquello mismo que hace la felicidad de una alma, hace la desventura de otra.

En el mundo moral, como en el mundo físico, la luz es causa de la sombra.

FIN DE UNA QUERELLA

BELZU

I

Al escribir estas líneas, que bosquejan á grandes rasgos la figura del hombre ilustre cuyo nombre las encabeza, he creido cumplir un deber. Mientras las traza mi humilde mano, dos plumas majistrales se ocupan del mismo objeto, y desarrollarán de un modo brillante los detalles de aquella explendorosa existencia. Pero la vida humana, y notablemente la de qué nos ocupamos tiene dos faces: una de luz, otra de sombra. Una iluminada por los rayos de la dicha, de la fortuna, de la gloria; la otra perdida en la oscuridad de la pobreza, en las tinieblas de los dias de dolor y de prueba. Los dos ilustrados biógrafos, fueron testigos y parte integrante de la primera: yo, compañera inseparable de la segunda.

Por tanto y esperando que este modesto relato sirva en algo al complemento de aquellos importantes trabajos, lo he seguido, y le doy cima.

Manuel Isidoro Belzu nació en la Paz el 4 de Abril de 1811. Fueron sus padres don Gaspar Belzu y doña Manuela Umeres. Recibió su educacion primaria en las aulas que los padres franciscanos tenian en el convento de este órden. Su grande inteligencia le habria hecho distinguir con brillo en la carrera de las letras, si desde muy temprano el jóven Belzu no hubiese manifestado un carácter inquieto, aventurero y caballeresco, que se avenia mal en los bancos escolares, y pedia instintivamente una espada y un corcel.

En efecto, apenas á la edad de 13 años, se escapó un dia del aula, fué á reunirse al ejército independiente pocos dias antes de la batalla de Zepite, y con el fusil al hombro, combatió como soldado en aquella gloriosa jornada. Despues, envuelto en el desastre que la siguió, disperso, á pié, y ocultándose de pueblo en pueblo, fué reconocido y arrestado por un oficial amigo de su familia, que lo trajo á la Paz y lo entregó á su madre.

El jóven volvió al aula pero no su pensamiento, ni sus aspiraciones, que habian quedado entre las filas de los libres; y las visiones de la guerra venian de contínuo á interponerse entre él y los libros de la ciencia, y así pasaron dos años; y los dias gloriosos de Ayacucho vinieron, y el ejército libertador se

derramó como una avenida de luz en todo el alto Perú.

El general Sucre habia distinguido entre los oficiales de la secretaría del virey La Serna á un jóven inteligente y laborioso á quien dió su confianza y lo llevó á su lado. Era este un hermano de Belzu, mayor suyo en muchos años, y que habiéndolo criado, lo amaba como á un hijo.

A su paso por la Paz, tomólo consigo, y lo llevó á Chuquisaca, dándole colocacion como escribiente en una de las secciones del ministerio.

Pero no era esa la cuenta del jóven Belzu. Aborrecia de muerte la existencia sedentaria de las oficinas; frecuentaba las academias militares, y quien lo buscaba estaba seguro de encontrarlo, con el libro de ordenanzas en la mano, sentado en el escaño de los oficiales de guardia á la puerta de los cuarteles.

Un dia que el batallon, Legion Colombiana, habia salido de Chuquisaca con destino al Cuzco, hácia el fin de la etapa, el capitan Salaverry que mandaba granaderos en aquel cuerpo, fué abordado por un muchacho que le pidió lo diese de alta en su compañia. El capitan reconoció en él al oficinista visitador de los cuarteles: ¿qué descubrió aquel héroe en ciernes en el niño que tenia á la vista? Lo cierto es que en el momento lo recibió como distinguido, y le dió un puesto en la marcha. Desde ese dia, Salaverry

lo tomó á su cargo. Usando con él de un estremado rigor, al mismo tiempo que lo enaltecia, elevándolo á sí, y tratándolo como á igual suyo, imponíale todas las cargas, y le daba todo los trabajos de la Mayoria del cuerpo, encargada á él en ausencia del segundo jefe. Nunca lo apartaba de su lado. El mismo le enseñó el manejo de las armas; y el jóven ganó, tanto con aquella intimidad, que muy luego obtuvo el grado de subteniente. Belzu recordó hasta el último dia de su vida, la saludable influencia que aquella severidad protectora ejerció en su juventud; y cuando vino al Perú con el ejército boliviano en la inícua invasion de 1839, rehusó siempre su accion personal en los combates contra aquel que, segun su propia expresion, habia dado nueva vida á su alma,

En 1828, iniciada y abierta la campaña contra Bolivia, Belzu vino con el ejército peruano, mas bien que como soldado, como acompañante de la esposa del general Gamarra, que lo estimaba y distinguia entre los oficiales de su clase.

Llegado el ejército al Desaguadero, Belzu, viendo realizarse la invasion, pidió su separacion del servicio, en razon de no poder entrar á su patria como enemigo. Gamarra quiso disuadirlo de aquella idea; pero la bella Francisca Subiaga, que tambien sabia comprender todo lo que era noble y generoso

aprobó la resolucion del jóven; lo abrazó, y usando del supremo ascendiente que ejercia en el ánimo de su marido, le ordenó acceder á aquella demanda.

Belzu volvió á su pais, donde poco despues tomó servicio como primer ayudante en el batallon 1° de Bolivia.

Posteriormente, habiendo caido en desgracia del general Santa Cruz, presidente de la República en aquella época, fué confinado á Cobija en clase de ayudante de aquella gobernacion

Belzu marchó á desempeñar aquel triste destino con la alegre imprevision de la juventud, y permaneció allí algun tiempo; pero un dia, á consecuencia de una carta en que su anciana madre le manifestaba el temor de no volver á verlo á causa del estado deplorable de su salud, Belzu, sin solicitar licencia de nadie, ensilló su caballo, ciñó su espada y partió.

Llegado á la Paz, fué á presentarse al general Santa Cruz.

Este, al verlo, se imaginó alguna novedad ocurrida en el puerto; y le preguntó el objeto de su venida.

—El destierro me era insoportable—respondió Belzu, con la cruda franqueza que le fué característica —No he cometido ninguna falta que pudiera autorizarlo, y vengo á pedir á V. que lo haga cesar.

Santa Cruz, acostumbrado al servilismo que lo rodeaba, quedó aturdido ante aquella audacia

inaudita en los fastos de su administracion; mas volviendo luego de su asombro á impulsos de la cólera, avanzó hácia Belzu con el puño levantado. Pero el jóven oficial dando un paso atrás, y desnudando á medias su florete, le dijo con serenidad y mesura—Conténgase V. E., y lleve entendido, que, si valiéndose de su autoridad, quiere ultrajarme, la nacion me ha dado esta espada para hacer respetar al soldado que la sirve.

Santa Cruz se contuvo, en efecto; pero mordiéndose el labio de rabia, llamó á su guardia, y haciendo aprender á Belzu, lo mandó en reclusion á la fortaleza de Oruro.

Un dia que el coronel Ballivian pasaba por aquel punto con el batallon 1° que mandaba, fué á visitar en su prision al ayudante que le habian quitado para enviarlo al destierro. Ballivian lo estimaba. Llamábalo *el bajo del batallon;* lo echaba de menos y escribió á Santa Cruz pidiéndole su libertad y su antiguo puesto en el cuerpo.

Santa Cruz concedió lo primero; pero envió á Belzu como supernumerario al batallon N°. 3, que se encontraba en Chichas, y que poco despues pasó de guarnicion á Tarija.

Allí, Belzu conoció, amó y se unió en matrimonio con una hija del general Gorriti, emigrado argentino.

Demasiado jóvenes ambos esposos, no supieron

comprender sus cualidades ni soportar sus defectos; y aquellas dos existencias se separaron para no volver á reunirse sino en la hora suprema al borde del sepulcro.

Santa Cruz, que en su prevencion contra Belzu, y apesar del relevante mérito del jóven oficial, lo habia postergado hasta entonces, le dió al fin, pero como regalo de boda, la efectividad de capitan, y el grado de sargento mayor.

Despues, y sucesivamente, sirvió en el batallon N° 4 y en el ministerio de la guerra, donde se hallaba cuando en Mayo de 1835 se abrió la campaña sobre el Perú.

En la batalla de Yanacocha, donde se distinguió entre los mas valientes, fué ascendido á comandante y segundo gefe de un cuerpo, con el que siguió la campaña sobre el norte.

Belzu desaprobó abiertamente la actitud del mandatario de Bolivia, desde el momento en que de auxiliar se convirtió en conquistador. Consagró lágrimas de dolor y de indignacion al sacrificio de la ilustre víctima del 18 de febrero, y nunca, segun su propia espresion—nunca sino en aquella guerra impolítica, el cumplimiento del deber militar fué penoso para él.

Así cuando el ejército llamado pacificador hubo llegado á Lima y que Belzu encontró incorporados

á él muchos de sus antiguos camaradas del ejército peruano, que ahora lo abordaron cariñosos, él se alejó de ellos con desprecio: aquella alma honrada no podia perdonarles su traicion.

Entre esos hombres habia uno, que, incapaz de comprender el noble sentimiento que dictaba la conducta de Belzu en aquella ocasion, se vengó de él mas tarde; pero como se vengan los traidores; con una venganza ruin. Ese hombre se llama Pezet.

Entre tanto, apesar de las ideas subversivas de Belzu, el ánimo de Santa Cruz habia cambiado mucho respecto á él.

Desde Yanacocha las cualidades de este bravo oficial lo habian forzado á estimarlo; pero demasiado orgulloso para olvidar la severa leccion que dió un dia á su despótica arbitrariedad, lo mantenia alejado. Mas despues del ataque de Ninabamba, en que el valor y la serenidad de Belzu salvaron el honor boliviano, forzando al enemigo á una pronta retirada, Santa Cruz lo olvidó todo, abrazó á Belzu, colmólo de elogios, y lo llevó á su lado.

Abierta la campaña del norte contra el ejército chileno, Belzu dejó de ser edecan de Santa Cruz para servir como segundo jefe en el batallon N° 4, y se distinguió en Buin, y otros encuentros con los valientes hijos de Lautaro.

Un dia, el 20 de Enero de 1839, los dos ejércitos,

perú boliviano y chileno peruano, se encontraron frente á frente en los campos del Yungay.

Los hijos de los héroes de Maipú, á fuerza de audacia habíanse hecho dueños del cerro conocido con el nombre de—*Pan de azucar* y desde allí acribillaban con un fuego mortífero el ejército boliviano.

Santa Cruz, viendo diezmados sus escuadrones, que comenzaban á desbandarse tendió en torno una mirada, y exclamó con esa voz que resonó triunfante en Pichincha—Venga aquí el soldado mas valiente, quien quiera que sea; tome una compañia, y desaloje á los chilenos de aquella cumbre.

Santa Cruz no habia acabado de hablar, cuando Belzu, al frente de una compañia, escalaba las ásperas pendientes del cerro.

Un momento despues, cubierto de ensangrentado polvo, bajaba solo: La compañia entera habia sucumbido.

Sin proferir una palabra; sin pedir órdenes, tomó otra compañía y volvió á la carga.

—Bien ¡comandante Belzu!—le gritó Santa Cruz á lo lejos.

El combate fué ahora largo, encarnizado. Belzu á pié y espada en mano subia al través de la tromba de balas que venian de arriba y barrian á sus soldados,

cuyos mutilados cuerpos rodaban á los precipicios que flanqueaban su camino.

De repente, y á la revuelta de un peñasco donde se habia empeñado una lucha cuerpo á cuerpo, una voz, dominando el tumulto de las armas, gritó en lo alto saliendo de las filas enemigas—

— A la derecha, bravo oficial!

Belzu instintivamente se inclinó hácia aquel lado.

En el mismo instante, un trozo de roca, empujado por la mano de un soldado chileno, cayó á su izquierda y se estrelló en tierra.

Poco despues Belzu bajaba de nuevo solo: toda su gente habia perecido, y él volvia en busca de otro refuerzo.

Esta vez Santa Cruz lo detuvo.

—Basta, bravo entre los bravos—le dijo con voz solemne. El deber está cumplido, el honor satisfecho. Salvemos á nuestros soldados.

En el desbando completo de aquella retirada, Belzu, merced á la influencia que comenzaba ya á ejercer en el ánimo de estos, fué parte á mantener el órden, y reunir á los dispersos, con lo que se logró formar una division compuesta de dos batallones.

Los generales Otero y Pardo de Zela se pusieron á la cabeza de esta fuerza y marcharon al Sur en la intencion de reunirse á Santa Cruz.

Nada se opuso á su paso, hasta el punto de

Cora-cora mas allá de Ayacucho. Allí supieron que aquel á quien iban á buscar, noticioso de la revolucion que le cerraba las puertas de Bolivia, se habia embarcado en Yslay, y navegaba hácia Guayaquil. Abandonados de su jefe, Otero y Pardo de Zela pensaron al fin en capitular. Para ello era necesario mandar las condiciones al encuentro de Gamarra; y Belzu elegido para el desempeño de esa mision, peligrosa en aquellas circunstancias, marchó inmediatamente á cumplirla.

Dos dias despues, el coronel Desestua, destacado con una division al alcance de los restos del ejército de la confederacion, detenia á Belzu y lo hacia prisionero. Conducido al Callao y encerrado en Casamatas con los oficiales bolivianos que cayeron en manos de los vencedores, muchos entre estos antiguos compañeros suyos en el ejército peruano quisieron sacarlo de allí, garantizando su libre morada en Lima. Belzu rechazó este servicio de la amistad, no queriendo abandonar á sus compatriotas en el infortunio.

Y en efecto durante aquel largo cautiverio, Belzu fué su sosten y su campeon contra la arbitrariedad y las crueldades que el gobernador del Callao, pretendia ejercer con los desgraciados prisioneros.

Si en el campo de batalla habia desplegado valor y arrojo, no fué menos el que manifestó desde el

fondo de esa mazmorra, esponiéndose diariamente á la venganza de aquel funcionario. Hoy arrancaba de la puerta del calabozo comun, un cartel humillante, fijado allí por órden del gobernador; mañana, rechazado un nuevo ultraje inferido por este á sus desventurados compañeros salia al encuentro á aquel loco, y lo arrojaba á empellones del recinto de la prision.

Así, poseidos de gratitud y admiracion ante aquel enérgico comportamiento, los prisioneros bolivianos, entre los que figuraban jefes de alto grado, dieron á Belzu el mando de la triste colonia, sometiéndolo todo á su voluntad. De entonces data el ascendiente poderoso que ejerció durante su vida en el alma de sus compatriotas, y que despues de su muerte sublevó un pueblo entero á la sola presencia de su cadáver.

Restituido á la libertad en virtud de un tratado entre el Perú y Bolivia, Belzu regresó á la patria rodeado de un prestijio que puso en alarma á los ambiciosos, y que despues fué con sobrada razon, motivo de rezelo para los gobiernos.

Sin embargo el jeneral Velazco, presidente de Bolivia, lo recibió con distincion, ascendiólo á teniente coronel, y le dió el mando del batallon 7° de linea, cuerpo recien formado, y que Belzu puso luego en pié brillante de disciplina.

Derrocado el gobierno Velazco por una revolucion,

el jeneral Agreda y el coronel Goitia, que la encabezaban, proclamaron al jeneral Santa Cruz, asilado entonces en Guayaquil, y lo llevaron al poder.

Belzu no tomó parte alguna, ni en pro, ni en contra de aquel movimiento: acantonado con su cuerpo en Laja, pueblo situado á seis leguas de la Paz, dejó correr los acontecimientos al grado de la casualidad, esperando, quizá imponerles, á una hora dada, el poderoso contrapeso de su influencia. Así, esa prescindencia fué luego sospechosa á los jefes que dirijian el nuevo órden de cosas. Atribuyéronla á miras de ambicion personal, y resolvieron deshacerse de él, ó al menos alejarlo del teatro político; pero temiéndolo mucho para atacarlo abiertamente, recurrieron á la traicion.

Una noche que, habiendo cedido su alojamiento á la señora del jeneral Vivanco, llegada allí de paso á la Paz, Belzu fué á pedir una cama en el del coronel Goitia, aprovecharon aquella ocasion, y mientras dormia, se arrojaron sobre él; ligaron sus manos, y custodiado por una fuerte escolta lo enviaron camino del Beni.

Pero no habia el prisionero llegado todavia á Samaipata, cuando una nueva revolucion ejecutada en el ejército por los partidarios del general Ballivian, lo restituyó á la libertad.

De regreso á incorporarse al ejército, encontró á

este en Sicasica, donde Ballivian se habia retirado para reforzarlo á fin de rechazar la invasion peruana, que á marchas forzadas seguia sus pasos.

Un mes mas tarde, la aurora del 18 de noviembre encontró los dos ejércitos, peruano y boliviano, frente á frente, y alineados en órden de batalla á mitad de la estensa llanura de Ingavi.

El batallon 9° que Belzu mandaba aquel dia se encontraba á retaguardia y recibió órden de mantenerse allí de reserva. Belzu no tuvo paciencia para esperar que le mandaran entrar en accion: dejó el mando del cuerpo al 2° gefe, desenvainó su espada y se arrojó á vanguardia, donde peleó como soldado.

Al siguiente dia, Ballivian enviaba á Belzu un edecan portador de las charreteras de coronel y de una órden de arresto por haber abandonado su batallon para ir á batirse sin órden superior.

No obstante, aquella buena inteligencia entre Ballivian y Belzu no debia durar mucho tiempo. Aquellos dos hombres, sintiéndose de igual fuerza en arrojo, audacia y valentía, eran tambien demasiado semejantes en cualidades y defectos, para que pudieran respirar en paz la misma atmósfera.

Además, un militar de la importancia de Belzu, debia necesariamente inspirar emulaciones y concitarse enemigos, que deseando su caida, trabajaron para ello.

Las sugestiones de estos acabaron de indisponer contra él el ánimo de Ballivian, que, dado á toda suerte de rezelos, quiso alejarlo del ejército y lo mandó á ocupar la prefectura y comandancia general de Cobija.

Por una coincidencia singular el ódio de dos mandatarios le habia dado el mismo punto de destierro.

Mas, ahora, Belzu, lejos de fastidiarse en aquel árido y triste lugar consagróse enteramente á su mejoramiento material y administrativo.

Llamado de nuevo cerca del gobierno, á causa de los amagos de la guerra con el Perú, á su arribo á la Paz fué nombrado comandante general de la division de vanguardia, y marchó á situarse en la frontera. Pero en el momento que recibia la órden de pasar el Desaguadero, y se disponia á ejecutarla, un despacho del gobierno lo llamó precipitadamente á la Paz.

Ballivian lo recibió teniendo en la mano un anónimo en que acusaban á Belzu de conspiracion en connivencia con los pueblos del sur. Dióselo á leer, y le hizo reconvenciones en las que llevó el enojo á tal punto, que Belzu se vió forzado á renovar en aquella ocasion la escena habida entre él y Santa Cruz á la vuelta de su primer destierro.

Pero las cosas no pasaron esta vez como en

aquella; y si el hijo de Juana Basilia Caleumana sabia dominar sus pasiones hasta la hipocresía, el de Isidora Segurola era demasiado leal para ocultarlas, y muchas veces se dejaba arrastrar por ellas hasta el frenesí.

En un arrebato indigno en aquel grande hombre, llamó á su guardia, y haciendo prender á Belzu lo mandó de último soldado al batallon 9º que con otros cuerpos se hallaba acantonado en el *Obraje;* á una legua de la Paz.

El coronel Honorato, designado para conducirlo, lo entregó al coronel Ballivian, jefe de aquel cuerpo, y Belzu, despojado de las insignias de su rango, fué dado de alta como soldado raso.

Este incidente produjo grande escándalo en el ejército. Los jefes se creyeron ultrajados en su clase, y los soldados, que tenian ya por Belzu esa adhesion que despues se elevó á las proporciones religiosas de un culto, lo rodearon, murmurando sordas amenazas, que dieron á Belzu el pensamiento de una pronta venganza.

En efecto, hablar á la tropa y ponerla de acuerdo con sus proyectos, fué para él obra de pocas horas.

Dueño de todas las fuerzas acampadas en el *Obraje*, á las cuatro de la mañana del 5 de julio, mientras reinaban entorno la oscuridad y el silencio, levantóse de repente del jergon en que yacia, y

dando la voz convenida, á cuya seña la tropa se alzó en pie y tomó las armas, púsose á la cabeza del batallon 9º y seguido de los otros cuerpos, marchó sobre la Paz.

Apoderóse de la plaza sin ser sentido; marchó con tres compañías al cuartel del escuadron que, junto con un batallon mandado por el coronel Dávalos, guarnecia la ciudad; sacó formados ambos cuerpos, y los llevó á incorporarse al resto de la fuerza. En seguida, tomando dos compañías, se dirige á palacio, y ordena á la guardia abrir la puerta. Franca ya esta, no se encontró á Ballivian, que avisado á tiempo se habia puesto en salvo.

Viendo fracasado el movimiento en su objeto primordial, la tropa se inclinó á las sugestiones del coronel Mariano Ballivian, traido allí preso; y el tumulto de la reaccion recorrió las filas.

Belzu oyó los gritos de la defeccion; y rodeado de enemigos conoció que era necesario huir para salvarse.

En ese momento, una mano amiga echó sobre sus hombros una capa de paisano y lo impelió hácia una calle oscura y solitaria. Era el coronel Mariano Ballivian. Condiscípulo de Belzu, lo habia amado siempre; y en ese momento, corazon magnánimo, no solamente lo amaba: lo admiraba.

Belzu salvó á favor de la tenue luz crepuscular.

Solo, perseguido, y cercado por todas partes, guardóse de intentar la salida de la ciudad, cuyas garitas estaban vijiladas; y pasando sobre millares de peligros, logró por fin refugiarse en la choza de un indio, á las orillas del rio de *Challapampa.*

Allí vino á buscarlo un amigo, lo ocultó en un subterraneo bajo los cimientos de su casa, y con salida á la de una señora que vivia en el retiro acompañada de una negra.

A esta dió el ama el encargo de cuidar al fugitivo; mision que la negra desempeñó con la adhesion y fidelidad características en su raza.

Belzu permaneció allí escondido tres meses, en tanto que, en la ciudad y sus contornos se hacian para encontrarlo, esquisítas diligencias.

Sin embargo, la monotonia de aquel encierro se volvió luego insoportable por el caracter activo, impetuoso y osado del proscrito, que sin hablar de ello á sus amigos, comenzó á buscar los medios de efectuar una fuga á pesar de los riesgos que la hacian imposible.

Una mañana de setiembre el señor Saenz, arjentino establecido en la Paz, se hallaba en la garita del *Panteon* y hablaba con el guarda en lo bajo del corredor al borde del camino.

Mientras hablaba, su mirada, vagando distraida, cayó sobre un indio que, con el kepi á la espalda

y en la mano el bordon del viagero, subia la áspera senda que conduce á la cuesta. La elevada estatura de aquel hombre, estraña á la raza indígena, fijó su atencion en el caminante, y los ojos de ambos se encontraron.

Cuáles serian su sorpresa y su inquietud al reconocer á Belzu!

Por una rápida inspiracion, cogió bruscamente al guarda por el brazo, y le mostró un águila que volaba sobre sus cabezas, distrayendo de aquel modo la vijilancia del funcionario, mientras el fugitivo se perdia entre los matorrales del camino hondo y pedregoso que desemboca ante el arco del cementerio.

Acostumbrado á las rudas fatigas del soldado, y á favor de aquel disfraz, el proscrito caminó todo el dia y á las siete de la noche atravesaba en una balsa el lago de Titicaca, y pocas horas mas tarde, descansaba libre en el suelo del Perú.

No de allí á mucho, hallándose en Arequipa, llamólo de nuevo á Bolivia la revolucion que, encabezada por los jenerales Agreda é Irigoyen, estalló en los departamentos del sur. Belzu se situó en Pomata; y una noche acompañado de algunos bolivianos que proscritos como él, habian venido á reunírsele, pasó el Desaguadero, y se apoderó de la fuerza que lo guardaba; mas bien esta, al reconocerlos se le plegó, entrando de lleno en sus miras.

Al dia siguiente se hacia dueño de dos compañías del batallon 1° que destacadas contra él de la Paz, á la primera noticia de su entrada al territorio boliviano, lo encontraron en Guarina y se reunieron á él con gritos de entusiasmo.

De allí se dirigió á la provincia de Muñecas, cuyos habitantes, levantados en masa, se pusieron á sus órdenes, proporcionándole toda suerte de recursos.

Poco despues, la revolucion del sur, mal apagada en *Vitiche*, se estendió al norte, y estalló en la Paz, encabezada por el coronel Ravelo, quien inmediatamente envió una comision cerca de Belzu para llamarlo á nombre del pueblo, que reclamaba su presencia.

A su entrada á la Paz recibió Belzu expléndidas ovaciones; y el pueblo, reunido en comicio, le confirió la pluma blanca de jeneral.

Muy luego la revolucion se estendió en todos los ámbitos de Bolivia; Ballivian abdicó, retirándose al esterior, y Belzu fué llamado al poder.

Belzu lo rehusó, y envió emisarios al general Velazco, emigrado entonces en la República Argentina, y salió él mismo á su encuentro reuniéndosele en Sucre, y lo invistió del mando supremo.

Que motivos aconsejaron á Belzu no aceptarlo

para sí? La conviccion, quizás, de que aun no habia llegado su hora.

La verdad es que él empleó toda su influencia para sostener á Velazco en el poder, hasta que las intrigas de los partidos lograron separar á estos dos hombres, que, unidos, tanto bien habian hecho á Bolivia.

Impresionado por las sugestiones de Olañeta, hombre superior, ambicioso, é interesado en desquiciar el nuevo órden de cosas, Velazco empezó á desconfiar de Belzu, y muy luego la enemistad se declaró entre ellos.

Un dia, con la exentricidad caballeresca genial en él, Belzu se declara desligado de sus compromisos con el gobierno, renuncia la cartera de la guerra, que servía, y dejando la capital sin anunciarlo á Velazco; marchó al norte, donde unido á varios cuerpos del ejército, proclamó la revolucion que aceptaron, Oruro, Cochabamba y la Paz.

Muy luego, y despues de un combate con el resto de las fuerzas que le quedaban al gobierno, Belzu invocado por los pueblos, ascendía al poder.

La narradora rehusa seguirlo en aquel elevado puesto en que la esposa rehusó acompañarlo tambien.

Pero, llegado á esas cimas vertiginosas de la vida, Belzu no se deslumbró. Guardó siempre su rectitud incontrastable, su amor á la verdad, y una generosidad

que mas de una vez desarmó á sus enemigos convirtiendo su odio en fanática adhesion.

Así logró frustrar infinitas revoluciones tramadas contra él en aquel pais clásico de la conspiracion, á pesar del oro de los ricos, enconados por la proteccion que dispensaba á los infelices indios, defendiéndolos de sus inicuas arbitrariedades con severa energía.

Realizó, en la hacienda pública, grandes economías que llenaron las arcas nacionales, mantuvo en respetuosa amistad á las repúblicas vecinas, y cumplido su periodo legal, caso único desde la fundacion de Bolivia, transmitió el poder á su sucesor, y se retiró á Europa.

Allí vuelto á la vida privada, hacíase notar por su conmiseracion hácia los menesterosos. En aquellos paises, donde la civilizacion, refinando los goces ha entronizado el egoismo, mirábase con estrañeza y creíase loco á ese filántropo que recorria las comarcas derramando socorros y consuelos sobre los desgraciados.

Empuñó el bordon de peregrino y visitó la Tierra Santa; habitó bajo las tiendas del arabe; recorrió la Turquia y el Egipto; escaló las Pirámides, y subió el Nilo hasta sus cataratas.

En aquellas remotas soledades, fueron á buscarlo los primeros apremios de sus compatriotas que lo llamaban, invocando su civismo contra la despótica

arbitrariedad de Linares, elevado al poder por una revolucion.

Belzu sabia á que atenerse respecto á lo que ellos llamaban arbitrariedad en la conducta de aquel mandatario: sabia que era la severidad necesaria en ese país profundamente desmoralizado por la accion de una continuada guerra civil.

Así, no solamente la aprobó, sino que le escribió congratulándolo por aquel rigor saludable en esa actualidad: rigor á que él no tuvo necesidad de recurrir en iguales circunstancias, por que le bastaba solo el prestigio de su nombre.

Como Ballivian, como Velazco, como Córdoba, Linares cayó tambien, espulsado del poder por sus mismos amigos, y enfermo, casi moribundo, desamparado de todos, refugióse en Chile: y el general Achá, *nulidad* militar, fué elevado al poder.

Juguete de los partidos, durante el periodo de su administracion se perpetraron en Bolivia atrocidades cuyo recuerdo estremece de horror, y que han dejado en aquel pais una herencia de odios que no se estinguirá jamás.

II

La campaña de seis dias

Bolivia acababa de ver sucumbir su poder constitucional, bajo la accion violenta de un motin

militar. Las causas que determinaron aquella catástrofe surjieron todas de la debilidad y vacilacion que caracterizaron siempre los actos de la administracion Achá.

El periódo de aquel mandatario tocaba á su fin. Las actas populares proclamaban la candidatura del general Belzu; y este nombre de mágica influencia en las muchedumbres, despertaba, de un confin á otro de la república, ideas de prosperidad y bienandanza, olvidadas hacia largo tiempo. La trasmision legal iba á efectuarse, y Bolivia se presajiaba una era de ventura.

Sin embargo, aquel de quien la esperaba, en un voluntario ostracismo, se mantenia lejano. Sentado en los hogares de un pueblo estraño, solo, pobre y perseguido por la ruin venganza de un gobernante hostil, negábase al llamamiento de sus compatriotas, á los ruegos de sus amigos y al propio anhelo de su alma, no queriendo que su presencia influyerade manera alguna en la espontaneidad del voto nacional.

Entre tanto, una hoguera de intrigas ardia en el seno de esa patria, á cuya tranquilidad se sacrificaba él con tanta abnegacion. Gavillas de ambiciosos recorrian el pais, entregándose á toda suerte de manejos para escalar el poder.

Y así llegó el 28 de diciembre, en cuya alborada estalló en Cochabamba una insurreccion de cuartel.

Encabezábala un soldado oscuro, uno de esos jenerales forjados por el favoritismo de actualidad, y cuyas charreteras arrancan burlonas sonrisas: Melgarejo.

Quien era ese hombre? ¿de donde salió, y como cayó en las cuadras de un cuartel? Nadie se ocupó nunca de averiguarlo. Es probable que una de esas levas, que de vez en cuando espuman las masas, lo llevó á vestir la jerga del soldado.

Una noche en diciembre de 1840 estalló un motin en el batallon «Legion,» que guarnecía la plaza de Oruro. Encabezábanlo tres sargentos: Choque, Pecho y Melgarejo.

El objeto de aquel motin fué el pillaje. En efecto, saquearon la ciudad y se dispersaron. Melgarejo fué á dar á Tacna, donde se hallaba emigrado el general Ballivian, que lo acogió en su casa, y despues lo trajo consigo á Bolivia.

Despues, solo tres veces ha sonado el nombre de Melgarejo: las tres en sentencias de muerte pronunciadas por consejos de guerra y revocadas por Belzu, que tres veces le salvó la vida.

El 20 de febrero de 18... la « Epoca de la Paz » rejistraba en sus columnas un voto de gratitud dirijido á Belzu por un reo indultado. Firmábalo Mariano Melgarejo.

He ahí el pasado del hombre que el 28 de diciembre asaltó como un bandido el poder constitucional, el

vándalo, que cañoneó una ciudad pacífica, entregada al sueño; y pisoteando el libro sagrado de la Ley, se invistió del mando supremo por su propia autoridad, pasando sin transicion de los bancos de la taberna al dosel presidencial.

Así, el primer acto de su sacrílego triunfo, fué dar muerte á la constitucion. Disolvió el Consejo de Estado, suprimió el municipio, ese elemento equilibrador entre el gobierno y el ciudadano. Plantó la pluma blanca, consagrada al mérito militar, en cabezas infames, dilapidó en torpes saturnales el tesoro nacional, y puso la república como se halla: al borde de un abismo.

El general Belzu se encontraba por entonces en Islay. El, que, sumiso hasta el fanatismo á la ley constitucional, habia resistido al llamamiento de los pueblos, que levantados en masa, lo proclamaron unánimes en marzo de 1862, ahora, á la noticia del peligro inminente que amenazaba á la patria, solo, inerme contando unicamente con su valor, corrió á salvarle ó morir. Ni en el desfiladero de Leonidas, ni el abismo de Curcio, hubo mas abnegacion que en esas etapas solemnes de Arica á Corocoro, donde llegando solo con su criado, se presentó á tomar el cuartel.

Al verlo, los soldados cayeron de rodillas, y le presentaron las armas. ¿Qué sostenia á aquel hombre

en ese sublime abandono de sí mismo? Su confianza en la mision de dicha prosperidad que tenia para la patria, su fe en el amor del pueblo. No engañó esa fe al ilustre martir: el pueblo le ha elevado templos en su alma.

El 20 de marzo, la Paz se despertó conmovida con estas palabras: Belzu viene!

Desde esa hora, la ciudad bullia en gozosa agitacion. El pueblo, sin armas, llevando solo en los labios el nombre de Belzu, se arrojó sobre la columna que habia quedado de guarnicion. El oficial que la mandaba (Cortez) ordenó hacer fuego; pero la multitud ahogó aquel movimiento, arremolinándose, compacta en torno de la tropa, y arrebatándole las armas.

A vista de sus soldados vencidos sin pelear, Cortez se puso en fuga.

Esa noche, y al siguiente dia, los caminos estaban invadidos por largas hileras de peregrinos que, el alma llena de fervor, corrian al encuentro de aquel hombre tan largo tiempo deseado. Su inesperada presencia en Bolivia les parecia un sueño. Pero muy luego, aquellos que se habian adelantado, volvieron sucesivamente, clamando—Ya está en Corocoro!—Ya está en Viache!—Ya está en el Alto!

Aquello fué una escena de locura, de idolatría. Ese hombre no caminaba: lo llevaban en brazos. Seguíanlo

pueblos enteros, contemplándolo maravillados; y los que estaban lejos pedian á gritos que los dejaron acercarse para tocarlo, y convencerse de que no era una ilusion. Oh! bello debe ser verse amado de esa suerte: las últimas horas de aquella existencia valian siglos de ventura.

Y él, entregado á esa dicha suprema; al gozo de volver á ver la tierra natal, de aspirar su aire, y soñar para ello la realizacion de las ideas de mejora y progreso recogidas en sus lejanos viajes, se adormecia en una indolencia estraña en las circunstancias, y enteramente agena á aquella activa naturaleza. Habríase dicho que lo retenia la mano de la fatalidad.

Así pasaron cuatro dias.

En ese corto espacio, cuántos tiernos episodios vinieron á probarle á cada momento el amor entusiasta de sus compatriotas. Los padres le llevaban sus hijos, equipados para el combate; las señoras le enviaban armas cargadas por su mano, y adornadas con ramilletes de flores; las pobres verduleras y fruteras del mercado, desenterrando el producto de los sudores de toda su vida, le llevaron el dinero con que se hizo aquella campaña. Una mendiga paralítica, se arrastró hasta sus piés, y poniendo en sus manos una alcancía en que guardaba, quien sabe cuanto tiempo hacia, los ahorros de la caridad

pública, le dijo que allí encontraria algo de sus limosnas. Belzu recibió esta ofrenda llorando de enternecimiento.

Los jóvenes mas apuestos de la ciudad se le presentaron armados de rifles, para combatir á su lado. Mas de doscientos niños de todas edades y condiciones, solicitaron formarse en cuerpo y velar cerca de él.

Entre tanto, el tiempo trascurria, sin que los amigos de Belzu pudieran alcanzar de él la órden de fortificar la plaza para ponerse en actitud de defensa contra Melgarejo, que, recibiendo aviso en Oruro, regresaba á marchas forzadas. Indignábase cuando le hablaban de levantar barricadas, que pudiesen causar daño á la ciudad; y con la poca fuerza que contaba queria batirse en el campo.

El 25 de marzo, un extraordinario anunció la aproximacion de Melgarejo con su ejército, y algunas horas despues una fuerte avanzada se presentó en el Alto. Belzu mismo seguido de algunos de los suyos, le salió al encuentro. La avanzada huyó, dejando un rezagado que fué hecho prisionero. El pueblo, reconociendo en él á uno de los que habian ido de la Paz á incorporarse á Malgarejo, quizo matarlo. Belzu lo defendió y para mejor asegurar su vida, mandó llevarlo á palacio.

Aquella noche, habiendo al fin conseguido de Belzu

el asentimiento deseado, el pueblo, secundado por Edelmira la heróica hija de Belzu, se entregó á los trabajos de fortificacion.

Fantástico era el espectáculo que presentaba aquella noche la Paz. Hombres, mujeres y niños, todos acudian cargando adobes, piedras, y toda especie de materiales. Luego, transformados de cargadores en ingenieros, trabajaron toda la noche, á la luz de las fogatas alimentadas por los niños.

A la mañana siguiente, la plaza como por encanto, se hallaba circuida de fuertes barricadas, y el pueblo, ébrio de entusiasmo, armado solamente de ciento ochenta fusiles, se preparó á la pelea y esperó.

Así pasó el 26 de marzo. En la noche, Belzu visitaba las barricadas, donde fué recibido con gozosas aclamaciones, volvió á palacio; se acostó en su cama y durmió tranquilo, cual si ningun peligro lo amenazara. Cerca de él velaba su hija. La pobre niña, avezada á las catástrofes y profundamente inquieta, sentia sin embargo, abrirse su alma á la confianza, ante aquella impasible serenidad. No presentia que estaba velando el último sueño de un moribundo.

A las doce del siguiente dia, Melgarejo llegaba al Alto. Los que estuvieron á su lado cuentan que al divisar la ciudad que se estendia abajo, fortificada

y hostil, se detuvo para darse lo que es fama que el llama—*baño de inspiracion:* la embriaguez.

En efecto, cuanto ese hombre ha hecho hasta hora, absurdo ó criminal, todo fué inspirado por ese degradante vicio. Entonces, por ejemplo, dicen que echando en torno una mirada rezelosa, dijo á uno de los suyos.

—Hoy desconfío del ejército, y voy á *anticipar* un escarmiento, fusilando al primero que se me presente.

En ese momento el capitan Cortez, aquel oficial que mandaba la fuerza de guarnicion vencida por el pueblo seis dias antes, y que huyendo se ocultó en el pueblo de Achocalle, saliendo de su escondite alcanzó al ejército, y vino á presentarse á Melgarejo.

Verlo, mandar salir cuatro tiradores y ordenar hacerle fuego, fué asunto de un instante. En vano el desgraciado probó que habia cumplido su deber hasta el fin, en la noche del 21; en vano viendo la inutilidad de su justificacion, se asió desesperado á la capa de Melgarejo. Este lo magulló á golpes con el cañon de su revólver; y uno de sus edecanes haciendo el oficio de verdugo, arrancó de las manos del desventurado, aquel paño, único resto de su esperanza. Entonces empezó sobre el pobre Cortez un fuego graneado que lo mató á pausas; y por encima de su cuerpo palpitante pasó el ejército, acabando de mutilarlo los acerados cascos de los caballos.

Despues de este sangriento episodio, Melgarejo descendió del Alto y atacó las barricadas. El pueblo las defendió con un denuedo que puso en derrota al ejército.

El ataque preparado por Melgarejo conforme á un plan que cierto ingenioso sucrense le envió al enemigo, fué dirigido á la barricada de la Merced, penetrando por las puertas traseras del convento, forzadas á cañonazos, como las del templo mismo, que fué el teatro de un sangriento combate. Melgarejo se constituyó alli en persona, con sus mejores materiales de guerra, cañones, jefes y soldados ofreciéndolos en holocausto esteril á los tiros de la barricada, mientras él solo se mantenia á cubierto. Esto esplica como en aquella matanza horrible que cubrió de cadáveres el atrio y una parte del templo, él solo quedó ileso.

Llegó en fin el momento en que faltó á Melgarejo la obediencia ciega del soldado, ante el espectáculo de la sangre que corria sin provecho alguno para los asaltadores de la plaza. Entonces, desesperado de todo espediente, hizo alto al combate, y fué á vagar solo por las inmediaciones desiertas que estaban al abrigo de los fuegos de la plaza. Ignoraba que allí donde habia buscado un refugio se hallaba precisamente bajo los rifles de veinte valientes apostados en las bóvedas de la Merced, y mandados por el bravo Larrea, que les impidió matarlo,

recordándoles la órden que tenian de Belzu para respetar su vida.

No menor resolucion que entre los asaltadores de la barricada de la Merced, reinaba en todos los grupos del ejército agresor. Situados en torno de la plaza, contemplaban con espanto su desesperada posicion. Hallábanse entre un pueblo pronto á lanzarse sobre ellos, y las balas de la barricada, certeras, inexorables. Su derrota estaba consumada, y no les quedaba ni el recurso de la fuga; pues los que pudieron huir, eran perseguidos por el pueblo, que, en la prevision de aquel caso, se hallaba fuera de barricadas. Así ninguno de ellos aspiraba á otra cosa que á una ocasion de rendirse, cualquiera que fuese, á todo trance ó condicion.

Convencidos con escarmiento de que las barricadas eran, no solo inexpugnables, sino inatacables, poseidos de esta certidumbre, cesó el fuego de ataque en todas direcciones.

Aprovechando este momento, el coronel Peña invitado á fraternizar con el pueblo, entró en la plaza con ciento treinta hombres de su cuerpo, no pasado sino vendido. Belzu los recibió con abrazos, y prohibió el desarme de los rendidos: imprudencia agena de un veterano, y que tan caro debia pagar luego.

Es indecible el gozo que se apoderó de los soldados

al penetrar en la plaza, viéndose recibidos con tan magnánimas demostraciones de simpatía.

Los soldados apostados en otras direcciones siguieron el ejemplo de los primeros: se presentaron rendidos en las barricadas, que les dieron entrada franca; y bien pronto el palacio en que se hallaba Belzu y sus inmensos salones se llenaron de gefes y soldados, que estrechándose en torno de él y mezclados con los defensores de la plaza, formaron una delirante confusion de abrazos y aclamaciones.

Esta escena, aun que tornó la suerte de ese dia en sangre y luto para los vencedores, y por largo tiempo en ruina y exterminio para Bolivia, será tambien un timbre de gloria para los nobles hijos del Illimani. El terrible desenlace de esa jornada habrá servido al menos, para realzar la virtud y el heroismo de ese pueblo que venció por su valor y sucumbió por su magnanimidad. Enorgullécete Paz, Niobé trájico y sublime de los Andes! aun cayendo, conquistaste siempre un nombre inmortal. Y tú, grande y gloriosa víctima de ese dia; regocíjate que tu sangre no habrá corrido en vano para el porvenir de esa tierra que te fué tan querida.

Mientras Belzu se adormecia imprudente, al arrullo de aquella inmensa ovacion, por las barricadas abandonadas ya, en la certeza del triunfo, entraban y salian emisarios que informaron á Melgarejo del

estado de la plaza, y de la insensata confianza que embargaba á Belzu en aquel momento decisivo. Eran estos, gefes y oficiales, desecho del ejército en épocas anteriores, recojidos por Melgarejo, y que aviniéndose mal con el triunfo de Belzu, penetraron pérfidamente con el objeto de provocar una reaccion en el ejército rendido, una vez que esta era ya superior en armas y número á los defensores de la plaza.

Melgarejo que un momento antes solo y abandonado queria darse un balazo, para escapar á la vez de la vergüenza y de la ira del pueblo, doblemente reanimado ahora, por la esperanza y por el alcohol, que en casos dados es para él un motor de corage, tuvo una idea; idea siniestra que irradió en su estrecho cerebro, como la luz que enciende la noche en la pupila del tigre.

Rondando en torno de la plaza por calles desiertas, volvióse de repente á los pocos húsares que lo acompañaban y les ordenó seguirlo.

Bajó la pendiente calle á espaldas de la Merced, costeando sus muros; torció á la derecha, y se presentó en la barricada que cerraba la calle de las Cajas.

Por desgracia, los soldados que la guardaban, arrastrados por el contagio de la funesta confianza de Belzu, habian abandonado su puesto, y mezclados con los rendidos llenaban en ese momento la plaza.

Tan desierta estaba la barricada que los húsares

tuvieron tiempo para derribar los adobes necesarios al paso de los caballos.

Melgarejo no fué apercibido hasta que llegó al ángulo de la plaza. Allí un grupo de soldados lo detuvo; pero él vivó á Belzu, y estos le dieron paso.

La súbita presencia de Melgarejo en el patio de palacio pasmó á todos, soldados y paisanos. Lo creian prófugo y de repente lo veian allí. Asi, unos lo juzgaban prisionero, otros que rendido venia á presentarse á Belzu.

Este, al saber lo que ocurria, creyó lo mismo; y dió órden para que lo dejaran entrar, reiterando la órden que ya habia dado para que no se le ofendiera en manera alguna. Y cuando uno de los suyos, (Machicado) lo insultó en la escalera de palacio, y lo asió por el cuello, Belzu mandó á su sobrino para que prohibiera en su nombre el tocar siquiera á la persona de Melgarejo.

Cuatro veces habia salvado la vida á ese hombre: y tenia por aquella existencia el apego simpático que nos inspiran los objetos librados por nosotros de la destruccion.

Pero la muerte de Machicado, que cayó bajo la espada de Melgarejo, puso de manifiesto el carácter con que este entraba.

Los paisanos, que habian ya dejado las armas, viéndose cercados de soldados, y creyendo en una

traicion preconcebida, recurrieron á la fuga; y estos hallándose dueños del sitio, y al frente suyo el jefe que un momento antes los mandaba, obedecieron maquinalmente á la reaccion.

Aprovechando este momento de asombro, Melgarejo subió hasta la antesala que precede al gran salon de palacio.

Belzu ignoraba lo que en ese momento acababa de pasar, lleno de confianza y desarmado, salió á recibir al funesto huesped, y le tendió los brazos. El coronel Campero que precedia de un paso á Melgarejo, interceptó aquel abrazo.

Melgarejo entonces en voz baja, dió órden á dos rifleros que habian subido con él, de hacer fuego sobre Belzu. Estos no obedecieron.

En ese momento Belzu, separándose de los brazos de Campero, los tendió de nuevo á Melgarejo.

—Está V. libre—comenzó á decirle. Pero á las primeras palabras la voz se estinguió en su lábio y cayó al suelo bañado en sangre.

Melgarejo habia sacado de su seno un revólver, y mientras con el brazo derecho simulaba un abrazo, con su mano izquierda le atravesó las sienes con una bala que produjo la muerte instantanea.

Despues de este crimen, Melgarejo saliendo á la galeria que se abre sobre el patio, gritó—Belzu ha muerto.

Estas palabras consumaron la reaccion. El asesino huyó de aquel sitio, espantado por la sombra de Belzu, cuyo cadaver, recojido con religiosa veneracion, fué trasladado á su casa, seguido por una multitud de pueblo, que no arredraba la tromba de balas que barria las calles, acribillando á los fugitivos vencedores, de la plaza.

En un salon convertido en capilla ardiente, él cadáver de Belzu yacía rodeado del triple silencio de la noche, de la muerte y del dolor.

Hácia fuera en la calle, al otro lado de la puerta cerrada, oíase un rumor que iba creciendo gradualmente y que á la primera luz del alba se tornó formidable. Muy luego, golpes espantosos sacudieron aquella puerta que amenazó caer. Abierta al fin, una inmensa multitud invadió el patio y las escaleras; y precipitándose en el salon mortuorio, se arrojó sobre el cadáver exalando gritos de dolor. Allí permaneció tres dias, renovándose sin cesar, gimiendo, amenazando.

Asustado Melgarejo ante la audacia de aquel dolor popular, pretendió hacer á Belzu los honores fúnebres que prescribia su rango. El pueblo declaró que no lo consentiria; y que daria muerte al soldado que se atreviera á seguir el convoy fúnebre. Y apoderado del cadáver, el pueblo lo revistió de las insignias del

supremo mando, y lo llevó en procesion á su última morada.

Asi pasó á la tumba y á la historia aquel hombre, que pudo gloriarse de haber fanatizado y hecho eterno el mas inconstante de los sentimientos humanos, el amor popular.

La distinguida señora, la pobre obrera, el artesano, el mendigo, guardan entre los relicarios venerados de su piedad, el retrato de Belzu. Penetrad en el interior de las punas, y vereis en las chozas de los miserables indios, arder devotas lámparas ante su imágen.

El solo vínculo que puede unir entre sí á los pueblos de Bolivia, antagonistas en intereses y carácter, es el sentimiento democrático; y Belzu era el primero, el último y poderoso representante de ese sentimiento, que fué el secreto de la mágica influencia que ejercia y ejercerá todavia largo tiempo en el alma del pueblo.

Hoy solo quedan alli caudillos locales, que para sublevar las multitudes se ven obligados á representar recuerdos nefastos, y á predicar en teorías y hechos la disolucion.

Ojalá que aquella catástrofe, y el holocausto de ese protagonista de la democrácia cierren el drama terrible entre Cain y Abel, que se repite en ese pais con espantosa frecuencia.

Bolivia en pleno siglo diez y nueve, parece vivir todavia bajo el inexorable númen de la fatalidad mitológica. Su prolongada y sangrienta tragedia reproduce hoy todos los horrores que refleja en nuestros dias el teatro antiguo; y sus hijos ofrecen en espectáculo al mundo de los cristianos otros tantos Orestes y Agamenones, Eteocles y Polinices. Sus presidentes pasan á nuestra vista como los reyes de Macbeth, brotando sangre y protestando contra el crímen que les arrancó la vida.

¿ Cual será el término de este cúmulo de horrores? ¿ donde nos conducirá?

¡Haga el señor, como en el Génesis, de ese caos nacer la luz!

FIN DE BELZU

LOS MELLIZOS DEL ILLIMANI

HISTORIA CONTEMPORANEA

Eran dos; y en efecto, se les hubiera creido jemelos. Sin embargo, Alvarez y Loaiza eran solo amigos.

Pero amigos, con esa amistad de la infancia, lazo mas fuerte que el parentesco y que el amor.

Hijos de dos familias unidas por una larga vecindad, nacidos en un mismo dia, meciólos la misma cuna, y de ella bajaron asidos de las manos para recorrer los senderos de la vida.

Juntos entraron en la escuela; juntos lloraron ante el terrible problema del alfabeto; juntos atravesaron el monótono espacio que se estiende desde el *Ba* hasta el *Zun*. Juntos hicieron las primeras travesuras, y juntos recibieron los condignos palmetazos. Juntos dejaron la *miga* para pasar al colegio; y juntos se rellenaron de griego y de latin; juntos hicieron su entrada en el mundo; juntos corrieron la vida

borrascosa de solteros, y juntos pidieron, obtuvieron y recibieron en matrimonio á dos buenas mozas, amadas con idéntico amor, y con igual entusiasmo.

Pero ay! que aquí esa doble existencia se bifurcó de una manera dolorosa para aquellos dos corazones fundidos en uno solo.

Las esposas se rebelaron contra esa amistad llevada al terreno de lo sublime; creyéronse defraudadas en sus derechos al amor que contaran monopolizar; y la mujer de Alvarez miró de reojo á Loaiza; y la mujer de Loaiza dió á Alvarez con la puerta en las narices.

Pero ellos estaban demasiado habituados á esta vida de intimidad inalterable, para resignarse á romperla; y si el hogar del uno estaba vedado al otro, la ciudad les ofrecia su larga alameda, sombrosa y perfumada, donde los dos amigos pasaban largas horas entregados á las encantadas reminiscencias del pasado.

Vestidos con la rigorosa igualdad que usaron desde la infancia hasta la vejez, bajo cuya apariencia los presentamos, cubria sus hombros una capa española de color turquí, que contrastaba singularmente con sus cabelleras blancas de largos y plateados bucles.

Cada tarde á la hora del crepúsculo, cuando el sol se oculta, y que el sacro monte á cuya falda se estiende la opulenta *Chuquiago*, hace resplandecer

en el éter la nieve de sus ventisqueros, y cambia en azul el rojo violado de su granítico pié, veíase aparecer al mismo tiempo á los dos amigos, el uno atravesando el puente de Socabaya, el otro descendiendo la calle de Cochabambinos, reunirse bajo el arco de la alameda, estrecharse las manos y desaparecer juntos entre la fronda de los rosales.

En las pláticas de aquellos solitarios paseos, el presente y el porvenir estaban proscritos.

—Te acuerdas?—decia el uno, señalando el vuelo de una ave en busca de su nido.

—Te acuerdas?—decia el otro, escuchando á lo lejos las dolientes notas de un yaraví.

Y Alvarez dirijia una mirada de temor hácia la calle de Chirinos; y Loaiza otra de miedo hácia la plaza de San Francisco.

Un dia, Alvarez esperó en vano á su amigo: Loaiza no vino; y Alvarez regresó á su casa, quebrantado el corazon, y el alma llena de lúgubres presentimientos. ¿Cómo saber lo que habia sido de Loaiza? Alvarez estaba desterrado de la morada de su amigo; y el nombre de este proscrito en su casa.

Y la ausencia de Loaiza se prolongaba, y una terrible inquietud se apoderaba de Alvarez, inquietud que se aumentaba con la estraña alegria, que se pintaba en el semblante de su mujer.

Alvarez, fué á vagar en torno á la casa, de su amigo, y pasó ante su puerta.

El patio estaba lleno de gente arrodillada en la actitud de la plegaria.

Alvarez, con el corazon palpitante y la voz trémula, preguntó lo que aquello significaba.

—El dueño de esta casa está moribundo y le administran los sacramentos—le respondieron.

Alvarez cayó como herido del rayo, y fué conducido á su casa privado de conocimiento.

Tres dias despues dos féretros ocupaban lo alto de uu catafalco, levantado en el templo de la Merced; y algunas horas mas tarde, la puerta del cementerio se abria para recibir los restos de aquellos que no habian querido separarse ni en la muerte, y que eran llamados *los mellizos del Illimani* por sus capas azules y sus nevadas cabelleras.

FIN DE LOS MELLIZOS DEL ILLIMANI

UNA VISITA AL MANICOMIO

I

En el lindo pueblecito del Cercado, lugar sombroso y romántico, situado como un apéndice de Lima, entre el circuito de sus murallas, elévase ese suntuoso y lúgubre edificio rodeado de huertos, jardines y fuentes.

Envuélvelo profundo silencio, tan solo interrumpido allá, de vez en cuando, por algun estraño grito que aleja á los paseantes de aquel ameno sitio, y desgarra el corazon á aquellos que vagan atraidos por el amor de seres queridos encerrados entre sus fúnebres muros. Cuán honda compasion inspiran esas madres, hijas y esposas que vienen cada dia á pasar horas enteras ante la gran verja, pegado el rostro á las barras de hierro, fijos los tristes ojos en esa puerta que recuerda el *Lacciate ogni speranza* de la terrible leyenda.

—Jamás me atreveria á pasar esos siniestros

umbrales, madre Teresa—dije á la hermana de Caridad, superiora de esa casa, un dia que pasando por allí me divisó desde el perístilo, y me llamaba con espresivas señas.

—Pues sí, que los atravesará usted— insistió ella, viniendo á mí, que me habia detenido cerca de la verja. Estaba vacilando, entre usted y Carmencita, para dar á la una ó la otra una delicada mision.

—De qué se trata, madre?

—De devolver á su familia á Delfina H. que está ya del todo curada de su locura; pero empleando para ello las precauciones necesarias á fin de que no se aperciba de que lugar sale, pues la hemos hecho creer que se halla en una casa de campo á seis leguas de Lima, donde la hermana Maria y yo estamos convalesciendo, y la trajimos á ella enferma de tercianas á la cabeza. Hé ahí todo. Ahora invente usted á su modo y compóngase como pueda.

—Y bien! espéreme usted aqui un momento!.... Supongo que en este carruage he de llevarla.

—Precisamente.

—Vuelvo luego.

Corrí á casa de una amiga que habita en la huerta inmediata, dejo mi manto, endoso una talma, calo un sombrerito, y regreso á reunirme con madre Teresa. Dí préviamente algunas órdenes al cochero, y seguí

á aquella en el interior de esa mansion mas temible que la tumba.

Asida al brazo de la superiora caminaba yo profundamente conmovida á la idea de las escenas dolorosas que iba á presenciar.

Pero á medida que avanzábamos, ofrecíanse á mis ojos cuadros de una alegría y sencillez infantiles que serenaron mi espíritu y me dieron ánimo para contemplar en todos sus detalles la fantástica existencia de esos seres, cuya alma habita el mundo misterioso de los delírios.

II

Un diablo enamorado

Era la hora de la recreacion. Los pensionistas de la casa tenian ante sí ese tiempo de ocio, y lo empleaban al grado de su fantasía, riendo, hablando ó meditando.

Aquí entre las columnas de un pórtico, una antigua actriz ensayaba su rol y esclamaba:

¡Quiere que crea que lo persigue un Dios!.....

¡Como si los dioses fueran como Dido....

—Lucía!—dijo con dulce acento la hermana Teresa.

—Madre—respondió la reina de Cartago, cambiando en un gracioso movimiento la amarga sonrisa de su lábio.

—Cuide usted su voz para las letanías del rosario.

—Ya, ya, madre; héme aquí silenciosa. Y nos despidió con un magestuoso ademan.

Mas allá, sentada en una piedra, juntas las manos y los ojos elevados al cielo, una hermosa italiana cantaba el «Stabat mater.»

Habíala vuelto loca la muerte de su hijo asesinado en sus brazos por los celos de un marido feroz.

No lejos de ella una docena de lindas jóvenes cuyos cabellos cortos indicaban la aplicacion de la nieve á sus enfermos cerebros, sentábanse en semi-círculo, y figurándose en el teatro, aplaudían sonriendo aquel canto lastimero.

Luego, alzándose como una bandada de aves corrieron á cojer flores que entretegian con sus nacientes rizos, mirándose en el agua azulada de los estanques: despues, separándose en parejas derramáronse por todos los senderos del jardin, unas silbando á los pájaros, otras llamando á las nubes; esta platicando cariñosa con el tronco de un cipres, aquella procurando estrechar en sus brazos un rayo de sol que se deslizaba entre dos ramas; y todas cantando, bailando, riendo.

Habíamos llegado al fondo del jardin.

—Esta puertecita da entrada al huerto—díjome la hermana Teresa abriéndola con una llave que tomó de su bolsillo.

Una vasta selva de árboles frutales, fresca,

sombrosa, agreste á la vez que cultivada, estendía en un largo espacio su verde fronda poblada de armoniosos rumores.

—En este lado del edificio, continuó la hermana Teresa—hay una habitacion aislada con puerta y ventana al huerto. En ella he alojado á Dalfina, que tanto por las miras de su padre, como por que no es el médico de la casa quien la asiste sino la doctora Retamoso, debia permanecer aquí oculta á las miradas de todas, ignorando su hospedaje desde el capellan hasta los empleados del establecimiento. ¿Quiere usted esperarme aqui en tanto que voy á prepararla á esta visita? Pero quizá tenga usted miedo de quedarse sola.

—Oh! no, madre! Soy acaso una muchacha?

Pero cuando la blanca toca de la hermana Teresa, hubo desaparecido entre el ramage, púseme á temblar, y un estraño terror invadió mi mente.

—¡Si estuviera yo loca, y que la visita á este sitio temible, la mision dada por la hermana Teresa y las escenas del jardin, fueran otros tantos desvaríos de un cerebro enfermo!

Y un sudor frio bañó mis sienes y alzando los ojos al cielo, oré con fervor, pidiendo á Dios que apartara de mí aquella horrible alucinacion.

—Psit! psit!—oí decir de repente, y mirando en torno inquieta, ví venir hácia mí, ocultándose entre

los troncos de los árboles á un jóven moreno, flaco y pálido, de ojos vivísimos aunque vagarosos, que andando de puntillas, con un dedo sobre los lábios cual si me impusiera silencio, sentóse á mi lado y me dijo con ademan sigiloso:

—Quien quiera que seas; puedes encargarte de una embajada al reino de las tinieblas?

—Ignoro en qué continente se asienta esa negra monarquía; pero quien boca tiene á Roma llega—respondí sonriendo para ocultar mi inmenso miedo. El lo conoció sin embargo, con esa lucidez estraña que á veces se revela en los dementes.

—No tema—me dijo—que aunque diablo y perteneciente á la décima legion, llevo debajo la diamantina coraza un corazon asaz blando; y tanto que cierta dulcísima pasion, encontrándole muy cómodo, ha hecho de él un asiento. Breve: estoy enamorado; enamorado, y de quien! de una esposa de Dios, vulgo monja. Pero qué monjita, Belcebú! con unos ojos de urí, y una boca de coral; y un piecesito limeño, y un donaire de gitana, y, y, y cien mil ies de mas, en aquel cuerpo gentil.

Pero pálida y cenceña como la flor del café. Mas esa palidez da nuevo realce á su belleza. Y luego, aquellos blancos cendales, que la

idealizan! Es de la Concepcion: como si dijéramos: el pais de las buenas mozas.

Víla un dia que me colé en el convento, oculto bajo el antojo de una mujer en estado interesante.

La ví, y olvidé las profundas regiones del fuego, y los espacios infinitos donde me llevaba la voluntad del dueño; hice oidos de sueco á su tremenda voz y todo lo olvidé, y todo lo arrostré, para pensar tan solo en la suprema dicha de contemplarla, y buscar valiéndome, si era necesario, de todos los medios infernales la manera de quedarme en ese estrecho recinto.

Ah! era que para mí encerraba una eternidad de amor.

Pero donde esconderme? de quien asirme, allí, que no fuera á dar conmigo en el lugar vedado?

Por dicha, á la mujer del antojo antojósele visitar la celda de mi bella. Se extasió ante los caprichosos dibujos de las blondas que adornaban profusamente su lecho virginal; ante la *Urna* y los magníficos ramos de briscao tachonados de pedrería colocados ante ella; cosechó ímpiamente las perfumadas rosas de su jardincito; acarició á la cuculí que arrullaba entre los dorados alambres de una jaula; admiró la belleza de las sultanas del gallinero, y las lucientes plumas del valiente *jiro* que las acompañaba. . . . . .

Rápida como un relámpago, cruzó mi mente una idea; y de ella á la ejecucion, no mucho mas largo espacio.

De repente el gallo exhaló cantos de alborozo que hicieron estremecer á mi monja. Era que yo habia hecho de él mi escondite. Qué sitio mas cómodo ni mas próximo á mi amada? Desde entonces el tiempo tornóse para mí dulce como un sueño de amor. Veíala á toda hora, ya sola, ya rodeada de sus lindas compañeras, como la luna entre miriadas de estrellas. Mi canto era el regulador de sus horas: coro, labor, lectura, descanso. Entonces con que delicia contemplaba yo la espresion meditabunda de su mirada, que algunas veces se elevaba al cielo cual si buscara la esplicacion de algun misterio.

Era que la atmósfera de mi amor circundaba su alma, y ella aspiraba sin saberlo, sus ardientes efluvios.

Pero no hay dicha durable; y hé ahí que un dia mi monja cayó enferma, enferma de languidez; y los médicos ordenando el cambio de aires arrancáronla de su bello monasterio y la relegaron al de C. antro de tarascas, todas viejas como las parcas y feas como el pecado.

Y allí tuve que seguirla; y abandoné al déspota del corral bajo cuya pluma habíame ocultado; y

me embarqué en el sahumador; y próximo yá á cerrarse la portería de nuestra nueva morada, me encarné en el atrasado cuerpo del mandadero, que fué lo primero que se me presentó.

Mas lo que puede el amor! allí me aclimaté; y por los bellos ojos de mi princesa me he dado al servicio de aquellas brujas.

Pero ca! si apenas me dejan tiempo para mirarla á la cara. Todo el dia me estiran á comisiones, de la mañana á la noche; del austro al setentrion; y de la aurora al ocaso.

—Como que vas á la portada del Callao, acércate por Cocharcas—suelen decirme aquellas pécoras; y me aturrullan con mensajes al confesor, al síndico, al abogado, al padre capellan.

El tédio de vida tal me habria devorado, si no hallara una exelente manera de conjurarlo, pescando los dichos y hechos que, de mañana á la noche ruedan por las veredas de esta escéntrica ciudad.

Compré una canasta en el almacen del té, y allí los echaba en graciosa confusion para llevarlos á mi hermosa, que los recibia con la ávida curiosidad de una monja y la sonrisa de una hada.

Un dia que en mi canasta, llevaba, mezclados con el *recado*, diálogos de todos los colores, desde el rojo subido hasta el azul de cielo, encontré con un diablo amigo mio.

—Qué sed tengo!—me dijo echando humo por la boca—Llevas siquiera guayabas en esa elegante canasta?

—No, que son acordes y discordancias.

—Malditos sean ellos! para que guardas esa peste?. . . . Sin embargo; ahí anda uno de nuestros camaradas dando serenatas de violin. . . . Da eso, que está á propósito para que haga un *potpourri*.

—Pero si es para las monjas.

—Para las monjas! quita allá, mentecato!

¿Necesitan acaso de tu chismografía las que tienen á su servicio una legion de mugeres de todas las castas, que se la llevan á cual mejor? Quieres saber las cosas mas ocultas de la calle? Pregúntalo en los conventos.

Y hablando así, vació de mi canasta á sus enormes bolsillos todo lo que no era huevos, papas, yucas y coles, me hizo una mueca, y se largó.

III

Despues de hablar así, el jóven inclinó la cabeza y quedóse pensativo.

De pronto, haciendo un gesto de sorpresa:

—Muger!—esclamó, ¿qué has hecho de mi relato? Ya puedes devolvérmelo por que si yo me enojo. . . . . .

—Cómo!—apresuréme á responder, muerta de miedo, pero aparentando serenidad—si tu relato me está sonriendo entre tus dientes. Hé ahí el momento en que el cronista vació tu canastilla.

—Ah!—repuso él—¿comprendes la estension de mi desgracia? El ser infernal habíame robado mi precioso botin, la diversion de mi bella, la golosina de la abadesa, el pasto de aquella fiera condicion sin la cual érame imposible penetrar en el convento! Qué hacer? de qué asirme para tener la dicha de contemplar á ese astro de mi vida que me escondian aquellos muros malditos?

Vagando errante la mirada encontré á una beata que, caído sobre los ojos el manto, el ademan compungido y en las manos un bolson, dirigíase á la iglesia.

Hé aquí pescado mi asunto—pensé—Esta bruja lleva en su saco los anales de la semana para regalar los oídos al confesor. Carguemos con ello al convento.

Correr tras ella, arrebatarle el saco y tornarme en humo, fué obra de un pestañeo.

La beata se dió á gritar—¡Al ladron! ¡Celador! celador!

Nada! ya habia yo andado diez calles.

Llego al convento, traspongo la portería, arribo á presencia de la abadesa, que abiertos sus redondos

ojos en todo su fatídico grandor, fijábalos en el saco cual signos de interrogacion.

Alarga la mano, apóderase del bolson, lo abre con impaciente ansiedad. . . .

El bolson contenia solo algunas libras de cólera, de envidia y de hipocresía, artículos que la abadesa tenia para dar y prestar en su maldito cuerpo.

La horrible bruja apartó los ojos del saco para clavarlos en mí con una llameante mirada que me fascinó porque parecióme reconocer en ella la del sombrío rey del abismo.

Alzóse siniestra, terrible; con una mano abrió aquella puerta fatal que te ha conducido aquí; con la otra me arrastró á esta prision, en donde como á un simple mortal guardame encerrado hace tanto tiempo. Allá algunas veces, á intérvalos que mí amor cuenta como eternidades, la hermosa estrella de mi dicha perdida apáreceme á lo lejos; me mira, sonríeme y pasa. Pero ah! que yo no diera la ventura de ese fugitivo instante por toda la felicidad de otro tiempo allá en la mansion celeste. . . . .

El jóven se interrumpió derepente; y mirando con terror á la hermana Teresa que venia hácia nosotros—¡La abadesa!—esclamó, saltando con asombrosa agilidad los setos de rosales y desapareciendo entre el ramaje.

—¡Siempre con el mismo terror hácia un ser fantástico que él llama la—abadesa—dijo la hermana—Era un excelente jóven, hijo de una honrada familia. Hacia poco que servia como inspector en el cuerpo de celadores, cuando una noche tuvo que entrar en el convento de la Concepcion llamado por la campana de alarma. Las monjas habian sentido ladrones en los techos y pedian socorro. Dióselo el jóven inspector, que registró el convento y tranquilizó á la comunidad. Pero al despedirse de las religiosas dejó entre ellas el juicio. Al siguiente dia fué conducido loco á este recinto.

Hablando así la hermana Teresa, llegó conmigo á la apartada habitacion donde moraba Delfina.

IV

El amor de una vírgen

Tenia quince años, y era bella con los últimos fulgores de la infancia y los primeros destellos de la juventud. Su corazon dormia como un lago rodeado de azucenas apenas rizado por las brisas de la mañana, sus pensamientos como blancas mariposas volaban plácidos en el oasis de la vida cosechando rientes ensueños que cada primavera coloreaba mas y mas con los tintes mas seductores que los de las rosas que abrian en el jardin donde la linda jóven, entre

una romanza y un vago suspiro, daba todavia los últimos saltos de la niñez.

Una noche, con todo ese tesoro de belleza, de dicha y de candor, sin contar un elegantísimo vestido de muselina blanca; sembrada de jazmines la negra cabellera, y prendido al pecho un ramilletito de violetas, Delfina hacia su primera entrada al mundo en un resplandeciente salon de baile.

Un silencio de admiracion acogió su presencia en ese terrible palenque de las bellas y muy luego los mas apuestos bailarines se disputaron el honor de pedirla una cuadrilla.

Uno, el mas bello, el mas elegante, se inclinó silencioso ante ella y le tendió la mano.

A esa muda invitacion, Delfina se levantó; y sin dignarse mirar á los otros solicitantes, asiose al brazo del caballero, y fué á tomar sitio con él en la cuadrilla, dejándolos resentidos y picada en lo vivo su vanidad.

¿Qué la importaba á ella? podia advertirlo siquiera? Dos bellos ojos, los ojos de su caballero interceptaban, digo mal, absorvian todas sus miradas, y no se apartaron de ella en toda la noche.

Al dejar el baile, el lindo ramilletito de violetas habia desparecido del pecho de Delfina; pero en su frente irradiaba un nuevo encanto:

La aureola del amor.

V

Un paseo á la Oroya

Enrique Meiggs lo habia organizado para festejar á un jóven y apuesto literato, hijo de la capital mas prestigiosa de las repúblicas sud-americanas. La sala de espera en la estacion estaba llena de una elegante concurrencia. Las muchachas mas lindas de Lima eran de la partida; y calados blancos sombreritos de paja, y el rostro medio oculto entre azules velos, esperaban impacientes el áspero silbato de prevencion, alegres, risueñas, felices.

Pero habia entre ellas una que era mas feliz que todas:

Delfina.

Al llegar á la estacion, sus ojos divisaron al héroe de la fiesta; y aunque él se hallaba á distancia, y que sus miradas no se volvieran hácia ella, allí estaba el tren pronto á partir y acercábase la hora deliciosa en que, reunidos en los muelles asientos de un wagon, recorrerian juntos el vertiginoso camino que se eleva serpeando sobre abismos en las vertientes altísimas de los Andes.

El pito suena, el tañido de la campana llama á los viageros á su puesto; el convoy parte.

Pero aquel que embargaba las miradas de Delfina

y absorvia su corazon, no estaba cerca de ella. Hallábase al lado de una bellísima blonda de azules ojos; torneado cuello, y cuyo canto era el hechizo de los salones.

Los rosados lábios de la rubia sonreian sin cesar á su vecino, monopolizando sus miradas, sus palabras y toda su atencion, con dolor de la pobre Delfina que veia desvanecerse la vision de dicha que la habia aparecido en los salones del baile.

Una esperanza la alentaba. Su ramillete, el ramilletito de violetas que despareció de entre las blondas de su cotilla al dejar el sarao, asomaba sus azulados pétalos, medio oculto en el pecho de su caballero.

Pero la hermosa blonda lleva al cinto una camelia blanca.

Él la dice á media voz una palabra; y la flor desprendida del cinturon pasa á manos del jóven que al colocarla junto al corazon arroja el marchito ramillete, que va á caer entre dos piedras al borde del camino.

El rumor fragoroso del tren ahogó el grito desgarrador que arrancó á Delfina aquella última decepcion.

Mas, tornóse luego impasible, y en su bello semblante se esparció una lúgubre serenidad.

Dos dias despues de aquella fiesta, la pobre

niña, presa de una locura silenciosa y triste, era conducida á la secreta morada donde la señora Retamoso, con el maravilloso remedio que ella sola posée, le devolvió la salud.

VI

El riego de lágrimas

Cuando llegamos á su habitacion, Delfina sentada al piano tocaba con gusto esquisito, *el último pensamiento* de Weber.

La hermana Teresa, como lo habíamos convenido, apartóse de mí y me dejó entrar sola.

—Tú aquí!—esclamó Delfina, corriendo á mi encuentro—¿qué vientos te traen á este chacaron, donde perezco de fastidio?

—Vengo á robarte—díjela, fingiendo mirar con recelo en torno.

—A robarme! ¡que idea tan bella y novelesca! Pero, dime, por qué me trajeron aquí? La hermana Teresa, dice, que tuve unas horribles tercianas al cérebro; que deliraba y que los médicos ordenaron mi traslacion á este valle, tanto con la esperanza de curarme, como por ocultar á mi pobre mamá enferma, el estado en que yo me encontraba.

—Y bien! tus tercianas han desaparecido; te

hallas en buena salud, lozana y bellísima. Mas, como el doctor Macedo teme todavia, y tu padre es de su opinion, tu mamá y yo hemos organizado este rapto que debe llevarse á efecto ahora mismo, si tú quieres.

—Pués no he de querer, si estoy harta de tedio?

—Y bien, todo está listo. . . . .Solo que hay una pequeña dificultad, que salgas de aquí sin ser vista de las hermanas y de la muger del mayordomo.

Llamaban así delante de ella á la señora Retamoso.

—Dios mio! qué hacer entonces?

—Previéndolo todo, traje conmigo una beatita que me acompañó hasta esta puerta y que dejándome su manto y su rosario, se deslizó por un portillo de la huerta y se queda escondida en la chacra vecina. ¿Quieres endosar estas prendas?

—Que me place—esclamó la chica apoderándose de la manta, cubriéndose con ella el rostro y enredando entre los dedos el rosario: estoy bien disfrazada así? Partamos.

—Un poco mas caido ese capúz: así sobre los ojos. Poco importa que no veas: aquí está mí brazo para guiarte.

Y apoderándome del suyo, atravesamos el huerto

y los patios esteriores, donde por órden de la superiora habíase hecho profundo silencio.

El coche con sus persianas y cristales cerrados, aguardábanos en una callejuela desierta, al costado de la casa.

—Hénos aquí en plena libertad—dije abrazando á Delfina, para impedirle echar hácia atrás su embozo, al tomar asiento en el carruaje y á tiempo que este partia á galope, por el lado de Barbones.

Cuando hubimos traspuesto las últimas casas de los arrabales, y que por entre tapias y callejones dejamos atrás el cementerio y la Pólvora, internándonos entre los primeros grupos de colinas que se alzan al pié de los Andes, bajé yo misma las persianas del coche, y volviéndome á Delfina invitéla á mirar el magnífico panorama que de allí se divisaba.

Pero ella habia ya dejado la manta, y reia, aplaudiendo gozosa aquella novelesca escapada.

Hácia la tarde, el cochero dió un rodeo, y tomando por la izquierda, descendió al valle del Rimac y regresó siguiendo la vera del ferro carril de la Oraya.

A vista de aquella línea, la sonrisa desapareció de los labios de Delfina, y su mejilla cubrióse de una palidez que me asustó.

Con la cabeza inclinada fuera del coche, contemplaba el paisaje, cual si buscára algun sitio de ella conocido.

De pronto, mandó parar el coche, y arrojándose fuera del carruage, sin esperar que este se detuviera, dióse á registrar con la mirada en torno.

—¡Ah!—esclamó de repente sacando de entre dos piedras un objeto que estrechó en su pecho —Mi ramillete! mi pobre ramillete de violetas!

Y un torrente de lágrimas regó las marchitas flores.

Pero muy luego llegamos á su casa y la alegria de la familia, y los besos maternales secaron aquellas lágrimas, como los rayos del sol secan sobre los pétalos de una rosa el rocio de la mañana.

Delfina ha recobrado la salud y con ella la plácida sonrisa de otro tiempo.

Consagrada á la música, toca y canta con gusto primoroso; pero en su piano, así como en su voz, hay una nota mas: la del dolor.

FIN DE UNA VISITA AL MANICOMIO

UN VIAJE AL PAIS DEL ORO

(AL NIÑO ERNESTO QUESADA)

I

La Icontina

Un dia, á la última hora de la tarde, cansada, enferma y helada de frio, azuzaba yo mi caballo para llegar á la capilla subterránea de *Uchusuma*, larga y forzosa étapa de diez y ocho leguas, atravesada como una amenaza en el camino de Bolivia á Tacna.

Habia ya dejado atrás el Mauri, y las ásperas serranías que lo aprisionan, y cruzaba corriendo las áridas llanuras barridas por el cierzo y cortadas de pantanos, que avecinan al grupo de piedras rocallosas, arrojadas por algun cataclismo, en cuyo centro se halla la entrada de esa especie de cueva, único albergue para el viajero en aquel fríjido yermo.

De pronto, y al través de las ráfagas de viento que me cegaban, ví relumbrar un objeto entre los guijarros del camino.

Volvíme atrás, y desmontando, para examinar lo que era, recojí una elegante y escéntrica joya. Era una *leontina* compuesta de doce pepas de oro de forma y colores diversos. Engarzábanlas anillos mates del mismo metal, y en algunas de ellas habia incrustadas partículas de pizarra y cuarzo.

Juzgué, desde luego, que aquella alhaja habia sido perdida recientemente, y me proponia averiguarlo adelante, cuando ví venir á lo léjos un hombre, que, inclinado sobre el cuello de su caballo, y apartando con la mano las ramas de los *tolares*, parecia buscar algo en el suelo.

Al divisarme, corrió hácia mí con visibles muestras de angustia, que yo abrevié yendo á su encuentro, y presentándole la joya.

Imposible sería pintar la espresion de gozo que al verla brilló en sus ojos. Me la arrebató, mas bien que la tomó de mis manos; estrechóla contra el corazon, y la enganchó en el reloj y el ojal de su chaleco con un anhelo que se balanceaba entre la veneracion y la codicia.

En seguida, y como si saliera de un éxtasis, volvióse á mí, y me saludó dándome gracias y rogándome perdonára su preocupacion.

—Motivo habia para ello, caballero—respondíle yo con un tanto de ironía—Perder doce lingotes de oro, no es asunto de poco mas ó menos.

—Ah!—replicó él con sentido acento—no es el valor intrínseco de esta prenda, lo que la hace preciosa para mí: es que cada una de esas pepas encierra, al lado de un recuerdo de sufrimientos, otro de inefable abnegacion.

Creílo fácilmente; pues aunque la oscuridad me impedia ver el rostro de mi interlocutor, la voz que me hablaba era jóven y tenia armoniosas inflexiones que anunciaban franqueza y expontaneidad.

Seguimos juntos nuestro camino, y llegamos, en fin, al monton de peñascos que, hacia media hora, divisaba yo en el horizonte, como un *dolmen* druídico.

Desensillamos nuestros caballos, y ateridos de frio, nos refujiamos en la cueva dejándolos al cuidado de un indio viejo, seco y negro como un árbol quemado, único resto de su familia devorada por la *tifus*.

El desdichado se alzó de la piedra en que yacía, solo y acurrucado en la actitud de la momia, para entregarse, con la diligente actividad de su raza, á los cuidados del hospedaje. Hizo beber á los caballos, dióles un pienso de cebada, y los cubrió con sus mantas. Fué en seguida á recojer las ramas secas de la tola, encendió una fogata y concluyó trayéndonos luz y agua caliente.

Pude, entónces echar una mirada sobre la persona de mi accidental compañero.

Era un jóven de abierta y simpática fisonomia. En lo alto de su frente, el abrigo del sombrero habia conservado, como una aureola, el color primitivo de su rostro, tostado por el sol de largos viajes ó rudos trabajos á la intemperie.

La hora, el lugar, la circunstancia fortuita de nuestro encuentro, y sobre todo, la diferencia de nuestras edades, establecieron luego entre nosotros la confianza. Juntos hicimos el café aplicando á su confeccion los conocimientos de ambos, y riendo de nuestra ciencia á la Brillat Saverin. Pero en el momento de servirlo, encontramos que no teníamos azúcar.

Mi compañero dejó tristemente su taza sobre la piedra que nos servia de mesa, y se puso á mirarme con envidia tomar mi café á la turca.

Recordé entonces que llevaba en mi bolsillo una bombonera llena de esos microscópicos alfeñiques de azucar que, regalan á sus favorecidos, las monjas Concebidas de la Paz.

Vamos, niño mimado—le dije, vaciando en su taza el contenido de la bombonera, hé ahí endulzado el café. Tómelo V. y de hoy mas, habituese á las amarguras del paladar y á las de la vida.

En los labios del jóven vagó una triste sonrisa, que

apagó la mia, recordándome las palabras con que acojió mi observacion, al recobrar la leontina.

Alentado por la amistosa familiaridad que reinaba ya entre ambos, pedíle me contara la historia de aquella joya, y él me refirió la siguiente:

Nací bajo la presion de un destino hostil. Mi padre murió en Uchumayo, cerca de Arequipa, defendiendo contra los invasores la entrada de la ciudad Santa, y yo vine al mundo entre las lágrimas de la viudez, y el desamparo de la orfandad....

Digo mal! Al ver la luz encontré los brazos cariñosos de una madre. Cuando un niño tiene madre, posée todos los tesoros de la tierra: es un monarca en su hogar, donde tiene un reino maravilloso: el corazon maternal.

Los primeros años de mi infancia deslizáronse risueños, como una alborada de primavera. Nuestra casucha á orillas del Chili, aseada, fresca y sombreada de higueras y perales, tenia siempre un aire de fiesta; y en los ojos de mi madre brillaba una ternura tan ardiente, que yo equivocaba todo aquello con la felicidad. Así, cuando habia pasado el dia jugando ó leyendo al lado de mi madre, entre los tiestos de flores, mientras ella hacia encajes, sentada á su telar, y que al cerrar la noche me dormia en sus brazos al plácido murmullo del rio, parecíame imposible una existencia mas feliz que la nuestra.

Pero á medida que crecía, y que la razon comenzó á derramar en mi espíritu su rayo severo y frio, aquellos hermosos mirajes fueron desvaneciéndose, y la realidad desnuda y triste, apareció á mis ojos. Ví á mi madre abrumada de trabajos para rodearme á mí de contento y bienestar. Mi blando lecho, mi delicado alimento, y la educacion que recibia en el primer colegio de Arequipa, comprábalos ella con vijilias y duras privaciones.

Esta revelacion produjo un gran cambio en mi ser moral. De turbulento que era, volvíme reflexivo; y á la perezosa indolencia de mi corta edad sucedió una actividad febril que llenó de asombro á mis profesores, descontentos hasta entónces por mi poca aplicacion al estudio.

Sin embargo, al regresar á casa, y traspasar sus umbrales, tornaba á ser el mismo niño egoista que se dejaba regalar á costa del descanso de su madre. Veíala tan contenta y diligente en torno mio, que me parecia natural que se sacrificára por mí.

Un incidente vino á operar mi entera trasformacion.

Una noche que mi madre trabajaba en su costura á la luz de la vela, y yo dormia á su lado, la cabeza apoyada en sus rodillas, me despertó de repente una voz que hablaba en destemplado tono.

Al abrir los ojos, ví una mugerona mofletuda y

de aire masculino, que de pié, y la mano en la cadera dirijia á mi madre las mas irreverentes frases.

—Le digo á V., doña Maria—gritaba alzando el dedo en son de amenaza, le digo á V. que no sufriré ya mas esas dilaciones de cuatro y seis dias que va V. entablando en el pago del alquiler. Cinco pesos se encuentran hasta bajo de las piedras y no seré yo quien espere á que se le antoje á V. llevármelos: mayormente habiendo solicitantes que me ofrecen ocho, lucientes y adelantados.

—Ah! señora Gervasia—respondió mi madre, con voz temblorosa, y los ojos llenos de lágrimas—espero que no hará V. la crueldad de arrojarme de la casa. Recuerde V. que en diez años que la habito siempre me vió V. llegar el primero del mes llevándole su dinero. Pero ay! V. sabe cuanto ha bajado, de algun tiempo á esta parte, el precio del trabajo, sobre todo, en la costura. Vea V. estas camisas de *municion* con tantas *fuerzas*, tantas piezas y pespuntes. Y sin embargo, las pagan solo á real. Noventa y nueve llevo acabadas; y esta que estoy rematando es la última. Mañana recibiré doce pesos y medio. Cinco serán para V. y el resto para el colegio de mi hijo, y para comprarle calzado.

—Calzado! Y por qué, siendo tan pobre no acostumbra á ir descalzo? Y por qué no pudiendo pagar la casa, le costea usted colegio? Póngale usted

una lampa en la mano y alquílelo en alguna chacra.

—Ah! señora Gervasia! cómo se ve que usted no tiene hijos!

—Hijos! Dios me libre de tal plaga. Se los regalo á usted. Por eso estoy tan gorda, y usted tan acartonada. Ese muchacho se la está tragando: si en él se le va cuanto gana.

—Pobre hijo mio—exclamó mi madre, sonriendo amargamente, y acariciando mi cabeza—qué le doy yo sino miseria. Ah! otra seria nuestra suerte, si viviera mi Solis!

—Sino hubiera ido á morir tontamente por servir ambiciones agenas. ¿Por qué no hizo como mi marido, que apenas vió encresparse la política, colgó la casaca para mejor ocasion y negociaba que era un gusto con los unos y con los otros? Bah! un hombre, cargado con un hijo, y ademas la añadidura de haber contraido matrimonio sin la competente licencia, es decir: sin derecho á montepío. Mire usted cuántas razones para no esponer su vida!

—No me entrometo á juzgar lo que hizo el marido de usted; pero en cuanto al mio, era su deber combatir en defensa de la patria invadida por un ejército extranjero.

—La patria! ah! ah! ah! Todavia cree usted en esas patrañas? ¿Hay alguien que sirva otra cosa que su conveniencia? Vaya! que no la creia

á usted tan simplonaza! Al oir aquella insolencia, quise alzarme de un salto. Mi madre retuvo con fuerza mi cabeza sobre sus rodillas.

—Bien! bien! señora Gervasia—dijo con tanta dulzura, como aspereza empleaba con ella esa impertinente—mañana á las ocho llevaré esta obra al contratista, y á las nueve recibirá usted su dinero, que procuraré pagar puntualmente, en adelante.

—Cuento con ello; porque digo á usted que no aguanto mas dilaciones. Hasta mañana á las nueve sin falta. Entiende usted?

Impedido de contentar mi enojo echando fuera á aquella bruja, me deshice en lágrimas que mi madre enjugaba procurando consolarme, pero llorando ella tambien furtivamente.

Al siguiente dia dejaba el colegio para entrar como dependiente en casa de un judio italiano negociante en joyas y quincalleria.

Samuel Tradi era un hombre de voz dulcísima y cariñosas palabras; pero avaro y codicioso, como hijo de su raza. Habitando un pueblo donde las dulces virtudes de la mujer hacen de la vida doméstica un verdadero paraiso, vivia solo, y el corazon vacío de todo linaje de afecciones, colocado entre la caja y los escaparates de su almacen.

Cuando se hubo convencido de mi aptitud en el manejo de los libros, y la redaccion de su

correspondencia comercial, me abrazó; me llamó *carísimo*, y concluyó ofreciéndome por el trabajo de quince horas diarias en el escritorio y el mostrador, alojamiento, mesa y un sueldo de diez pesos.

Sublevóme aquella propuesta que olia grandemente á las lentejas de Jacob; pero refleccionando que aquel salario, aunque corto podia aliviar á mi madre, acepté inmediatamente, sin hacer la menor observacion.

Para mejor asegurarme, el judio se apresuró á adelantarme un sueldo, que yo llevé triunfante á mi madre diciéndole que aquello era la mitad de mi haber mensual: piadosa mentira inventada para hacérselo aceptar todo entero.

Opúsose ella mucho á mi salida del colegio pero acabó por ceder al apremio de las circunstancias; bien es verdad que derramando amargas lágrimas, sobre todo cuando, por la noche al cerrar su puerta, se encontró sola en aquella casa que desde mi nacimiento habia habitado conmigo. No menos dolorosa fué para mi esa noche que por vez primera pasaba apartado de ella. Conté todas sus horas; y por mas que procuraba mezclar la serenidad á la firmeza de mi resolucion, tenia el corazon quebrantado, y los ojos llenos de lágrimas.

Pero á la mañana siguiente, cuando la primera luz del alba me mostró frente á mi cama el escritorio donde una parte de trabajo me aguardaba; y mas

allá, colgadas á un clavo las llaves del almacen confiado á mi celo, comprendí la gravedad de mis deberes; y desde esa hora dejé de ser un niño, y me volví un hombre.

Mi madre notó este cambio en el momento, cuando fuí á verla. Su primera impresion se tradujo por una sonrisa de orgullo; pero luego la oi murmurar suspirando:

—Oh! pobreza! pobreza! que arrebatas á las madres la infancia de sus hijos, con sus gracias y sus risas; y en la edad de los juegos los condenas á sembrar los abrojos de Adan?

Sin embargo, ella y yo nos acostumbramos poco á poco á esa separacion, compensada, por otra parte, en mucho con el doble gozo del domingo, que pasábamos juntos, desde las seis de la mañana, hasta las nueve de la noche.

Aquellos dias eran para la pobre madre una verdadera fiesta. Privándose, quizá, de lo necesario, durante la semana, esperábame con toda suerte de regalos; y nuestras tres comidas eran otros tantos banquetes, tomados mano á mano, bajo la fronda de las higueras; cuyas ramas, movidas por el viento, dejaban caer en nuestra mesa sus deliciosos frutos, que saboreábamos, riendo y formando dulces proyectos para el porvenir; proyectos en que, la fresca imajinacion de mi madre, jóven todavia, desarrollaba

risueños cuadros, que como hija del Misti, engastaba siempre en la bella campiña de Arequipa.

Luego queriendo dar á estos sueños la apariencia de la realidad, íbamos á terminar en el campo aquellas encantadoras jornadas, señalando los sitios donde habia de alzarse nuestra casa de campo, rodeada de jardines y vergeles.

Así pasaron dos años. Samuel Tradi, estaba cada dia mas contento de mi. La práctica me habia perfeccionado tanto en las especulaciones del mostrador, que el establecimiento prosperaba extraordinariamente. Sin embargo, por mas que me abrumaba de elogios y caricias, el judio se guardó bien de ofrecerme el menor aumento en el sueldo miserable que me daba.

Un dia me anunció que iba á dejar Arequipa, y establecerse en Valparaiso, donde lo llamaba el interes de su comercio. Propúsome llevarme consigo pero añadiendo inmediatamente, que le sirviera en Chile bajo las mismas condiciones que en Arequipa.

Duro me era apartarme de mi madre, y mas duro todavia darle el pesar de aquella separacion; pero era tambien necesario seguir la carrera comenzada, y en la que habia hecho tantos progresos. Ademas, con Samuel tenia ya adquirido un crédito que solo encontraria en otra parte á costa de una larga prueba

en cuyo tiempo, mi madre careceria de aquel sueldo, que corto como era, le servia á ella de mucho.

Esta razon, mas que todas las otras, me determinó á seguir al judio en su nueva fortuna.

Mi madre, paciente y resignada al sufrimiento soportó este dolor con santa resignacion. Para hacérmelo menos amargo, ocultó sus lágrimas; llamó á sus lábios la sonrisa, y con el corazon destrozado por mi partida, comenzó á hablarme de la alegria del regreso, del gozo de volver á vernos, para no separarnos mas.

En cuanto á mí, su aparente serenidad, y la novedad de los preparativos del viaje distrajeron mi pena; de manera que el dia de la separacion, me hallaba casi contento.

Salimos al oscurecer para atravesar en la noche el ardiente desierto que separa Arequipa de Islay.

Para abreviar los adioses, Samuel me acompañó á despedirme de mi madre.

Con gran sorpresa mia, no la encontramos en casa; y fuerza me fué seguir al judio que me arrancó de aquel umbral donde queria esperarla y tras del cual quedaba mi universo y mi felicidad.

Entonces, solamente comencé á sentir cuanto dolor habia de costarme vivir separado de mi madre. Si hubiese sido posible desligarme del compromiso contraido con el judio, de seguro me habria quedado.

Partimos.

Habia anochecido, y la luna alumbraba con una luz triste las blancas bóvedas de la ciudad, cuyo aspecto oriental tenia en aquella hora, algo de fantástico, que aguzaba mi pena. No podia resignarme á partir sin haber visto á mi madre: y oraba en silencio, comprimiendo mis sollozos, mientras Samuel me esponia el programa de las operaciones comerciales que se proponia realizar en Chile, asi como el cuadro de mis nuevos deberes como dependiente, en aquel mercado. Y absorto en sus especulaciones de negociante, alejábase de aquella blanca ciudad que lo habia albergado, y del magestuoso Misti y de la encantada campiña, sin darles ni una mirada, ni un recuerdo.

Así dejarían sus padres la tierra de Canaan para acudir al olor de las cebollas de Egipto.

Al volver un recodo del camino, divisé una persona sentada, inmóvil sobre un ribazo. Era mi madre. Queriéndome evitar el dolor de la despedida en el hogar doméstico, habia venido allí y me aguardaba llorando.

Al acercarme, se levantó, secó sus lágrimas, y me abrazó procurando afirmar su voz para darme sus últimos consejos. Despues me bendijo, y apartándose de mí, se puso de rodillas y oró, siguiéndome con los

ojos, hasta que nos hubimos internado en las tortuosas callejuelas de Yanahuara.

A vueltas de mi pena, pensaba con estrañeza en el adios lacónico que mi madre dió á Samuel, absteniéndose de recomendarle su hijo. Pobre madre! El tiempo me hizo ver que ella sabia cuán inútil era todo eso con aquella alma de piedra.

Un mes mas tarde, nos hallábamos establecidos en Valparaiso, y el almacen de Samuel Tradi gozaba de gran reputacion. El hijo de Israel poseía por línea recta la ciencia de los negocios lucrativos. Sin descuidar en lo menor las valiosas especulaciones de la joyeria, descendió al tráfico de víveres: compró un buque, y se dió al comercio de cabotage asociado á un piloto, compatriota suyo: David Isacar, judio célebre, verdadera estampa de bandido, piel tostada, y ojos torvos de traidora mirada.

Entre David y Samuel existian relaciones de larga data, interrumpidas en otra parte, y reanudadas un dia, en un repentino encuentro sobre la playa de Valparaiso.

Aquellos dos hombres, en apariencia tan diferentes, tenian sin embargo un punto de semejanza que constituia en ámbos el fondo de su ser: la codicia. Pero á este sentimiento que, como todas las malas pasiones, debia separarlos mezclábase algo misterioso

que los unia en lazo estrecho, y hacia una sola de esas dos existencias.

Por aquel tiempo, como una ráfaga eléctrica, la noticia de los tesoros descubiertos en California recorrió el mundo en todos sentidos, y atrajo hacia aquel pais maravilloso una peregrinacion universal. Chile se despobló, y sus graneros se vaciaron, para ir á derramarse en esas auríferas playas abiertas á toda suerte de especulacion.

El minero, el agricultor, el mercader, el ajiotista, el jugador, todos formaron allí su castillo aéreo, y corrieron á realizarlo. El Pacífico se cubrió de velas que de todos los puntos del globo llevaban su contingente de brazos para arrancar á quella tierra el precioso metal que cobijaba.

Supónese desde luego que Samuel Tradi habia de ser uno de los primeros en acometer aquella empresa.

En efecto, combinada en largas conferencias con Isacar, alistó su buque, cargólo de trigo, harinas y tasajo, embaló de su joyeria lo mas valioso, y traspasó el resto de su almacen. Organizó en seguida un cuerpo de trabajadores niños todos mas ó menos que yó, tomados entre las clases menesterosas. Embarcólos inmediatamente, y desde esa hora, apoderándose de ellos, los empleó en los trabajos de á bordo.

Entónces vino á mi con semblante cariñoso—Andresino mio—me dijo, acariciando mi mejilla—por

supuesto, tú vendrás conmigo. Cómo habia yo de dejarte, ahora que se trata de recojer millones en aquella region del oro?

—Y mi madre?—pensé yo.

Pero la novedad de lo desconocido me sedujo con sus nebulosas lontananzas, y sin formular condicion alguna me decidí á seguir al judio á California, como lo habia seguido á Chile.

Escribí á mi madre dándole razones que pudieran hacerla aceptar ese ensanche inmenso en el espacio que nos separaba, y pocas horas despues dejábamos la rada de Valparaiso y nos haciamos á la mar.

Sentado en la popa del Lujan, nombre de nuestro bergantin, y rodeado de los infantiles trabajadores de Samuel, miraba alejarse el puerto con sus verdes cerros sembrados de kioscos y risueños jardines.

Cuando hubo desaparecido la última cima y que el azul del cielo se juntó con el azul del oceano, los pobres chicos echaron á llorar.

Al ver sus harapos, conocíase que casi todos eran huérfanos, que nada dejaban sino miseria. No obstante, dejaban el calor del suelo natal, las caricias del ambiente y los echaban de menos.

Debiendo completar nuestra carga en el Callao, hicimos escala en ese puerto. Entonces conocimos la hermosa Lima, sentada en un oasis sobre abrasados eriales. Todavia el gas y el vapor no habian ido á

quitarle las emociones del Carrizal y la perfumada sombra de sus noches; aun podia llamarse la ciudad del enamorado Amat y de la linda Perrichole.

Allí tambien, como en Chile, la fiebre del oro se habia apoderado de las cabezas. Millares de hombres, arrancándose á sus hogares, á su familia, partian diariamente bajo toda suerte de condicion, en los buques que á toda hora zarpaban del Callao con destino á California.

Nosotros tuvimos dos pasageros. Cuando aparejábamos para proseguir nuestra marcha, presentóse un jóven solicitando embarcarse con su hermana. Pagó el pasage de ésta y él se contrató como marinero, habiendo préviamente manifestado á Daniel, que mandaba el buque, sus aptitudes como hombre de mar.

Alejandro S., era un oficial de marina separado de nuestra escuadra por las vicisitudes de la política. Pobre y sin tener á quien confiar aquella niña, su única familia, llevábale consigo, al ir en busca de una fortuna que le negaba su patria. Animoso y estóico en el infortunio, resignóse á su nueva posicion, cual si nunca hubiera hecho otra cosa que tirar cable y remendar velas.

En cuanto á su hermana, nunca ví una criatura tan preciosa. Verdadero tipo de limeña, todo en ella era gracia y belleza, desde su larga cabellera hasta su

pulido pié. Su nombre—Estela—iba escrito en sus admirables ojos negros, cuya mirada á la vez casta y voluptuosa, tenia un fulgor, que á mí, niño, me hacia soñar con el cielo; pero que en corazones viriles debia encender pasiones violentas y terribles.

Desde la primera vista, una tierna simpatía nos llevó el uno hácia el otro; y en mi corazon comenzó á palpitar un sentimiento ignorado: el amor fraternal; bálsamo suave, que ensanchó mi alma, comprimida al frio contacto del egoismo y la avaricia.

Respirando ambos la celeste atmósfera de la infancia, nos amamos como se amarian dos tórtolas peregrinas; como se amáran dos ángeles perdidos en el espacio.

Siempre juntos en nuestros paseos, en nuestras lecturas, en nuestras plegarias, parecíanos imposible poder vivir de otro modo. Nuestras pláticas no tenian fin. Ella me hablaba de su madre muerta; yo de la mia ausente. A los recuerdos severos de mi infancia, devorado por el estudio y el trabajo, mezclaba ella las risueñas memorias de la suya, transcurrida entre alegres juegos cruzando los jardines floridos del Rimac. En nuestras dos existencias; confundidas así, en el pasado y el presente, aquello que el uno conocia venia á suplir lo que el otro ignoraba. Yo tenia mas que Estela, la ciencia de los libros; ella mas que yo, la ciencia de la vida. Yo le demostraba en que latitud vogábamos, guiando su

mirada sobre los paralelos de la carta; ella me enseñaba á conocer los sórdidos instintos de Samuel y de David en el acento de su voz, y en la espresion de su semblante.

Alejandro S. acojió con benevolencia este afecto que lo reemplazaba á él en el cuidado de su hermana, permitiéndole entregarse sin zozobra á los deberes de su cargo.

En efecto, desde el primer dia de nuestro conocimiento, me declaré el caballero sirviente de Estela. La cedí mi camarote; servíale en la mesa; y contrariando la ruin cicatería de los judios rodeábala de todo el bienestar que podia procurarse á bordo. Coloqué para ella mullidos asientos sobre cubierta, y allí pasábamos largas veladas en dulce contemplacion, siguiendo con los ojos el curso de las estrellas, y las fosforescentes olas del Oceano. . . . . .

¡Perdon! estoy abusando de la atencion de V. con estos detalles pueriles. ¡Ah! ¡me es tan grato detener la mente en esos recuerdos, que han dejado una huella luminosa en mi existencia!

Una avería en el timon, nos obligó á hacer rumbo á Panamá y detenernos allí dos dias para repararla.

Encontramos las calles, casas y hoteles invadidos por un mundo de emigrantes yankes de todas

clases y comuniones: militares, filibusteros, cazadores de las praderas; metodistas, kuakeros, mormones, espiritistas que de paso á California, hacian de la ciudad un verdadero pandemonium, entregándose á toda suerte de escentricidad.

Ya era uno que, formando un monton de piedras, subíase encima y predicaba su doctrina política ó religiosa; ya otros mil que llegaban caian sobre él, lo derribaban de su pedestal, y con aquellas mismas piedras lo magullaban hasta dejarlo semimuerto. Por aquí, dos pujilistas se hacen saltar los ojos á puñetazos; por allí un par de espadachines se atraviesan el cuerpo con una doble estocada, y cayendo sin vida, dejan sus armas á los testigos que continúan la pelea, despachando dos ó tres al otro mundo, y van á acabar aquel negocio bebiendo sendos tragos en honor de los difuntos.

Estas escenas, y el aspecto de sus protagonistas me llenaron de asombro; pero luego tuve ocasion de conocer que de todas esas formidables peripecias se compone la existencia normal de ese pueblo yankee, jigante en todo, desde las virtudes hasta la estravagancia.

Entre esos hombres, notábase uno, menos por su estatura atlética, que por la diferencia de raza y fisonomía. Tenia la tez cobriza, los cabellos

negros, abundantes y lacios, los dientes blancos apartados, agudos: y unos ojos de buitre, que se fijaron en Estela con ansiosa codicia.

Por una misteriosa intuicion, la vista de ese hombre produjo en mí un sentimiento de ódio, cual si hubiera reconocido en él un enemigo. Estela misma, acostumbrada como limeña, á arrostrar con regia serenidad las ardientes ojeadas que atrae la belleza, sintióse sobrecogida de espanto, bajo esa mirada negra, pertinaz, obstinada que encontraba á cada paso, y que la siguió hasta que nos embarcamos.

Cuando nos dábamos á la vela, divisamos todavia aquel hombre, apoyado en el tronco de un cocotero, inmóvil y la vista fija en nuestro buque, hacia el punto en que el blanco velo de Estela ondulaba con la brisa de la tarde.

Alejámonos, y bien pronto las costas de Panamá se desvanecieron entre la bruma del horizonte; pero no así, la impresion de terror que el emigrante habia dejado en el ánimo de Estela.

Apoderóse de ella una estraña inquietud, un miedo pueril que le obligaba á ir siempre asida al brazo de su hermano.

Cuando quise llevarla á nuestro paseo nocturno de costumbre, me detuvo con un ademan de terror.

—Qué temes? la dije—No estoy yo á tu lado?

—Ay! Andrés—respondió—tú eres un niño, y no podrias defenderme.

—Defenderte de qué ¿No estás aquí en completa seguridad.

—Qué sé yo! Pero ya no me atrevería á quedar un momento allá arriba despues de entrada la noche. Me estremezco al pensar que hemos pasado largas veladas sobre cubierta, solos y envueltos en la sombra, dos débiles niños. . . . . Andrés! . . . . . qué mirada, la de aquel hombre color de cobre! La recuerdas? A mí se me ha quedado grabada en el cerebro. Dormida me parece en sueños: despierta la veo reverberar en el fondo de mi pensamiento, y me turba á todas horas.

La medrosa preocupacion que atormentaba á Estela, derramó en nuestra intimidad fraternal una sombra de tristeza que neutralizaba su encanto.

Durante el dia, y cuando el sol lo doraba todo con sus alegres rayos, ella la primera reia de sus insensatos terrores, y me prometia desecharlos. Pero desde que caia la tarde y que la sombra de nuestras velas se estendia en largas siluetas sobre el azul oscuro del mar, el gozo de Estela se desvanecia. La pobre niña, triste y meditabunda,

encerrábase en su camarote, ó bien, pasaba las noches envuelta en una capa, sentada al lado de su hermano, que velaba en el timon.

Alejandro se apercibió del sombrío humor de su compañera, y quiso averiguar la causa; pero ella le ocultó obstinadamente; y usando de la influencia que ejercia en mí, impúsome igual silencio.

La travesía, que hasta entonces fué para mi una serie de dias deliciosos, volvióseme tediosa, insoportable, y aun á precio del dolor de alejarme de Estela, anhelaba el término del viaje, que debia separarnos, en la esperanza de que el cambio de atmósfera, y la vista de nuevos objetos, disiparía el estraño pavor que le aquejaba.

En fin, al amanecer una mañana de mayo vimos alzarse en el horizonte una selva de mástiles, sobre la que flotaban las banderas de todas las naciones.

Era la bahia de San Francisco. Habíamos llegado á California, esa tierra, objeto de tantos dorados ensueños.

Al echar el ancla entre aquella innumerable multitud de naves, notamos que la mayor parte de ellas estaban desiertas y abandonadas. Como esos navios fantásticos de los cuentos orientales,

balanceábanse sobre sus anclas coquetamente empavesadas, pero silenciosas y solitarias.

Muy luego, á nuestro mismo bordo tuvimos la solucion de aquel estraño enigma. Una hora despues de nuestra llegada, la tripulacion entera habia desertado, para ir á engrosar las falanges de aventureros que poblaban ya las cañadas auríferas del Sacramento.

Los judios encontraron reducido su equipaje á los niños chilenos, que, aislados y faltos de medios para fugarse, permanecieron tranquilos; bien es verdad que Samuel, en el temor de que siguieran el ejemplo de los marineros, á vueltas de las mas paternales caricias, no los perdia de vista, y los dejó encerrados en la bodega mientras desembarcamos, para buscar alojamiento.

No poco nos costó atracar en los muelles cercados de embarcaciones cargadas de gente, que pugnaba por saltar á tierra.

Al cabo, y despues de larga espera, logramos poner el pié sobre aquella anhelada ribera.

Encontramos la playa cubierta de bagajes abandonados de sus dueños, por la carencia de medios de trasporte y de sitios de depósito. Baules, cajas, sacos de rico tafilete, esparcidos por aquí y allí, obstruian el paso, sin que el pillaje hubiese tocado siquiera sus cerraduras oxidadas por la

intenperie. De tal manera, la sed de oro, en su acepcion intrínseca, habia absorbido toda codicia de detal.

El aspecto de la ciudad no se nos mostró menos estraño que cuanto nos habia aparecido desde que divisamos el puerto. Una inmensa toldería de toda clase de telas y colores, desde el oscuro pelo del camello árabe hasta el brocado rojo de la China, se estendia en líneas paralelas á otras de elegantes construcciones de madera, formando calles interminables, que llenaba un pueblo mixto, turbulento, ajitado, cuyo susurro se componia de todos los idiomas de la tierra; desde la sonora lengua de Cervantes, hasta el desapacible cacareo de los *macaos;* desde el purísimo galo de la Turena hasta el salvaje gruñido del apache.

Pero en aquel cosmopolita emporio de nacionalidades, dominaba siempre el elemento yankee. Yankees eran las posadas; yankees los teatros; yankee la única institucion que daba una sombra de garantía á la propiedad y á la vida de los individuos, en aquel formidable choque de personalidades y de intereses contrarios. Todo, en fin, presagiaba que muy luego plantaria allí su estrellado pabellon esa raza de titanes, destinada á escalar el cielo ó á hundirse bajo el peso de su misma grandeza.

Caminábamos abriéndonos paso al través de la

muchedumbre abigarrada que circulaba en todos sentidos. El teniente Alejandro me habia encargado el cuidado de conducir á su hermana: y cargando al hombro el lijero equipaje de ésta y el suyo propio, marchaba delante, seguido de Samuel. Nosotros dos veníamos los últimos, asidos de las manos y platicando alegremente.

Estela, encantada de hallarse en tierra, aspiraba con delicia el ambiente perfumado que venía de las vecinas praderas.

Vestida de muselina blanca, y sobre sus largos rizos un sombrerillo de paja, bella y fresca como aquella mañana de primavera, reía, olvidada de sus terrores, con el confiado abandono de la infancia, mezclando á sus risas, gozosas esclamaciones.

—Dios mio! qué pais tan bello! Mira esas lomas cubiertas de pinos tan altos! Repara en los piés de esa gringa: si creo que se ha calzado nuestras chalupas de á bordo! . . . . . Y aquella que vá montada en un buey! Mira esa bandada de aves blancas que cruzan el cielo: hasta aquí se oyen sus cantos! ¿Qué es lo que hacen aquellos hombres en torno á una mesa tras de los cristales de este hotel? ¡Están jugando á los dados! Cada uno tiene delante un monton de piedras amarillas. . . . Bah!. . . . . el oro de California! ¡Qué semblantes tan airados! De seguro, esta

partida vá á parar en un combate. Todos esos hombres están armados de revolver. . . . Ah! . . .

La voz de Estela se ahogó de repente en un grito de terror.

Uno de los jugadores, habia levantado la cabeza y fijado en ella sus ojos.

Era el hombre color de cobre que se quedó en Panamá, contemplándola apoyado al tronco de un cocotero.

Pálida, turbada, temblorosa, Estela huyó de allí y fué á colocarse delante de su hermano.

—Y ahora, Andrés—me dijo—reirás todavia de mis temores? Tu lo has visto: ese hombre dispone de un poder infernal! ¿Cómo és que lo encontramos aquí, habiéndolo dejado en Panamá?

—Nada mas sencillo. Recuerda que al dejar el istmo, vimos el vapor *Oregon*, de viaje á California, entrar en escala á ese puerto.

Pero estas razones, si fueron parte á ahuyentar del ánimo de Estela las ideas supersticiosas, nada pudieron contra el espanto que se habia apoderado de ella á la vista del emigrante.

Yo mismo, comencé á sentirme profundamente inquieto del estado en que la veía. Habria dado la mitad de mi vida por tener dos años mas, para ir á encontrar á ese hombre y pedirle cuenta del miedo que inspiraba á Estela.

A la entrada de una plazoleta, entre la barraca de un aserrador, y la tienda de un licorista, hallamos al fin, un hueco bastante espacioso para plantar nuestras carpas en tanto que se negociaba la venta del cargamento y se hacian los preparativos de nuestro viaje á los *placeres* del Sacramento.

El momento de la separacion habia llegado. Alejandro, llevando consigo á su hermana, fuése en busca de Madama Gerard, una modista de Lima recientemente establecida en San Francisco, con quien habia de quedar Estela, mientras él iba á las minas.

Seguílos hasta el consulado del Perú, donde se detuvieron, y triste, triste como en la hora que me separé de mi madre, apartéme de ellos para volver á bordo, llevando á Isacar, la órden de desembarque.

El dia declinaba; la ciudad que comenzaba á iluminarse tomaba un aspecto fantástico, con sus improvisados palacios de madera, sus orientales tiendas, y el inmenso pueblo que llenaba sus calles.

Al atravesar una plaza, divisé un corro de hombres que conferenciaban con aire de misterio.

Vestian el traje de los habitantes de Sonora, envolvíanse en anchos *serapes*, y hablanban una

lengua estraña, compuesta de sonidos agrestes como los rumores de una selva.

Al costear el grupo, descubrí á pesar del embozo, rostros pintados con el tinte rojo y negro de los navajoes. Aquellos hombres eran salvajes disfrazados.

En el centro del corro, y hablando con vehemente ademan un hombre de elevada estatura cautivaba la atencion de los rostros *tatuados*, que vueltos á él, y haciéndole círculo, escuchábanlo con muestras de entusiasmo y sumision.

El sombrero y el serape ocultaban su rostro; pero no tuve necesidad de verlo para reconocer al fatídico personaje que atemorizaba á Estela, al hombre color de cobre. Aun mas: en las facciones de este y las de sus compañeros noté una sorprendente afinidad de raza. Los ojos que relampagueaban á la sombra de los negros arabescos del tatuage, tenian el mismo resplandor bravío y siniestro de aquellos ojos que habian fascinado á Estela; igualmente agudos y separados eran los dientes que blanqueaban entre aquellas bocas contraidas por la atencion dada á ese hombre que les hablaba en su bárbaro idioma, con la rapidez y soltura de la lengua materna.

Ayer, pasando del Atlántico al Pacífico unido á una falange de aventureros; hoy entre elegantes

tahures, al rededor de un tapiz verde, jugando montones de oro; y ahora en fin, conferenciando, misteriosamente rebozado en un disfraz, con los hijos de una tribu réproba. ¿Quién era pues ese hombre?

Alejéme de allí, preocupado de una vaga zozobra. El estraño espanto que aquel hombre habia inspirado á Estela, comenzó á presentárseme como el presentimiento, ó por mejor decir, la intuicion de un peligro inminente. ¿Cuál? Yo no podia señalarlo. Mirar á una mujer, sobre todo, si es linda; seguirla, nada mas natural. Sin embargo, recordando aquella mirada que habia sobrecogido á Estela en la plaza de Panamá, y que acababa de aterrarla al travez de los cristales del hotel, encontré en ella, mezclada á impetuosos deseos, una resolucion decidida, inexorable amenazante en su sombría fijeza.

En vez de ir á bordo, regresé á buscar á Estela en el consulado peruano. Mas no estaba allí, su hermano la habia llevado á casa de madama Gerard. Pero aunque esta tenia un almacen de modas, fuéme imposible descubrirlo, en aquel dédalo de calles y callejuelas.

En fin, reflexionando que no era ya el compañero de Estela, sino el dependiente de Samuel Tradi, forzoso me fué sobreponerme al inquieto anhelo que me llamaba á velar cerca de ella; y poniendo, como

dice el vulgo, *una piedra sobre el corazon*, volver al desempeño de mi comision á bordo. Entonces, solamente, conocí cuanto se habia apegado mi corazon á esa amiga de ayer, arrojada por la casualidad sobre mi camino; y nunca tampoco hasta entonces parecióme tan odiosa esa sujecion del albedrío á la agena voluntad, que hace del hombre un ser pasivo y una nulidad de su poderoso querer.

Encontré á Isacar sobre cubierta, en compañía de tres hombres tan parecidos á él en la espresion de la fisonomía, que se les habria creido parientes suyos, ó cuando menos, antiguos camaradas. Hablaban con animacion, y al parecer, discutian un proyecto.

El ruido de sus voces, y la preocupacion que los absorbía, impidióles apercibirse de mi llegada, que de pronto desconcertó á Isacar. Pero el astuto calabrés se repuso luego, y reanudando, ó finjiendo reanudar la interrumpida plática, dió cima á una cuestion que versaba sobre náutica, y despidió así á sus mal encarados acompañantes.

Dos dias despues, nuestro cargamento estaba vendido y todo preparado para el viaje al interior.

Isacar quedaba al mando del buque, bergantin fuerte y velero, con el que hacia viajes de transporte á los puertos del Sur. Samuel marchaba con nosotros á los placeres del Sacramento.

Temiendo los subidos precios del pasaje, el judio

habia dispuesto el viaje por tierra, y comprado un carro en que debíamos ir amontonados él, yo, los muchachos y los útiles necesarios á la extraccion y lavaje del oro.

Pero cuando todo estaba preparado para la marcha planteóse una nueva línea de vapores fluviales, que entró en competencia con la yá establecida; y hé aquí á esta, rebajando sus pasajes hasta lo ínfimo, y la otra, dándolos gratis para desbancarla.

Esta circunstancia fué parte á que Samuel cambiara de idea, y resolviese embarcarse. Pero se guardó bien de tomar pasaje en los vapores que los obsequiaba; pues temia una revancha de aquella excéntrica liberalidad: concertólo, sobre manera módico á bordo del « Nuevo Mundo » hermoso vapor, lujosamente condecorado, perteneciente á la primera empresa.

Entre tanto, yo ignoraba el paradero de Estela y hallábame devorado de ansiedad. ¿Partiría sin verla? Alejaríame sin confiar á su hermano los siniestros recelos que me preocupaban?

Sin embargo, pasaban los dias, y el de la marcha se acercaba, y llegó la víspera sin que hubiese podido saber nada de ellos.

Dormia yo aquella noche, un sueño inquieto, poblado de visiones y pesadillas, cuando vino á despertarme un rumor estraño, mezclado de gritos,

de imprecaciones y gemidos. Precipitéme hacia fuera; y la vista del espectáculo que se ofreció á mis ojos, me arrancó este grito de terror:—¡Estela!

Un mar de fuego arremolinaba sobre la ciudad sus jigantescas llamas, que impelidas por una fuerte brisa de Este, envolvíanlo todo en humeantes torbellinos, estendiéndose con prodijiosa rapidez hasta el puerto. Bandadas de pueblo, agitándose entre el humo y los torrentes de chispas atravesaban la encendida zona, completando el infernal aspecto de aquel cuadro.

—¡Estela!—esclamé, y arrojéme á las llamas.

Los elegantes edificios que al llegar cautivaron mis miradas, desplomábanse en torno mio, sepultando bajo sus ardientes escombros la multitud, que huyendo del fuego se precipitaba en las calles.

El corazon palpitante, el oido atento, los ojos deslumbrados por las llamas, el aliento sofocado por el humo, corria yo, abriéndome paso entre la muchedumbre clamorosa, vagando al acaso, sin saber donde dirigir mis pasos, cayendo, alzándome, pero corriendo siempre, y llamando á Estela con gritos ahogados por el hálito candente del incendio.

En un momento que, arrebatado por el empuje de la turba, corria con ella, sin que mis piés tocaran el suelo, crucéme con un hombre de alta estatura, que llevando en brazos un cuerpo envuelto en una sábana marchaba en sentido inverso. Su imponente busto

dominaba á la multitud, cuya corriente cortaba con seguro paso.

La ola humana que me arrebataba, llevóme cerca de él, y tuve tiempo de reconocerlo. Era el hombre cobrizo de los agudos dientes.

Un grito de rabia se exhaló de mi pecho; y haciendo un supremo esfuerzo, logré asir el cuerpo que llevaba entre sus brazos. Pero la fuerza que me arrastraba me impelió á larga distancia; y derramándose en el recinto de una plaza dejóme en tierra, con la rabia en el corazon y la desesperacion en el alma. No tenia duda: aquel cuerpo era Estela, que ese ser misterioso se robaba.

De repente noté que mis manos estrechaban convulsivamente un objeto. Era un trozo de aquella sábana que yo así al paso, en la esperanza de salvar á Estela.

Entre los dobleces que la crispacion de mis nérvios habia impreso en la tela, encontré un rizo de cabellos blondos. Este descubrimiento me tranquilizó un tanto. No era el cuerpo de Estela, lo que aquel sudario envolvia.

Sin embargo, ¿qué habia sido de esta querida niña, en la horrorosa catástrofe que tuvo lugar aquella noche?

El alba me encontró recorriendo las calles, chamuscados los cabellos y el vestido desgarrado,

llamando inútilmente, entre el tumulto, á Estela y su hermano.

Fuerza era, no obstante, abandonar esas investigaciones, para reunirme á Samuel, pues la hora de partir habia llegado.

Pero ah! ¿cómo partir en tan horrible incertidumbre? ¡Imposible!

Así lo signifiqué á Samuel, qué, dando á su melíflua voz un acento trágico.

—¡Ingrato!—esclamó—¡quieres abandonar por compañeros de un dia, á este viejo amigo, que compartió con tu madre el cuidado de tu infancia! ¡Yo iré á decírselo, pero antes te maldeciré en su nombre!

Estas palabras dispertaron un sentimiento que vivia latente en mi alma, el remordimiento. En efecto, mecido por las dulces emocoines de un nuevo cariño, comenzaba á olvidar el cariño de mi madre. La severa reconvencion del judio parecióme el eco de mi conciencia.

—Partamos! partamos!—le dije—y me apresuré á seguirlo.

Como he dicho ya, el «Nuevo Mundo» era un hermoso vapor, provisto no solo de toda suerte de comodidades, sino de lo supérfluo del lujo. Su toldilla era una elegante galería, colgada de ricas cortinas y adornada como un salon. Llenábala

una multitud de pasajeros que iban, venian, reian y hablaban á la vez, formando el mas animado cuadro, en tanto que el vapor se deslizaba suavemente entre las pintorescas márgenes del Sacramento.

Recostado en la borda. cubierta de floridos tiestos, contemplaba yo tristemente la ciudad, que se destacaba á lo léjos como un mirage sobre el azul del oceano. ¡Estela! ¡Estela! murmuraba suspirando.

Una mano se posó en mi hombro. Volvíme y dí un grito de gozo. Era ella. Abrazámonos como quienes vuelven á verse, pasado un gran peligro.

Cuando la emocion me permitió hablar:

—¿Cómo es que te hallas aquí—la dije— despues de haberte buscado tanto, inútilmente?

—Mi hermano está empleado á bordo—respondió ella—En cuanto al motivo que me ha hecho dejar la casa de madama Gerard..... Ay! Andrés!..... ¡Siempre el hombre color de cobre! ¡Siempre ese fantasma amenazador que me sigue á todas partes! Ah! ¡Tú no sabes lo que anoche aconteció!

Figúrate que dormíamos, Emilia Gerard y yo en un cuartito separado del de madama Gerard por un tabique de lienzo y por otro de tabla de la casa vecina por donde principió el fuego.

Despiértome, sofocado el aliento por una atmósfera densa y saturada de un fuerte olor de alquitran. Casi al mismo tiempo, un resplandor rojizo iluminó el cuarto, y torrentes de humo se introdujeron por los intersticios de las tablas.

Iba á despertar á Emilia, cuando de súbito, un golpe, asestado sin duda con una maza, hundió el tabique, y en un fondo de llamas ví dibujarse una figura colosal, que asomó la cabeza, haciendo blanquear á la luz de las llamas unos dientes agudos como los de un perro. Era el hombre color de cobre!

Apenas tuve tiempo para deslizarme debajo de la cama. Muy luego sentí sus pasos en el cuarto. Yerta de terror, no me atrevia á respirar.

Y Emilia dormia siempre.

El hombre cobrizo palpó mi cama: la encontró vacía y dirijiéndose donde dormia Emilia, levantóla en sus brazos, y saliendo por la brecha practicada en el tabique envuelto ya en las llamas, traspúsolo y desapareció.

Al sentirse asida, Emilia dió un grito que despertó á su madre; pero cuando esta acudió encontró el cuarto vacío é incendiado por las llamas: su hija habia desaparecido, y yo oculta debajo de la cama estaba desmayada.

Los gritos de la pobre madre me despertaron del

profundo desvanecimiento en que yacía. Era tiempo: las llamas iban ya á consumirlo todo.

En ese momento, mi hermano y el cónsul del Perú llegaron trayendo á Emilia, á quien encontraron sola entre la multitud.

Al sentirse arrebatada de su cama en medio del sueño, la pobre niña perdió el conocimiento. Vuelta en sí á impulsos de su mismo terror, dió gritos llamándome en su auxilio. Pero al escuchar el nombre que Emilia invocaba; su raptor la puso bruscamente en tierra; miróla con unos ojos que la hicieron estremecer y se alejó, perdiéndose entre la multitud.

El establecimiento de madama Gerard ha sido devorado por el fuego. Felizmente, su hijo ha llegado de las minas trayendo consigo un millon, y van á regresar á Francia. Me habria muerto de pesar si hubiera ocasionado su ruina. Porque estoy persuadida que ese hombre es el autor del incendio. Juzga si debo apartarme un punto de mi hermano. Ocultándole mis terrores y la persecucion de ese hombre, para evitar un conflicto, he obtenido de él que me lleve consigo. Andrés, hermano mio, quédate con nosotros.

—Harto la anhela el corazon, la dije, tú lo sabes bien; pero el deber me llama lejos de tí. Samuel confía en mí para realizar sus proyectos.

—Ese avaro te sacrificará. ¿Es capaz él de buena fe con nadie? Cortaría las alas á su mismo ángel de guarda, por vender sus blancas plumas. Ah! y por este descreido nos quieres abandonar!

Esto, y aun mas, me decia á mí el corazon; pero Samuel habia invocado un nombre que desarrollaba en el recuerdo una encantada lontananza: y la casita de las orillas del Chile, y su solitaria habitante me aparecian llamándome, y echándome en cara mi ingrato olvido.

Estela comprendió lo que pasaba en mi alma y no insistió mas.

Apoyados en la borda, el uno al lado del otro; sobre nuestra cabeza el cielo estrellado y á nuestros piés la rizada corriente; gozosos de hallarnos reunidos cuando menos lo esperábamos; bogando, sobre un palacio de hadas, en un magnífico rio, encerrado entre floridas praderas, volvimos á ser los niños alegres de antes. Nuestra separacion, el incendio y sus horribles peripecias; y hasta el recuerdo del ser estraño, cuya obsesion atormentaba á Estela, se borraron de nuestra mente, para dar lugar á las plácidas imágenes con que la dicha acaricia á sus elejidos.

Habíase iluminado la galería con vistosas lámparas, y presentaba un aspecto animado y pintoresco.

Estela y yo, asidos de las manos recorríamosla,

inspeccionando los heterogéneos grupos que la llenaban. Aquí un corro de fumadores, yankees, estirados en mullidos sillones; y los piés sobre una mesa, enviaban al aire en perfumadas espirales el humo de sus habanos; allí, sobre los cojines de un divan, un congreso femenino discutia á media voz, sobre modas y saraos. Mas allá, en medio de un círculo de curiosos, sosteníase con encarnizamiento una partida de ajedrez. Mas léjos, aún, el ruido fatídico del cubilete, ajitado por manos calenturientas, anunciaba el juego supremo, el terrible *monte*.

Detuvímonos á contemplar este grupo.

Componiánlo, el capitan del vapor, dos canadenses y un mejicano. El juego se hallaba fuertemente interesado, y mediaban crecidas puestas. Muy luego, la suerte se inclinó con un favor obstinado del lado del capitan y de uno de los canadenses, á cuyas manos fué á parar todo el oro de la mesa.

El mejicano se levantó al parecer sofocado por una violenta emocion; pidió permiso para ir un momento á tomar el aire, y se alejó. En ese momento trajeron té, y hubo un corto receso.

A poco, volvió el mejicano. Habíase tranquilizado; y con las manos cruzadas á la espalda miraba fijamente los dados, arrojados sobre el tapiz.

—Capitan—dijo, volviéndose á éste—déme V. un gusto.

—No tiene V. sino pedir.

—Permítame V. besar estos dados, que tanto oro me han quitado.

—Dueño es V. de hacerlo.

Entónces, cruzado de brazos como se hallaba, el mejicano, inclinándose hasta tocar con el lábio los dados, besólos con gravedad cómica.

Todos, hasta el otro perdido se rieron de aquella excentricidad. Pero el mejicano, imperturbablemente serio, fué á sentarse al lado de éste.

—Pues, señor—dijo, marcando con lentitud cada una de sus palabras—no siento perder mi dinero; sino perderlo, ganado con dados falsos.

—Falsos!—esclamó indignado el capitan, arrojando su taza—¿Quién osa dudar de mí? Los dados son mios, y yo los declaro buenos.

—Y bien!—replicó el mejicano en son de burla—si tal conviccion asiste á V., nada mas fácil que partirlos.

—¡Un cuchillo!—gritó el capitan.—Pero, ten entendido, infame calumniador, que su segunda funcion será cortarte la lengua.

Traido el cuchillo, cojiólo el capitan, y del primer machetazo dividió un dado en dos partes,

que mostraron su diámetro de marfil limpio de toda culpa.

El capitan asestó un golpe al otro dado pero el cuchillo se le cayó de la mano. El dado estaba relleno de azogue.

—Infamia!—exclamó el capitan, pálido de rabia.—¡Cómo han podido hacerme este cámbio! mis dados estaban guardados bajo esta llave.

Y mostró una que llevaba entre los sellos del reloj.

Pero Estela, cuyos ojos eran tan despavilados como bellos, habia visto que el mejicano, en vez de besar el dado lo engullia, dejando otro en lugar suyo.

El capitan devolvió las sumas que habia ganado, y en un arrebato de caballeresca indignacion, arrojó al agua el dinero con que entrara en juego.

Era un yankee en toda la espléndida acepcion de esta palabra; estremado en todo, esencialmente en lo que mira al honor.

Con él viajaba su hija, una lindísima jóven, que desde la primera vista se aficionó tiernamente de Estela, quien no menos se prendó de la graciosa yankecita.

Entre este doble cariño, mediaba una dificultad; ninguna de las dos sabia la lengua de la otra.

Pero sus ojos, negros y azules hablaban el mismo idioma de sonrisas, y se comprendian á maravilla.

En ese momento, las señoras del divan se cansaron de charlar, y se acercaron al piano. Una de ellas, preludiando con un diestro arpegio tocó el valse *la festa* del cuarto acto de Hernani.

Al escuchar aquella música, de tan profundo efecto para los oidos americanos, las dos amigas se miraron sonriendo—Ambas se habian adivinado.

Estela, con la rapidez de ademan que le era habitual, arrebató de la blonda cabeza de la yankee el calañez de terciopelo azul que la adornaba, quitóle el largo velo blanco, y lo prendió sobre aquellos rubios cabellos, calándose ella el gracioso sombrerito. Luego, puso el brazo de su amiga sobre el suyo, y dando á su actitud un aire teatral de cortesana galantería, adelantóse con ella al centro del círculo.

Su llegada produjo un grande entusiasmo. Las señoras despejaron; y retirándose entre las columnas de la galería, entonaron el canto lejano de los coros.

La pianista, encantada de aquella feliz ocurrencia que le permitia lucirse en su acompañamiento, comenzó su ejecucion.

«Cessari, y suoni»..... cantó Estela, en un contralto admirable.

..... « He come gli astri, Elvira mia, »

« Sorrider sembrano al felice imené..... »

continuó arrebatando de entusiasmo al auditorio.

«Cosí brillar vedeali »..... .

respondió el soprano dulcísimo de la jóven yankee.

Imposible seria pintar el mágico efecto producido por ese canto, que se elevaba en medio de la noche mezclándose al murmullo de la corriente y al rumor de los vecinos bosques, á favor del silencio con que se le escuchaba. Pasada la primera emocion, numerosos bravos estallaron en toda la estension de la galería, en tanto que el acompañamiento ejecutaba el *ritornello*.

..... « Sí, sí, per sempre tuo » .....

cantó, en fin, Estela. Y uniéndose las dos voces. entonaron el duo.

« Fino al sospiro estremo, »

terminando con la terrible imprecacion

« ¡Maledizione di Dio! »

Y uniendo á la voz el ademan, Estela tendió la mano hácia el vacío, y cantó:

« Non vedi, Elvira, un infernal sogghigno? »

Pero de súbito, le vimos palidecer, dar un grito y caer sin sentido.

Mientras los pasajeros del « Nuevo Mundo, » atraidos por las melodías de Verdi, escuchaban á las jóvenes *dilettanti*, un vapor de la nueva línea,

forzando sus máquinas para adelantársele, pasó pegándose tan cerca á sus costados, que uno de sus pasajeros dió un salto y se trasbordó.

Era el hombre color de cobre, que apareció de repente á Estela, como el fatídico enmascarado del drama.

—Hé ahí Falkand el filibustero—dijo al verlo, un viejo marinero.

—Qué! si es Murder ojo de azor—replicó el cazador de panteras.

—Si no fuera un imposible—observó un jóven sonorense, diria que estoy viendo al jefe de las bandas navajoes, al terrible Tobahoa, el de las mil cabelleras. . . . . que casi, casi, con la mia contó las mil y una.

Y mostró, á los que esto decia, lo alto de su frente rayada por una cicatriz profunda.

Pero el hombre reconocido en tan diversas personalidades, desapareció como habia venido.

En tanto que nos ocupábamos en socorrer á Estela, el vapor se detenia en *San Pablo* y en *Venecia*, donde se embarcaron nuevos pasajeros.

Al volver de un largo desmayo, Estela fijó en mí una mirada angustiosa, que comprendí desde luego: temia que yo le hubiera dicho todo á su hermano. Estreché su mano para tranquilizarla, y ella me dió gracias por mi silencio. Pero desde entonces tornóse triste y meditabunda, sin que los cuidados de su

hermano ni la tierna amistad de la hija del capitan, pudieran arrancarla á la sombría preocupacion que la embargaba.

Llegamos, en fin, al Sacramento, preciosa ciudad, que comenzaba á crecer y derramarse en una florida y pintoresca llanura, tendida como un tapiz al pié de los altos montes que le envian mezclados á las aguas que la riegan, los tesoros que esconde su seno.

Forzoso fué separarme de mis amigos. Estela se echó llorando en mis brazos.

—Andrés—me dijo—Un presentimiento me advierte que tengo cerca una gran desgracia. Ruega á Dios por mí.

Abrazóme otra vez, y se alejó sollozando.

En tanto que mi jóven compañero me referia sus recuerdos, la capilla subterránea habia recibido nuevos huéspedes. Dos mineros de Corocoro, y un barítono italiano, cargados de sus sacos de noche y las caronas de sus cabalgaduras, coláronse dentro; formaron de todo ello una especie de divan, y cómodamente arrellenados, fumando sus cigarros, escuchaban ellos tambien, con profundo interés aquella historia.

Sin embargo, el narrador, absorto en las visiones del pasado, ni siquiera se apercibió de aquel aumento de auditorio.

Pocos dias despues—continuó—nos hallábamos á

orillas del rio *Americano*, haciendo parte de un pueblo estraño, hosco, taciturno, haraposo, diseminado entre las quiebras pizarrosas de aquellas márgenes, y excavándolas con febril actividad. Dividíase en dos campos, formados por nacionalidades recíprocamente hostiles.

Era el uno el campo de los chilenos: el otro era el de los yankees.

Sangrientos combates habian ya tenido lugar antes de nuestra llegada; combates cuyas funestas consecuencias señalaban numerosas cruces plantadas sobre montículos de tierra al borde de los senderos.

Un puesto, ó *placer*, la posesion de un utensilio, la mirada de una muger, todo esto, y mucho menos, era pretesto á tremendas riñas, en que los norte-americanos caian sobre los chilenos, ó vice-versa; y los revolvers de los unos, y los puñales de los otros, dejaban sangrientas huellas en ambos cuerpos.

Los chilenos cortaban las orejas á sus prisioneros; los yankees, volviendo oprobio por oprobio, los marcaban en la frente.

Sin embargo, y al través de tantos peligros, millones de hombres, encorvados sobre esa tierra bañada de sangre, los ojos encandilados por la codicia, mudos, desconfiados, sombríos, buscaban entre la arena húmeda que removia su barreta, la áurea centella que arrancaba un grito de gozo, reprimido

por el temor. Sí, porque ¡ay de aquel que siquiera dejara sospechar un hallazgo! su muerte era segura: pululaban allí centenares de bandidos, que, disfrazados con la blusa del obrero, se arrojaban sobre él, y hacian desaparecer hasta su mismo cadáver.

Al llegar á los *placeres*, era necesario elegir entre uno ú otro campo. El que aislaba su habitacion queriendo permanecer neutral, era perdido: unos y otros lo arruinaban. Achacábanle todos los desmanes anónimos cometidos allí, y aplicándole la ley de Lynch, en dos por tres lo despabilaban.

En vista de estas consideraciones, y no queriendo llevar entre los suyos á sus jóvenes trabajadores, por razones que yacian en su mente, Samuel se situó en *Black hill*, donde los norte-americanos tenian sus *placeres* y su campo.

A la mañana siguiente, antes de ponernos al trabajo, Samuel reunió á los niños.

Amiguitos les dijo—véome forzado á modificar mis condiciones anteriores; condiciones dictadas por esperanzas que la realidad ha tambien, grandemente modificado. El salario estipulado en nuestras convenciones, lo tomareis en el trabajo del domingo, que os cedo todo entero, á condicion de que será para mí en el resto de la semana.

—Pero, si nosotros somos libres, y queremos trabajar por cuenta nuestra.

—Libres? ah! hijos mios, y quién me paga á mí el viaje de cada uno de vosotros, que me cuesta un dineral? Libres! nadie lo es en este mundo, en donde, mas ó menos todos dependemos los unos de los otros. Por lo demás, nada tendreis que echar de menos: estareis bien alimentados, cómodamente alojados, vijilados, para apartaros de las malas compañias, y sobre todo, queridos.

Los pobres muchachos agacharon la cabeza.

—En cuanto á tí, mi Andresino, oh! en cuanto á tí es diferente. Mírote como hijo mio. Y ¿no es natural que el hijo trabaje para su padre, sin restriccion ni interés?

—Y mi madre?—dije yo, profundamente inquieto por el sesgo que el judío daba á sus palabras.

—Tu madre! No sabes pues, cuántos recursos tiene á su disposicion aquella excelente señora? En primer lugar su amor al trabajo; la actividad y fortaleza de su ánimo; y mas que todo, su sobriedad. ¿Para qué quiere ella nada?

—Cómo! ha de carecer mi madre del sueldo que debo ganar para ella?

—Conságrale el trabajo del domingo. Tu religion, menos severa que la mia, no lo proscribe del dia del Señor.

Comprendí cuan inútil era discutir sobre tal

asunto con aquel miserable especulador, y resolví atenerme á mí solo para aliviar la suerte de mi madre.

Bajo la direccion de Samuel, los noveles trabajadores tuvieron aquel dia un magnífico resultado. Desviada la corriente de un arroyuelo que se arrastraba formando numerosos meandros entre las quiebras de *Blackhill*, encontráronse bajo su lecho de cuarzo, ricos depósitos, que se prolongaban, aumentándose, hasta los bordes del rio.

Al cabo de un mes, Samuel habia realizado fuertes sumas, que enviaba sucesivamente á Isacar, destinadas á las especulaciones de su comercio. Al fin de cada semana, hacia su viaje de remesa á Sacramento de donde volvia cada vez mas contento por las noticias que le daba su socio.

Apesar del buen suceso obtenido por mis compañeros en la parte baja de la cañada, yo rehusé siempre asociarme á sus trabajos. Gustábame aislar el mio; y remontaba el curso del arroyo, hasta donde la cañada, estrechándose de repente, encajonaba la corriente entre dos muros de pizarra, que aglomeraban sus negras capas en un declive rápido formando el agua elevados saltos.

En las cavidades de esta especie de cataratas habia yo encontrado gruesas pepas de oro, que

aunque raras me hacian creer en la existencia de uno de esos maravillosos *bolsones*, ensueños de los buscadores de oro en aquellas regiones.

Mi trabajo prosperaba estraordinariamente. En menos de tres meses las cascadas del arroyo me habian dado mas oro del que hubiera necesitado para hacer mi fortuna. Pero, del que mis manos extraian solo me pertenecia el que hallara el domingo. Y como si un poder enemigo se mezclase en ello, el producto de mi jornada, cuantioso los otros dias, era en este, exíguo y mezquino.

Guardábalo, sin embargo, religiosamente y privándome hasta de lo mas preciso, podia al fin del mes cambiarlo por una gruesa pepa de oro, que enviaba al cónsul del Perú en San Francisco, para que la remitiera á mi madre.

Entre tanto la época del desyelo habia llegado; y las inundaciones cubriendo los campos, destruyeron las vias de comunicacion, é hicieron casi imposible el tránsito.

La escasez no tardó en hacerse sentir, y el hambre le siguió de cerca. Los víveres subieron á un precio fabuloso; el pan y la carne fueron solo para el que podia poner en la balanza su peso en oro; y aun así; se los disputaban, revolver ó puñal en mano.

La penuria general fué para nosotros una verdadera calamidad. Samuel faltó al artículo capital de su segundo tratado. Arrastrado por la codicia, vendió los víveres que guardaba para nuestra manutencion, y nos mataba de hambre; bien es verdad, que procurando sazonar con pintoresca elocuencia nuestro homeopático alimento.

— Probad, queriditos mios — decia con su dulcísima voz—probad este arroz tan esquisito, que para vosotros han aderezado mis manos. ¿Hay algo tan limpio y tan sabroso? ¿Sentís el rico perfume que exhala? Es un manojito de tomillo que cogí en aquella hondonada y lo hice cocer á vapor entre el grano y la cubierta de la olla. Paladead su parte grasosa: es mantequilla de Suiza (eran chorreras de velas de esperma que le vendia por nada el sirviente de un tibolí), que ayer compré al fondista del *Gran Pino*. Comed, comed, hijos, que para ello se hacen las cosas buenas.

Y uniendo á sus palabras el ejemplo, comia, con un regodeo, que habria despertado el apetito á un muerto.

Sin embargo, al cabo de quince dias de aquel régimen cenobítico, Samuel y yo nos habíamos quedado solos en Black-hill. Los muchachos habian desertado, uno, tras otro al campo de sus compatriotas.

El judío deploraba aquella desercion con apasionadas palabras.

—Ingratos!—decia—¡criaturas hechas para mal! ¡Preferir á la amorosa blandura de mi trato, la compañía de esos desalmados! Oh! recoged, educad, habituaos á seres, que os abandonarán el mejor dia, dejándoos una herida en el corazon!

Sin embargo, aquellos niños le habian dado en un trabajo de cuatro meses, cantidades inmensas de oro, que elevaban muy alto la cifra de su fortuna.

Samuel imitó mi ejemplo, y llevó su trabajo á la angostura del arroyo.

Cedíle mi puesto, y subí hasta un parage donde el arroyo formaba un recodo socavado en la roca por el curso torrentoso de las aguas, que corrian allí con rapidez, sobre un lecho de pizarra y de cuarzo.

Un poco mas abajo, esta capa de pizarra quebrada en anchos trozos, abria á la corriente numerosas cavidades en que se perdia murmurando, para reaparecer despues derramándose entre pintados guijarros.

Dejé á un lado mi barreta, y sentándome sobre un trozo de pizarra hundí la mano en uno de esos pequeños remansos. Retiréla llena de oro!

Hundíla sucesivamente en todos los otros. Oro! oro! siempre oro!

Aquel dia fué magnífico. Era un sábado.

Un sábado: es decir: víspera del dia consagrado á mi madre.

El resultado de mi jornada pasmó á Samuel, que esclamó:

—¡Una semana mas, y compramos Canaan, la perdida patria!

Él pensaba en su patria; yo en mi madre.

Aquella noche no pude dormir. Las rientes visiones de una felicidad próxima, revoloteaban en torno mio, tendiéndome los brazos y señalándome la luz del nuevo dia, que iba á realizarla.

Hácia el amanecer, entre el pesado marasmo que sucedió al insomnio, parecióme escuchar un ruido confuso, semejante al de un torrente, que yo creí el zumbido de la sangre en mi cerebro.

El primer albor de la mañana me encontró á la orilla del arrollo; los brazos caidos, y en actitud de desaliento.

Las auríferas cavidades de donde la víspera extrage tantas riquezas, habian desaparecido, con los trozos de roca que las formaban. El ruido que en sueños escuché, era una avalancha, que despeñándose de lo alto de las montañas, lo habia

arrastrado todo hacia las olas tumultuosas del rio *Americano*.

El radiante ensueño de la víspera se habia desvanecido en el momento que iba á asirlo y tornarlo realidad. La hora con tanto anhelo deseada de ver á Estela, y volver al lado de mi madre, retrocedia hasta perderse en vagas lontananzas.

Sentéme en el recodo sombrío del arroyo con el cuerpo y alma quebrantados, y la mirada maquinalmente fija en el negro cauce, cuyos bordes, dejados en seco, pasado el ímpetu de la avalancha, comenzaban á orearse, y tomar su azulado tinte.

Ignoro cuanto tiempo permanecí allí, abismado en negros pensamientos. El sol penetrando entre las ramas de un pino que se alzaba sobre la roca, deslizó uno de sus rayos en la oscuridad del recodo.

De repente, un pensamiento rápido y fulguroso como un relámpago, cruzó mi mente.

Alcéme de un salto, y cogiendo la barreta, dí un fuerte golpe en el borde saliente del cauce. La capa de pizarra que lo formaba saltó en trozos, descubriendo un ancho hueco, de cuyo fondo salieron resplandores que me deslumbraron.

Producíanlos enormes cantidades de oro, depositadas

allí, aglomeradas sin duda, durante siglos por la accion de alguna corriente subterránea.

El fabuloso bolson buscado en vano por mineros de profesion, habíalo encontrado yo, niño débil é inesperto; lo tenia delante, y de pié, inmóvil, contemplaba aquella materia preciosa, que el sol hacia irradiar bajo la negra pizarra del cauce; y las alegrias y temores del rico, invadian mi alma. No era oro lo que mis ojos veian en el tesoro maravilloso que tenia á los pies: era la felicidad de mi madre, la de Estela; el gozo de ser libre para volver á verlas, unirnos en una sola familia, y no separarnos jamás.

Pero ¿cómo estraer aquel tesoro? ¿cómo ocultar su posesion á millares de aventureros que rodeaban en torno á los *placeres* simulando los hábitos del trabajo, para mejor acechar la ocasion de entregarse á sus rapiñas?

Sin embargo, preciso era decidirse, y sobre todo, darse prisa.

Con el cuello tendido y la mirada alerta, descendí el curso del arroyo, y me adelanté hasta el campo.

Hallábase silencioso, casi desierto: los trabajadores festejaban el Domingo en las tabernas vecinas ó en los bosques, dando caza á las aves y á las fieras. Samuel mismo, encantado de la valiosa cosecha

de la víspera, habíase dado asueto, y jugaba al dominó en la fonda de un paisano.

Corrí á nuestra habitacion, que era una tienda de esteras, donde Samuel y yo dormiamos: aparté la piel de búfalo que me servia de cama, y abrí en el suelo un hoyo de profundidad suficiente para guardar mi tesoro. Volví á colocar la piel en su lugar, y para disimular la tierra estraida eché sobre ella un monton de ropa.

En seguida, enrollando una blusa de lona guarnecida de fuertes bolsillos, emboséme en un serape mejicano, y volví al recodo del arroyo.

Siete veces los anchos y profundos bolsillos de mi blusa, y el paño delantero del serape llenarónse de oro, y otras tantas desapareció en el hoyo oculto bajo la piel de búfalo.

Pero el receptáculo era inmenso. Estendíase al parecer bajo todo el lecho del arroyo, en la anchura del recodo; y su profundidad en la márjen hacia conjeturar lo que tendria al centro del cauce.

Aquello era maravilloso. La deslumbrante realidad dejaba muy atras las esperanzas del judío; no en una semana: en las doce horas del lunes que llegaba, Canaan era suyo.

Entre tanto, el sol se habia puesto y rumores lejanos anunciaban la vuelta de los trabajadores.

Corrí al campo, deposité en el hoyo el contenido de mi último viaje; arrojé lejos la tierra, que ahora reemplazaban masas enormes de oro, y volviéndolo todo á su órden habitual en la tienda, rendido de fatiga, pero el alma cerniéndose en espacios infinitos, tendíme en mi cama y cerré los ojos, menos que para dormir para entregarme á mis pensamientos. Interrumpiólos Samuel, entrando en la tienda muy alegre, en una mano un pastel, y en la otra una botella de Champagne.

—Andresino mio, dijo con acento cariñoso. El suizo del Encenar me ha referido el contratiempo que ha sufrido tu trabajo en la pasada noche: la avalancha te lo ha inutilizado. Pero no importa: eres inteligente: buscarás otro, y lo hallarás. Lo principal está ganado. ¿No has dado ayer á tu amigo una verdadera riqueza? Catorce arrobas de oro he mandado hoy á Isacar, incluidas á la remesa de la compañía Hobber. A esta hora están marchando á San Francisco.

Entre tanto, hijo mio, gusta este bocadito que separé para tí, y mójalo con un vaso de Champagne que tan bien debe sentar despues de un dia de trabajo.

Recordé entonces que me hallaba en ayunas. Las emociones tumultuosas del dia habian hecho enmudecer la voz siempre tan exijente del estómago infantil.

Comí el pastel sin apetito; pero en cuanto al Champagne levanté en alto el vaso, y convidando á Samuel—

—A la salud de mi madre! á la de Estela! á la dicha que va á darnos la opulencia!

Samuel creyó ver en este último brindis, una alusion inquietante, y lo terminó, contestando:

—Cuando la hayas encontrado!

Rei de aquella observacion, pensando en la espléndida sorpresa que reservaba yo al judío, y apuré con ansia calenturienta el contenido del vaso.

Los humos del champagne paralizaron poco á poco en mi mente la accion febril del pensamiento. Quedéme, al fin, dormido; pero con un sueño pesado como un letargo, y poblado de caprichosas visiones.

Bandadas de salteadores, puñal en mano, escalando las paredes de mi cerebro, se arrojaban sobre mí; los unos, mirándome con los siniestros ojos del judío Isacar: los otros haciendo brillar en satánicas sonrisas los dientes agudos del hombre color de cobre. Y con la avidez de la codicia pintada en el semblante abrian mi pecho, para buscar al través de mis entrañas el escondido tesoro.

Una mano, posándose en mi hombro, disipó aquella fatigosa pesadilla.

Era Samuel, que estaba gritándome—Andrés, Andrés.....! la avalancha, desprendida otra vez

de las montañas; pero ahora desbordándose en torrentes, cae sobre nuestro campo. No ves?..... Todo está inundado! Los yankees han huido: huyamos .....! Mira el agua que sube, y va luego á alcanzarnos..... huyamos! ..... qué tardas? huyamos.

Y tomó cuesta arriba, las alturas de Black-hill, coronadas de gente.

Pero yo no pensaba en huir. Si perdia el tesoro que me habia hecho soñar tanta dicha, no, queria ya la vida. Inmóvil como un centinela entre el sitio que lo guardaba, y la inundacion que iba á arrebatármelo, miraba las olas que avanzaban rujientes sobre la falda de la colina. Unas toesas mas, y me envolvian en sus negros torbellinos.

La luz del alba que comenzaba á asomar tras de las negras copas de los abetos aumentaba la desolacion de aquel cuadro, presentándolo en todo su horror.

La cañada pintoresca, tendida al pié de Black hill, á cuyo abrigo alzaba sus tiendas el campo americano, habia desaparecido con sus grupos de árboles y las habitaciones que estos sombreaban. Llenábanla las aguas del arroyo, convertido en torrente impetuoso, cuyas cascadas se despeñaban zumbando con ruido aterrador.

Por dicha, las primeras olas de la inundacion

arrojaron no lejos de nuestra tienda, en una especie de ribazo, grandes masas de árboles y trozos de rocas que desviaron la corriente hácia la vecina hondonada, salvando nuestra habitacion del estrago general.

Cuando, pasada la fuerza de la inundacion, pude subir al recodo del arroyo, encontré su lecho de pizarra en seco. La impetuosa avalancha lo habia socavado, abriendo al arroyo un nuevo cauce, por el cual corria ahora como bajo un puente natural. Otro habria caido en tierra, aniquilado ante aquella incalculable pérdida. A mí me hizo muy poca impresion. Era todavía, niño; y mi ambicion no podia convertirse en codicia. Pesóme solamente ver defraudado á Samuel en el logro de la enorme riqueza que, sin saberlo, iba á venirle á las manos.

Cuatro dias despues, el campo de los yankees se situaba mas arriba; y el fondo de la cañada, en toda la estension, bañada por las aguas de la avalancha, hallábase cubierta de trabajadores que, hundiendo las manos en el lodo de los charcos, recogian el oro en gruesas pepas.

Era el contenido del inmenso receptáculo depositado por los siglos bajo el lecho del arroyo.

Nadie como yo tenia derecho á esas riquezas

en tan pocas horas descubiertas y perdidas; mas, siguiendo el sistema de aislamiento en el trabajo, llevé mis investigaciones á la hondonada.

Allí el agua habia dejado un ancho lodazal cuya superficie comenzaba á verdear con una naciente grama, indicando con esto, que nadie se habia acercado á aquel paraje.

En efecto, á la primera paletada de barro extraje multitud de trozos de oro; ya enclavados en fragmentos de cuarzo, ya sueltos, y como fundidos al crisol.

Cuando á la caida de la tarde volvia á la tienda, apenas pude subir el repecho de la hondonada tal era el peso que llevaba conmigo.

Cuánto gozo iba á innundar el alma metalizada de Samuel á vista del cuantioso producto de aquella jornada, que era suya!

Pero con gran sorpresa mia, no respondió á la señal convenida entre nosotros para anunciarle un hallazgo. Apresuro el paso, entro en la tienda, y lo encuentro caido en tierra, las facciones descompuestas, fijos y extraviados los ojos y el cuerpo torcido en horribles convulsiones. A su lado yacía una carta abierta y estrujada.

Levantélo en mis brazos: y logré, aunque con gran dificultad, ponerlo en la cama. Su cuerpo tenia la rijidez del cadáver.

Procuré hacerle tragar unas gotas de agua y corrí en busca de un médico francés que por casualidad se hallaba de paso allí.

Desde que lo vió, el doctor declaró al enfermo atacado del cólera.

—Pero—añadió, examinando las mandíbulas, cerradas por una fuerte contraccion—el accidente ha sido provocado por emociones de dolor ó de cólera . . . . . Y . . . . . justamente, he aquí una carta que vá á ponernos en vía de lo que el sujeto ha sentido antes de ser atacado por el mal que se lo lleva, porque, no se engañe usted, que es, sin duda su hijo, ó su dependiente: este es un hombre muerto. Con esta bebida que le dará usted, en dos porciones, recobrará el habla.

Y volviéndose al pobre Samuel, que estaba al parecer sin conocimiento—¿No es verdad, señor, —le dijo—que V. me oye y se halla en el uso de sus sentidos?

Un suspiro fatigoso fué la respuesta.

Y bien! continuó el doctor. con un aplomo de Esculapio—luego tendrá usted de vuelta el uso de la palàbra. Aprovéchelo, se lo aconsejo.

Y se fué muy fresco, despues de arrojar aquella terrible receta.

Como habia dicho el doctor, la accion de la

bebida hizo recobrar el habla á Samuel que volviendo hacia mí sus apagados ojos:

—El Dios de mis padres se ha apartado de mí—exclamó—porque yo me he apartado de sus caminos, por seguir los de la iniquidad!

El semblante de Samuel se descomponía cada vez mas, y la huella de la muerte se marcaba profundamente en los contornos de su boca.

—Sí—continuó con apagada voz—hé cambiado al Dios de Abraham por el becerro de oro; y á este hé sacrificado mi juventud, mi vida, y todos los afectos de mi alma. . . . . Ahora mismo, que las fuerzas me abandonan, y que el dolor se ha posado en mi cuerpo, la idea de dejar mis tesoros, es el mayor de mis sufrimientos. . . . . Pero. . . . . qué digo? . . . . . Ah!!! infame Isacar! . . . . . vuélveme mi oro. . . . . mi oro. . . . . mi oro! . . . . .

Un horrible calambre contrajo todo su cuerpo y ahogó la voz en su garganta.

—En nombre del cielo,—esclamé, asustado de aquella ajitacion desesperada—Samuel! cálmate, amigo. Deseas mas oro? Yo te daré todo el que quieras. ¡Tú no sabes! lo he encontrado á montones en los cenegales de la hondonada. . . . . Mira!

Y le presenté mi gamella casi colmada del oro que habia extraido en la jornada.

A su vista los ojos del judío ya vidriosos y

extraviados brillaron con un fulgor sombrío, casi feroz.

—Dios de Jacob!—esclamó alargando su crispada mano y hundiéndola en la resplandeciente masa —dame de tu eternidad un corto espacio para gozar con la vista y el tacto de esta maravilla; y despues lleva mi alma donde plazca á tu voluntad.

. . . . . .

Una horrible convulsion ahogó la voz de Samuel, que se agitó algunos instantes en violentos espasmos, quedando luego sin movimiento.

Creílo dormido.

Entonces me acordé que al lado de Samuel, caido y moribundo, habia una carta abierta y estrujada. Busquéla y la hallé á mis piés. La letra era de Isacar; y gracias al conocimiento del dialecto calabrés, pude leer lo que sigue, que extracto de un cúmulo de esas injurias y denuestos atroces que abundan en el diccionario popular italiano:

«Demasiado tiempo abusaste de nuestra ignorancia en achaque de números, infiel depositario de unas piezas ganadas á riesgo de nuestra vida, á precio de nuestra sangre, y robadas por tí, miserable poltron, que solo contabas el mérito de ocultarlas; y que las ocultabas tan bien á fe, que parecian luego una ilusion á las manos que las habian conquistado. Pero no

hay plazo que no se cumpla; y el que dimos á tus depredaciones hoy se ha vencido, y vamos á chancelar nuestras cuentas, aunque no á tu manera, allá, en los Abruzzos, sino limpia y netamente.

« En primer lugar, yo, que he tenido el talento de conducirte á la trampa en que has caido, yo me he apoderado de tu oro, recibido en diez remesas; y Bepo, Estéfano, Bambino y Testa di Fuoco, caidos como llovidos del cielo, han echado el harpon al Luiggi, nuestro bueno y velero Luiggi, con el que batirán las aguas del Pacífico, dando tantos zabullones á los pasajeros incautos, que muy luego llenarán sus arcas.

« En cuanto á este servidor tuyo, váse á Italia. Comprará un palacio en Nápoles la bella, y pasará la vida deliciosamente tendido al sol, bajo los floridos naranjos de sus jardines. »

—Un ladron! ¡miembro de una banda de salteadores! —esclamé volviendo mis ojos hacia Samuel, que estaba inmóvil, y su rostro súbitamente enflaquecido, cubierto de una palidez azulada y lívida.

Acerquéme á él y lo toqué. Estaba muerto.

Aunque la revelacion que acababa de tener me hacia mirar con horror á ese hombre, era ya un cadáver, y el prestigio de la muerte, aureola luminosa para la virtud, es para el crimen un velo que atenúa su deformidad.

Vivo, Samuel hubiese sido á mis ojos un malvado, y me habria alejado de él con repugnancia; muerto, olvidé que era un infame encubridor de robos; que fué un avaro sin conciencia; que se habia conducido villanamente conmigo, defraudándome el precio de mi trabajo en perjuicio de mi madre. Todo esto olvidé para recordar sus cariñosas palabras, y el encanto de su voz. Sentí que me habian apegado á él esos lazos invisibles pero fuertes de la costumbre, que tan profundamente arraigan en el alma de los niños; y lloré por él lágrimas de verdadero dolor; y pasé la noche velando al lado de su cadáver.

A la mañana siguiente, cuando salí á buscar quien me ayudase á sepultar al muerto, encontré un grande vacío en torno á nuestra tienda. El terror al contagio la habia aislado completamente.

Nadie quiso prestarme su auxilio; y fuerza me fué cumplir solo este deber,

Pero, como dice el adajio, no hay mal que por bien no venga. Así, este espanto, fuéme tan favorable que me permitió, al abrir la sepultura bajo la tienda misma, extraer mi tesoro y alejarme sin escitar sospecha alguna.

Valíme para ello del carro en que habíamos traido de Sacramento nuestros útiles de trabajo. Era una especie de caja, colocada sobre dos ruedas altas á propósito para atravesar las cenagosas llanuras.

Compré á un aleman, que acababa de llegar, el caballo en que vino, que era una bestia fuerte y en buenas carnes. Coloqué mi oro entre el fondo del carro, y una tabla del mismo grandor; eché encima mis ropas y algunas provisiones, y me puse en camino despues de haber, á pesar del mosaismo de Samuel, colacado una cruz sobre su tumba.

Poco despues, por una calurosa tarde de junio, entraba yo con mi carro, hecho un cuento de harapos, pero sentado sobre un tesoro, en las populosas calles de Sacramento. Mi facha hacia reir á los impertinentes, y las muchachas me mostraban con el dedo. ¡Cuántos de ellos y ellas, si hubieran adivinado mi secreto, se habrian inclinado ante mí!

Estacion de tránsito á las minas y teniendo en sus contornos mismos, ricos veneros, la ciudad de Sacramento hallábase ocupada por millares de huéspedes, que llenaban sus hoteles, y sus casas, albergándose hasta bajo los árboles de sus arrabales.

Dicho esto, inútil es añadir que un muchacho andrajoso como yo había de tener que resignarse á este último partido; tanto más cuanto que no pudiendo confiar á nadie la existencia de mi tesoro, érame imposible apartarme de aquel carro que lo guardaba.

Pasé pues de largo y atravesé la ciudad sin pensar siquiera en pedir hospedaje; deteniéndome solo para comprar algunas provisiones en la tienda de un

mercader de comestibles que estaba leyendo un periódico á dos vecinos, y hacia grandes esclamaciones sobre algun suceso trágico allí referido.

—¡Perderse un tan hermoso buque!—esclamaba—era sin duda el mejor de la antigua compañía.

—Y pensar que tantas desgracias las ocasionó solo el descuido de un fogonero!

—Descuido?—Llámele V. mala intencion y lo habrá acertado: oiga V., sino este párrafo.

«Por mas investigaciones que se han hecho, imposible ha sido encontrar al fogonero que ocasionó esto horrible incidente que ha costado la vida á mas de veinte personas. Su desaparicion hace sospechar en él una intencion criminal.»

Al escuchar aquella lectura, mi corazon se estremeció: un horrible pensamiento cruzó mi mente.

—En nombre del cielo—dije al mercader—dígnese V. sacarme de una cruel ansiedad. En ese trájico incidente ¿se trata del «Nuevo Mundo?»

El mercader (todavia un yankee) miróme de piés á cabeza; y por no derogar, hablando á un desconocido, y ainda mais, á un desconocido tan indijente, mostróme la puerta, entregándome mis compras y guardándose el dinero.

Fuerza me fué alejarme, aunque llevaba el alma agobiada por un lúgubre presentimiento.

Sin embargo, cuando dejadas atras las últimas

calles de la ciudad, me encontré en aquella bellísima campiña cubierta de flores y sombreada por grupos de árboles, las nubes que oscurecian mi espíritu se disiparon. Nada ví en el aviso de aquel periódico, ni en las palabras del mercader que pudiera inducirme á pensar que el «Nuevo Mundo», ese buque donde Estela y su hermano se hallaban, fuera la víctima de aquel desastre.

Reflexionando así, tranquilicéme gradualmente; y la calma de aquella hermosa naturaleza se apoderó de mi alma, que se abrió de nuevo á la esperanza.

Entre tanto, la noche habia venido; el cielo se poblaba de estrellas, y la brisa cargada de perfumes, hacia de la pradera una inmensa cazoleta.

A media hora de la ciudad y á corta distancia del rio, una caravana habia hecho alto al abrigo de un grupo de sicomoros. Era una colonia de alemanes que llevaban sus hogares á las cañadas vecinas del Sacramento.

Fuíme á ellos y les pedí me permitieran pasar la noche en su compañía.

Acogiéronme con bondad y me hicieron lugar al lado del fuego, necesario en aquellas latitudes por la frialdad de las noches.

Una vez establecido mi hospedaje, los alemanes se dieron á una grave charla, abandonándome á mis pensamientos. Pensamientos color de rosa, que

poblaban de rientes imágenes las lontananzas del porvenir; que acortaban las distancias del tiempo y del espacio, y traian al presente la dicha que para lo venidero forjaba el corazon.

La luz de la fogata, reflejándose en las móviles ramas de los sicomoros, daba á aquella fantasmagoría una prestigiosa decoracion.

En un momento que la azulada llama, impelida por la brisa, esparcia en torno una claridad mas viva, divisé una forma blanca, que saliendo de entre los matorrales del lado del rio, avanzó vacilante, indecisa, hasta la zona luminosa proyectada por el fuego.

A su vista, pasé la mano por mi frente y me restregué los ojos, creyendo que soñaba. Pero convencido en fin de que estaba despierto, lancé un grito y corrí hácia aquella aparicion.

Era Estela! Estela, no fresca, risueña y elegante; sino triste, sombría, espantada y los vestidos desgarrados.

Desconocióme de pronto y quiso huir; pero al escuchar mi voz se arrojó en mis brazos. Quiso hablar; pero le faltaron las fuerzas y se desmayó.

Las mugeres de la colonia se apiadaron de ella: lleváronla á su tienda y le dieron toda suerte de auxilio.

Ocupado estaba yo con ellas en hacerla volver en

sí, cuando de súbito oimos un gran ruido en el campo Invadiólo una turba de ginetes armados, que, sin desmontar, se arremolinaron silenciosos en torno á nuestros bagajes, escudriñándolo todo con la vista, cual si buscaran á alguien.

Uno de ellos, inclinado sobre el flanco de su caballo, levantó el paño de la tienda donde las mugeres rodeaban á Estela, ocultando de este modo su cuerpo, que yacia tendido en tierra.

La luz de una lámpara que nos alumbraba dió en el rostro del estraño visitante, haciendo brillar unos ojos fosfóricos y unos dientes agudos y apartados.

Era el hombre color de cobre.

Envolvíase en la manta rayada de blanco y negro de los apaches, llevaba la cabeza desnuda y sus cabellos abundosos y lácios, contenidos sobre las sienes por una banda roja.

Su aspecto era tan feroz, que al verlo las mugeres exhalaron un grito.

En cuanto á él, hundió su mirada de buitre en el interior de la tienda; paseóla en derredor y enderezándose hizo dar un bote á su caballo; hizo oir un ahullido ronco y gutural, y partió seguido de su banda alejándose como un sombrío torbellino.

A ese grito, el cuerpo de Estela, que yacia sin movimiento, se estremeció, como sacudido por una descarga eléctrica; sus lábios yertos, movidos por un

supremo esfuerzo, pronunciaron, mezclado á un gemido, el nombre de su hermano. Aquel lamento fué para mí una dolorosa revelacion; y el relato que el mercader leia aquella tarde, apareció á mi mente con su lúgubre complemento.

Estela volvió en fin de su largo desmayo. Como despertada por el terror, alzóse de repente y mirando en torno con anonadados ojos—Andrés! esclamó, encontrándome á su lado—¿has oido ese grito? Es una señal. Es..... el hombre color de cobre, que incendió el vapor; que mató á mi hermano; que me arrebató de entre sus brazos yertos, y de quien me he escapado por un milagro; pero que me sigue y va á alcanzarme.....

Y quiso huir arrancándose á nuestros brazos. La detuve.

—Nada temas, le dije, estás conmigo.

Estela volvió en torno una triste mirada, y dijo, con acento dolorido:

—¡Sola en el mundo!

—¿Y yo?—esclamé—¿no te amo, y soy tambien tu hermano?

—Oh! Andrés! la vida comienza para tí, y te debes á tu madre que te espera. Si quieres volver á verla, huye de mí. El ser infernal que me persigue mata á cuantos se me acercan: mató á Alejandro;

mató á la hija del capitan, y te matará á tí si no me huyes.

—Al contrario. Héme aquí á tu lado, y para siempre. Pero ¿qué es lo que ha sucedido? ¿Cómo han tenido lugar tan espantosos acontecimientos? ¿Por qué te encuentro en estos parages, sola, en medio de la noche?

—Oh!—respondió ella—¡es una horrible historia! ¡El bien hundiéndose de repente en los abismos del mal; la dicha naufragando á las puertas de una venturosa realidad!..... ¡Y todo esto por culpa mia!

—¿Qué dices?

—Escucha. ¿Mis cartas no te decian cuán felices éramos, Alejandro, Lucy y yo? Y bien, la existencia, pasada así, entre dos seres queridos, recorriendo sobre las ondas, en su perpétuo viaje, los floridos campos, era para mí un encantado sueño. Alejandro y Lucy se amaban; yo era un vínculo mas entre ellos, y su union no estaba lejos. Solo tú faltabas á nuestra dicha; pero te hallabas cerca, y nos halagaba la esperanza de que pronto vendrias á reunírtenos.

Así, dividiendo el tiempo entre la música, las dulces pláticas y los halagüeños propósitos, ha pasado este año, el mas dichoso de mi vida.

El capitan, unida su hija á mi hermano, contaba

formar una compañía para una línea de vapores destinada á la navegacion de San Francisco, á los puertos meridionales del Pacífico. Él mandaría uno de aquellos buques; Alejandro, otro, y Lucy conmigo se estableceria en Lima. ¡Qué perspectiva! ¡La patria, la amistad, la familia!.....

Pero ¡ay! todo aquello fué solo un encantado mirage, contemplado y desvanecido como la niebla al soplo de los vientos.

Anteayer, á la entrada de la noche, el «Nuevo Mundo,» con sus máquinas encendidas, sus pasageros embarcados y llevando á su bordo fuertes caudales en oro, aprestábase á zarpar del muelle del Sacramento.

Habia yo dejado para tí una carta. En ella te daba parte de este programa encantador. Asignábate en él un hermoso rol; y gozosa con el gozo que te enviaba, llena el alma de rientes sensaciones, hallábame recostada en la borda, en el mismo sitio donde te encontré al partir para el Sacramento.

Como entonces, ahora tambien, la galería hallábase llena de gente que iba y venia, hablaba y se agitaba; pero yo me encontraba tan absorta en mis pensamientos, que escuchaba, sin oir, aquel murmullo atronador.

A causa de la construccion particular del buque, desde el sitio donde me hallaba, tenia delante las

hornillas del vapor, ardiendo en toda su intensidad.

Mis ojos distraidos y vagorosos, atraidos por la reverberacion del fuego, fijáronse al fin en aquel foco luminoso que brillaba en la noche como un infierno. Nada faltaba á la ilusion de aquel espectáculo. Dos hombres cuyas facciones desaparecian bajo una espesa capa de carbon, atizaban aquel fuego; y sus rostros, enrojecidos por la llama, tenian una apariencia terrífica.

Uno de ellos, sobre todo, de estatura colosal, tenia unos cabellos tupidos y lácios, que el fuego erizaba, y que hacian adivinar un semblante diabólico.

Pero cual seria mi espanto, cuando al volverse aquel hombre, ví dos ojos de buitre, relampaguear en la sombra; y bajo unos lábios gruesos y contraidos dos hileras de dientes agudos y apartados; en fin, una figura que la irradiacion de la dicha comenzaba á borrar de mi mente.

¡El hombre color de cobre!

Cuando la reaccion del terror, que pegó mis piés al suelo, les hubo restituido su movimiento, huí de aquel sitio, y fuime á refugiar entre Lucy y Alejandro, que se espantaron de mi palidez.

Iba á hablar; iba á decirlo todo á mi hermano, pero como siempre detúvome el temor de suscitar un conflicto entre él y ese hombre espantoso: temor fatal que ha causado todo este desastre.

Callé, pues, y aterrada encerréme en mi camarote.

La fatiga del espíritu habíame adormecido y me agoviaba una horrible pesadilla. Un mar de fuego rielaba sobre mi cabeza en torbellinos de llamas: gritos tumultuosos me ensordecian, mezclándose á ellos lamentos y maldiciones. El aire que aspiraba era cálido y sofocante; y una estraña opresion abrumaba mi pecho.

De súbito despertóme un fuerte golpe.

La puerta del camarote cayó, dando paso, entre una bocanada de fuego, á un hombre que llevaba en uno de sus brazos el cuerpo inerte de una muger desmayada y que tomándome á mí en el otro, arrancóme á las voraces llamas del incendio que devoraba el buque.

Era Alejandro que salvaba á su esposa y á su hermana.

Pero en el momento que llegaba al portalon para arrojarse con nosotros al agua, yo que me reclinaba en su hombro ví alzarse una figura negra, colosal, terrible que haciendo remolinear en el aire dos mazas de plomo pendientes de dos cordeles, dejólos caer sobre las cabezas reunidas de mi hermano y su novia, derribándolos muertos á sus piés. . . . . .

El frio del agua me volvió en mi acuerdo. Abrí los ojos, y ví fulgurar, casi pegados á mi rostro, dos

ojos de buitre y una espantosa sonrisa mostróme los dientes agudos del hombre color de cobre.

Me llevaba en sus brazos y nadaba á la orilla donde enviaba una señal, con un grito ronco y siniestro.

El terror me dió fuerzas. Hice un movimiento brusco, escapéme de entre sus manos y me dejé caer al fondo del agua.

Cuando mis piés tocaron la arena limosa del fondo —continuó Estela—dejéme arrastrar corriente abajo por el ímpetu de la onda, hasta que exhausta de aliento, hube de ir á buscarlo á la superficie del agua.

Encontréme en medio del rio, envuelta en profunda oscuridad, escuchando por todos lados gritos de angustia, gemidos de agonía. La memoria me habia abandonado. ¿Cómo me encontraba allí? ¿Qué habia sucedido? Lo ignoraba. Sabia, solo, que huia de un espíritu maléfico á cuyo poder habia escapado. ¿Cómo? Ignorábalo igualmente: mas, poseida de terror, apenas osaba asomar la cabeza fuera del agua lo bastante para aspirar un poco de aire; y nadaba, cortando la corriente con la fuerza que me prestaba el miedo. Ah! cuando en dias mas felices, triscando con mis compañeras en la deliciosa ensenada de Chorrillos, aprendia de Ceferino el arte de la natacion, ¿quién me dijera que habia de servirme para salvar la vida y la honra?

Alcancé por fin, la orilla, escarpada en aquel paraje

y cubierta de zarzas, que hundian en el agua sus espinosas ramas.

Fatigada, exánime, falta de aliento, asílas con ansiosa mano; pero las solté al punto y retrocedí espantada.

Enredábase en ellas una larga cabellera, que sostenia flotante el cuerpo de una muger ya cadáver; era Lucy!.....

Al volver de un cíncope cuya duracion no puedo calcular, encontréme arrojada por las olas sobre una playa desierta sombreada de altos jarales. Mis miembros entumecidos, carecian de movimiento. Un silencio sepulcral reinaba en torno, interrumpido, solo por el murmullo de la corriente y el chillido de las aves nocturnas.

Procuré levantarme, y me arrastré hasta lo mas tupido de la maleza. La oscuridad, el dolor y el miedo, forjaban en torno mio visiones que me aterraban.

De repente llegó á mis oidos, lejano, pero distinto, aterrador, el grito salvaje del hombre color de cobre; y á poco, un grupo de ginetes pasó cerca de mí, haciendo chispear los guijarros con los acerados cascos de sus caballos.

El terror me dió las fuerzas que no tenia: eché á huir en opuesta direccion y llegué cerca de aquí, á una espesura donde me oculté, y de donde el frio de

la noche me hizo salir, atraida por la lumbre. ¿Qué milagro de la Providencia te ha traido á mí?

Al siguiente dia, todos partimos juntos: los alemanes á tomar su nuevo establecimiento, en las cañadas del Sacramento.

Sin el dolor que amargaba el alma de mi compañera y mi propio corazon, cuán delicioso habria sido aquel viaje!

Sentados el uno al lado del otro, muellemente llevados al través de bellísimas praderas, á nuestros piés un tesoro y sobre nuestras cabezas el esplendor de un cielo de verano, surcado de nacaradas nubes, y de bandadas de aves que llenaban el espacio con variadas armonías.

Pero Estela no era ahora ni la sombra de sí misma.

Su pena tenia un carácter siniestro; era muda y sin lágrimas.

Invitábala algunas veces á bajar del carro y marchar á pié. Cedia á mi ruego con una complacencia triste; y caminábamos, literalmente, sobre una alfombra de flores. Pero ella, cuya alma era tan entusiasta, pasaba ante estas magnificencias, de la naturaleza con la mas fina indiferencia.

En fin, la ciudad de San Francisco y su bahia cubierta de buques nos aparecieron una mañana á la primera luz del alba; y poco despues atravesábamos sus calles dirigiéndonos al puerto donde esperábamos

encontrar algun buque próximo á darse á la vela para el Callao, pues, Estela anhelaba alejarse de aquellos lugares, que tan funesta influencia habian tenido en su destino. Yo mismo, agitado por una estraña inquietud, deseaba ardientemente el regreso á la patria.

Como para servir á nuestros propósitos, un gran cartelon pegado á una de las columnas del pórtico en una casa de consignaciones; anunciaba para aquella tarde la salida del bergantin «Pietranera,» con direccion al Callao; añadiendo que ofrecia exelentes comodidades para carga y pasageros.

A esta noticia el rostro de Estela, por vez primera, despues de la horrorosa catástrofe del Sacramento, se coloreó con una sombra de alegria.

Encantado con aquel signo de bonanza, díme apenas el tiempo necesario para cambiar nuestro oro en letras, y comprar á Estela esas ropas, cintas y fruslerías que forman el equipaje obligado de una jóven. Tomé pasages en la misma casa de consignaciones, y al caer la tarde nos embarcamos.

Cuando llegamos á bordo, estaban aparejando. Era aquel un buque recientemente pintado de negro; conocíase que le habian dado un nuevo velámen, y cambiado los principales mástiles de su arboladura.

Al pisar sus escaleras, al bajar á su cámara, parecióme aspirar un aire de antiguo conocimiento, y

cuando me presenté al capitan que se hallaba á proa con el piloto y el sobrecargo, creí haber visto ya otra vez, y así, juntos, aquellos rostros morenos y solapados.

Paséabame sobre cubierta preocupado por la idea importuna de un recuerdo que se alejaba al llegar á los bordes de la memoria, y que volvia, para alejarse otra vez, cuando Estela, que me habia dejado para ir á tomar posesion de su camarote, acercóse á mí, y murmuró á mi oído—«El Luiggi!»

Un relámpago iluminó mi mente.

Nos hallábamos en el buque de Samuel, y en poder de los bandidos que lo habian robado, que contaban para enriquecer, con el oro de los pasageros que arrojaran al mar, y que no tardarian en comenzar por nosotros.

Por mas que me pesara alarmar á Estela, tuve que instruirla de nuestra desesperada situacion.

Pero con gran asombro mio, su semblante abatido por el dolor, serenóse de repente revistiéndose de admirable tranquilidad.

—Señor—dijo al capitan, sonriendo con pueril indiferencia—estoy consultando á mi hermano si me será permitido pedir á V. un favor.

Al traer á bordo nuestro equipaje, una ola lo ha mojado todo. ¿Me dará V. licencia para estenderlo al aire sobre cubierta?

Yo escuchaba aterrado. En el baúl que encerraba las ropas de Estela se hallaban nuestras letras de cámbio; y en mi saco de noche una gran cantidad de gruesas pepas de oro que yo habia separado para llevarlas á mi madre.

Mi espanto creció cuando obtenido el permiso, Estela volviéndose á un marinero que estaba allí cerca le rogó fuera á tomarlos en el camarote.

Traidos á cubierta el saco y el baúl, Estela buscó en su bolsillo y encontró con gran trabajo las llaves de uno y otro. Luego, en presencia del capitan y de sus compañeros, á quienes procuraba mantener allí cerca; abrió y vació el saco y el baúl, y estendió las ropas, que en efecto estaban todas mojadas. Estela les habia arrojado toda la provision de agua que halló en el camarote.

El oro y las letras habian desaparecido!

Yo estaba absorto. Estela sin desconcertarse exhalaba mil esclamaciones de dolor á la vista de cada una de sus prendas; rizaba entre sus dedos las blondas ajadas por el agua, y me preguntaba con voz lamentable si en la vida, podria volver á comprar lo que aquella perversa oleada le habia inutilizado.

Aquella astucia nos salvó.

Estela, con la curiosidad inquieta de las mugeres para registrarlo todo, habia reconocido su antiguo camarote en un hueco, especie de escondite, formado por

casualidad en la construccion del buque, y tan disimulado por el ajuste de dos tablas, que solo ojos tan perspicaces como los suyos podrian descubrirlo. Aterrada como yo, al recuerdo de la carta de Isacar, ocultó allí el oro y las letras, y formó el plan de aquella farsa, con la que echó tierra en los ojos de aquellos bribones redomados.

Sin embargo, apesar de la seguridad en que nos dejaba el engaño en que yacían los bandidos, la presencia de Estela entre ellos, me llenaba de inquietud. El sueño habia huido de mis ojos y pasaba la noche á la puerta del camarote de Estela, de pié, inmóvil, el oido atento, la mirada perdida en las tinieblas y apretando en la mano el mango de un puñal.

En fin, un dia al través de las primeras nieblas del otoño, divisamos la bandera del Perú izada en lo alto de un torreon.

Una hora despues habíamos llegado al Callao.

A vista de este puerto, de donde habia partido con su hermano, una lágrima rodó de los ojos de Estela. Pero ella la enjugó con prontitud y volvió á su triste serenidad.

Apenas echada el ancla llegó la visita de la aduana.

Un pensamiento vino á asaltarme, importunándome bajo la forma de un doloroso deber. Allí estaban

tres bandidos, que habian robado un buque y que se proponian hacerlo teatro de robos y asesinatos. ¿Los denunciaria entregándolos al brazo de la ley? ¿Callaria haciéndome responsable de la sangre que iban á derramar?

Miré á Estela, que me comprendió.

—Dejemos siempre á Dios el castigo de los malos, y no manchemos nuestro lábio con una delacion.

Aprovechamos, sin embargo, de la presencia de la aduana para extraer nuestros fondos.

Cuando los bandidos vieron en mis manos un saco de oro y una cartera llena de letras de cambio, una llamarada de cólera ardió en sus ojos y fijaron en Estela una mirada fulminante.

El ferro-carril, establecido en nuestra ausencia, nos llevó á Lima.

Al poner el pié en las baldosas de la estacion, Estela asió mi mano y me guió.

—Dónde me llevas?—la pregunté.

—A mi morada—respondióme.

Y caminamos largo rato.

Al pasar delante de una iglesia—Santa Ana!—dijo Estela—Aquí hice mi primera comunion. Entró en aquel templo, se arrodilló y oró.

Alzóse luego, y observé que me miraba furtivamente con ojos llenos de lágrimas.

Una cuadra mas arriba, ví, en el ángulo de la calle,

una gran piedra agujereada de parte á parte sin duda por la accion del agua.

—La Piedra Horadada!—esclamó Estela—Cuando yo era niña, en nuestros bailes del domingo, danzábamos al son de graciosos cantos, en los que estos sitios eran nombrados entre armoniosas cadencias. Quien me dijera que en ellos habia de dar mis últimos pasos en el mundo!

—¡Tus últimos pasos en el mundo!—¿Qué dices?

—Espera!—dijo mi compañera, entrando conmigo en la portería del monasterio del Cármen, y llamando al postigo. La puerta se abrió.

—Estela!—gritó una monja anciana que á la sazon atravesaba el cláustro, y que corrió á la puerta.

—Sí, madre abadesa, Estela, que pasó los primeros dias de su vida á la sombra de estos muros, y vuelve á ellos para siempre. Dadme el velo de novicia.

Estela se volvió á mí, me abrazó y desapareció tras de aquella puerta, antes que yo hubiese podido volver en mí del estupor en que me dejó aquella repentina separacion. Un rayo que hubiese caído sobre mi cabeza, una puñalada en la mitad del corazon, no me hubieran hecho tanto daño. Arrojéme contra aquella puerta, en la esperanza de derribarla; lloré, grité, llamé á Estela con todos los gemidos de la desesperacion, y pasé la noche tendido en tierra ante aquella puerta cerrada y muda como un sepulcro.

Arranquéme al fin de allí, y algunas horas despues, el vapor que marchaba al sur me llevaba á su bordo.

En el momento que desembarqué en Islay, monté á caballo y llegué á Arequipa, sin haber descansado una hora en el tránsito.

—Madre!—murmuraban mis lábios, mientras corria por la arenosa sabana que se estiende entre el puerto y la ciudad—madre mia! tus sueños de dicha van á realizarse. Hé aquí tu hijo que lleva un tesoro para ponerlo á tus piés.

Habia dejado atras el desierto—continuó el jóven, con voz cada vez mas conmovida—habia pasado las quebradas estériles, y entrando en las que comenzaban ya á vestirse con las fragantes yerbas de nuestra hermosa campiña, subia el repecho del primer Alto. Al llegar á la cima, el Misti imponente y lóbrego me apareció todo entero, de su negro pié hasta su nevada cumbre.

La vista del monte sagrado, esa vista que estremece de alegría á todo arequipeño, hízome estremecer de estraño terror; y mis ojos, anhelantes, lo interrogaban, y el alma contristada creia ver en sus sombras siniestros augurios.

Cuando mi caballo, jadeante y sin aliento, se paraba relinchando en el segundo Alto, la noche comenzaba á estenderse sobre el inmenso paisaje. Sin embargo, los rayos de la luna me mostraban, aunque confusos,

todos sus detalles; y allá, en su lejano fondo, reflejábase en una larga hilera de blancas cúpulas:

Arequipa!

Atravesé rápido como una exhalacion el valle de Congata y los callejones de Tiabaya, asustando á las gentes que se encontraban á mi paso, y se apartaban temerosas; creyéndome un alma en pena. Mi caballo caia de cansancio; pero yo lo alzaba con la voz y con la espuela, y corria adelante.

De repente, á la vuelta de un recodo, la blanca ciudad me apareció otra vez, pero esta, del todo cercana: veía sus luces, oía sus rumores.

Azuzo mi caballo, que se precipita dando saltos desesperados; toco los arrabales; atravieso el puente; subo la márgen del rio, llego!.....

La casita yacía allí, oscura y silenciosa; y las higueras tendian sobre ella su negra sombra.

La puerta estaba cerrada.

—Duerme—dije; y arrojándome del caballo, llamé con los golpes que solía en otro tiempo anunciarme á mi madre. La puerta permaneció cerrada, y el eco solo, me respondió de adentro, sonoro y vacío.

—Madre! madre!—grité, pegando el rostro contra aquella puerta muda.

Una muger salió á mis voces, de una casa vecina y vino á mí.

—Ayer la llevamos al cementerio—me dijo—Las

penas y el trabajo han dado fin á su existencia. Hé aquí la llave de su casa, que ella me encargó recojiese para entregarla á su hijo.

Viéndome inmóvil y mudo, caido sobre el umbral, aquella muger se compadeció de mí, y quiso llevarme á su casa; pero no pudiendo obtener que la siguiese, dejóme solo y se retiró.

Ignoro cuanto tiempo quedé allí, caido en tierra y la frente apoyada en la piedra del umbral. La brisa helada de la noche me hizo volver del profundo anonadamiento en que yacía. Alcéme del suelo con los miembros entumecidos y el cuerpo como aniquilado por una larga enfermedad. Busqué la llave sin poder encontrarla, hasta que la sentí apretada entre mis dedos.

Abrí la puerta y entré en aquella casa, donde corrieron tan dichosos los dias de mi infancia, bajo el ála del ángel que habia volado al cielo, despues de haberme llorado y esperado en vano.

Encendí luz, y tendí en torno una dolorosa mirada.

Todo estaba como antes en aquella morada solitaria, y la presencia de mi madre se hacia sentir en todas partes. Aquí estaba su telar, allí su taburete y su labor; mas allá mi cama, hecha, y pronta á recibirme, frente á la suya, revuelta, y mostrando en su desórden el paso de la muerte. En la cabecera de esa cama, al

pié de un crucifijo, y sobre una hoja de palma bendita, encontré esta joya; que contenia todo el oro que yo le envié de California, y que la pobre madre, disfrazando bajo aquella graciosa forma su tierna abnegacion, guardaba siempre para mí.

Sentéme al lado de aquel lecho vacío, apoyé la cabeza en las manos y me hundí en un abismo de dolor.

No era ya el niño que cuatro dias antes lloraba á su compañera en la puerta del monasterio, llamándole con gritos y sollozos. El golpe que ahora me habia herido era tan rudo que paralizó toda espansion; y las lágrimas, ese bálsamo supremo del alma, habíanse coagulado en mi corazon.

La luz del siguiente dia me encontró en la misma actitud, el labio mudo y los ojos secos; pero mis cabellos sedosos y húmedos, aun, con la sávia de la infancia, estaban sembrados de canas.

Y el jóven pasó su mano sobre su negra cabellera, entre cuyos bucles brillaban algunas hebras blancas.

—Aquella noche, entre los desvarios de mi dolor—continuó, pasado un momento de sombrío silencio—formé un proyecto, que un mes despues, habia del todo realizado. Era este proyecto, cumplir los votos de mi madre; sus deseos para el porvenir, desarrollados por ella en diferentes perspectivas y gravados en mi mente al calor de su palabra.

Compré en la campiña todos los sitios que le eran agradables, y donde gustaba llevar sus pasos; construí la casa de campo rodeada de vergeles que su pintoresca imaginacion ideaba, y llenéla de todos los bellos objetos que solian recrear sus ojos. Adquirí á fuerza de oro los terrenos vecinos á nuestra casita de las orillas del Chili, y haciendo de ellos un vasto jardin, encerréla en su perfumada fronda, como el santuario de un ídolo.

En el recinto de este jardin, al centro de un bosquecillo de rosales, y no lejos del grupo de higueras, mandé erigir un sepulcro.

En él reposan los restos de mi madre, que yo robé una noche á la helada tierra del cementerio.

Así, morando al lado de su tumba, rodeándome de todo lo que de ella queda, fórjome la ilusion de que vive todavia.

Hé ahí porqué, ayer estaba profundamente aflijido por la pérdida de esta joya.

Alargué la mano á mi compañero, y estreché la suya, profundamente conmovida.

Entretanto, habia amanecido, y el indio vino á decirnos que estaban ya ensillados nuestros caballos.

Dejamos la capilla subterránea y partiendo juntos, seguimos el mismo camino quebrado y rocalloso, que se estiende en rápido descenso desde las alturas de Tacora, hasta el llano de Pachia.

Al llegar á la Portada, el jóven, arequipeño se despidió para entrar al Ingenio que se hallaba en una hondonada á la derecha del camino.

Los dos mineros de Corocoro, el barítono y yo seguimos nuestro camino, y marchábamos silenciosos. La historia de la noche nos habia impresionado á todos.

—¿En qué piensa V. señora?—díjome uno de los mineros, presentándome un vaso de cerveza—en el hombre color de cobre?

—Oh! sí! Sus ojos de buitre y sus agudos dientes están bailando en mi mente. Ser infernal! ¿Seguirá todavia la carrera de sus crímenes ó habrá ya recibido el merecido castigo?

—¿Quién puede decírnoslo!

—Yo!—respondió el barítono, dejándonos mudos de sorpresa.

Pasada la sorpresa producida por aquella palabra, el barítono fué asaltado por un coro de reconvenciones.

—Cómo ¡lo sabia usted, y callaba!

—¿Por qué dejó usted ir al narrador, sin ponerle el punto final?

—Sin darle á saber en que paró aquel malvado que tan buenos ratos le aguó!

—Guardéme bien de incurrir en tal indiscrecion. Lo que tengo que decir habria contristado mas á ese jóven, ya tan conmovido por su propio relato. Así,

aun que reconocí, desde luego en el retrato de aquel que él llama el hombre color de cobre, al horrible proteo de quien voy á hablar, callé, para evitarle nuevas y penosas emociones.

Era en 1853. Hallábame en San Francisco, haciendo parte de la compañía lírica que Catalina Hayes llevó á California. Era una noche de carnaval y cantábamos «I Masnadieri» en el teatro principal de la ciudad.

Desde un ángulo oscuro, donde, pegado á un bastidor, aguardaba mi salida, contemplaba yo la inmensa concurrencia que llenaba los ámbitos de la sala, y en aquel momento, escuchando á Catalina, prorumpia en frenéticos aplausos.

Entregado me hallaba al estudio en detal de ese conjunto heterogéneo de semblantes, actitudes y espresion, que constituye el público, potencia temible, á cuyo aspecto el artista interroga con terror, cuando vino á desviar mi ocupacion, una escena muda que se representaba en la sala.

Desde que el telon se levantó, habia llamado mi atencion la estraña figura de un hombre, sentado al centro de la platea. Sobre un busto que anunciaba una estatura colosal, alzábase con salvaje arrogancia una cabeza que habria hecho huir de espanto al doctor Gall, de tal modo estaban en ella aglomeradas, en pasmoso desarrollo las mas siniestras protuberancias.

Una masa enorme de cabellos largos, erizados y lacios, coronaba esta cabeza y añadia sombras al rostro de un color oscuro y sangriento donde relampagueaban con rabiosa fiereza unos ojos profundamente negros. Para completar este horrible conjunto, un labio naturalmente contraido, mostraba dos hileras de dientes blancos, apartados y agudos.

Tanto me impresionó la vista de ese hombre que no encontré estraño hubiera producido el mismo efecto en varios individuos, que, diseminados en diferentes puntos de la sala, se le iban insensiblemente acercando, por medio de un cambio de asiento, y habian acabado por formar un círculo en torno suyo. Situado en mi escondite, al fondo del escenario, abrazaba yo con una ojeada todos estos detalles.

A la derecha, un poco distante del círculo tirado al rededor del hombre cobrizo, un anciano, al parecer oficial de marina, mirábale tambien fijamente; pero aquella mirada estaba impregnada de un rencor doloroso, visible en todos sus movimientos.

Mi entrada en escena precedia el fin del acto. Canté con una distraccion que me falseó todos los finales. Pero por mas que me esforzaba para atendes á la orquesta, mis ojos y mi pensamiento no se apartaban del drama que se representaba en la platea, y que comenzaba á tomar proporciones inquietantes.

Porque, al fin comprendí que los curiosos del círculo, eran empleados de polícia disfrazados.

Al frente, mudo y amenazador, como un navio de guerra preparado al abordaje, el viejo observaba, con la mano escondida en las solapas de su casaca.

Todavia no habia caido el telón, cuando á un movimiento del hombre cobrizo para dejar su asiento, doce agentes de polícia se aliaron para arrojarse sobre él.

Nadie toque á ese hombre ¡gritó de repente el viejo marino—es mio: me debe su sangre!

Y saltando, veloz como el pensamiento, asiólo por sus largos cabellos y le atravesó el cráneo con una bala de su revolver.

Al siguiente dia, haciendo frente al pórtico de la cárcel, alzábase una horca, en la que estaba colgado el cadáver de un hombre sentenciado á aquel suplicio; y sustraido á él por una venganza. Delante de aquel horrible espectáculo arremolinábanse tumultuosos, grupos incesantemente renovados, en los que se referian del sentenciado historias espantosas.

—Falkland!—esclamaba uno—sí: no me engaño. Este es el filibustero incendiario de Centro América; el que gustaba de quemar á las familias, encerradas en sus casas.

—Ojo de Azor! el cazador que arrojamos de las praderas, por connivencia con los salvajes. Sí es él.

Tenia unos ojos que hacian parar á los gamos en la mitad de la carrera.

—Tobahoa! Al fin caiste malvado indio navajó, que has robado mas niñas á nuestros pueblos que dias cuentas en tu perversa vida. Desollador de cabezas! ¡lástima que han roto la tuya! Comprara yo tu cabellera para consolar al pobre sonorense de la larga cicatriz con que le hiciste perder su bellísima novia.

—Lástima, en efecto!—dijo, apartando el gentío, un hombre vestido de negro, que llegó seguido de dos cargadores—Consigo el permiso para disecar este cráneo, y lo encuentro fracturado! No obstante, quedan las mandíbulas, cuyos dientes, á lo que veo, son una especialidad.

Muy luego el gabinete público de historia natural, dirijido por el doctor Smith, poseia una nueva joya: un par de mandíbulas humanas, cuyos dientes blancos y apartados, eran puntiagudos como agujas.

Poco despues, los periódicos de San Francisco anunciaron el suicidio de Mr. Scot, capitan del «Nuevo Mundo» vapor perteneciente á la antigua compañía de navegacion en el Sacramento, incendiado por un fogonero con la intencion de robar los caudales que conducia.

Las crónicas atribuian la accion desesperada del capitan al pesar en que vivia hundido desde la muerte de su hija, que pereció en aquel siniestro.....

Una alegre cabalgata de hermosas tacneñas residentes en Pachia, saliendo de repente debajo los «molles» de una quebrada, invadió el camino, arrebatónos en su carrera y disipó con sus alegres carcajadas la tétrica impresion producida por aquel relato. . . . . .

. . . . . .

. . . . . Agosto habia pasado, sembrando en pos suyo el luto y la desolacion. Las ciudades de la costa habian sido barridas por las olas, arrastrando consigo á sus míseros habitantes: Arica, Iquique, Pisagua, no existian, y Arequipa, la blanca ciudad de las mil cúpulas se habia desplomado. Sus hijos vagando en torno á los escombros, como almas en pena, aquejados por el frio y el hambre alejábanse, al fin, y venian á buscar entre nosotros nuevos hogares.

Los que habíamos sido huéspedes de la bella ciudad, corríamos á la estacion cada vez que llegaba el vapor del Sur, con la esperanza de encontrar entre los tristes emigrados, algunos rostros amigos; y escenas patéticas de abrazos y lágrimas se repetian sin cesar.

Un dia, entre los pasajeros que desembarcaban del tren, ví un hombre cuyas facciones me pareció reconocer, sin poder no obstante recordar su nombre.

Un tropel de gente lo ocultó á mi vista, y aquel recuerdo se borró.

Algunos di as despues, hallábame en el templo de las carmelitas, asistiendo á la misa solemne de una fiesta.

El altar estaba cubierto de luces y flores; ardia el incienso; y el órgano hacia oir sus acordes magestuosos.

En el rincon oscuro de la cancela donde me habia colocado, noté de repente, que no estaba sola. Cerca de mí, sentado al estremo de un escaño, y la frente apoyada en la mano, hallábase un jóven hundido en profunda meditacion.

En cualquier otro lugar, no habria podido reconocer aquel rostro invadido por una barba abundante y negra; pero el sitio, y la emocion impresa en sus facciones, trajeron á mi memoria el viajero de la capilla de Uchusuma.

Al nombre de Estela, que pronuncié en voz baja, el jóven volvió la cabeza, reconocióme y estrechó mi mano.

—En nombre del cielo,—le dije—apresúrese V. á decirme que suerte ha cabido en el horroroso cataclismo, á la casita sagrada de las orillas del Chili?—

—El ángel que hizo allá su morada, estiende todavia sobre ella su ala protectora—respondió con acento fervoroso el jóven arequipeño.—

—Las bóvedas soberbias de los palacios se han hundido: ella conserva ileso su humilde techo, que hoy abriga á muchos infelices.—

—Y ¿no ha pensado usted, al fin, en llevar á ella una esposa?—

—No!—respondió—En mi afecto fraternal por Estela debió existir el germen de una pasion, que interpone siempre su imájen entre mi corazon y el amor, llenándolo del sacro pavor que inspira el santuario.

—La ha visto usted?

—No he podido lograr esta dicha. Está en retiro, y su reclusion durará mas tiempo del que puedo disponer yo, que he venido á comprar ropas y víveres para mis desventurados hermanos.

Mas ya que no me sea dado verla voy á oir su voz.

En ese momento las campanillas y las nubes de incienso anunciaron que iba á levantarse el velo del tabernáculo; el pueblo adoró de rodillas; y en medio del silencio producido por la mental plegaria, elevóse de repente, intensa, dulcísima, una voz maravillosa, entonando un himno al Eterno.

Volvíme hácia el jóven; pero no tuve necesidad de preguntarle: la expresion de su semblante me decia que estaba oyendo á Estela.

Dejélo postrado en tierra, sumerjido en un éxtasis,

en el que tendria una bella parte aquella dulce y dolorosa odisea comenzada en el Pacífico continuada en las praderas del «Sacramento y acabada á la puerta del monasterio.

FIN DE UN VIAJE AL PAIS DEL ORO

EL EMPAREDADO

Eramos diez. Habíanos reunido la casualidad, y nos retenia en un salon en torno á una estufa improvisada, el mas fuerte aguacero del pasado invierno.

En aquel heterogéneo círculo doblemente alumbrado por el gas y las brasas del hogar, el tiempo estaba representado en su mas lata accion. La antigüedad, la edad media, el presente, y aun las promesas de un riente porvenir, en los bellos ojos de cuatro jóvenes graciosas y turbulentas, que se impacientaban, fastidiadas con la monotonia de la velada.

El piano estaba, en verdad, abierto, y el pupitre sostenia una linda partitura y valses á discrecion; pero hallábanse entre nosotros dos hombres de iglesia; y su presencia intimidaba á las chicas, y las impedia entregarse á los compaces de Straus y las melodías de Verdi. Ni aun osaban apelar al supremo recurso de

los aburridos: pasearse cogidas del brazo, á lo largo del salon; y cuchicheaban entre ellas ahogando prolongados bostezos.

—Hijas mias—díjoles el venerable vicario de J., que notó su displicencia—no os mortifiqueis por nosotros. Os lo ruego, divertios á vuestra guisa. Yo, de mí sé decir que me placeria oiros cantar.

Cantar! Bien lo quisieran ellas; pero arredrábalas el repetido *io t'amo* de los maestros italianos, en presencia de aquellas adustas sotanas, y se miraban sin saber como escusarse.

—Y bien!—continuó el vicario—si os detiene la eleccion, que lo decida la suerte.

Y levantándose, fué á tomar del repertorio el primer cuaderno que le vino á la mano.

Coincidencias!—exclamaron las niñas, riendo—Ea, pues, hijas mias, á cantar las coincidencias.

Las jovenes rieron de nuevo.

—Bueno! os alegrais al fin!

—Señor, el cuaderno está en blanco—dijo la niña de la casa—Su inscripcion es el proyecto de una fantasía para dedicarla al profesor que me enseña el contrapunto.

—«Coincidencias»! Eso mas bien que de cantos, tiene sabor de relatos—dijo una señora mayor.

—Y quien dijo *relatos*—añadió otra—quiso decir pláticas de viejos.

—Y quien dijo pláticas de viejos, quiso aludir á mis noventa inviernos—repuso con enfado cómico el vicario.

—Y para castigar la culpable suceptibilidad de ese ministro del Señor—replicó la matrona—simulando el énfasis de un fiscal—pido que se le aplique la ley al pié de la letra, y se le condene al relato de una coincidencia.

—Y para mostraros que los diez y ocho lustres no han podido quitarme la complaciente obediencia debida á tan amables jueces, referiré una muy singular coincidencia que por mucho tiempo hizo vacilar mi espíritu entre lo casual y lo sobre natural.

A estas palabras, los bostezos cesaron como por encanto; y las jóvenes, perdiendo su timidez acercaron sus sillas y rodearon al anciano vicario.

—Era yo cura de S. y me habia comprometido el de H. á predicar el sermon de su fiesta.

Sin embargo esta se acercaba y yo todavia no lo habia escrito, subyugado por la pereza que se apodera del ánimo en la vida de los campos.

En fin; llegó la víspera, el cura de H., me envió á buscar, y hube de ir allá, sin haber puesto mano en mi obra, creyendo que la vista del lugar, del templo y los preparativos de la fiesta fueran un estímulo á mi negligencia.

Pero llegado á H. presentóseme otro obstáculo: las visitas.

Para superar este inconveniente, fuí á encerrarme en una celda de la Compañía, edificio vasto y solitario, donde podia aislarme como en un desierto. Vana esperanza! aun allí vinieron á sitiarme durante el dia entero los oficiosos saludos.

Alarmado en fin por el escaso tiempo que me quedaba para hacer aquella composicion, apenas llegó la noche, encerréme con llave y me puse á escribirla.

En el curso de mi obra, quise citar una frase que yo creia de Tertuliano, y no recordando el capítulo que la contenia, echéme á buscarla.

Sentia pesada la cabeza, y mi mano por momentos se paralizaba sobre las páginas del libro. Eran las doce de la noche.

—No busqueis vuestra cita en Tertuliano, se encuentra en el capítulo octavo de las «Confesiones de San Agustin.»

Al escuchar aquel apóstrofe, levanté la cabeza, sorprendido, y ví sentado delante de mi un clérigo.

Iba á preguntarle como habia entrado, pues la puerta estaba con llave, cuando él, tendiendo hácia el fondo de la celda una mano demacrada y pálida me dijo:

—Yo duermo allí.

A estas palabras hice un movimiento de asombro que me despertó.

Era un sueño, pero la voz del clérigo sonaba todavia en mi oido—No busqueis vuestra cita en Tertuliano; se encuentra en el capítulo octavo de las Confesiones de San Agustin.

Sin darme cuenta de lo que hacia cogí aquel libro y lo abrí en su capítulo octavo.

La frase que solicitaba, encontrábase allí.

Sorprendido por aquella estraña coincidencia, díjeme: sin embargo. El sueño dá algunas veces, grande lucidez; y mi recuerdo, avivado por su influencia ha venido bajo la figura fantástica del clérigo.

Y seguí mi trabajo sin pensar mas en aquel incidente.

Al siguiente dia, cuando, concluido mi sermon dirijíame á la iglesia, encontré en el claustro á un arquitecto, que me dijo habia sido enviado de Lima para dar otra forma á aquel edificio á fin de que sirviera al establecimiento de un colegio nacional.

Acabada la fiesta, y vuelto á casa del cura, fuí con él á ver los primeros trabajos del arquitecto.

Al echar abajo la pared medianera entre la celda que yo ocupé y la siguiente, encontróse la pared doble; y en su estrecha separacion, el cadáver de un jesuita.

¿No es verdad que mi fantástico sueño y la presencia de ese cadáver emparedado fueron una estraña coincidencia?

Sin embargo las jóvenes, aunque se preciaban de espíritus fuertes, estrecharon sus sillas mirando con terror las ondulaciones que el viento imprimia á las cortinas del salon.

—Pues que de coincidencias se trata—dijo—el canónigo B.—hé aquí una no menos extraordinaria.

FIN DEL EMPAREDADO

EL FANTASMA DE UN RENCOR

Servía yo, hace ocho años, el curato de Lurin, y fuí llamado para administrar los sacramentos á una jóven que se moria de tisis. Trajéronla de Lima en la esperanza de curarla; pero aquella enfermedad inexorable seguia su fatal curso, y se la llevaba.

¡Un ángel de candor, bondad y resignacion! Alejábase de la vida con ánimo sereno, deplorando únicamente el dolor de los que lloraban en torno suyo.

Mas en aquella alma inmaculada habia un punto negro: Un resentimiento.

—Pero, hija mia, es necesario arrojar del corazon todo lo que pueda desagradar al Dios que vá á recibiros en su seno: es preciso perdonar la dije.

—Padre, lo he perdonado yá—respondió la moribunda—es mi hermano y mi amor fraternal nunca se ha desmentido. Mas, en nombre del cielo, no me impongais su presencia, porque me daria la muerte!

—Ese mal efecto se llama rencor—la dije, con severidad—y yó, que recibo vuestra confesion, yo ministro de Dios, os ordeno en su nombre que llameis á vuestro hermano y le deis el ósculo de perdon—Hágase la voluntad de Dios—murmuró la jóven, inclinando su pálida frente. Y yo, haciendo montar á caballo á un hombre de la familia lo envié inmediatamente á Lima.

La enferma fué una brillante joya del gran mundo; codiciada por su belleza y sus virtudes. Mas, ella, que recibió siempre indiferente los homenajes de los numerosos pretendientes que aspiraban á su mano, fijóse al fin, en un jóven militar, valiente, buen mozo y estimable; pero que por desgracia se concitara la enemistad del hermano de su novia en una cuestion política. Nada hay tan acerbo como un odio de partido; y si el oficial sacrificó el suyo al cariño de la hermana de su enemigo, éste prohibió á aquella recibir al militar, sublevó contra él á la familia, y rompió la union deseada.

El jóven oficial, desesperado, se suicidó; la pobre niña se moria, y el hermano entregado á profundos remordimientos, deploraba amargamente la fatal locura que lo arrastró á causar tantos desastres.

En tanto que mi enviado marchaba á Lima, la enferma entró en delirio.—No vengas, Eduardo—decia, con fatigoso acento—quiero morir en paz; y tu

presencia, tu voz, la voz que condenó á Enrique, me impedirian perdonarte.

Hé ahí que viene—continuó, con terror—Asesino de Enrique, aléjate, huye, ó te doy mi maldicion! . . . . Ah!!!

Esta esclamacion fué acompañada de un grito que atrajo en torno del lecho á la familia.

—Qué tienes Rosalía?—Rosalía que sientes?—le preguntaban.

—Socorro!—esclamó la enferma—socorro para Eduardo, cuyo caballo espantado de mi sudario acaba de arrojarlo á tierra donde yace sin sentido!

—Está delirando! dijeron los suyos—y no podrá recibir los sacramentos!—

No de allí á mucho, mi enviado llegó solo.

—Y Eduardo?

—El caballo, que montaba, espantado al atravesar un grupo de sauces, á la entrada de las primeras huertas del pueblo, se ha encabritado arrojándolo contra una tápia. Lo he dejado sin sentido, y vengo en busca de auxilio para volverlo en sí, y traerlo.

Trajeron en efecto á Eduardo, repuesto ya de su caida.

A su vista el delirio se desvaneció en la mente de la enferma, que reconociendo á su hermano, le tendió los brazos, y los restos de su resentimiento se fundieron entre las lágrimas y los besos fraternales. Recostado

en el pecho de su hermano recibió los sacramentos y en sus brazos exhaló el último suspiro.

Las jóvenes lloraban escuchando el triste relato del canónigo

—Válgame Dios—exclamó una señora—y qué fuerte olor de sacristía han esparcido en nuestro ánimo estas historias de clérigos. Será preciso para neutralizar el incienso, saturarlo con esencia de rosas. Y pues que de coincidencias se trata allá va uua de tantas.

Hable el siglo—repuso el vicario con un guiño picaresco.

FIN DEL FANTASMA DE UN RENCOR

UNA VISITA INFERNAL

Mi hermana á la edad de diez y ocho años hallábase en su noche de boda. Sola en su retrete, cambiaba el blanco cendal y la corona de azahar con el velo azul de un lindo sombrerito de paja para marcharse con su novio en el coche que esperaba en la puerta á pasar su luna de miel en las poéticas soledades de una huerta.

Lista ya, sentóse, llena el alma de gratas ilusiones, esperando á que su marido pudiera arrancarse del cúmulo de abrumadoras felicitaciones para venir á reunirse con ella y partir.

Una trasparente bujía color de rosa alumbraba el retrete colocada en una palmatoria de plata sobre la mesa del centro, donde la novia apoyaba su brazo.

Todo era silencio en torno suyo, y solo se escuchaban á lo léjos, y medio apagados, los rumores de la fiesta.

De súbito oyénse pasos en el dormitorio. La novia

cree que es su esposo, y se levanta sonriendo para salir á su encuentro; pero al llegar á la puerta se detiene y exhala un grito.

En el umbral, apareció un hombre alto, moreno, ceji-junto vestido de negro, y los ojos brillantes de siniestro resplandor, que avanzando hácia ella la arrebató en sus brazos.

En el mismo instante la luz de la bujia comenzó á debilitarse, y se apagó á tiempo que la voz del novio llamaba á su amada.

Cuando esta volvió en si, encontróse apoyada la cabeza en el pecho de su marido sentada en los cojines del coche que rodaba en direccion del Cercado.

—Fué el demonio!—murmuró la desposada; y refirió á su marido aquella estraña aventura. Él rió y lo achacó á broma de su misma novia.

Y pasaron años, y mi hermana se envejeció.

Un dia veinticuatro de Agosto, atravesando la plaza de San Francisco, mi hermana se cruzó con un hombre cuya vista la hizo estremecer. Era el mismo que se le apareció en el retrete el dia de su boda.

El desconocido siguió su camino, y mi hermana, dirijiéndose al primero que encontró le dijo con afan:

—Dispénseme el señor: quien es aquel hombre?—

El interpelado respondió palideciendo. Es el demonio. Él me arrancó de mi pacífica morada para llevarme

á palacio y hacerme á la fuerza presidente. Hé aquí los ministros que vienen á buscarme.

Eran los empleados del hospital que venian en pos suyo.

El hombre á quien mi hermana interrogaba, era un loco.

FIN DE UNA VISITA INFERNAL

YERBAS Y ALFILERES

—Doctor ¿crée usted en maleficios?—dije un dia á mi antiguo amigo el esclarecido profesor Passaman. Gustábame preguntarle, porque de sus respuestas surjia siempre una enseñanza, ó un relato interesante.

—¿Que si creo en maleficios? respondió.—En los de orígen diabólico, no: en los de un órden natural, sí.

—Y sin que el diablo tenga en ellos parte, ¿no podrian ser la obra de un poder sobrenatural?

—La naturaleza es un destello del poder divino; y como tal, encierra en su seno misterios que confunden la ignorancia del hombre, cuyo orgullo lo lleva á buscar soluciones en quiméricos desvaríos.

—¿Y qué habria usted dicho si viera, como yo, á una mujer, despues de tres meses de postracion en el lecho de un hospital, escupir arañas y huesos de sapo?

—Digo que los tenia ocultos en la boca.

—Ah! ah! ah! ¿Y aquellos á quienes martirizan en su imágen?

—¡Pamplinas! Ese martirio es una de tantas enfermedades que afligen á la humanidad, casualmente contemporánea de alguna enemistad, de algun ódio; y hé ahí que la supersticion la achaca á su siniestra influencia.

He sido testigo y actor en una historia que es necesario referirte para desvanecer en tí esas absurdas creencias .... Pero, bah! tú las amas, son la golosina de tu espíritu, y te obstinas en conservarlas. Es inútil.

Oh! no, querido doctor, refiera usted, por Dios, esa historia! ¿Quién sabe? Tal vez me convierta!

—No lo creo dijo él, y continuó.

Hallábame hace años, en la Paz, esa rica y populosa ciudad que conoces.

Habíame precedido allí, mas que la fama de médico, la de magnetizador

Multitud de pueblo vagaba noche y dia en torno á mi morada. Todos anhelaban contemplar, sino probar los efectos de ese poder misterioso, del que solo habian oido hablar, y que preocupaba los ánimos con un sentimiento, mezcla de curiosidad y terror.

Entre el número infinito de personas que á toda hora solicitaban verme, presentóse una jóven cuyo vestido anunciaba la riqueza; pero su rostro, aunque bello, estaba pálido y revelaba la profunda tristeza de un largo padecer.

—No vengo á consultar al médico dijo, sonriendo con amargo desaliento. ¡Ah! de la ciencia nada espero ya: vengo á preguntar á ese númen misterioso que os sirve, la causa de un mal que consume á un ser idolatrado; estraña dolencia, que ha resistido á los recursos del arte, á los votos, á las plegarias; vengo á demandarle un remedio, aunque sea á costa de mi sangre ó de mi vida.

Dicen que para valeros de él lo encarnais en un cerebro humano. Alojadlo en el mio: que vea con mi pensamiento; que hable por mi lábio, y derrame la luz en el misterioso arcano que llena de dolor mi existencia, y ¡ah!....

Su voz se extinguió en un suspiro.

En tanto que hablaba, habíala yo magnetizado.

Unos pocos *pases* bastaron para mostrarme la lucidez eztraordinaria que residia en aquella jóven.

¿Me escuchais, hermosa niña?—díjela empleando ese adjetivo de poderoso reclamo para toda mujer; porque al someterla á la accion magnética habia olvidado un preliminar: preguntarla su nombre.

—Hermosa!—esclamó; y una sonrisa triste se dibujó en sus lábios --ah! ya no lo soy. El dolor ha destruido mi belleza y solo ha dejado en mí una sombra.

—¿Habeis sufrido mucho?

—Oh! mucho!

Y una lágrima brotó de sus párpados cerrados y surcó su pálida mejilla.

—Pues bien, contadme vuestras penas. ¿Echais de menos una dicha perdida. Erais, pues, muy feliz?

—Ah! y tanto! Santiago me amaba; iba á ser mi esposo; el sol del siguiente dia debia vernos unidos; pero aquella noche fatal, la terrible enfermedad asaltó en su lecho á aquel que en él se acostára joven, bello, fuerte y lozano; y agarrotó sus miembros y lo dejó inmóvil, presa el cuerpo de horribles dolores que hacen de su vida un infierno El año ha hecho dos veces su camino, sin traer ni una tregua á su dolencia. Toda esperanza se ha desvanecido ya en el alma de Santiago; y cuando me vé prosternada orando por su vuelta á la salud,

—Laura, me dice, pide mi muerte!

—Laura, díjela, interrumpiendo aquella larga exposicion hecha con voz lenta y oprimida, no mas respecto al presente: retrocedad al pasado, á ese último dia de bonanza; volved á él la mirada . . . . . ¿Qué veis?

—Mi felicidad!

—¿Y en torno á Santiago?

—Nada mas que mi amor!

—Nada mas? Mirad bien? . . . .

De súbito la sonámbula se estremeció, y su mano

tembló entre las mias; sus lábios se crisparon y esclamó con voz ronca:

—¡Lorenza!

—Pronunciado este nombre, apoderóse de ella una tan terrible convulsion, que me ví forzado á despertarla.

Nada tan pasmoso como la transicion del sueño magnético á la vigilia. Los bellos y tristes ojos de la jóven me sonrieron con dulzura.

—Perdonad, doctor, dijo como avergonzada, creo que me he distraido. Desde que el dolor me abruma, estoy sujeta á frecuentes abstracciones. Os decia, hace un momento.....

La interrumpí para anunciarle que sabia cuanto ella venia á confiarme, y le referí el caso de su novio, cual ella acababa de narrarlo.

Llenóse de asombro, y me miró con una admiracion mezclada de terror.

—Oh! esclamó, pues que penetrais en lo desconocido, debeis saber la naturaleza del mal que aqueja al desventurado Santiago y lo lleva al sepulcro. Salvadlo, doctor salvadlo! El y yo somos ricos y os daremos nuestro oro y nuestra eterna gratitud.

Y la jóven lloraba.

Logré tranquilizarla y la ofrecí restituir la salud á su novio.

Esta promesa cambió en gozo su dolor; y con el

confiado abandono de la juventud, entregóse á la esperanza.

Aventuré, entonces, el nombre de Lorenza.

Laura hizo un ademan de sorpresa.

—Pues que ese don maravilloso os hace verlo todo, no es necesario deciros que Lorenza es la amiga segun mi corazon. Ah! sin sus consuelos, sin la parte inmensa que toma en mis penas, tiempo há que éstas me habrian muerto.

El contraste que estas palabras de Laura formaban con el acento siniestro de su voz, al pronunciar, poco antes, el nombre de Lorenza, hiciéronme entrever un misterio que me propuse aclarar.

Laura se despidió, y una hora despues fuí llamado por la familia de su novio.

Entré en una casa de aspecto aristocrático y encontré á un bello jóven pálido y demacrado, tendido en un lecho; y como lo habia dicho Laura, agarrotados todos sus miembros por una horrible paralísis que lo tenia postrado, hacia dos años, sin que ninguno de los sistemas de curacion adoptados por los diferentes facultativos lo que habian asistido pudiera aliviarlo.

Yo, como ellos, seguí el mio; pero en vano: aquella enfermedad resistia á todos los esfuerzos de la ciencia, y parecia burlarse de mí con síntomas disparatados, que cambiaban cada dia mi diagnóstico.

Picado en lo vivo, consagréme con obstinacion á

esa asistencia, segundado por Laura y su amiga Lorenza.

En cuanto á ésta, no tardé en leer en su alma: amaba á Santiago.

Laura habia penetrado ese misterio á la luz del sueño magnético.

Hé ahí por qué pronunciara con indignacion el nombre de Lorenza.

Los dias pasaron, y pasaron los meses; y el estado del enfermo era el mismo. Compadecido de su horrible sufrimiento no me separaba de su lado ni en la noche, alternando con sus bellas enfermeras en el cuidado de velarlo. Mi presencia parecia reanimarlo; y este era el único alivio que su médico podia darle.

Un dia que hablaba con el doctor Boso, célebre botánico, esponíale el estraño carácter de aquella enfermedad que ni avanzaba ni retrocedía; persistente, inmóvil, horrible.

—Voy á darte un remedio que la vencerá, me dijo. Es una yerba que he descubierto en las montañas de Apolobamba, y con la que he curado una paralísis de veinte años.

Aplícala á tu enfermo; dale á beber su jugo, y frota con ella su cuerpo.

Es un simple maravilloso confeccionado en el

laboratorio del gran químico que ha hecho el Universo.

Separóse de mí y un momento despues me envió un paquete de plantas frescamente arrancadas de su herbario.

Preparélas segun las prescripciones de mi amigo, y esperé para su aplicacion las primeras horas de la mañana.

Aquella noche, temiendo para mis compañeras de velada la fatiga de largos insomnios, roguélas que se retirasen á reposar algunas horas, y me quedé solo con el enfermo.

Como todas las dolencias, la suya lo atormentaba mucho desde que el sol desaparecía.

Para aliviarlo en aquello que fuera posible, cambiábale la posicion del cuerpo, estiraba los cobertores, alisaba las sábanas.

Al mullir su almohada, sentí entre la pluma un objeto resistente. Rompí la funda y lo extraje. Era una figura estraña, un muñeco de tela envuelto en un retazo de tafetan encarnado.

No pudiendo verlo bien á causa de la oscuridad del cuarto, alumbrado solo por una lámpara, guardélo en el bolsillo y no pensé en él.

A la mañana siguiente hice beber á mi enfermo el jugo de la yerba, díle la frotacion y dejándolo al cuidado de Laura y su amiga, fuí á pasar el dia con

mi esposa, que se hallaba veraneando en el lindo pueblecito del Obraje.

Mientras hablaba con ella y varios amigos, buscando mi pañuelo, encontré el muñeco.

Mi mujer se apoderó de él y se dió á inspeccionarlo.

De repente hizo una esclamacion de sorpresa.

El muñeco estaba clavado con alfileres desde el cuello hasta la punta de los piés.

Como tú, la señora Passaman es supersticiosa y se arrojó á la region de lo fantástico.

Por no aumentar sus divagaciones, me abstuve de decir donde habia encontrado el muñeco. Pero ella decidió que aquel á cuya intencion habia sido hecho, estaría sufriendo horriblemente.

Aquellas palabras me impresionaron; y sin quererlo pensé en mi pobre enfermo; y cosa estraña, contemplando aquella figura creí hallarle semejanza con Santiago.

Mi esposa, apiadada del original de aquella efigie, propúsose librar á esta de sus alfileres; pero el óxido los habia adherido á la tela de que estaba hecho y vestido el muñeco; y solo valiéndose de una pinza de mi estuche pudo conseguirlo.

Luego que lo hubo desembarazado de su tortura, envolvióla piadosamente en un pañuelo de batista y lo guardó en el fondo de su cofre.

Cuando al anochecer regresé á la ciudad y entré en mi casa, encontré escrito veinte veces en la pizarra un llamamiento urgente de casa de Santiago.

Corrí allá y hallé una gran desolacion.

Laura de rodillas y abnegada en lágrimas, tenia entre sus manos la mano yerta de Santiago, que inmóvil, desencajado el semblante y cerrados los ojos, parecia un cadáver.

Lorenza en pié, pálida y secos los ojos, fijaba en Santiago una mirada estraña.

—Ah! doctor! vuestro remedio lo ha muerto! esclamó Laura. Dolores espantosos, acompañados de horribles convulsiones, han precedido su agonía; y hélo ahí que está espirando.

Sin responderla, acerquéme al enfermo; examiné su pulso, y encontré en aquel aniquilamiento un sueño natural.

Sentéme á la cabecera de la cama; pedí el jugo de la yerba, y entreabriendo los lábios al enfermo, hícele pasar de hora en hora algunas gotas, durante toda la noche.

Al amanecer, despues de un sueño de doce horas, Santiago abrió los ojos, y, con pasmo de Laura, tendiónos á ella y á mí sus manos que habian adquirido movimiento.

Pocos dias despues dejaba el lecho, y un año mas tarde era el esposo de Laura.

—¿Tú lo has conocido ya sano?

—Sí.

—¿Y qué dices de eso?

—Yo creo en los alfileres de Lorenza.

—Yo creo en la yerba del doctor Boso.

FIN DE YERBAS Y ALFILERES

VELADAS DE LA INFANCIA

CAER DE LAS NUBES

(AL NIÑO WASHINGTON CARRANZA)

Mama Teresa no era el solo cronista de las nocturnas reuniones, á la luz de la luna, bajo los algarrobos del patio.

La vieja nodriza tenia dias de sombría tristeza, dolorosos aniversarios que le recordaban la muerte de sus padres, de su marido, de sus hijos.—Don Gerónimo—decia entonces á un contemporáneo suyo, antiguo, capataz de mulas—cuente usted un *caso* á estos niños que yo tengo hoy el alma dolorida y quebrantado el corazon.—

—Y cerrando los ojos, inclinada la cabeza y el rosario entre las manos, hundíase en silenciosa plegaria.

Don Gerónimo Banda, tan bueno para una trova como para una conseja, sentábase en medio al

turbulento círculo y nos referia las escenas de su vida nómada, historias portentosas que escuchábamos maravillados tendido el cuello, conteniendo el aliento, y la vista fija en la masa de blancas barbas que ocultaba la boca del narrador.

Hoy era la persecucion de un bandido que amparándose de las selvas, emprendia una fuga aérea, sobre las copas de los árboles; mañana el terrible encuentro de un tigre, y las peripecias de la formidable lucha en que las garras de la fiera le destrozaban las espaldas, en tanto que él, puñal en mano, y el brazo hundido en las horribles fáuces, rompíale las entrañas y la arrojaba sin vida á sus pies.

Otras veces, era la vertiginosa carrera sobre las alas de un avestruz, al través del espacio inmensurable de la pampa, huyendo ante las hordas salvajes, que, en numerosa falange perseguian al estraño ginete sobre sus veloces corceles, como una caceria fantástica. Otras aun, descrita con gráfica espresion, *la disparada* de diez mil mulas, espantadas por la aparicion de un alma en pena en las hondas gargantas de los Andes.

—Don Gerónimo—díjole, en cierta ocasion un niño —¿hasta cuando nos pasea usted por los campos? Llévenos, por su vida, á las ciudades; que es fatigoso asaz, andar de oeca en meca por montes y llanuras.

—Sí?... Pues caballeritos, voy á conduciros á la

ciudad mas bella que pudo soñar la fantasía. Cíñela el verdor de una eterna primavera; y los árboles de sus jardines maduran y abren á un tiempo mismo sus flores y sus frutos. Angeles como los que visitan á los escogidos en las visiones místicas cruzan sus calles, ora revistiendo altos cendales, la undosa cabellera sembrada de estrellas; ora, velado el divino semblante y derramando solo, el fulgor de su mirada.

La vida es allí suave y perfumada como un lecho de rosas; y de ilusion en ilusion, deslízase cual un delicioso ensueño.

Esa ciudad es Lima.....

A este nombre, un trueno de aplausos interrumpió al orador.

—Lima! Lima! el pais que he jurado habitar!

—Y yo!

—Y yo!

—Y yo tambien!

—Yo tendré allí un palacio, y daré suntuosas fiestas.

—Yo, un vergel; un vergel sombroso y embalsamado, donde los naranjos derramarán sobre mí una lluvia de azahares, en tanto que mi mano coseche sus dorados frutos.—

Todos esos votos se cumplieron pero ¡ay, el palacio y el vergel, quedáronse en los rientes mirages de la imaginacion infantil!

—Ah! don Gerónimo! ¿como, una vez en ella, pudo usted abandonar aquella mansion encantadora?

—Porque la patria, niño mio, es un iman irresistible, reclamo que nos atrae y nos llama con todas las voces de la creacion.

—Y?.....

Y? Hallábase usted en Lima, extasiado por supuesto, y sin pensar en otra cosa que en los goces infinitos de aquella encantada ciudad.

—Hallábase, en efecto, morando en ese trozo de cielo caido entre los montes y el mar.

Como lo has dicho, Rafael, absorbíame el placer de contemplar sus anchurosas calles, sus misteriosos balcones, y su perpetuo aire de fiesta. Nunca los dias me parecieron tan cortos, ni las noches tan deliciosas, como en aquel bendito tiempo en que contando apenas veinte años, provisto el bolsillo de lucientes onzas de oro, y la mente de doradas ilusiones, habité en aquel emporio del fausto y de la belleza. Banquetes, saraos, partidas de campo, serenatas: aquello era una serie interminable de placeres, que mi posicion humilde, como capataz de mulas no me impedia gozar; por que estaba ventajosamente compensada con un don que me diera el cielo: Era yo todo un gentil y bello jóven.—

Guiños y risas solapadas. Parecíanos imposible que don Gerónimo hubiera sido nunca ni jóven ni

bello. En cuanto á lo de gentil, se lo concedíanos, en el sentido de pagano.

—Una noche—continuó él, tras de un suspiro enviado á esas lejanas memorias—despues de una corrida de toros en que yo y otros jóvenes aficionados sacamos airosas suertes, cansado y soñoliento entré en mi cuarto, y me arrojé vestido sobre la cama.

Dormia profundamente, cuando me despertaron fuertes golpes dados á la puerta, y la voz de un amigo que me llamaba.

—Cómo!—exclamó al verme acostado—¿duermes, en tanto Paquita estará electrizando á medio mundo con las hechiceras piruetas de su bolero? Al teatro! al teatro, y breve. ¿Habia yo de consentir que faltara un solo aplauso á la perla de Andalucia?—

Y me arrastró en pos suyo á la comedia.

No me pesó á fe, por que aquello estaba magnífico, Paquita, la bailarina favorita de Lima, extasiaba á la concurrencia numerosa que la contemplaba, pasando simultáneamente del arrobamiento al entusiasmo. Todo lo mas escogido de la corte del virey en señoras y caballeros estaba reunido allí, y aplaudia á la bella criatura que se deslizaba aérea en las graciosas ondulaciones de una danza original.

De repente, y en medio á los aplausos la tierra se estremeció con un sacudimiento rudo, que derribó los

bastidores, rompió el lustro, apagó las lámparas, y dejó la sala en completa oscuridad.

Un clamor inmenso resonó entre las tinieblas, y la multitud apiñada contra la estrecha puerta, en los esfuerzos de una fuga desesperada formaba una masa compacta de cuyo centro elevábanse gritos penetrantes, ayes ahogados, gemidos de agonía.

Envuelto en aquella trombra viviente, y temiendo la asfixia producida por una densa polvareda que sofocaba mi aliento, hice de manos y codos un uso enérgico, y logré abrirme paso al través de aquel muro viviente, que me expelió con la fuerza de un ariete hasta el centro del patio.

Con asombro mio, noté entonces que no estaba solo.

Pálida y desmayada, una hermosa mujer yacía en mis brazos,

Conmovido del estado en que la veia, llevéla en ellos por entre los grupos de fugitivos en busca de auxilios para volverla á la vida.

De repente, un negro vestido de rica librea saltó del estribo de un carruage, y acercándose á mí:

—Señor, me dijo, esta señora es la excelentísima condesa de Valde rosas mi ama.

Hé aquí su carruage, caballero; ayudadme á colocarla en él, para llevarla á su casa.

Pero la bella dama estaba sin sentido, y yo no

debia abandonarla en manos de un esclavo. Entré, pues, con ella en el coche y procuré reanimarla, haciéndole aire con el riquísimo abanico que pendia, por medio de una cadena, del cerco de brillantes que rodeaba su torneado puño.

La condesa volvió en sí, abrió los ojos, y miró con asombro en torno suyo.

Y reparando en mí—quien sois?—me dijo en tanto que recelosa, apartábase de mi lado.

—El mas feliz de los hombres, señora, por haberme sido dado prestaros mi auxilio....

—Cuando el terror me derribó medio muerta entre aquella multitud. Oh! mi Salvador exclamó la bella condesa, tendiéndome una manita cubierta de brillantes—decidme vuestro nombre para que lo bendiga.

Díjeselo; y cuando llegamos ante una suntuosa casa donde el coche se detuvo, eramos, no ya dos amigos, sino dos cariñosos hermanos.

—Chico—díjome aquella encantadora, tornándose de pronto, la mas salada limeña que vistió saya y manto—chico mio, voy á presentarte á mis amigos, que reunidos aquí, me esperan para comer conmigo. Cuanta envidia vas á darles cuando sepan que me salvaste la vida en aquel barullo infernal!..... Mas, permite que antes me despoje de estas joyas, y cambie este pesado tisú con un vestido de gasa.

Y así diciendo, dejaba sobre una aljofaina de oro un tesoro de brillantes y de valiosas perlas: En seguida, haciéndome un saludo gracioso, corrió á la cámara vecina y cerró tras sí la puerta.

Quedéme solo meditando. en mi aventura; bendiciendo el terrible incidente que me proporcionó el encuentro con aquella amable criatura que en tan cortos momentos de plática habíame concedido la preciosa intimidad de su trato, y la promesa de esa triunfante presentacion, que debia concitar la envidia de sus amigos: es decir: de los jóvenes mas nobles y elegantes de la nobleza limeña. Mecido por estas lisonjeras reflexiones, olvidaba el tiempo cuyas horas marcaba inútilmente á mi oido un reloj colocado delante de mí en una columna de alabastro.

De súbito, un rumor no lejano de voces y risas vino á romper aquel encanto.

En ese momento el reloj dió las dos de la mañana.

—Cómo! exclamé —habríame olvidado la condesa?

Una nueva explosion, mezcla confusa de risas y choque de vasos, vino á responder á este pensamiento.

Alcéme lleno de enojo; y descorriendo las cortinas de terciopelo carmesí que ocultaban una ancha ventana, ví que esta se abria á seis piés de elevacion, sobre un estenso jardin, en cuyo fondo divisábase una galería iluminada, cubierta de enredaderas, de donde venia la gozosa algazara.

Arrebatado de rabia, rompí de un puñetazo el vidrio que cerraba la ventana, y pasé del retrete á las ramas de un coposo chirimoyo, cuya cima elevándose sobre los árboles del jardin mostróme la galería alumbrada por un lustro cargado de rosadas bujias; y por entre los festones de madreselva en flor, una mesa primorosamente servida, y á la condesa, que, en medio á un cortejo de jóvenes acicalados, hacia los honores de la cena.

Las voces que en el retrete escuchaba confusas, llegábanme allí claras y distintas.

—Señores! decia la condesa, tendiendo, para imponer silencio, una manita nacarada que salia como un lírio de entre las blondas de su blanco peinador, preparad un entusiasta aplauso á esta idea original.

—La idea!

—La idea!

—Héla aquí: Vuelvo cerca de mi inocente corderillo; condúzcolo cerca de vosotros, que por supuesto, le hareis una magnífica acojida. Llenamos los vasos; añado al de mi pastor unas gotas de láudano; quédase dormido; cargais con él en mi coche y lo conducis al mas lejano muladar; lo acostais sobre algun monton de ceniza; estampais en su frente con brea y carbon algun garabato que pueda tomarse por la garra del diablo, y lo dejais dormir tranquilamente su narcótico.

(Estrepitosos aplausos). Y la pérfida, mezclando á ellos, su argentada risa, continuó:

—Ah! que no me sea dado—contemplar su desolada facha, cuando se despierte, y encuentre en lugar de los primorosos comensales, media docena de gallinazos!

—Si?—dije enviándole una mirada de basilisco—pues ahora lo *veredes*, bella condesa! Ah! quereis hacerme la befa de esos remilgados? pues yo haré que seais vos de quien se burlen. Pensais haber embobado á un necio: yo haré que os crean el jugete de un ladron! ¡Vamos á ver quien de los dos rie mejor! y entrando de nuevo al retrete, cojí el monton de joyas que llenaba la aljofaina, deslicéme al través de los desiertos salones, crucé el patio y gané la calle.

Alejándome á largos pasos, aplaudíame de haber vuelto chasco por chasco .... y reia .... no obstante que, no sé si de cólera ó de dolor tenia las mejillas mojadas de lágrimas; ..... y creyendo estrujar entre mis manos con indignacion las joyas que poco antes adornáran el pecho de aquella traidora, estrechábalas contra mis lábios en un paroxismo de rabia ..... ó de fervorosa uncion.... Creo que echaba de menos el fraternal afecto prometido por la ingrata!—

—Oh! ¡qué hombre tan sin vergüenza! esclamó mama Teresa; interrumpiendo su plegaria. ¿No tenia usted bastante con la broma que le preparaba

á aquella desalmada? ¡Echar de menos sus mentirosas promesas! besar como un sagrado escapulario los perendengues de la muy descocada!... y venir todavia á contarlo!.... ¡Ojala que lo hubieran llevado al muladar, y mucho peor!

—Paciencia! mi buena amiga, que usted vá á ver como pagué aquel pecado, cuando sepa que mientras huia embebecido en aquellas profanas adoraciones, víme de súbito cercado por una ronda que dió conmigo en chirona.

Sorprendido en altas horas de la noche con un tesoro de joyas en la mano, declaróseme culpable; calificáronme de ladron, y me condenaron á la pena de doscientos azotes aplicados en las espaldas desnudas, por la mano del verdugo, en los cuatro ángulos de la plaza, montado al revés en vergonzosa cabalgadura.

No hubo remedio, ni apelacion posible; y fuerza me fué resignarme á sufrir aquella dura sentencia.

Llegado el dia fatal, una cohorte de esbirros apareció en la puerta de mi calabozo, presidida por un hombre vestido de rojo, macilento siniestro, que adelantándose con solemne ademan cogió mis manos y las ató á la espalda con fuertes ligaduras. Dos sayones se apoderaron de mí, y me colocaron sobre el burro aparejado que me esperaba en el patio

de la cárcel, donde se hallaba reunida una gran muchedumbre para gozar de mi suplicio.

El lúgubre cortejo púsose en marcha, entre burlas y silvidos, que se aumentaban á medida que avanzábamos en las calles obstruidas de gente como en un dia de procesion.

En uno de los balcones del tránsito, llenos de bellas curiosas, radiante de galas y hermosura divisé á la condesa rodeada de sus almibarados caballeros. La cruel me saludó con el pañuelo, enviándome una burlona sonrisa.

—Bravo! exclamó mama Teresa, cosa mejor no podia hacer la indigna!

—Y el cortejo seguia, y yo temblaba de horror; y abriendo los ojos que cerrara por no ver á la condesa, encontréme, delante la plaza, y no léjos el terrible ángulo donde habia de comenzar mi castigo. Y el pueblo se impacientaba; y los sayones, comprendiendo aquella impaciencia, azuzaron al jumento que echó á correr; y como corriera con violencia dió un terrible tropezon que lo echó de bruces y me despertó!

La nodriza púsose furiosa, viendo burlada su decantada penetracion; y nosotros, defraudados en la espera del terrible desenlace, no pudiendo arañar á don Gerónimo nos echamos á llorar.

FIN DE CAER DE LAS NUBES

NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS

(Á LA NIÑA MARIA PELLIZA)

Era este un militar—contábanos una noche, rodeada de siete niñas, mama Teresa, antigua nodriza de la familia, negra cordobesa ladina y sentenciosa, que habia manejado los pañales de tres generaciones —era un militar jaranista y pendenciero. Llamábanlo el capitan Rogerio, y mandaba una compañía de alabarderos, cuyo regimiento daba guarnicion á Valencia, sobre las costas del Mediterráneo.

A los vicios ya enumerados, el capitan reunia el de jugador: jugador desdichado pero incorrejible, que en busca siempre del desquite, echaba sobre el tapete verde cuanto habia á las manos.

Consumido su patrimonio, Rogerio cayó en poder de los usureros. Sueldo, espada de gala, uniforme de parada, todo fué vendido por unos cuantos puñados de oro que devoró luego el abismo insondable del garito.

Consecuencia obligada de estos percances era el

humor de perros que jamas abandonaba al capitan, y que tropezaba con frecuencia en las costillas de sus soldados espresado en sendos planazos, mas de una vez severamente censurados por sus jefes, sin que por ello aquel rabioso se enmendara.

Pero quien mas tenia que sufrir con este furor crónico del capitan, era su pobre mujer, jóven bella y buena como un ángel.

En verdad que á ella no le pegaba como á sus soldados; pero, lo que es peor, aun para una alma delicada, abrumábala con palabras duras, la espantaba con horribles juramentos, rechazaba brutalmente su obsequiosa solicitud, y hasta le imputaba su constante malaventura, atribuyéndola á un sino adverso que—decia—pesaba sobre ella.

La pobre Lucía, sencilla y humilde, comenzaba á creerlo, y se preguntaba, qué pecados le habian atraido aquel anatema.

Lucía habia perdido á sus padres, carecia de familia, y su orfandad la aislaba en el triste recinto de su hogar, donde pasaba las noches temblando de miedo, no tanto de su soledad, como de ver llegar á su esposo con el sarcasmo en los lábios y la cólera en el corazon.

No teniendo á quien comunicar sus penas, Lucía se refugiaba en el seno de Dios y oraba en fervorosas plegarias.

En tanto el capitan, cada dia mas encenagado en sus vicios repartia entre la orgía y el juego el tiempo que las ocupaciones de cuartel le dejaban libre, sin acordarse para nada de sus deberes de esposo y padre de familia; ó si los recordaba, era para decirse que siendo su mujer buena y laboriosa, nada faltaria en su casa, por mas que él derrochara.

Un dia de pago en el regimiento, Rogerio se dirigia al cuartel llevando consigo el haber de su compañía.

Al atravesar el cuerpo de guardia, encontróse con el teniente Astolfo, jóven calavera como él y compañero suyo de libertinage.

—Acabaras de llegar!—exclamó este—Pero.....—añadió palpándole la escarcela—tienes dinero? Oh! he ahí el mágico metal, que se encarga de responder con su armonioso ruido!

—Es el pré de mis soldados.

—¿Y el tuyo?

El mio! Ya sabes que está pasando cuarteles de invierno en las arcas del judio Isaac.

—Ah!.....¿Y no seria posible sacar algo mas á ese descreido?

—Como no sea un mandamiento de prision que cargue conmigo á chirona.

Y de otro lado!

Si estoy como una patena. Todo ha pasado por esa criba.

—Las joyas de tu mujer.

—Duermen igualmente en las gavetas de aquel maldito.

—Cómo! si no hace tres dias, ví en los lindos dedos de la dama valiosos anillos.

—Pregunta por ellos á los cuatro vientos. Se los pedí, entregómelos, y abur!

—Bien, la quedará algo: los dijes del diario.

—Bah! se hace collares de rosas y pendientes de violetas.

—Lástima .... carecer de dinero para empeñar una partida, precisamente en el momento que el pájaro que te debe tan fiera revancha, te envía, aunque solapado, un insolente desafio.

—¡Qué dices vive Dios! El siciliano!

—Oílo decir anoche á maese Andrés, mirándome por lo bajo—Me marcho mañana, Andrecillo; porque desplumado he á todos los gallos de Valencia. Sin embargo, concédoles el desquite del estribo, y mañana en tu garito haré la razon á esos guapos. Crees tú que alguno se atreva á darme cara?

—Yo apostaría—dijo el hostelero—á que el capitan Rogerio no se lo hará decir dos veces.

—Qué! si ayer le gané su última blanca, y ademas la gana de volver á las andadas.

—Por la cruz de mi toledana! Eso dijo el mal nacido? Pues yo haré ver á ese hijo de pirata quien

es el capitan Rogerio!.... Pero ah!.... ¡si soy como ese bellaco ha dicho.... un hombre sin blanca!

—No hablara yo así, en lugar tuyo, llevando oro en la escarcela.

Rogerio se estremeció, y en sus ojos relampaguearon los ardientes estímulos del vicio que absorvia su vida. Sin embargo, vacilaba todavia.

—La paga de mi gente!.... No! exclamó, rechazando la irresistible tentacion—Cómo exponer á los azares de la negra estrella que me persigue, hace tanto tiempo; el único bien que me resta: el honor!

—Tendria; por ventura razon el siciliano? habráste vuelto cobarde?

—Astolfo!

—Por tu vida! ¿qué nombre daré á quien se deja amilanar por esos miedos? ¡Los caprichos de la suerte! Insensato! por lo mismo que es una divinidad veleidosa, está próxima á sonreirte. Oh! ven! y que el jactancioso insular reciba una buena leccion.

Rogerio cayó en el lazo de seduccion que le tendia su amigo, y lo siguió al garito.

Estaba situado este lugar de reprobacion en una callejuela morisca, y tenia por entrada un portal oscuro, que conducia á la antesala flanqueada de aparadores cargados de garrafas que contenian vinos, sidra y licores espirituosos.

Un rumor confuso mezclado de imprecaciones y de metálicos ruidos salia por bocanadas de la cámara inmediata, cuya puerta custodiaba un hombrecillo rechoncho, colorado de fisonomía jovial, que se cuadró para dar paso á los recien venidos, sonriéndoles con un guiño de significativa espresion.

—Nuestro hombre está aquí—exclamó Astalfo.

Tanto mejor—repuso el capitan.

Y ambos pasaron adelante con el ademan familiar á parroquianos de tales parages: calado el chapeo, una mano en el pomo de la espada, la otra atusando el mostacho.

La pieza en que entraron era una sala espaciosa y abovedada, probablemente el gineceo de algun antiguo harem, á juzgar por las ventanas guarnecidas de fuertes celosías. Alumbrábanla cinco lámparas pendientes de cadenas de hierro sobre otras tantas mesas forradas de paño verde y rodeadas de banquetas.

En torno á la del centro, mas grande que las otras, agrupábanse en confusion abigarrada una multitud de hombres cuyos semblantes lívidos espresaban los horribles trances de una ansiosa espectativa, fijos los desencajados ojos en un círculo trazado en la superficie de la mesa, en cuyo centro, divididas por una línea vertical habia dos letras—S. A.

Al lado de estos, al parecer, fatales caracteres menos

crispadas por nerviosas convulsiones amontonaban puñados de oro, que desaparecian y se renovaban al fatídico caer de los dados, entre aclamaciones y blasfemias.

Apoyado en una de las mesas colaterales, solo, y puesta la mano sobre un cubilete de dados, vestido negro, alta gorguera, y espadin al cinto, hallábase un hombre de edad indefinible, color cetrino, rizada cabellera y barba punteaguda, cuyo bigote se retorcia sombreando una boca de labios delgados y sarcásticos. Habia algo de lúgubre en su espaciosa frente; y bajo sus pobladas y unidas cejas, relampagueaban unos ojos de espresion, á la vez burlona y triste, que fijaban en la puerta la mirada del que espera.

Al divisarlo, Rogerio apartándose de su amigo, fuése derecho á él.

—Me esperabais?

—Seguro de que vendriais.

—Y no obstante, no ha mucho espresabais audazmente lo contrario.

—Ah! ah! ah! Era para mejor obligaros á venir. En verdad, próximo á partir, pésame el lastre de oro que llevo conmigo, ganado así tan fácilmente, en un golpe de fortuna; y vedándome la cortesía devolverlo á mis nobles adversarios, deseara que lo recobren, al menos como yo sé he ganado. Por ello he venido aquí. Esta mesa es mi palenque.

añadió—dirigiéndose á la asamblea—quien quiera, venga, que aquí estaré hasta el primer canto del gallo.

—Ménos palabras, y al hecho—exclamó Rogerio.

—Y bien, pardiez! que me place!—respondió el incógnito.

Y así hablando, vació su escarcela y derramó en la mesa una cascada de relucientes doblones.

Imitólo el capitan, y no sin secreta vergüenza, alineó delante de sí tres doradas pilas de ducados: la manutencion de los cien valientes confiados á su cuidado!

Y la partida comenzó.

Lances diversos. Luego, la fortuna pareció inclinarse del lado de Rogerio; y tres golpes de dados le dieron otras tantas senas, que cercenaron enormemente la banca de su contrario, con gran contentamiento de Astolfo, quien dejando la puesta empeñada en la mesa comun, vino á colocarse á espaldas de su amigo.

Por cuarta vez el cubilete sacudido por la mano del capitan, arrojó un par de treses que acabaron la obra de las senas, despojando al incógnito de todo el oro que llevaba consigo.

Rogerio dejó sobre la mesa el cubilete, y mirando á su antagonista con aire de triunfo.

—Llegó mi vez—dijo—de ponerme á vuestras órdenes. Cesa ó sigue la partida?

Sin responder, quitó este de su dedo un anillo cuya piedra ocultaba en el revés de la mano.

Un lampo fulgoroso iluminó la sala, deslumbrado al capitan, que fijó una mirada de asombro en el rutilante carbunclo posado sobre la mesa y de cuyas facetas se desprendian rayos móviles y rojos como las llamas de un incendio.

—Ocho mil doblones contra esta joya que brilló en la nívea mano de la Zoraya—dijo el incógnito, poniendo el dedo sobre la misteriosa piedra.

—Pagárala yo con un tesoro—respondió Rogerio, fascinado por los purpúreos resplandores que partian de aquel foco luminoso—pero, desquite y ganancia juntos, no alcanzan, sabeislo bien á esa suma.

—Seguid, señor capitan—repuso el desconocido con acerada sonrisa—seguid; que joya sé yo en poder vuestro mas valiosa y superior en belleza á este rojo hijo del abismo.

El capitan recorrió rápidamente los rincones de su memoria, sin encontrar ni joya ni nada que valiera un ardite; pero seducido cada vez mas por la irradiacion del carbunclo, arrebató los dados y sacudiéndolos con mano febril, los arrojó sobre el verde tapete

Una sorda imprecacion se escapó de los labios de Astolfo.

La superficie de los dados ostentaba dos puntos negros de terrífica significacion.

—Ases!—esclamaron en coro los espectadores que rodeaban la mesa.

Por vez primera en su vida, Rogerio perdió su serenidad.

Y era, que, tambien por primera vez, él, jugador, pendenciero, mal esposo y calavera insigne, se habia apartado de la probidad y del honor. Derrochaba lo suyo; y su ruina, si le pesaba, no le causaba vergüenza.

Ahora estaba anonadado. El sueldo de su compañía perdido; un preso, una sentencia, la muerte! Oh! la muerte era nada; pero la degradacion! la degradacion, prévia, ante el cadalso, en presencia de sus camaradas, ante el mundo, donde su nombre quedaria envilecido.

Todos estos fúnebres cuadros cruzaron en un segundo la mente de Rogerio.

—Y bien, señor capitan, ved que el tiempo marcha y que el canto del gallo no está léjos. Ceso ó sigue la partida?

Y hablando así el incógnito sonreia, no con su sonrisa hiriente, sino con gracia y cortesía.

Pesárale al capitan aquel aire comedido: habria querido, al contrario, pretesto para una querella.

—Me habeis ganado todo, y por tanto nuestra

partida ha concluido—respondió conteniendo su despecho.

—Todo! ¿Y esa joya?

—En verdad que no me sé poseedor de ninguna.

—Yo si sé que sois su dueño. Juego contra ella el oro que os he ganado y esta llama del infierno—y señalaba el carbunclo.

El capitan se estremeció de gozo.

Pues bien! dijo—sea cual fuere, está en juego.

La misma siniestra sonrisa rizó los labios del incógnito, que tomando de su escarcela una hoja de pergamino, trazó con la uña del pulgar algunas letras.

—Hé ahí la joya del capitan—dijo doblando la hoja y colocando sobre ella el carbunclo.

Seguid, capitan—le dijo, inclinándose.

—Estabais feliz, y deseo que salgais de aquí contento. Os cedo mi derecho.—

Rogerio sintió, al arrojar los dedos, algo estraño que le hizo cerrar los ojos.

En silencio que sucedió al ruido fatídico de su caida; se los hizo abrir de nuevo.

Los mismos dos fatales puntos negros se destacaban en la blanca superficie del marfil.

Habia perdido! El proceso, la condenacion, la muerte y la deshonra surjieron otra vez en su espíritu, mientras el incógnito, pasando á su dedo el carbunclo,

empujó hácia el capitan el monton de oro que le ganara, se puso en pié y le dejó, presentándole la hoja de pergamino.

—Tal precio tiene á mis ojos vuestra joya que la proclamo mi única ganancia. Mañana á la última hora del dia os aguardo mas allá de las ruinas del convento de benedictinos á la vera del encinar que costea el camino del puerto. Os conozco por demasiado galante para estar cierto que sereis puntual.

Y saludando con su sarcástica sonrisa, tendió la mano al capitan, se la estrechó y se fué.

El corro de espectadores se dispersó, dejando á los dos amigos solos.

Astolfo estaba agobiado de remordimientos. Aunque disipado y libertino asaz, no habia perdido la conciencia; y el mal paso á que condujera á su camarada pesaba en su ánimo.

Rogerio sufria la reaccion de las catástrofes: habíase tornado sereno. Ya no tenia derecho á llamarse hombre honrado; su honra habia sucumbido; ni hombre pundonoroso: veíase forzado, para ocultar su falta, á aceptar el oro que por desprecio su contrario le dejara.

Y en tanto que hundido en esas crueles reflexiones atravesaba, cojido al brazo de su amigo, las calles

alumbradas ya por la luz del alba su mano distraida desdoblaba maquinalmente la hoja del pergamino.

De repente, los ojos de Rogerio se quedaron fijos en una palabra en él escrita; y su rostro se tornó pálido y en el dolor que invadió su alma conoció la existencia y el valor de la joya que él poseia y que acababa de perder. La cólera sucedió luego al dolor; y apretando el puño de su espada.—Te he vendido infamemente—exclamó, besando el nombre trazado en el pergamino—pero á precio de mi alma, yo te reconquistaré.

—Dirásme por Dios, que es lo que de nuevo te agita?—dijo Astolfo, espantado de la situacion en que veia á su amigo.

—Quisieras hacer mucho por mí?

—Lo dudas?

Pues déjame.

Y desasiéndose del brazo de su amigo, se alejó á largos pasos. . . . . .

La luz del alba encontró á Lucía desvelada esperando á su marido.

Tres golpes pausados y suaves sonaron en la puerta.

—No es él ciertamente—dijóse Lucía—Así no llama Rogerio; sobre todo cuando trasnocha dá unos golpes que muchas veces lo han puesto en conflicto con la ronda:—¿Quién vá?

La voz de su esposo mensurada y suave llenó de asombro á la pobre jóven, habituada á los coléricos apóstrofes con que en esas ocasiones la saludaba. Y al abrir la puerta vióla pálido y triste, alargándole una mano helada, que estrechó la suya, besándola con trémulo labio.

—Dios mio!—murmuró inquieta—¿de donde acá esta dulzura que me espanta mas que su enojo? Sin embargo, está triste y parece que sufre. Consolémoslo, que no hay dolor que resista alhalago de una mujer amante. . . . . .

El sol iba á ocultarse, y sus últimos rayos iluminaban la bella figura de Lucía que de pié ante un espejo adornabáse con las galas sencillas de la pobreza No obstante, ella sonreia por que se encontraba linda; y estaba linda porque: pobreza, mal trato, dolor, la juventud todo lo dora.

Y miéntras abrochaba á su cuello el collar de rosas, y prendia en su negra cabellera un velo de gasa, decíase, entre gozosa y admirada.

—Algo misterioso pasa en el alma de mi marido. Cuan triste está! . . . . . pero tambien qué suave y cariñosa. Su mirada se fija furtiva en mi, con dolor y amor entrañable. Háse tornado además apacible y bueno. Dios lo tenga de su mano!—

Poco despues, ambos asidos del brazo, ella alegre, él sombrio, salieron de la ciudad y seguian el camino

á la vera del encinar. Las ruinas del convento de benedictinos surjieron luego de entre un grupo de cipreces con sus muros demoronados, y sus góticas torres.

Rogerio—dijo la jóven sonriendo cariñosa á su marido.—Yo he venido aquí otra vez, cuando era niña, paseando con mis compañeras. Recuerdo que, mientras ellas corrian en este prado, yo, obedeciendo á un consejo de mi madre moribunda, penetré en ese templo abandonado, y fuí á prosternarme ante la Santa Vírgen que estaba en el altar. Pero notando que sus vestiduras estaban manchadas por las lluvias, y desgarrado el velo que cubria su sagrada cabeza, subí hasta ella, y desprendiendo mis galas, adornéla con ellas, y coloqué mi velo en su divino rostro. ¿Me permitirás entrar á dirijirle una plegaria?

El capitan quedó solo, recostado en el tronco de un ciprés, en cuya cima cantaba el buho con lamentoso acento.

Lúgubres pensamientos oscurecian su mente, semejantes á las negras siluetas de los árboles en aquella hora vespertina.

Pobre Lucía!—esclamó—héla ahí, que viene con pié lijero, alegre, confiada ignorante de la infamia de aquel á quien unió su destino! .... Ha llorado!..... y temiendo mis injurias al aspecto de sus lágrimas las recataba bajo su velo. Ah! ella no sabe que yo las

enjugaria con mis lábios, y las pagara con mi sangre!

Así discurriendo, cogió el brazo de su compañera, estrechólo contra su pecho, y siguió con ella el sendero que se estendia mas allá de las ruinas. Ambos callaban; y aquel silencio, impresionaba hondamente á Rogerio. Habria querido romperlo; pero una fuerza estraña enmudecia su lengua y anudada la voz en su garganta.

No de allí á mucho, á la vuelta de una encrucijada, Rogerio divisó al incógnito que de pié y los brazos cruzados, lo aguardaba.

A su vista, un sentimiento de indignacion, ardió en sus ojos, y su mano apretó convulsiva el puño de la espada.

El desconocido, mostrándole el sol que desaparecia en el horizonte.—Creí que no vendrias ya—le dijo, con su irónica sonrisa.

—Bien sabeís—respondió el capitan—que sé cumplir mi palabra. Hé ahí la prenda que he perdido: os la entrego. Y ahora os reto á duelo; porque quiero recobrarla con la punta de la espada.

Y desenvainó el acero.

El desconocido, volviéndose á la mujer velada, que estaba ante él inmóvil y silenciosa—esclava—le dijo —tu señor va dos veces á comprarte: en el juego y el combate. Pero, levanta ese velo, y muéstrale tu semblante.

A estas palabras, una voz dulcísima, que estremeció el corazon de Rogerio con misterioso pavor, se elevó de bajo el blanco cendal, diciendo:

—Aquel que se dice mi señor, acérquese, y levántelo si puede.

En el mismo instante, un rujido espantoso resonó en el espacio, y una óla de fuego envolvió al capitan, y lo arrojó á tierra sin sentido....

Cuando volvió en sí, y que poniéndose en pié miró en torno suyo, encontróse solo: su mujer y el incógnito habian desaparecido, y él, fatigado, dolorido, hallábase bajo el mismo ciprés donde quedára aguardando á su esposa en tanto que esta entraba en el derruido templo, para hacer una plegaria.

—Era el demonio!—exclamó—y yo que pretendia reconquistar á mi esposa de manos de un hombre, hela entregado al enemigo del género humano, que rabioso de su virtud, le habrá dado la muerte!

Sin embargo, aquel hombre tan arrebatado, tan intemperante en la cólera, no se abandonó á sus funestos estímulos. Era que el arrepentimiento, un arrepentimiento profundo, inmenso, invadió su alma, y llevó sus pasos al templo donde penetró golpeando su pecho con honda contricion.

El dia acababa; el santuario estaba lleno de sombra; y solo allá en el fondo de la nave, un rayo de luz,

deslizándose entre las grietas de la bóveda, iluminaba el tabernáculo.

De repente el capitan se detuvo y exhaló un grito.

Lucía, envuelta en su velo, dormia á los piés de la Vírgen, recostada en las gradas del altar.

Aquel grito despertó á la jóven, que viendo á su marido alzóse de pronto.

—Perdona, amigo—le dijo asustada—no ha sido culpa mia! Velé anoche, esperándote, y el sueño me ha ganado.

Rogerio cayó de rodillas ante ella y ante la Divina Señora, que de lo alto de su trono parecia sonreirles.

. . . . . .

Rogerio fué desde entonces un modelo de virtudes. Abandonó la vida tempestuosa de los campamentos, habitó y labró los campos, donde adquirió la paz del alma, el mas hermoso de los bienes. La fortuna que buscara en vano entre los azares del juego, vino á visitarlo en las labores pacíficas de la vida rural. Fué rico, y derramó en torno suyo el amor y la caridad. Reedificó el templo donde tuvo lugar el milagro de su conversion, y lo consagró á aquella que en la tierra sufrió y lloró en la orfandad, y que es ahora en el trono de Dios la protectora de los desamparados.

FIN DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS

IMPRESIONES DEL DOS DE MAYO

Era el 27 de Abril, uno de los últimos de la temporada de Chorrillos. Nunca la *villa de los palacios* habia tenido tantos huéspedes: nunca su delicioso baño estuvo tan concurrido.

Felices y desgraciados, todos gozan en ese lugar bendito, á donde nos lleva siempre una esperanza: esperanza de dicha, esperanza de alivio; pero siempre la esperanza, esa única felicidad verdadera.

La vida que se tiene en Chorrillos es fantástica como un cuento de hadas. El individuo se centuplica, porque está á la vez en todas partes: en el malecon, en el baño, en la plaza, en el hotel, en el templo.— Se caza, se pesca, se organizan brillantes partidas de campo en los oasis del contorno. Las niñas cantan, bailan, rien, triscan; las madres se extasían con esos cantos, con esas danzas, esos juegos, esas risas, mientras que sentadas en cuarto al rededor de una mesa, se entregan á las variadas combinaciones del rocambor.

Yo misma, con una mortal amenaza suspendida sobre el corazon y agonizando en el alma la esperanza, tenia, ese dia, las cartas en la mano y decia:—*Juego!*

—*Mas!*

—*Bien!*

— *Solo* de espadas: esplendente, imperdible.

—Un momento—dijo de pronto el *cesante* asentando la *baceta*—que esta mano sea un oráculo. La escuadra española se aproxima; va á atacarnos. ¿De quién será la victoria? España! Chile! Perú!—dijo señalándonos al jugador, á mi compañero y á mí.

Roba tú—me dijo este, en vez del *van* sacramental; —yo tengo miedo á las espadas.

—Yo las amo. Son las armas de mi familia..... Pero ay! aquellos que las llevan han caido todos, unos por la mano de Dios, otros por la de los hombres!

Y robé!

Robé la *espada*, dos *chicos*, y tres *caballos*; con los que dí al esplendente *solo*, un esplendente *codillo*.

—Viva el Perú!—clamamos todos los gananciosos.

El del *solo*, aunque peruano y ardiente patriota, guardó silencio. Tan cierto es que el amor propio se sienta sobre todos los amores.

En ese momento sonó á lo léjos la detonacion de un cañonazo, repetido tres veces por el éco de los cerros.

—Ese cañon no es ni del castillo ni de la bahia: es de afuera—dijo el derrotado jugador, que como viejo marino, entendia de ello.

Y añadió levantándose y tomando su sombrero:—señores, órdenes para el Callao.

La escuadra española ha llegado.

En efecto, pocos instantes despues, dos, diez, veinte personas vinieron á darnos el mismo aviso que acababa de traer un tren extraordinario.

Imposible sería escribir el mágico efecto que produjo esta noticia, cayendo de repente sobre aquel nido de molicie. Dos horas despues, los hombres, jóvenes, viejos y niños, habian desaparecido y se hallaban en el Callao, pidiendo sitio en las baterias. Las madres desoladas corrian en pos de sus hijos, para abrazarlos todavia antes del combate, y las niñas, palpitantes á la vez de zozobra y de entusiasmo, se apresuraban á llegar á Lima, ansiosas de ver á sus novios con el brillante uniforme de bomberos.

En fin, al anochecer de ese dia, Chorrillos estaba solitario, y por sus calles desiertas vagaban solo cuadrillas de perros, disputándose los restos de los interrumpidos festines.

Lima era ahora el foco de una inmensa ajitacion.

En los colegios y en los conventos se limpiaba y forjaban armas; los salones se habian convertido en boticas, donde las manos mas bellas preparaban hilas

y remedios, mientras otras formaban cucardas para los combatientes.

El Ministerio de la guerra estaba sitiado por una multitud de individuos, que solicitaban boletos de pasaje para las baterias del Callao; y los trenes que partian cada media hora, no bastaban á la muchedumbre de voluntarios, que se precipitaban apiñándose en los wagones.

Entre ellos presentóse un anciano, llevando consigo una hoja de servicios que acreditaban una edad de 108 años y su presencia y cooperacion en las principales batallas de la independencia.

El coronel Espinosa escribió de su puño esa boleta, recomendando en ella al benemérito soldado con expresiones propias de aquel entusiasta y noble corazon.

Entre tanto, el plazo señalado en la intimacion de Mendez Nuñez tocó á su término, y el anhelado 1° de Mayo envió su luz.

El alba encontró á Lima entera de pié y rebulléndose en todos sentidos.

Unos se dirigian á las alturas, otros á los templos; los mas á la estacion del Callao.

Yo seguia el impulso de este mar de vivientes, protejida por la *estela* de mi cuñado que, venido en comision. regresaba á su batería. Una oleada de pueblo nos separó.

Por dicha divisé el grupo de sombreros blancos de las hermanas de caridad, con quienes debia ir al Callao; me reuní á ellas, y ocupamos solas un wagon, entre los bomberos franceses y los italianos.

Las brillantes cimeras de los unos recordaban los compañeros de Godofredo; el perfil académico de los otros á los de César.

En el momento de partir, una bella jóven se asió á la portezuela de nuestro wagon, suplicando con voz angustiosa que le dieran un asiento.

Las hermanas se compadecieron de ella y la hicieron entrar. Era la esposa del capitan Salcedo [1] que mandaba un cañon en la torre de la Merced.

La pobre niña iba cargada de dulces y fiambres, para regalar á su marido, y su gracioso rostro brilló de contento al tomar asiento á nuestro lado.

En fin, la campana toca los seis tañidos de marcha. Una aclamacion inmensa ahogó el silbido del pito, y el pesado equipaje se deslizó majestuoso entre dos muros compactos de los que nos saludaban con gozo y envidia.

Y el camino huia detras de nosotros, con las casas y los huertos; y Baquíjano con su cementerio pasaron como una vision; y el Callao con su bahia, y mas allá la escuadra enemiga, nos aparecieron acercándose

1. Este valiente chileno fué muerto en la explosion junto con el bravo Galvez.

con pasmosa rapidez; y á su vista una prolongada aclamacion partió del largo convoy.

De súbito el tren queda inmóvil en frente de Bellavista.

—¿Qué sucede?

—Bajemos,—respondió con voz breve la superiora de Santa Ana.

—Pues qué ¿no vamos á servir al hospital de sangre en el Callao?

—El hospital de sangre está aquí. Seria peligroso para los heridos ser asistidos en un lugar barrido por la metralla y amenazado de incendio.

Y la buena religiosa que debia ser entendida en el asunto, pues se encontró en la toma de Sebastopol, atravesó con las otras hermanas el polvoroso médano que nos separaba de las primeras casas del pueblo.

Yo las seguí silenciosa y triste. ¿Por qué? no iba á asistir á los heridos? qué importaba que fuera en el Callao ó allí?

Ah! quizá en el fondo del alma, donde se ocultan los sentimientos que no queremos confesar ni á nosotros mismos, esperaba que una bala benéfica me librara de la horrible desgracia que veia en lontananza.

Perdóneseme en gracia de que escribo mis impresiones, esta dolorosa reminiscencia del corazon, mezclada á los gloriosos hechos de ese gran dia.

Tomada posesion del hospital, la superiora me destinó á ayudar á la hermana boticaria en la confeccion de vendas y apósitos. Arreglamos para ello un gran salon pavimentado con madera, y nos entregamos á esa triste ocupacion no sin dolorosas reflexiones, que la una ocultaba obedeciendo á la *regla*, la otra al largo hábito de sufrir.

No de allí á mucho llegó un gran refuerzo de colaboradoras. Las señoritas B. . . .y Hortencia, la linda hija del malogrado artista D. . . se presentaron en nuestra improvisada oficina, y apoderándose de telas y ungüentos, en un momento dieron cima á la obra, dejando alineados tendales de emplastos, de vendas y de compresas.

Preparados los socorros de la ciencia, la hermana boticaria pensó en los del cielo. Fué á buscar una caja de medallas de la Vírgen y me ordenó enlazarlas, para ser repartidas entre los combatientes.

Entregada estaba á esa ocupacion, cuando los bomberos de Lima, que con los otros dos cuerpos habian estado en ejercicio, invadieron el salon, señalado por error para alojarlos.

Aunque admirados de encontrar en su vivac aquella mezcla de pócimas, de monjas y seglares, no se desconcertaron por ello. Echaron abajo sus sacos de noche, de donde en vez de sábanas comenzaron á salir pollos, jamones y toda suerte de fiambres,

acompañados de ricos frascos de bohemia llenos de de un italia de Palpa, mas rico todavia. Y aquellos apuestos jóvenes, la flor de Lima, se dieron á contentar su apetito de veinte años, sazonando aquel almuerzo con entusiastas brindis, en los que revelaban el propósito, llevado á cabo por muchos: de tomar doble accion en el combate; como bomberos y soldados.

Acabado el desayuno, volvieron á pedir el sagrado talisman, que recibieron doblada la rodilla y guardando un recojimiento que contrastaba singularmente con su bulliciosa alegria.

Despues de ellos llegaron muchos otros, artilleros y paisanos, al servicio de las baterías, que de paso á sus puestos, recordando las tradiciones de la cuna, querian llevar consigo esa prenda de su fe.

Entretanto, el dia declinaba y la escuadra española yacía inmóvil y silenciosa, con gran impaciencia de nuestros defensores, que ansiaban el momento de enviar mortales andanadas á los incendiarios de Valparaiso.

Sin embargo, la jornada pasó en la enojosa inaccion de la espectativa.

En fin, al acabar una noche que á todos pareció eterna, un rumor estraño, semejante al que haría el mar saliendo de su profunda cuenca, se dejó oir, primero lejano, confuso, zumbante, atronador.

Era un pueblo inmenso, que afluia de todas partes

y se precipitaba en oleadas, llenando el espacio que média entre Bellavista y el Callao; que se apoderaba de las alturas, y enarbolando estandartes atronaba el aire con belicosas aclamaciones.

La brisa del alba, disipando los vapores de la noche, descubrió la bahia, que presentaba un espectáculo imponente.

Las naves españolas con sus flámulas y gallardetes al aire y arriba su gente, habian tomado posicion delante del puerto, impasibles á los movimientos provocativos de nuestros atrevidos buquecillos.

Los buques extrangeros, abandonando su fondeadero y agrupados á distancia guardaban la actitud de testigos en aquel formidable duelo.

Nubes blancas interceptaban á trechos el azul del cielo, y sus sombras débiles daban á aquel cuadro un aspecto fantástico.

Era ya la mitad del dia, y la ansiedad habia llegado á su colmo. Techos, paredones, huacas, todo estaba lleno de espectadores, que, en diversas actitudes, tenian la vista fija en un mismo punto. El campanario del pueblo era el mejor sitio de observacion. A favor de un *larga-vista* colocado allí, se veia perfectamente todo lo que pasaba á bordo de los buques españoles.

De repente, el flanco de la *Numancia* arrojó una llamarada seguida de un trueno. La batería de Santa Rosa envió al momento igual respuesta; y una bomba

de hierro, rasando el agua, fué á hundirse en su seno, rompiendo la coraza de acero que la cubria.

El combate se empeñó entonces, crudo, terrible. Las granadas se elevaron en todas direcciones; describiendo humeantes parábolas, venian á caer sobre la muchedumbre, que lejos de huir se arrojaba sobre ellas y las desarmaba.

—En nombre del cielo, señoras, bajen ustedes de esa torre—esclamaba el gobernador.

Los enemigos tienen cañones de mucho alcance, y puede llegarles una bala.

—Envíenos usted mas bien la bandera de la gobernacion para hacerla flamear en esta altura y que nos miren los godos,—respondió la señorita Juana B.

Una salva de aclamaciones estalló en ese momento, ahogando el ruido del combate.

¡Qué la motivaba!

Una de las naves españolas, yacía de costado y mojaba sus mástiles en el agua. Vino otra á ocupar su lugar y el fuego continuó de una y de otra parte nutrido y mortífero.

En lo mas encarnizado de la lucha vióse de repente surjir un hombre pegado al asta de una bandera de las baterías, arrollada por el viento, elevarse con la ajilidad de un acróbata, llegar á lo alto, dar al aire el pabellon nacional, y descender lentamente, desafiando las balas qne llovian sobre él.

Habríamos dado un mundo por reconocerlo, pero el alcance del larga-vista no llegaba á tanto.

Sin embargo permitíanos ver los enormes boquetes abiertos por nuestras balas en las naves enemigas, y el estrago y la consternacion derramados en su gente. Cada andanada de nuestras baterías, rebotando en la superficie del agua, les llevaba la muerte, envuelta en dos elementos. Ah! sin el funesto acontecimiento que arrebató al ilustre Galvez, y con él á tantos valientes privándonos de la única batería que podia llenar este nombre, ninguno de esos fanfarrones incendiarios de ciudades inermes habria vuelto á su península para aumentar el oprobio de su derrota con los honores del triunfo.

—Señoras, los heridos llegan: es hora de ir al hospital, —gritaron de abajo muchos que anhelaban aquel puesto.

Al llegar á la primera sala, donde estaban ya acostando á los heridos, para hacerles la primera cura, sentimos una estraña detonacion que hizo temblar la tierra y rompió los vidrios de algunas ventanas.

El mismo siniestro pensamiento atravesó la mente de todos; pero nadie tuvo valor de comunicarlo.

Sin embargo, muy luego palpamos la fatal evidencia; aquella hermosa batería de donde Galvez dirijia el combate, habia volado, sembrando en torno los mutilados cuerpos de sus defensores. Vímoslos

llegar conducidos por el pueblo, que en esta ocasion se escedió á sí mismo en valor y abnegacion.

Cada una de nosotras temia encontrar á los suyos en aquellas formas desfiguradas por el polvo, el fuego y la sangre.

Las salas del hospital, ocupadas por los enfermos traidos el dia anterior del Callao no bastaron para recibir á los heridos, y se resolvió organizar otro en el cementerio de Baquíjano.

Allí nos enviaron con tres hermanas que instalaron á los heridos en el hospital y las viviendas de la Capellanía.

A pesar de nuestro ardiente deseo de hacerlo todo para aquellos desdichados, la actividad de las hermanas de caridad nos usurpaba la mayor parte de nuestra tarea con gran pesar nuestro. La bella Jacinta B., los ojos llenos de lágrimas y sus blancas manos manchadas de sangre, corria á recibir los moribundos, los reclinaba en su seno, mojaba sus lábios con bebidas refrijerantes y les dirijia palabras de consuelo.

Un jinete montado en un caballo blanco, se abrió paso entre la multitud. Traia consigo dos heridos: uno en brazos, otro á la grupa.

Recostado sobre su espalda, el moribundo habia empapado en sangre los hombros, los vestidos y hasta los bigotes canos de su conductor.

Este dejó á uno en los muchos brazos que se

alargaron para recibirlo; se inclinó hasta el suelo para que tomaran el otro sin causarle daño, y partió á carrera tendida, volviendo muchas veces con la misma carga.

Sin embargo, en cada uno de esos viajes atravesaba de sur á norte la línea de baterías, con los espacios desabrigados que lo separaban, barridas á cada minuto por huracanes de metralla. Pero ¿que mucho, si ese hombre se llamaba Alvarado Ortiz?

Entre tanto las detonaciones del cañon empezaban á ser menos frecuentes, sucediendo á ellas una tempestad de aclamaciones, que se elevaba, estendiéndose desde el Callao hasta las torres de Lima, á vista de la derrotada escuadra, que, mohina, maltrecha, y acosada por los brutales adioses del *Victoria*, del *Loa* y del *Tumbes* se retiraba al fondeadero, que no debia abandonar sino para ir á ocultar su vergüenza en las lejanas aguas de Filipinas.

La noche habia oscurecido, y al gozo del triunfo comenzaban á mezclarse mortales inquietudes, los gemidos de los moribundos nos record aron con terror los deudos y amigos que habian ido al combate, y que á esta hora se hallarian quizá tendidos en tierra, muertos ó espirando sin socorro alguno.

—Al Callao! al Callao!—clamaron muchas voces. Y una larga caravana de mujeres partió de Baquíjano.

Caminábamos, costeando la banda derecha del

camino, para evitar el choque de los grupos de gente que lo llenaban, yendo y viniendo, envueltos en la sombra, corriendo, deteniéndose, llamando, interrogando y prorumpiendo en gritos de alegria ó de dolor.

—Guillermo?—exclamaba una voz.

—Mamá?

—Hijo del alma! Bendito seas, Dios mio, que me lo devuelves!

Y besos mezclados de sollozos, resonaron en las tinieblas.

—Como! este niño, que no tendrá aun doce años, estaba en las baterías! ¿quien tuvo la crueldad de enviarlo allí?

—Soy, por dicha, alumno del colegio militar, es decir que, aunque escalando los muros del establecimiento, me presenté al combate en corporacion.

Mas luego nos diseminamos en diferentes baterías! Yo elejí la de Chacabuco.

—Entónces ¿conoció usted al jóve Abel Galindez?

—Murió en la explosion de la torre de la Merced.

—Abel!! hermano mio!!...—Un grito terminó esta dolorosa esclamacion.

La negra silueta de un jinete que pasó á nuestro lado, fué por todas nosotras reconocida.

—Felipe!

—Felipe!

—Felipe!

—Presente! ¿Qué me quiere esta procesion de fantasmas? . . . Ah! . . . señoras mias, ¿cómo imaginar que esos delicados piés transitáran por estos andurriales?

—Noticias! noticias! noticias!

—Qué es de mi hijo? lo ha visto usted, Felipe?

—Ha combatido como un diablo en la batería de Chacabuco. Acabo de hablar con él.

—Y mi hermano? Entre los muertos oí un nombre que es el suyo.

—Está con el general La-Cotera. Esto importa decir que ha ganado mucha gloria.

—Y mi padre, Felipe, mi padre?

—Valiente como en Ayacucho, como en Junin y como siempre.

—Y mi marido? por Dios hábleme usted de mi marido!

—Ay! compadézcalo usted. . . . .

—Dios mio! ha muerto!

—Peor que eso, amiga querida. . . . No le fué dado tomar parte en el combate! Ah! no pueden ustedes calcular cuanto dolor encerrará para siempre esta frase: no pudo asistir al combate del 2 de Mayo.

Sí! porque desde el primero al último, todos los que han tenido accion en esta jornada han conquistado

una gloria inmortal. ¿Van ustedes al Callao? Pues ahora verán que fortificaciones defendian á los que hoy han alcanzado tan espléndido triunfo.

Algunos sacos de tierra fueron el único material empleado en la construccion de esas baterías, que hoy han destrozado y hecho huir á una escuadra entera.

Y usted, Felipe, ¿qué rol ha tenido en los episodios de este hermoso dia?

—El mejor que podia desear: he estado en todas partes, como ayudante, llevando órdenes á las baterías. En la de Ayacucho ví al anciano coronel Barrenechea, subido sobre un cañon, descubierto el cuerpo y hecho blanco de las balas enemigas, precisando las punterías con la agilidad y el arrojo de los veinte años.

Al pasar delante de la puerta del castillo, una bomba pasó por encima de mí, colocándose dentro, estalló sobre la cabeza del centinela, que impasible echó el arma al hombro, exclamando con voz vibrante:—*Viva el Perú.*

En ese momento una detonacion espantosa estremeció la tierra: y una columna de humo mezclada de estraños objetos se elevó en los aires. Era la torre de la Merced que desaparecia, arrebatando á los héroes que la defendian.

Cuando llegué al sitio de la catástrofe, encontré en él al coronel Espinosa. El viejo soldado de los

Andes, inclinado sobre los escombros, ocupábase en recojer los carbonizados restos de las víctimas, sin cuidarse de las balas que caian en torno. Su alta estatura, su ceño adusto, sus pobladas cejas, sus bigotes humeantes, y aquellos ojos de águila, le daban un aspecto sobremanera imponente. ¿Halló al amigo que buscaba? Lo ignoro. La vorágine de fuego que ví elevarse en el aire fué horrible, y debió devorarlo todo.

Sin embargo, ví la mano fraternal de un compatriota desenterrar á dos valientes colombianos sepultados en aquellas abrasadas ruinas.

Recordé entonces que aquella mañana ví llegar á dos heridos saludados con entusiasmo por los espectadores, que repetian los nombres de Ucros y Zuviría.

Recordé tambien que al lado de la camilla que conducia á uno de ellos, marchaba un jóven que no queria separarse de él.

Pensando y platicando así, habíamos llegado á las primeras casas del Callao.

Felipe nos dejó para tornar á Lima; y nosotras nos empeñamos en aquellas calles, que conservaban todavia el olor de la pólvora.

Llenábalas un ruido tumultuoso, que nos atemorizó.

Era el gozo de triunfo que tanto se parece al furor.

Quien nos vió aquel dia tan valientes, desafiando las bombas rellenas de metralla, no habria podido reconocernos á esa hora, silenciosas, palpitantes, asidas de las manos, temblando como la hoja en el árbol.

Una de nosotras tropezó de repente con un objeto blando, pero resistente. Era un muerto!

A esa vista, la banda volvió caras y echó á correr. Una sola prosiguió su camino y se internó en la ciudad, cruzada solo por patrullas ó pandillas de ébrios. Era aquella que iba en busca de su hijo. Amor de madre! Amor de madre! tú has de sobrevivir á las ruinas del mundo!

Llegamos á Baquíjano, muy persuadidas de que solo servíamos para barchilones, y para *comadrear* nimiedades en los divanes de un salon.

Dividímonos en dos partes: una se quedó en Baquíjano para servir á los heridos que aún quedaban en Bellavista, la otra regresó á Lima.

Las calles desde San Jacinto hasta la Estacion estaban siempre, como el dia anterior llenas de pueblo, que victoreaba, ébrio de toda suerte de embriaguez. Pero entre ese pueblo estaban mezcladas las mas distinguidas señoras de Lima, llevando consigo lujosas camillas para llevarse á los heridos, cuyo cuidado se disputaban con celo fraternal y santo.

Presencié una de esas escenas que tuvo lugar en la Estacion.

—Señora, voy á llevar conmigo este herido.

—Señora, eso no puede ser, pues ya lo he trasladado á esta cama.

—Si usted lo permite en ella me lo llevaré.

—Con qué derecho?

—Soy su hermana.

—Oh! que lástima! Vamos á buscar otro que sea solo en el mundo.

Pero, ay! vosotros que habeis visto esas bellas manifestaciones del patriotismo que anima el alma de estas hermosas hijas de la benevolencia, guardad vuestra admiracion para otras mas meritorias. Id á verlas ahora en la mortal epidemia que está diezmando al pueblo, id á verlas, desafiando al contajio, arrodilladas á la cabecera de los enfermos en la miserable morada del pobre, donde su abnegacion ha de quedar ignorada; contempladlas allí, y postraos y adoradlas.

FIN DE IMPRESIONES DEL DOS DE MAYO

GETHSEMANI

(Á LA SEÑORITA ANA PINTOS)

Era el dia primero de los Azimos, aquella fiesta solemne, simulacro del fin del cautiverio egipcio y del regreso á la patria.

El cumplimiento de las profecías se acercaba, y Jesús, viendo llegada su hora, dejó la aldea de Bethania, donde moraban Lázaro, Marta y Maria, aquellos amigos que él tanto amaba, y seguido de sus discípulos llegó delante de Jerusalen.

—Maestro, dónde quieres que preparemos la Pascua?—dijéronle éstos.

—Id, les respondió—y llegados á la primera fuente seguid á un hombre que, lleno el cántaro, lo asienta en la cabeza y vuelve á su casa. Entrad en ésta y decid al dueño:—El Señor desea comer contigo la Pascua.

Los discípulos obedecieron, y Jesús, sentado en una piedra quedóse solo.

La hora de nona habia pasado hacia largo tiempo;

y el sol próximo al ocaso, doraba con sus últimos rayos la ciudad querida de sus abuelos, la hermosa Sunamitis cantada por la amorosa lira de Salomon, que alegre y risueña se extendia sobre sus dos colinas acariciada por las tibias brisas de la primavera.

Y Jesús, contemplándola lloró.

Lloró sobre su grandeza y santidad pasadas, y sus presentes abominaciones: y su tremendos castigos, y su destruccion postrera, que veia surgir inminente en las lontananzas del porvenir.....

Y alzando los ojos hácia la Eterna Clemencia, encontró la eterna Justicia, que, abarcando los ámbitos del cielo, severa, inoxerable pedia la hostia de expiacion.

Entonces, como en el dia que bajando del padre, vino á tomar su puesto en la humanidad dejenerada, lleno el corazon de piedad y de amor infinito, ofrecióse otra vez por ella en holocausto.....

Y cuando sus discípulos vinieron á buscarlo para decirle que todo habia sido hecho como él lo mandara, encontráronlo triste pero sereno.

Mientras atravesaban las calles de la ciudad, invadida por una inmensa muchedumbre de pueblos, que, desde los confines del reino venian á celebrar la Pascua, uno de los doce compañeros de Jesús rezagándose furtivamente, penetró en el palacio del pontífice.....

Llegados á la casa donde los discípulos siguieran al hombre del cántaro, su dueño, saliendo á recibirlos, condújolos á un rico salon sostenido por columnas de alabastro y tapizado de púrpura, donde estaba aderezada la mesa, coronada por el Cordero Pascual, y flanqueada por canastillos de lechugas amargas y panes sin levadura.

Al centro, colocado cerca de una hidria de vino, brillaba un cáliz de oro adornado con piedras preciosas.

Puestos á la mesa, levantóse Jesús, y tomando una toalla y un lebrillo de agua, lavó los pies á sus discípulos, diciéndoles:

—Así como yo lo hago ahora, pidoos que os sirvais los unos á los otros; y que si me amais, os ameis con mi amor para que os conozcan por mios.

A tiempo que Jesús volvia á sentarse á la mesa, un hombre, con la respiracion anhelante del que ha caminado á prisa, entró en el cenáculo.

Era Judas.

Su rostro impasible, en fuerza del disimulo, arrostró impávido las miradas de sus compañeros; pero no pudo resistir la de Jesus, dulce, triste, intensa, que le hizo bajar los ojos lleno de confusion; y que volvió á encontrar, cuando alzándolos de nuevo, miró á Jesús, que decia:

—Con deseo he deseado comer con vosotros esta

Pascua, que será la última, hasta que se cumpla en el reino de mi padre; porque mi hora ha llegado, y es necesario que os deje.

Y ellos, contristados—¿A dónde vas, Señor?—le decian—donde vayas llévanos contigo.

—Donde yo voy vosotros no podeis seguirme ahora; pero yo os prepararé el camino—respondióles él con acento de entrañable ternura. Pero hablando así, turbóse de repente; é interrumpiéndose, añadió:

—En verdad os digo, que uno de vosotros me ha de entregar en manos de mis enemigos.

Y ellos, apenados, le preguntaban uno á uno:

—Por ventura, soy yo, Maestro?

Y Pedro exclamó, en un arranque de fervoroso entusiasmo:

—Oh! Maestro! no seré sin duda yo, que, lejos de traicionarte, daré por tí mi sangre y mi alma.

—Darás por mí tu sangre y tu alma?—díjole Jesús, mirándolo con una sonrisa de inefable tristeza. En verdad te digo que antes del primer canto del gallo, me habrás negado tres veces.

En fin, tomando un trozo de pan y el cáliz de vino, hizo de ellos una celestial sustancia, y se les dió en ella para siempre añadiendo:—Haced esto en mi memoria.

Jesús, viendo que todo lo que á ese acto concernia estaba cumplido, dijo:—Basta! y recitado el Himno,

dejó la mesa; y saliendo de la casa y de la ciudad, seguido de sus discípulos, atravesó el Cedron, y dirijió sus pasos hácia un jardin llamado de Gethsemaní, que extendia su verde fronda al pié del Monte Olivete; lugar ameno y solitario, donde él iba con frecuencia para aislarse de los hombres y orar al Padre.

Mientras caminaba, un grande pavor, el pavor de la carne, rebelada contra las sublimidades del sacrificio, apoderóse de él; y volviéndose á los suyos —Triste está mi alma hasta la muerte! les dijo.— Velad y orad conmigo.

Y penetrando en el jardin, adelantóse solo, y cayó postrado en tierra....

Mediaba la noche: una noche serena de primavera; la luna llena, filtrando sus plateados rayos al través del ramaje, alumbraba igualmente el grupo de hombres que, encargados de velar, dormian egoistas el grosero sueño de la materia; y mas lejos, la figura sublime de Jesús, postrado en tierra, pálido y angustiado.

El peso de los dolores humanos que echara sobre sí, agobiaba su alma; y en las medrosas visiones de la hora postrera, el espectro del inmenso porvenir le apareció siniestro, espantable. Vió las cóleras, los ódios y las persecuciones que los suyos habian de sufrir, al derramar en el mundo su divina palabra;

vió las guerras y las horribles matanzas que por su nombre y en su nombre habian de ensangrentar la tierra que él habia venido á redimir; y la série innumerable de los mártires, desde Esteban hasta Delboy, desde Molé hasta Juan de Hus y hasta Atahualpa, desfiló, silenciosa, lúgubre, ante su mente contristada.

Y él, que pocas horas antes llorara sobre Jerusalen, lloró ahora sobre la humanidad entera, y poseido de angustiosa agonia, la sien bañada de sangriento sudor: —Padre!—exclamó—haced que pase de mí este cáliz!

Mas, cuando su alma aniquilada por el dolor, iba á desfallecer, hé aquí que de un cúmulo de blancas nubes aisladas en el azul del cielo, desprendióse una luz diáfana, azulada, que descendiendo á él, tomó de súbito la figura maravillosa de un arcángel. Veia en sus manos un cáliz mistorioso, que, doblando una rodilla vertió delante de Jesús.

Era su sangre, su sangre, que mezclada á la de esos héroes de su fe, al tocar la tierra hizo brotar una planta, que convertida en un árbol jigantesco, cubrió con sus ramas el mundo; abrió, mal grado de los aquilones, su robusta florecencia, y maduró sus frutos, que gustados por los hombres, secaron en sus almas el ódio, haciendo nacer el amor....

Y Jesús leyó en ellas esas divinas palabras,

resúmen de toda su doctrina:—Libertad!—Igualdad! —Fraternidad!—

La mística vision desapareció; y Jesús, alzándose de tierra, sereno, sublime, la frente cercada de divinos resplandores, salió al encuentro á sus enemigos, y se entregó á la muerte.

FIN DE GETHSEMANI

EL DIA DE DIFUNTOS

Si quereis sorprender los misterios de la vida, visitad este dia la morada de los muertos.

A fin de que su memoria no estorbe en las alegrias del año, los vivos la han relegado al reducido espacio de una jornada. En esas veinte y cuatro horas de conmemoracion, todos, inconsolables y consolados, todos acuden al cementerio y se agrupan en torno á los sepulcros; los unos para borrar con otras lágrimas las huellas de sus lágrimas; los otros para reemplazar con guirnaldas de hermosas flores la triste yerba del olvido.

Los estragos de la peste han aumentado la lúgubre peregrinacion, que desde el alba llenaba las calles vecinas á Maravillas y el prolongado callejon que se extiende fuera de la portada.

A la seis la verja que cierra el recinto exterior del panteon ábrese dando paso á la multitud que lo invade silenciosa, derramándose en sus espléndidos jardines, perfumados con las flores de todas las zonas.

Óyese por todos lados un ruido de puertas como el despertar natural de una populosa metrópoli. Es la ciudad de la muerte, que abre sus sepulcros á la ofrenda del recuerdo.

Y el silencio se puebla de rumores; y se escuchan gritos mezclados de sollozos; y los callados écos de aquellas bóvedas repiten nombres borrados ya del libro de la vida. El tumulto crece; la multitud se entrega á bulliciosas pláticas, razonadas con estrañas consejas sujeridas por la lectura de los epitáfios, esos geroglíficos del dolor.

Murió mártir!

—Decia un mármol, donde ostentaba su belleza soberana una mujer en cuya frente brilla el sol de diez y ocho primaveras.

Los dias de mi peregrinacion fueron cortos y malos!

—Decia otro. Y sobre la bíblica leyenda, un nombre poético entrelazado á una lira, sonaba al oido como una deliciosa melodía

¡Ay!

—Tenia por única inscripcion una lápida aislada como un anatema. ¡Qué historia de decepciones y de dolor cifrará esa lúgubre interjeccion!

Pero el dia se adelanta y los epitáfios desaparecen bajo lujosas coronas y perfumados ramilletes.

Hé allí los mausoleos que se cubren de flores. Aquí sobre un pedestal, á cuyas esculturas se entrelazan ramos de laurel, elévase un hermoso grupo. Es el sepulcro de Althaus. El busto del general corona la cúspide de una columna. Al lado, con un pié sobre el pedestal y el otro asentado en la base de la columna, la estátua de su hija, la bella Grimanesa, en una actitud admirable de gracia, reclina su linda cabeza en el seno paterno, dando á la admiracion esos brazos que Fidias envidiara para su Venus.

Cerca de allí, bajo la bóveda de una capilla óyense sollozos desgarradores. Es la viuda de un héroe, que llora sobre su tumba.

Mas allá, en tu frio lecho de piedra, duermes, bella Emilia, el eterno sueño. La admiracion y el amor envolvieron en doradas nubes de incienso tu corta vida. ¿Qué te ha quedado de todo eso?

Y tú tambien, Martin! tú el hijo mimado de la dicha, el protagonista de las fiestas, el ensueño de las hermosas; ¡cuán solo y olvidado yaces! En tu sepulcro no hay otras flores que las que mi mano ha aglomerado durante un año, y que ahora cambio con este ramillete, cuyo aliento llevará á tu hondo sueño los perfumes de la vida.

Allí están los campeones del 2 de Mayo; aquí las víctimas de la fiebre amarilla: Irigoyen y

Pacheco, esos astros que tanta luz irradiaron, yacen juntos, como en los versos del poeta.

Y allá, léjos, entre las rosadas adelfas, un emblema de eterno recuerdo señala el sepulcro del hermoso niño, cuya mirada parecia encerrar un secreto del cielo.

Pero abandonemos estos sitios, donde el dolor palpitante, aun pesa en el alma como el mármol que los cubre, y pasemos de los dominios de la muerte á la region de la apoteósis, donde los héroes de la independencia, Lamar, Necochea y Salaverry, duermen bajo las palmas de la inmortalidad.

Al centro del mas bello de los jardines que adornan el exterior del vasto edificio; entre bosquecillos de floridos arbustos, y sombreado por un grupo de cipreses, un bellísimo templete de alabastro, eleva su elegante cúpula, coronada de una estátua. Su interior, en forma de capilla, está cubierto de ricas esculturas en madera y mármol; y el oro y pinturas de esquisito gusto brillan en los muros, en el altar y en la parte interior de la capilla.

Este monumento digno de un semi-dios es el sepulcro de La-Rosa y Tarragona.

Ciérralo una graciosa verja que corre en torno rematada en sus ángulos por cuatro pilastras. Allí estacionábase agrupada la multitud contemplando

aquella magnífica aparicion —*provoca* á morir!— dijo á mi lado un jóven del pueblo.

Palabras de profunda significacion, en aquel hombre que llevaba la blusa del obrero, y que no podia aspirar á esa tumba sino con la muerte gloriosa de los héroes á quienes está destinada.

Sin embargo, la inmortalidad de la gloria no alcanza á iluminar las sombras de la muerte; y llevaríamos de este lugar, desolantes impresiones, sin esa cruz que se eleva, sobre las tumbas como un faro de esperanza y de inmortalidad! . . .

FIN DE EL DIA DE DIFUNTOS

LA CIUDAD DE LOS CONTRASTES

En un oásis asentado entre las arenas del mar y las primeras rocas de los Andes, estiéndese la opulenta metrópoli.

Capital de la mas rica de las repúblicas sud-americanas, cuenta á granel los millones que afluyen á su tesoro, por centenas los palacios de mármol que se alzan en su recinto; pero se rehusa una casa para sus recepciones oficiales, un teatro donde recibir los grandes artistas, que atraidos por su esplendor vienen á visitarla.

En el flanco setentrional de una bella plaza adornada con fuentes, jardines y estátuas, álzase apenas del suelo un ruinoso, sucio y grotesco edificio

coronado de una baranda de madera carcomida, y flanqueado de tiendas atestadas de telas vistosas y abigarradas, y de una profusion de objetos heterogéneos. Diríase un bazar de Oriente.

Llámanlo—Palacio de Gobierno.—Sus huéspedes, curándose muy poco de esa transitoria morada, conténtanse con forrarla interiormente de seda, oro y mármol para su propio *confort*, dejando á sus sucesores el cuidado de la parte monumental.

Cinco cuadras de allí distante, un engañoso frontispicio dá entrada á un caseron vetusto, informe, cuarteado en todos sentidos, y con las mas pronunciadas apariencias de un granero:

¡Es el teatro!

Y sin embargo, con la cuarta parte del oro y las pedrerías que en su espléndido entusiasmo ha derramado Lima en ese escenario sobre sus artistas favoritos, habria podido construir el mas hermoso teatro del mundo.

Y sin embargo, aun, en las noches de estrenos, cuando las encantadoras hijas del Rimac llenan las tres líneas de palcos, que el gas resplandece, y los abanicos se agitan, y las miradas se cruzan, un prestigio estraño, casi divino, trasforma el derruido edificio; y ningun jóven abonado lo cambiaría entónces por el mas suntuoso teatro de Paris, por el mas aristocrático de Londres.

Pero esta misma ciudad, desdeñando indolente la creacion de esos monumentos que con el tiempo, son la base material de la vida social, consagra á la exposicion de su industria un bellísimo palacio, aloja á sus sentenciados en alcázares de granito y sepulta á sus muertos en basílicas de mármol.

Al traspasar la portada de Guadalupe divísanse ambos: palacio y alcázar.

El uno gracioso, elegante, adornado con todos los órdenes de arquitectura, cercado de jardines donde se elevan los mas sombrosos árboles; donde se abren las mas hermosas flores, donde cantan las mas canoras aves, donde rugen las mas horribles fieras.

El otro, sombrío pero magnífico, agrupando sus bronceadas piedras en muros y bóvedas de severo é imponente aspecto. Tras de esos muros, bajo esas bóvedas, en vez del fatídico ruido de cadenas, escúchase el alegre golpear de instrumentos industriales; y en el silencio de la noche las notas melodiosas de Verdi y de Bellini se exhalan de ese recinto; llevando al alma de los desventurados que allí moran, recursos y esperanzas:

Es la Penitenciaria.

Si en pos de grandezas se torna la mirada hácia el nordeste, descúbrese mas allá de la puerta de Maravillas una ciudad de mármol, blanca como un

cisne y medio oculta entre la sombra inmóvil de los cipreses. En su estenso recinto se alzan en profuso desórden, cúpulas, pilastras, columnas cuyo elegante corte se dibuja en el azul del cielo. Creeríasela una fantástica aparicion entrevista allá en el fondo de un sueño.

Pero al aproximarse, al abarcar con una ojeada aquel suntuoso conjunto, detalles de un primor esquisito revelan el nombre de ese inmenso hacinamiento de riquezas artísticas:

Es el Cementerio.

Sin embargo, trabajo cuesta al pensamiento asimilar á la idea de la muerte un lugar donde por todas partes respira la vida en su mas ardiente espresion. Amor, dolor, resignacion, plegaria, todos los sentimientos sublimes del alma palpitan bajo la blanca inmovilidad de esas estátuas, que de entre del embalsamado follaje de los rosales se alzan esparciendo en torno á los helados restos que guardan esa vida inmortal trasmitida al mármol por el fuego sagrado del genio.

En fin, si dejando la mansion de los muertos, el viajero penetra en la ciudad, encuéntrala habitada por un pueblo compuesto de las tres razas primitivas en tan iguales proporciones, que completando el contraste haríanlo vacilar entre Pekin y Congo, si el sello de belleza incomparable que este clima

afortunado imprime en la raza caucásica, no le forzara á exclamar :

¡Lima!

FIN DE LA CIUDAD DE LOS CONTRASTES

ESCENAS DE LIMA

Risas y gorgeos

Hélas ahí! Como las golondrinas en una mañana de primavera, llegan riendo, cantando y derramando en todas partes á su paso, luz y alegría; en todas partes . . . . hasta en mi corazon! Sus nombres mismos, son armoniosos y dulces como una caricia: Emma! Julia! Rosa! Eleodora! Cristina! Florinda! El alma rejuvenece al contacto de esas jóvenes flores que comienzan á abrir su cáliz á las promesas de la vida; y plácele seguir el vuelo vagaroso de sus ilusiones, como á la mirada, el de esas bandadas de blancas aves que cruzan el cielo en las tardes de verano.

—¡Qué trozo tan bello es ese que acabas de cantar, querida mia! No lo conozco. ¿A qué partitura pertenece?

—Es una romanza de la ópera « Guaraní », la última pieza de mi estudio. Cierto que es una música deliciosa, llena de dulzura, y de un carácter original. Sin embargo, la música no es para mi realmente bella, sino cuando refleja el recuerdo.

—¿ No es verdad ? . . . . Pero, ah ! tus recuerdos, risueños, frescos, datan de ayer, y los encierra una aurora.

Julia suspiró profundamente; y dejando la romanza de *Guaraní* entonó, con los ojos llenos de lágrimas—*Caro nome que el mio cor*—esa cascada de perlas del Rigoletto.

Entre las compañeras de Julia, una voz murmuró un nombre : *Maximiano.* — Recordé entonces, que no hacia mucho tiempo, una mano aleve dió la muerte á ese bello jóven tan querido en la sociedad. Pobre Julia ! En el riente mirage de sus recuerdos, alzábase ya una cruz !

Al viento las penas !—exclamó Florinda, pasando su pañuelo sobre los húmedos ojos de la cantora. —Oh ! si cada una fuera á hablar de las suyas, el cuartel de Santa Ana, en el cementerio, puede decir si yo tengo derecho de estar entre los vivos.

—Tambien tú — gritó Emma. — Esto amenaza volverse un *de profundis !* Bah ! silencio ! y basta de sombra ! . . . . ¿ Quién ha oido anoche el violin encantador de la señora Filomeno ?

—Yo.

—Y yo.

—Yo tambien.

Todas.

—Qué melodía celestial! Ese instrumento tiene una alma, y siente, habla, rie, llora!

—*Y un sueño en Lima!* ¡Qué horizontes inmensos de azul y grana, poblados de doradas quimeras, describen las notas melodiosas de esa brillante fantasía! Al escucharla, creía percibir el murmullo de los rios, el canto de las aves, el susurrar de la brisa entre la fronda de las selvas.

—Tú te inclinas al idílio. A mí me aparecia un castillo feudal erizado de almenas y torreones. Yo era su castellana, y escuchaba, asomada á una gótica ojiva, el amartelado canto de un trovador.

—Aristócrata hasta en sueños! Alma mia, esa raza está amenazada de una enfermedad mortal: la polilla. Yo, nieta de un prócer de la Independencia, hija de un republicano, sueño con un tribuno joven y elocuente, que, invocando el símbolo sagrado de la ventura humana: Libertad, Fraternidad, Igualdad, electriza al pueblo con el calor de su palabra; con el fuego de su mirada; y que al descender del paves donde lo ha elevado el entusiasmo de la multitud, cae á mis piés y me llama su esposa.

Aquellas hermosas soñadoras que reian, cantaban, y hablaban de sus halagüeñas ilusiones, en tanto que la guerra civil abria á sus piés su espantosa sima, parecíanme una legion de ángeles sembrando flores sobre un abismo.

Una bandada de mariposas

Han invadido, de súbito, mi cuarto, arrancando la pluma de mi mano, y obligándome á volverme para mirarlas.

Estaban bellas. Con sus vaporosos vestidos blancos adornados con lazos, unos azules, otros color de rosa, ligeras, risueñas y juguetonas, semejaban en efecto á esas aladas flores del espacio.

—Papeles á la imprenta, mi vida, y vamos al teatro—exclamaba una.

—Esta noche es el beneficio de la señora Felices, y representan « Los Amantes de Teruel. »

—Mi ideal es Marcilla. Así, mañana me parecerán vulgares todos los hombres.

—¿Hasta Octavio?

—¡Ah! él se le parece: es bello, rendido y espiritual!

—¿Quién es esa maravilla?

—Mi novio, señora; y si vienes con nosotras

al teatro, tendrá el honor de serte presentado.

—Consiento á condicion de mostrarme su retrato.

—El retrato de un buen mozo da siempre gusto de ver.

Crónica de las veredas

Nada hay nuevo debajo del sol, segun el Eclesiastes — ha exclamado un jóven amigo mio, al estrechar la mano que escribe estas líneas.

—En efecto; ¿pero á que viene ese exordio?

—Para probar á usted que no es invencion mia la que va á oir respecto á su amigo Z. L.

—No hay tal amistad; pero, ¿qué es ello?

—Iba no ha mucho delante de mí, abstraido, y hablando con un interlocutor invisible. No lo estrañé, pues conozco su manía por el monólogo; pero cuando me hube acercado mas, oí que iba diciendo, fijos los ojos en las baldozas de la acera:

—¿No es verdad averiguada que aquella ingrata te ha hecho mil partidas malas, y que, por fin, ya no te ama?—Sí—

—Entónces ¿porqué trepidas? No, no cabe mas ninguna cobarde vacilacion! Olvídala, olvídala, miserable! arrójala del corazon! relégala al desprecio!

Sí . . . . . Pero . . . . . esos magníficos ojos negros! . . . . . aquella boca que, cuando quiere sabe decir palabras tan hechiceras y aquel cuello! y aquel pié! y aquella mano! . . . . y . . . . . todo, en aquel ser aborrecible y . . . . . encantador!

Y pálido, y vagarosa la mirada, seguia adelante en direccion al Puente; y yo, á vista de la honda desesperacion que revelaba su acento, pensé en el rio, que en furiosa creciente sonaba no léjos con ruido siniestro. Zenen! Zenen! —gritó un jóven, pasando delante de mí, y dando una palmadita en el hombro al infortunado que me precedia.— ¿Qué tienes, chico?

Se diria que vas soñando.

—¡Soñando!—respondió L. cambiando súbitamente en fátua sonrisa, la tétrica expresion de su semblante.—Al contrario, muy real y sériamente, voy discutiendo con mi ingenio la manera de desasir de mi el amor incontrastable que Elvira se obstina en consagrarme.

—¡Qué no me vengan á mi esas dichas!

—Te regalo la mia!

—¡Acepto! . . . ¡Ser el Hernani de esa soberbia hermosura! . . . Pero sé generoso hasta el fin . . . . despéjame el campo!

—¡Retirarme de la casa!

—¡Sin duda! ¿Cómo le manifestarás, de otro modo, tu despego?

—Ah! es que ella ha jurado suicidarse el dia que eso acontezca.

—¿Lo habrá ya intentado?

—Oh! mil veces!

—Entonces, nada hay dicho; y preciso es dejarte bajo el peso de tu felicidad. Adios!

Y el jóven se alejó en direccion á la plaza.

—¡Finjir! ah! ¡cuán duro es, cuando el corazon está destrozado! exclamó Zenen, suspirando.

Y desviándose de mi camino, tomó por el lado de los Desamparados.

—Ah! ah! ah!—rió una señora mayor, que había ido disputándome tácitamente el paso para escuchar aquellas endechas.—Ah! ah! ah! aaah! ¿Estos son los seductores? En la conciencia todos se reconocen, como este, seducidos, encadenados. Nunca pasé por el lado de dos hombres que hablan, sin oirles decir:—Ella! con ella! por ella! sin ella! —Nunca, entre mujeres, que no vayan diciendo con fervor apasionado:—Mis rizos! mis blondas! el último vestido que me mandó la modista.—Sin mencionar para maldita la cosa á sus presuntos tenorios. Tenorios!—Tenorias!—digo yo!

Y mirándome con picaresca ironía, rió en mis barbas y se fué.

—Querido amigo—dije al cronista callejero—yo creo que la señora tiene razon . . . .

—Aguarde usted—exclamó él, interrumpiéndome—si todavia no ha dado fin mi aventura.

Como para corroborar las palabras de aquella sibila, una hora despues, pasando casualmente por delante de la casa de la cruel Elvira, hé ahí que la veo aparecer, bella, alegre, elegante. Papá, mamá, hermanas, toda la familia salía á paseo. Las jóvenes formaron de dos en fondo, regazaron sus largas colas, y echaron á andar calle abajo, volviéndose, de vez en cuando, para remirarse y dejar ver unas botitas de última importacion, lo mas lindo imaginable; pero que costarian un dineral.

—Papá—decia una de ellas—nosotras guiaremos, ¿no es cierto?

—Ya se ve que sí.

—Y ¿sabes donde vamos á parar?

—No llega á tanto mi penetracion.

—¿No? Pues vamos al almacen de Soldevila. Le han llegado *novedades*.

—Yo necesito un lazo para mi vestido rosa.

—Yo una sombrilla blanca, de gro y blondas.

—Yo un abrigo de cachemira para salir del teatro.

—Yo un pañuelo de batista bordado con calados de *guipure*.

—Y yó los zapatitos de raso blanco, que codicié en las vidrieras del *Gallo*.

—Estas niñas son capaces de empobrecer á Goyeneche!

—¡Te espanta esa bagatela!—observó la matrona. —¿Qué piden las pobrecitas? trapos que llevan hasta las hijas de los sacristanes.

—Papá, creo que vienes regañando por lo que vas á comprar. Calla y recuerda que hoy es dia de san *Gaston*.

—Y además, nos has dado tu palabra: palabra de rey. . . ó de coronel, que es lo mismo.

— Ah! si el cajero fiscal oyera estos propósitos, habia de tapiar la puerta de la Tesorería.

—Elvira, mira á Zenen, que va á entrar donde Gavard.

—¿Quién piensa en ese tonto? repara en estas lindísimas castañas!

Las graciosas casquivanas entraron al deseado almacen, y yo he venido á dar á usted esta pequeña muestra de la ingratitud mujeril.

—Gracias á Dios, hace tiempo, que yo digo como madama Geofroid—*quand j'étais femme*.

Luz y sombra

Grato y de propicio agüero es comenzar con un epitalamio, ya sea un libro ó una simple conseja. Cuán dulce luz derraman los rientes mirajes de una union formada por el amor, y en cuya auréola brillan la juventud, el jenio, la belleza.

¡Una boda! es decir: la primavera en el paraiso, con la ciencia del bien.

¡Una boda! mágica frase, acogida siempre con una sonrisa misteriosa.

¡Una boda! es decir: el paso desde el azulado nimbo donde el alma dormitaba solitaria, á la region dorada, esplendorosa, de una noble existencia.

¡Una boda! es decir: mundos de tul, de encajes de sedosas gasas; rios de brillantes; bellísimas flores; perfumes esquisitos; el nacar y el marfil bajo todas las formas; tesoros de raso, gro, terciopelo, blondas, oro y perlas derramados en faldas, colas, pufes, manteletas, sombrillas, zapatitos, botas, pantuflas; y allá en el fondo de un suntuoso retrete, sobre una columna de alabastro, ese delicioso vestido, ensueño de las jóvenes, compuesto de tul *chantilly* sobre *moirée* blanco, guarnecido de anchos volantes de *valencienne*, con una túnica del mismo

tul, é iguales guarniciones recojidas con ramilletes de azahares.

Desde lo alto de la columna, tan largo como la cola que se estiende en cascada de blondas, esa prenda alegórica de la desposada, un velo de malinas, orlado con una ancha guarda de bordado esquisito, se derrama sobre el delicioso vestido como una vaporosa niebla.

Coronando ese *todo* maravilloso, una guirnalda de las mismas flores que adornan la túnica, abre sus blancos pétalos entre hojas de esmeralda, dejando caer hácia atrás dos largos festones hasta lo bajo de la falda.

La bella María Rosa realzaba ese elegante traje, menos con sus valiosas joyas que con la modestia y la gracia innata de su porte.

Y él, Eugénio! Una aureola de felicidad circundaba su frente y daba nuevo realce á su varonil belleza.

Así hablaba un apuesto jóven al referir la fiesta nupcial que acababa de presenciar.

Embebidas, y la mente en dulces ensueños, escuchábanlo mis lindas amigas, cuando él añadió: Dentro de poco Pablo R., servidor de ustedes, y Emilia T. su amada, serán los protagonistas en una escena igual.

Pablo era amanuense en un Ministerio; Emilia, hija de un indefinido.

Al siguiente dia, vílo llegar desesperado.

— Emilia no me ama ya — exclamó. — ¿Lo creereis? La ingrata me pide que le devuelva sus juramentos; que la deje libre para dar á otro su corazon y su mano! . . . Ah! por dicha hay en el mundo tósigos y rewolvers!

Y dándome una mirada sombría, díjome adios, y se fué. Alarmada por el estado en que habia visto al desgraciado Pablo, fuí á reñir á Emilia y echarla en cara su conducta con aquel á quien tanto amó.

—Antes de condenarme — respondió ella — escucha el sueño que he tenido esta noche, y juzga si no debo ver en él una revelacion del cielo.

Soñé que vestida de blanco y envuelta en el velo de novia, tendia mi mano á Pablo para acercarme al altar; y yó miraba complacida á mi futuro esposo, que nunca me pareció tan bello.

De repente, ví detrás de él surjir un espectro horrible, descarnado, lívido, que enviándome una mirada siniestra, alzó la mano en señal de amenaza.

Yó temblé por Pablo; y abrazándome á él, apostrofé al fantasma — ¿quién eres?— le dije y porqué nos amenazas?

—Soy la miseria—respondió con voz cavernosa, y os aguardo en el ocaso de esa dulce luna que vais á comenzar.

El fantasma calló; y levantando el harapo que cubria su seno, mostróme prendidos con avidez á sus pechos dos niños flacos, pálidos, hambrientos.

—Estos serán vuestros hijos—añadió—porque despreciais el ejemplo de las aves del cielo, que forman el nido antes de traer la familia.

Desperté, muy contenta de que aquello fuera un sueño, pero resuelta á escuchar en él la voz de Dios.

Y yó desahucié á Pablo; porque, en efecto, aquella vision era horrible.

*
* *

Señoras—decia la otra noche un viagero en una *soirée*—el diablo es un tonto de capirote. Pues, ¿no cuenta como un poderoso medio de tentacíon el espectáculo del mundo? Ah! yo lo he visto, no de lo alto de la montaña, cual él lo mostró al Hombre-Dios, sino palpado con la mano, recorrido del setentrion al medio dia, desde el ocaso á la aurora; hélo contemplado, bajo todos sus prismas; y vuelvo desalentado, y con una sola aspiracion: —hacerme ermitaño.

Ayer, contemplando el gentío que llenaba las calles, en pos de una procesion, recordaba las sombrías palabras de aquel pesimista; porque

nada hay mas triste que el aspecto de esa personificacion del mundo: la multitud. ¿Dónde se revela con espresion mas elocuente esa adolescencia perpétua que comenzó á las puertas del Paraiso, y que solo acabará el dia último de los tiempos? Aquí una madre, caminando rodeada de seis niños, asidos á ella como náufragos á una tabla de salvamento. Es la viuda de un héroe, muerto en defensa de la patria; de la patria que deja á su familia en la miseria! Allí, una jóven, vistiendo el sayal de la penitencia, desnudos los piés, y en la mano un cirio de expiacion. Marcha sola, bajos los ojos y la actitud contrita.

¿Quién es?—preguntan en torno suyo, y alguien responde:—es la hermana de un sentenciado; y espera rescatar con ese voto de humillacion, la vida y el crímen de Caín.

Cuánto respeto inspiraba aquella hermosa jóven que así se ofrecia en holocausto por la redencion de su hermano!

Oásis

Cuán bellos son los que circundan á Lima, formando en torno suyo un collar de esmeraldas! Destácanse en semi-círculo como verdes ramilletes en las rojas arenas de la costa.

Bellavista, que se asienta entre el bullicioso ferro-carril, y el callado cementerio; *La Magdalena*, oculto como un nido en la fronda de los vergeles; *Matalechuza*, la de los exóticos huertos; *Miraflores*, con sus alamedas de pinos y sus orientales palmeras; *El Barranco*, trozo del Eden, suspendido á pico sobre las rocas del océano; *Borja*, *Piedraliza*, *Bocanegra* y otros.

Así enumeraban en una velada, esos parajes floridos, asilo de solaz en los calurosos dias del verano.

—Mamá, tengo una idea. ¿Me permites expresarla? —dijo la mas linda de las hijas de la casa.

—¡Veamos! Una idea de Manuelita es siempre original.

—¡Tanto mejor! Héla aquí: mañana es mi cumpleaños, y. . . .

Un jóven.—¡Mañana! Yo creia que era el viérnes.

—Ese dia me bautizaron. . . .Oh! que importuna es una interrupcion! Mañana es mi cumpleaños; y tú, como de costumbre, me obsequiarás doscientos soles, sin contar banquete y *soireé*, ¿no es esto?

—Sí, y creo que este año no tendrás queja de mí.

—Pues bien, mamá mia, quiero ahorrarte esos gastos, y con mis doscientos soles organizar una

cabalgata para recorrer esos rientes sitios, y comprar todas las flores y frutas que hallemos al paso.

—Pero, hija mia, en las actuales circunstancias ese paseo es terriblemente riesgoso. ¿Y los montoneros?

—Los montoneros son soldados, no ladrones.

—Pero hay ladrones que pueden hacerse montoneros y cargar, no solo con tus soles, sino con sus conductoras.

—Nos acompañarán estos caballeros, y en caso necesario, sabrán defendernos.

Tres jovencitos á la vez.—Oh! sí! que si ellos son montoneros, nosotros somos guardias nacionales.

—¡Que diferencia, hijos mios! Los montoneros *no temen* ni deben; y ustedes, si no temen, se deben al amor de sus madres y á la esperanza de sus familias. . . .

Mas, no obstante esas reflexiones, la alegre cabalgata partió seguida de un criado conductor de dos mulas cargadas de capachos para llevar los fiambres, y traer la sabrosa y perfumada compra

. . . . . .

—¿Y mi parte en el rico botin de los oásis? ¿dónde están las frutas y las flores prometidas?

Así llegué preguntando á las turistas de la víspera.

— Hélas aquí — dijo la del cumpleaños,

presentándome un magnífico ramillete compuesto de flores y frutas—pero la compra mónstruo, con grande gozo mio, no ha tenido lugar.

—¿Cómo fué eso? Te dolió un gasto tan fuerte?

—Mejor que eso. Habíamos cosechado en *Matalechuza*, cuyo propietario nos recibió con feudales honores, y recorridas las huertas de la *Magdalena* en su lado esterior, sin poder penetrar en su recinto, á causa de la ausencia de sus dueños, dirijímonos á *Surco* para hacer allí nuestra provision.

Al atravesar los rieles del ferro-carril, en la estacion de *El Barranco*, vimos bajo de un olivo, sentadas en el suelo dos personas que llamaron dolorosamente nuestra atencion. Eran, una anciana y una jóven pálida y demacrada, que reclinando la cabeza en el hombro de aquella, dormitaba, con la respiracion exhausta y oprimida. Cerca de ellas veíanse algunos bagajes: una pobre cama envuelta en un petate, y un saco de viaje raido y casi vacío. Sin consultarnos, mis hermanas y yó, saltamos del caballo, y nos encontramos rodeando al triste grupo.

La anciana nos refirió, entónces, que los médicos de la Sociedad de Señoras de Caridad habian ordenado á su nieta, enferma del pecho, el aire del campo; y que ella la habia traido, esperando

hallar una habitacion de precio proporcionado á su miserable situacion, pero llegada allí, encontró tan caro aun el alquiler del mas pobre cuartucho, que se veía en la necesidad de regresar á Lima, y resignarse á ver morir á su hija.

—Oh! no será así!—exclamamos á la vez, mis hermanas y yo—¿No es verdad, Manuelita?—decian ellas, pensando en los doscientos soles que tenia en mi cartera

—Ciertamente!—Y llorando, á la vez que de pena, de gozo al remediar aquella desgracia, tomé mis diez billetes de veinte soles y los puse en manos de la señora, que me miraba, muda de sorpresa y de enternecimiento. Luego, auxiliada por mis compañeras, alquilé un bonito cuarto con ventanas al campo y todo amueblado, compramos varias provisiones, trasladamos á la enferma, y limitando hasta allí nuestro paseo, regresamos muy contentas, no sin visitar los bellos jardines de *Miraflores*.

—Ven á mis brazos, noble criatura!—exclamé, llorando á mi vez, de enternecimiento.—La santa obra con que ayer celebraste el dia de tu natalicio habrá sido glorificada por los ángeles en cánticos celestiales.

Memento

Mucho es para la humanidad, eternamente afanosa en pos del placer, á fin de ocultar su hereditaria dolencia, mucho es consagrar al dolor una de las trescientas sesenta y cinco jornadas que el año encierra. Por ello, necesario es tenerlo en cuenta.

Desde la víspera del dia dedicado por la Iglesia á la conmemoracion de los muertos, largas caravanas de peregrinos, saliendo por la portada de Maravillas, dirígense á esa blanca metrópoli que yace bajo la fronda inmóvil de los cipreses. Llegan; la cercan, y esperan con palpitante impaciencia. Apenas la grande verja se abre, penetran en el fúnebre recinto, y lo invaden en toda su extension, llevando los ardientes rumores de la vida al helado silencio de la muerte.

Óyese por todas partes algo como el ruido de puertas que se abren. Diríase el matinal despertar de una ciudad. ¿Qué es eso?

Son los vivos que abren las puertas de los sepulcros; unos para regarlos con lágrimas; otros para cambiar con frescas flores la triste yerba del olvido.

Allí van los bomberos, apuestos mancebos, llevando con gracia su brillante uniforme, y anudado

al brazo el crespon de duelo. Detiénense ante los mausoleos de sus compañeros; órnanlos con guirnaldas de flores; y en sentidos discursos ensalzan las virtudes de aquellos que en el cumplimiento del deber murieron.

Grupos de hermosas jóvenes en busca de sus amigas, muertas, recorren las líneas de epitafios, leyendo entre suspiros, sollozos y dolorosas exclamaciones; ¡Delia! ¡Elisa! ¡Emilia! ¡Rosa! ¡María! ¡Leonor! ¡Clorinda! nombres armoniosos, radiantes de poesía y de vida, que, sin embargo ¡ay! no son ya sino una memoria, un éco lejano de las beldades que los llevaron:

« Angeles que un mundo infortunado
Por la inmortal morada abandonaron
Y su inocente lábio separaron
Del cáliz de la vida acibarado. »

Charla femenil

Espiritual, picante, y con toda la sal del Ática es la de las lindas amigas que sentadas en corro al lado mio, platican sobre las cosas mas halagüeñas de la vida, en tanto que yo escribo lúgubres frases. Sus frescas risas, sus graciosos dichos, mezclados al sombrío cuadro que traza mi pluma, parécenme

esos blancos lirios que la primavera abre entre las grietas de los mármoles sepulcrales. Pero así como estos perfuman el cementerio, aquellos derraman su alegría donde, hace tanto tiempo, habita el dolor.

Mas, hé aquí la reina de la elegancia, la bella ** que llega con un vestido de gro negro, cuya larga cola está adornada de pequeños volantes orlados de raso granate que se pierden en las bandas de la misma tela y color, colocadas á cortos espacios veladas con tul en el delantal. El peto del mismo raso, cubierto de tul negro, lleva en su parte superior un rizado de tul blanco que rodea el cuello.

La que con tanta gracia lleva este elegante vestido, está peinada de castaña y pequeños rizos sobre la frente, ocultos á medias con una echarpa *chantilli*, cuyas largas puntas flotan á la espalda.

La sombrilla, complemento de ese gracioso atavío es de las mismas estofas y colores que el vestido; y su mango de ébano tiene incrustados ocho carbunclos.

A la aparicion de este tipo de elegancia, las parlanchinas enmudecen un momento para examinarla con curiosas miradas, y luego prorumpen en exclamaciones y preguntas sin fin.

—¡Que bien se viste usted!

—¡Con qué gracia!

—¡Con qué *chic*!

—¿Por qué las modistas varían siempre para usted la moda?

—Será porque yo corrijo á las modistas y no las permito vestirme á su gusto sino al mio.

FIN DE ESCENAS DE LIMA

PERFILES DIVINOS

CAMILA O'GORMAN

Era un dia de primavera en las orillas del Plata.

El sol descendia, envolviendo en una zona de oro y grana la inmensidad de la Pampa.

Habíamos abandonado el tramway á la entrada del Parque de Saavedra; y dejando atras este delicioso paraje, nos dirijíamos al través de los campos, por un sendero flanqueado de jardines al pueblo de San Martin, cuyas casas blanqueaban á lo lejos entre un océano de vegetacion.

—¿Porqué no tomamos un coche, que nos llevará allí en media hora?—dijo un jóven perezoso que iba sentándose en las raices de todos los ombúes encontrados al paso.

—No, repuse yó—dejadme, por favor, caminar en íntimo contacto con esta amada tierra argentina que no me canso de contemplar.

Y paseando la mirada en torno al encantado panorama de cuyo seno surjian las cúpulas de los pintorescos pueblecitos que como una guirnalda circuyen la metrópoli:

—¡Belgrano! ¡Saavedra! ¡Rivadavia! ¡San Martin! — exclamaba — ¡Qué sublime epopeya encerrada en esos nombres! . . . Y si añado el de aquel cuyos parientes venimos á visitar . . . . Pueyrredon!

—¿Sabe U. cómo se llamaba ese pueblo antes que Monte-Caseros cambiara su nombre?—dijo el coronel G., señalando el que teníamos al frente.

—No en verdad, respondí.

—Mas allá de una casa de blancas arcadas donde nos dirijimos ¿qué divisa U?

—Un paredon negro y derruido que contrasta notablemente con los rojos tejados y las blancas azoteas del pueblo.

—Es el útimo resto de los muros de un edificio que en tiempo del terror se denominaba: la Crujía. A su pié se perpetró el horrendo crímen que dió á Santos-Lugares su siniestra celebridad.

Al escuchar ese nombre, el blanco fantasma de una mártir cruzó mi mente.

—Camila O'Gorman!—exclamé.

Y la linda aldea que se alzaba entre la fronda de los vergeles tornóse á mis ojos el campamento de terrible memoria; y las rojas anémonas de la campiña, gotas de sangre; y las ondulaciones del terreno, sepulturas.

Caminábamos en silencio, sin que se oyera otro ruido que el de nuestros pasos y los rumores de la ciudad, que llegaban á nosotros en tardías bocanadas, como el lejano oleage del océano.

—¡Hénos aquí taciturnos y sombríos cual si fuéramos siguiendo un comboy fúnebre! — dijo, rompiendo el silencio M. P. el espiritual escritor —¡En mala hora evocara el coronel la lúgubre crónica del paredon!

—Cierto!—repuso éste—y pésame de ello; pero hay momentos en que por un estraño fenómeno, una frase; el pensamiento que la produjo; el aire, la luz; una ráfaga de perfume ó de melodía, se combinan en torno nuestro formando una cadena interminable de reminiscencias, de identidades misteriosas que resucitan el pasado y reconstruyen lo desvanecido: juventud, ilusiones, esperanzas, dolores.

Así, el aura embalsamada de este dia primaveral háme traido á la memoria y al corazon otro en que, de regreso del colegio, niño todavia, ó mas

bien en esa edad, dintel de la infancia y de la juventud, llevando bajo el brazo á Balmes, Gil de Zárate, Ganot y Delaunay, caminaba extasiado en la contemplacion de un grupo de jóvenes vestidas de blancos cendales y coronadas de rosas . . . .

¡Cuán largo tiempo ha pasado desde entonces! . . . Sin embargo, paréceme verlas todavia ! . . .

¿Y?

¿Y?

¿Y?—prorumpimos, rodeando al coronel, que habia callado, y caminaba silencioso.

Mas como nos viera siguiéndolo en la actitud del que escucha:

—Era esta hora—prosiguió—El sol brillaba así, próximo al ocaso; y la brisa de la tarde, pasando sobre aquellas juveniles cabezas, traíame los perfumados efluvios de sus guirnaldas.

Yo las aspiraba con el lánguido deleite que derrama en la juventud esta florida época del año.

Entre aquella pléyade de bellezas, una habia cautivado mi atencion.

Mas alta y esbelta que sus compañeras llevaba en crenchas una larga cabellera negra como sus rasgados ojos de rizadas pestañas y voluptuosa mirada.

Tenia en una mano una pieza de música y en

la otra un abanico de marfil, con el que de vez en cuando echaba hacia atrás los pliegues de su velo.

La encantadora falanje se detuvo á la puerta del templo del Socorro, cuyas campanas repicaban llamando á las solemnidades del mes consagrado á la Vírgen María.

La jóven de la negra cabellera paseó en torno una mirada rápida, cual si buscara algo, y penetró con sus compañeras en la nave sembrada de flores y suntuosamente iluminada.

Víla, seguida de ellas, abrirse paso entre la multitud, subir á lo alto del santuario, de donde muy luego, acompañada de los acordes melodiosos del piano, elévose una voz celestial entonando el *Ave maris Stella*.

Aquella voz era la suya: decíamelo el corazon; por que se combinaba con toda su persona el maravilloso contralto que llenó los ámbitos del templo, alternado por las majestuosas armonías del órgano.

Las notas de aquel sagrado cántico se exhalaban impregnadas de amor; pero de un amor humano que palpitaba en cada una de sus modulaciones, y hacia vibrar todas las fibras de mi alma.

El canto habia cesado, y yo lo escuchaba todavia en mi corazon; y la imágen de la bella cantora

aparecíame con su larga cabellera y sus grandes ojos negros de dulcísima mirada.

Y la luz de los cirios me parecía el fulgor de su auréola: y el humo del incienso un místico nímbo que iba á arrebatarla de la tierra á las celestes regiones.

El tumulto de la gente que se retiraba, concluida la fiesta desvaneció mi estático arrobamiento; pero aquella que lo produjera habia desaparecido, sin que me fuera dado divisarle, á pesar de que, apostado en el atrio del templo, mis miradas abarcaban, en toda su prolongada estension, las tres calles que desde allí se descubren.

Al siguiente dia, aguardando con ansia febril la hora de salir del colegio, y estremecido de gozo al oirla sonar, corrí hácia ese lugar donde hacía veinticuatro horas moraba mi espíritu.

Las puertas del templo estában cerradas: sus campanas mudas.

El mes sagrado habia llegado á su fin, y con él las fiestas en que yo esperaba encontrar á la criatura encantadora cuyos negros ojos fulguraban en mi mente como dos radiosas estrellas.

Desde entonces, rondador incansable, desertaba la casa paterna para ir á pasar las noches recorriendo las calles anexas á la parroquia del Socorro, asomando á las puertas, escuchando, pegado el oido

á las celosías de las ventanas, en busca de un eco de la voz, de una sombra de la imágen de aquella que se había apoderado de mi corazon.

Pero vanas fueron mis investigaciones; pasó el tiempo, sin que jamás volviera á encontrar vestigio suyo, ni en el templo, ni en la calle ni en parte alguna.

La profunda preocupacion de mi ánimo, y mis prolongadas ausencias dieron al fin el alarma en mi familia. Creyóseme entregado á los peligros de un amor indigno; y comenzaron á vijilar mis pasos.

Aunque nada que confirmase aquellos temores pudo descubrirse, mi padre creyó necesario alejarme de Buenos Aires; y hallándose próximo á marchar á Europa en una mision del gobierno, resolvió llevarme consigo.

El sentimiento que palpitaba en mi corazon tenía tanto de ideal, que mas bien que amor era un culto. Su objeto entrevisto y desaparecido para siempre, habíase tornado para mi un ser impalpable, una divinidad tutelar presente á toda hora en mi espíritu.

—Me seguirá mas alla del océano—díjeme, y acepté resignado el proyecto de mi padre, quien aguardaba de mi parte una viva resistencia.

La noche anterior á mi partida, atravesaba yo

la plaza del retiro. Era un martes de carnaval.

No obstante la luctuosa época que pesaba como un sudario sobre la hermosa metrópoli del Plata, sus habitantes se entregaban á una recrudescencia de alegría que abría sus teatros y llenaba sus calles de bulliciosas mascaradas.

Llegaba yo al centro de la plaza cuando una mujer encubierta bajo el capuchon de un dominó negro, y que venía seguida de varias máscaras empeñadas en reconocerla asióse con angustia á mi brazo; y volviéndo en pos suyo una mirada de espanto:

—Caballero! —díjome al oido —perdonad si dispongo de vuestra proteccion sin aguardar el permiso. Lo veis: me persiguen, impidiéndome ir á un sitio dónde soy esperada con mortal impaciencia.

Y echó á andar esta vez tambien, sin aguardar una respuesta que yo no podía darle, profundamente impresionado por el acento de su voz que despertó en mi corazon, con toda su dulce melodía, el eco de aquella que cantó el *Ave maris Stella* en el templo del Socorro.

Ella conoció mi emocion.

—Os he contrariado!—esclamó—Perdon! otra vez. Pero considerad que en mi situacion, todo hombre me debía su amparo.

—Contrariarme!—prorumpí con vehemencia—Ah! si pudiera ir así hasta mas allá de este mundo, escuchando esa voz que encantó un dia mi oido, bajo las bovedas del Socorro!

A esta palabra, la encubierta se estremeció; y apartando vivamente su brazo del mio.—Os dejo en libertad—me dijo—pues corto es el trayecto que me resta. Aceptad mi gratitud, y acabad de obligarme, impidiendo que las máscaras de quienes me habeis libertado y que veo en lo alto de la calle, inténten perseguirme.

Y se puso á bajar con paso rápido la calle de Santa Fe, que desciende al rio.

A la mitad de aquella tortuosa pendiente, víla detenerse encender un fósforo, cuya llama hizo oscilar sobre su cabeza.

En el mismo instante una luz idéntica brilló bajo la fronda de un grupo de sauces en la ribera.

La encubierta, al verla, apresuró el paso, y desapareció en las tinieblas.

Quedéme inmóvil, fijos los ojos en la sombra que me la ocultaba; en la mente la imágen de la vírgen de blanco velo y perfumada guirnalda, y en el corazon un sentimiento de punzante amargura que hasta entonces érame desconocido: mezcla de dolor y de rabia que me impulsaba á los mas horribles proyectos. Habría querido armar

mi mano de un puñal para ir á sondear con él los misterios que se escondian bajo aquel grupo de sauces.

Por dicha, la razon, no obstante hallarme en la edad que la rechaza, vino á mostrarme lo que había de ridículo en mi cólera.

En efecto ¿qué derechos tenia yo en la existencia de esa muger á quien un caso fortuito me acercara durante un espacio de pocos minutos? La fugitiva del dominó negro, ó la celestial aparicion de blanca guirnalda ¿no eran para mí igualmente desconocidas?

Sin embargo, desde aquella noche, ambas vivian en mi mente; y cuando evocaba la radiosa imágen de la una, aparecíame siempre bajo el negro capuz de la otra.

Preocupados así, el espíritu y el corazon, partí de Buenos Aires, atravesé el océano y fuí á perderme como un átomo en el ruidoso tumulto de las grandes metrópolis europeas.

La vista de nuevos horizontes, la sucesion infinita de escenarios en que la vida se agita en todos sentidos; la contemplacion de las grandes obras del arte; los estudios serios á que hube de consagrarme; y sobre todo, el carácter ideal que revisten los afectos del corazon en la temprana edad de la vida, quitaron á ese sentimiento su

amargura dejándole solo aquello que en él hay suave y delicioso.

Así pase un año entre Paris y Londres, trabajando con mi padre en el cumplimiento de la mision que allá lo llevara.

Llegó, en fin, el dia anhelado del regreso.

Con que gozo vi perderse en el horizonte las blancas costas de Inglaterra! Que impaciencia en esos dias de espectativa encerrados en la abrumadora travesía del Atlántico!

Colon ante la amenazante actitud de sus compañeros, no sintió, sin duda, tan devoradora ansiedad por la suspirada aparicion del continente divisado en el fondo de sus sueños; ni á su vista palpitaríale el corazon tan gozoso como á mí.

Pernambuco, Bahia, Rio-Janeiro, Montevideo, parecíanme escalones ascendentes que me llevaban á la suprema felicidad.

Al cruzar el Plata creí volverme loco de gozo; y pasé la noche inclinado sobre la borda, contemplando las olas; pidiendo á sus murmullos nuevas de aquella criatura celestial aparecida y desaparecida entre las sombras de un misterio.

Llegamos á Buenos Aires, con la primera luz del alba, que bañó sus lucientes cúpulas de azulados tintes.

Yo interrogaba con una mirada ansiosa su vasta estension.

¡Tú la guardas en tu seno!—exclamaba—¿Cuál de tus almenadas azoteas, cual de tus blancas bóvedas, cual de tus sombrosos vergeles la cobija? ¿qué hace ahora? ¿duerme reclinada con molicie en su lecho virginal? ¿Se despierta, apartando con mano soñolienta los rizos de su negra cabellera? ¿Se baña triscando alegre con la onda de una fuente?

Desvariando asi, saltaba á tierra y me internaba en las calles.

Contemplábalas con amor; habría querido besar el mármol de sus veredas, que habia recibido la impresion de sus pasos.

Mi padre disipó aquel éxtasis, anunciándome que antes de entrar en la ciudad; y aun antes de ver á la familia debía dar al dictador cuenta de la mision que le confiara.

Y me llevó consigo á Palermo.

Rosas no estaba allí, y segun se nos dijo debia hallarse en el campamento de Santos lugares, cuyo cuartel general estaba en el pueblo.

Al atravesar sus calles noté algo estraño en la espresion de los semblantes. Habríase dicho: una gran consternacion: aun mas: el rumoroso silencio de una terrible espectativa.

Fuénos imposible llegar á la presencia de Rosas, que se negaba á recibir aun á sus amigos.

Y como mi padre insistiera, dijéronle que el dictador habia pronunciado una sentencia de muerte y no queria escuchar ninguna apelacion.

Yo ignoraba quien fuera la víctima, y ya aquel fallo inexorable me horrorizó. ¿Cuál seria al saber que era una muger?

Apartéme de mi padre, que se quedó aguardando una audiencia; y quise alejarme de ese lugar donde la mano del hombre iba á alzarse para destruir la obra de Dios. ¿Y en qué, aun! ¡En su mas bella creacion! una muger!

Y me alejaba aterrado; porque parecía sentir caer detrás de mi el fuego del cielo.

Mas las avenidas del pueblo estaban cerradas por dobles filas de soldados; y en todas, un imperioso —atrás! hízome retroceder.

Desesperado de poder sustraerme al horrible espectáculo cuyos siniestros preparativos tenía á la vista quise apurar contemplándolo, todo su horror.

Y fuí á situarme entre los grupos de curiosos que con estremecimientos de terror tenian fijos los ojos en un edificio aislado cuyo aspecto lúgubre denunciaba una prision.

Un nombre, el nombre de Camila O'Gorman,

mezclado á exclamaciones de conmiseracion y á estraños relatos, corria de boca en boca entre la multitud.

Aquel nombre no me era desconocido: mas de una vez habíalo oido pronunciar unido á homenajes de admiracion tributados á una beldad.

—¡Tan joven y tan bella!—decia uno.

—La conoces?—replicaba otro.

—Entrevíla solamente á la luz de una vela cuando bajaba del carro en que la traían presa. Muchacha mas linda! . . . . Y sin embargo, caer en tal aberracion!

—¿Cuál es, pues su delito?

—Amar.

—¡Amar! Delito universal.

—Pero el hombre á quien dió su amor estaba ligado al altar.

—Tú estás mal informado. Lo amó cuando era libre todavia. Ella lo ha declarado en el interrogatorio. Es una dolorosa historia.

El amante, inducido en error por la presencia de un rival favorecido con la influencia del padre de su amada, juzgóla infiel á sus promesas y en un arrebato de desesperacion, huyó de ella, y fué á pedir en un pais estrangero las órdenes sagradas.

Camila lloró la ausencia de su amante. A su vez creyóse tambien, olvidada; y no pudiendo

arrancar del corazon su amor volvióla á Dios: hízose devota.

Pasaba largas horas en el templo, ora entregada á fervorosas plegarias, ora elevando al cielo, en himnos de adoracion, el tesoro de melodía que antes era el encanto de los salones.

Un dia, en medio de los esplendores de una festividad religiosa, entre la augusta solemnidad de los sagrados cánticos, Camila oyó una voz que hizo descender su alma de las celestes esferas.

Era la voz de su amante, que apartándose del sacro ritmo, tornose un amoroso reclamo.

Y sus miradas se encontraron; y sus almas sedientas de amor uniéronse otra vez olvidándolo todo:

Ella, el honor, la sociedad, la familia:

El á Dios:

Huyeron!

Huyeron, y fueron á estender su proscripta felicilidad en un parage ignorado, en donde no pudieron descubrirla ni las investigaciones de un padre irritado, ni los emisarios de Rosas, armados con las aterradoras órdenes de su dueño.

Pero que podrá ocultarse al ojo celoso de un rival vencido?

Desde la fuga de los amantes, el pretendiente desdeñado de Camila consagróse á buscarlos

con todo el rencor aglomerado en su alma.

Oculto bajo diversos disfraces, recorrió el país, desde los arrabales de Buenos Aires hasta las mas lejanas provincias. Visitó las ciudades, las aldeas, las aisladas cabañas de los campos; registró los mas apartados rincones de los pagos. Todo inútilmente.

Rendido de fatiga, enfermo de despecho, llegó una noche á un pueblecito extraviado en las selvas correntinas.

La hora era avanzada, y el reducido vecindario dormia entre las tinieblas.

El siniestro peregrino sentóse al abrigo de un árbol que crecia á la puerta de una casita blanca, estendiendo sobre ella su espesa fronda.

Tiempo hacía que se hallaba allí, con la frente entre las manos, hundido en acerbos pensamientos, que contrastaban con la calma apacible de la noche.

De repente, unida á los ocordes del piano, una voz melodiosa elevóse en medio del silencio, cantando la doliente romanza del Sauce.

Al escucharla, el caminante se alzó con un salto de tigre; y arrojándose sobre el lomo de su caballo, se alejó á toda brida.

Pocos dias despues, una partida penetró á mano armada en el tranquilo pueblecito; y cercando la

casita blanca arrebató de ella á Camila y su amante, que fueron traidos á la presencia de Rosas, y pocas horas despues condenados á muerte . . . . .

Un redoble de tambores interrumpió al narrador. Las campanas del pueblo tocaron á plegaria; la puerta de la prision se abrió, y del fondo de su oscuro portal arrancó un grupo de soldados en cuyo centro venia una mujer vestida de blanco y cubierto el rostro con las ondas de una larga cabellera negra.

A su lado caminaba un hombre, vendados los ojos y arrastrando penosamente una barra de grillos.

Ambos se mostraban serenos, y escuchaban sin terror las tremendas exhortaciones de la última hora.

—¿Quién viene al lado mio?—dijo de pronto el sentenciado.

—Yó—respondió su compañera de suplicio—No temas! aguárdanos la dicha de morir juntos.

Un grito de espanto se exhaló de mi pecho.

Aquella voz del dominó negro: era la voz del *Maris Stella!*

Fuera de mí, en un acceso de locura, arrojeme con ademan agresivo entre el grupo de esbirros.

Dos bayonetazos me echaron á tierra sin sentido; pero no antes de haber entrevisto bajo el fúnebre

cendal de su negra cabellera el divino perfil de aquella que deslumbró mis ojos en el templo del Socorro.

El coronel se quedó solo, sentado al borde del camino, en tanto que nosotros, atravesando las lindas callecitas del pueblo penetrábamos, poco despues, en el antiguo caserio de Perdriel, á donde nos dirijíamos.

A la mañana siguiente visitamos el paredon de siniestra memoria.

A su pié una verde alfombra de vegetacion alzaba floridos sus exuberantes vástagos; en sus grietas anidaban las tórtolas; y en su negra cima una alondra enviaba al aire alegres cantos.

FIN DE CAMILA O'GORMAN

FELIZA

I

El satélite

En las primeras horas de una noche de diciembre á su paso por Barracas al norte, lindo arrabal de Buenos Aires, un tramway se detuvo para desembarcar numerosos pasageros ante la verja de una quinta cuyos jardines, iluminados, anunciaban una fiesta.

Los recien llegados se esparcieron platicando con ruídosa alegria por las avenidas de floridos arbustos que conducian á la casa.

Uno solo quedóse rezagado.

Adelantó algunos pasos, y dando una mirada de investigacion en torno, embózose en un *plaid* escoces que llevaba al hombro, recostóse en el tronco de un árbol, envió al aire un largo silvido, y quedóse al parecer en espera.

No de allí á mucho, un paso furtivo hizo crujir la arena del sendero; y una jóven cuyo modesto vestido indicaba una criada, salió detrás de un grupo de árboles y se acercó al embozado.

—Señor Enrique!—murmuró con recelo.

—Bah! como todo en esta casa, tú tambien me desconoces ya, Marieta?

—Oh! no! pero. . . . ¡ cosa estraña! toda vez que veo á usted en su recinto, siento algo parecido al terror. A propósito de esas misteriosas sensaciones, mi abuela solia decir, que. . . . .

—Deja en paz á tu abuela y sus consejas. ¿Sabes si Feliza recibió una carta mia?

—Trajéronla esta mañana, cuando ella, sentada al piano, repasaba un nocturno de su composicion.

—Y?

—Al verme tomarla de manos del factor, interrumpió su canto y la pidió.

—¡ La ha leido!

—No, señor Enrique: sin levantar las manos del teclado, dióla solo una mirada y me ordenó

encerrarla en sobre, inscribir el nombre de usted y enviarla al correo.

Héla aquí.

Al ver su carta así devuelta, Enrique exhaló una sorda imprecacion.

—Ah! señor!—exclamó Marieta—¿porqué se empeña usted en perseguir un imposible? Duéleme ver á un jóven bello, generoso, espiritual, digno como nadie de ser feliz, obstinarse en solicitar un amor que le rehusan.

—Ese amor fué mio; y quiero recobrarlo, aunque me cueste la vida.

—Habría usted interpretado en favor suyo la suavidad de su caracter, su dulce lenguaje, su cariñosa palabra. Todo eso es en ella habitual.

—Oh! la espresion de su amor era muy diferente de ese trivial dialecto del mundo . . . . . Amábame! . . . . .

—Perdon, señor Enrique: yo soy una pobre muchacha, y mi opinion nada vale; pero creo que un amor solo con otro amor se borra; y puedo asegurar que en el corazon de mi señora no existe ese sentimiento.

Muerto su esposo, á quien la unia solo un afecto del todo filial, hase consagrado al arte: su vida es un éxtasis de armonía. ¿Cómo podría tener

parte un amor terrestre en ese estado místico del alma?

—Escucha. Mas de una vez, espiando sus pasos con el ojo ávido del celoso, la he visto, dejando su carruaje á larga distancia, perderse entre callejuelas y *conventillos*. Mas de una vez, tambien, cediendo á los estímulos de una temeraria sospecha acariciando la hoja de un puñal, heme preguntado, ¿qué nombre dar á esas sijilosas escursiones?

—Son obras de caridad. La señora hace el bien con el misterio que otras emplean para ocultar el crímen. En esos tristes parajes, donde solo habitan los desventurados, llámanla el ángel de la misericordia; porque allí va, ocultándose cual una culpable, á distribuir entre ellos socorros y consuelos.

Ahora mismo, que ha reunido á sus amigos para anunciarles un viaje de recreo á su bella estancia de las orillas del Salado . . . . . .

—Se marcha! ¿Cuándo?

—Mañana.

—¡Y yo lo ignoraba! ¿No has jurado tu informarme de todo cuanto á ella concierne?

—La señora ha hecho de ello un misterio, en el temor de que se conozca el verdadero motivo que allá la lleva.

—Cuál es? Habla . . .

—Va en auxilio del administrador de la estancia y de su familia atacados de una terrible pulmonía que les trajo el último pampero.

Con grandes recomendaciones de silencio, confiómelo esta mañana el boticario de casa.

—Marieta—me dijo en tanto que confeccionaba las recetas ordenadas por el médico—¿sabes que tu señora es un angel á quien estará reclamando el cielo? Va á correr cuarenta leguas solo para constituirse enfermera de unas pobres gentes que sufren desamparadas en un rincon de la campaña.

—¡Dulce y misericordiosa para todos!—murmuró Enrique, con sombrío acento—para mí solo cruel y despiadada!

Y su voz trémula, denunciaba el llanto.

—¡Lágrimas!—exclamó Marieta, conmovida.

—Sí—repuso él—lágrimas! pero un dia, el dia que entre ella y yó se interponga un rival. . . . ¡sangre!

—Ah! señor! ¿haríame usted arrepentir de haberlo creido digno de mi señora? . . . . . sangre! Habréme hecho, tal vez, la cómplice de un asesino?

—Cómplice! ¿Y no lo fuí yo de tu hermano cuando comprometiendo mi posicion lo liberté del patíbulo?

Marieta, consternada, inclinó la frente.

—Es verdad!—dijo con voz sumisa—no soy yo

quien tiene derecho á sublevarse contra el crímen, yo, sobre cuya cabeza pesan los de mi familia!.. Y bien, señor, aquí estoy para obedecer á usted, que nos salvó de la afrenta de un cadalso. Oíme llamar y he venido. ¿Qué ordena usted?

—¿Eres tú de la partida?

—La señora acaba de anunciarla á sus amigos: ninguna órden ha dado todavia á la servidumbre; mas no hay duda que yo como sirvienta de mano, habré de acompañarla.

—En ese caso ¿me prometes tener presente tus compromisos y enviarme diariamente noticias suyas?

—Ofrezco á usted obedecerle.

—Nada omitas, te lo ruego. Si supieras qué placer acerbo, qué amarga delicia siento, siguiendo los detalles de su vida! qué piensa, que hace; á donde vá; qué vestido lleva; que flor adorna sus negros cabellos: todo esto ha llegado á ser el móvil único, el solo objeto de mi existencia.

La jóven *mucama* posó una mirada de conmiseracion en el hombre que así hablaba.

—Ah! señor—le dijo—¿porqué encerrar la vida en el estrecho círculo de una pasion? Yo en lugar de usted, habia de desecharla; y buscaria la felicidad en la fortuna, en la gloria . . . . en el amor mismo. Pues qué! ¿no es Buenos Aires el pais de las mujeres bellas?

—Para mí no hay en el universo sino una sola: ella! Su imágen está grabada en mí corazon tan profundamente, que solo la muerte podrá borrarla. Así, forzoso es que sea mia, ó que yó perezca.

—¡Por piedad, señor! no hable usted así, que me llena de terror! Ah! porqué habréme yo prestado á servir el propósito imposible que usted se obstina en perseguir!

—Eres cobarde, y por tanto, desconfío de tí. ¿Qué sé yo si me engañas, en cuanto á los motivos de este repentino viaje?

—Ni mas, ni menos, he dicho á usted cuanto sé.

—Vamos á verlo! De hoy mas, he de atenerme á mi propia vijilancia.

Y se alejó, despues de haber echado una onza de oro en el bolsillo del delantal de Marieta.

—Y yó—exclamó ella—juro á Dios apartarme de esta vía culpable.

Y arrojó lejos de sí aquella moneda, precio de una infamia.

II

La obsesion

La mañana del siguiente dia, á la hora que el sol asomaba sobre las aguas del Plata, tres jóvenes,

cubierto el rostro con los velos de sus sombrerillos de paja blanca; llevando en una mano el quitasol y regazando con la otra las faldas de sus elegantes trajes de bretaña plomo, atravesaban el jardin de la quinta, y se dirijian á la verja. Delante de ella aguardaba un carruaje, y al lado del estribo un apuesto mancebo.

—Al fin!—exclamó, viéndolas llegar.

—Te impacientabas, querido Cristian?—dijo con acento cariñoso una de ellas.

—No yo, bella prima, sino el tren, que ha tocado ya prevencion.

—¿En verdad?

—Vas á ver que apenas tendremos tiempo de llegar.

Pablo, á la estacion del ferro-carril del sur.

El coche partió conduciendo á los cuatro viajeros á todo el correr de los caballos.

En efecto, el convoy iba á dar su último aviso, cuando las tres jóvenes y su compañero se apeaban en la estacion.

Al mismo tiempo, de un coche que estaba allí, hacia largo espacio, al parecer en acecho, salió presuroso un hombre, y se deslizó en el tumultuoso embarque de numerosos pasajeros que iban á Chascomús, atraidos por una fiesta.

—¡Tú aquí, Enrique!—exclamó un jóven al

distinguirlo entre la multitud—Estaba pensando en tí, y héte ahí como llovido del cielo para hacer parte en la famosa cacería concertada en el club . . . .

Bah! . . . pero si se ha ido! . . . Enrique! . . . Enrique! . . . . Ah! dónde encontrarlo en esta Babel!

—Dónde? — replicó alguien allí cerca — En el wagon que ocupan las personas venidas en aquel carruaje que se aleja.

— La librea de Álzaga! Pobre Enrique! ese muchacho tiene el seso fuera de caja. Deslumbrado por un astro . . . . . .

—Se ha tornado su satélite y jirando en torno á la beldad que lo rechaza, un dia se perderá.

El silvato dió su postrer aviso, y el tren partió surcando con su negro penacho de humo el ambiente nacarado de la mañana.

Por un movimiento de coquetería, ó bien para gozar mejor la vista del paisage, las compañeras de Cristian levantaron las echarpas de crespon blanco que ocultaban su semblante.

Todas tres eran bellas; pero una sola absorbió las miradas y la atencion de los viajeros, que exclamaron con simultáneo entusiasmo:

—La incomparable Feliza!

—La perla del Plata!

—La opulenta heredera!

—El ángel tutelar de los desgraciados!

—Aquella á quien el corazon ama con un amor inquebrantable, desesperado, fatal!—murmuró un hombre que, sentado en el ángulo mas apartado del wagon, tenia fijos en ella los ojos.

Digna era en efecto, la jóven, de esa lisonjera ovacion; porque nada habia comparable á la belleza de su rostro, al donaire de su cuerpo, á la gracia de sus maneras, y al encanto irresistible que de todo su ser emanaba.

Ella percibió el incienso que aquellos murmullos encerraban. Ruborizóse con tímido gozo, y dirijió en torno una dulce mirada.

Mas, casi al mismo tiempo, volviéndose con expresion de disgusto—El!—exclamó—¡siempre él! por todas partes él!

—Yo lo ví desde que tomamos asiento en el wagon—dijo una de las jóvenes que acompañaba á Feliza, ambas hermanas suyas.

—Yo tambien—añadió la otra.

—Dios mio!—continuó Feliza—comienzo á comprender el tormento de aquellos que se creen asediados por la presencia del espíritu maligno. Yo me encuentro en igual caso que esos desventurados. En el paseo, en los bailes, en el templo, allí está él, mezclándose á todos los actos

de mi vida, con sus miradas; con sus palabras; con su silencio mismo, cargado de reproches y amenazas.

—Tuya es la culpa, prima mia. ¿Porqué me niegas el derecho de alejar de tí á ese hombre?

—Un duelo! jamás! Tengo horror á esas sangrientas convenciones sociales, restos de la barbarie, que deben desaparecer de nuestras costumbres.

—Sin embargo, la civilizacion las guarda siempre como recurso y custodia del honor.

¿Creés tú que no ofende al mio la estraña asiduidad de Enrique Ocampo? Piensas que no me debe cuenta de ella como el mas cercano de tus parientes jóvenes?

La espresion provocativa con que Cristian miró á Enrique al hablar así, revelaba la presencia de un sentimiento mas profundo que el de un simple parentesco.

Ocampo respondió á esa mirada con una amarga sonrisa.

Feliza la vió y tuvo miedo de la aproximacion de aquellos dos hombres de impetuoso carácter, de los cuales, conocia el amor del uno, y presentía el del otro.

—Paz! paz! querido Cristian—Murmuró, poniendo su mano en la del joven—Los hombres no gustan

sino de los medios violentos que á nada conducen cuando no sea al escándalo. Yo prefiero la dulzura y la persuacion, que todo lo concilian.

—Y en tanto, ese hombre seguirá tus pasos; te atormentará con sus pretenciones, y se dirá que puede hacerlo impunemente; pues aquel que tiene el deber de impedirlo es un cobarde! ¡Oh! de solo pensarlo la sangre hierve en mis venas.

—Paz! paz! — repitió Feliza con un tanto de impaciencia. — Ruégote que prescindas de este enfadoso asunto. Muy mucho me atormenta, pero yo hago abstraccion de él. Imítame, y no te ofendas si te pido que me dejes el cuidado de darle un término.

Y Feliza, velando de nuevo su rostro, quedóse silenciosa y pensativa.

Cristian calló tambien, pero mordiéndose el labio de indignacion.

Habría deseado castigar, él que nunca osó confesar su amor á Feliza, la audacia con que hacía alarde del suyo aquel rival desechado.

Llegaron á Chascomús, donde los viajeros, dejando el ferro-carril, tomaron el camino de la estancia, en un carruaje que las aguardaba.

—Héme aquí temporalmente libre de esa intolerable persecucion!—pensaba Feliza, en tanto que atravesaba al rápido correr de los caballos

las diez lenguas de floridos campos que médian entre Chascomús y la Postrera—nombre de la estancia término de su viaje.

Y entregada á una alegria infantil, extasiábase ante la perspectiva de los dias de reposo que las esperaban en las rientes orillas del Salado.

Para mayor contento suyo, los enfermos en cuyo auxilio iba, habíanse restablecido, y salieron á su encuentro con todos los colonos de la estancia, que gozosos de ver á su amada patrona, entregándose á los regocijos de prolongadas fiestas, en las que figuraban Feliza y sus compañeros, organizando carreras, cacerías y pescas.

Feliza se abandonaba á estos placeres sencillos con una alegría candorosa, cuya pureza no habia podido empañar el contacto del mundo.

Artista consumada, trasladaba las melodías de su piano á la legendaria guitarra y extasíaba á sus agrestes oyentes con las sublimes creaciones de Verdi y de Bellini.

Una noche que mezclada á los grupos de campesinos, bailaba en un prado á la luz de la luna las danzas populares, en medio á una multitud de espectadores, Feliza encontró de repente, bajo el sombrero de un gaucho, la mirada tenaz de Enrique Ocampo.

¡Adios, plácidas horas de solaz! ¡adios, campestres

goces! Todos desaparecieron para Feliza á la presencia de aquel incansable perseguidor.

Desalentada, y el espíritu abatido, dejó la danza y fué á sentarse al lado de Cristian.

No podia confiarle la inquietud que la apenaba; pero acogíase á su adhesion, nunca desmentida, mirándola instintivamente como su único refugio.

Hostigada por ese interminable seguimiento que habia llegado á inspirarla una suerte de terror, Feliza pensó en la fuga, recurso inmediato; y recordando que poseía una hermosa estancia en el confin sudoeste de la provincia, con treinta leguas de tierra para interponer entre ella y Enrique Ocampo:

—Vamos á Juancho!—dijo á los suyos.

Ellos, que tan contenta la vieran en las amenas márgenes del Salado, juzgaron un capricho aquella súbita resolucion.

Al siguiente dia, dos carruajes que para mayor celeridad llevaban una reserva de ochenta caballos, partieron camino de Juancho, llevando á Feliza y sus compañeros.

III

Un encuentro

Por lo demás, la comarca donde se dirijian tenia, tambien, paisajes deliciosos, sembrados de vergeles; limitados por lontananzas admirables donde los ojos y el pensamiento se perdian en las profundidades misteriosas de la Pampa.

Allí, bajo las frondas de aquel lejano retiro donde iba á sustraerse á las manifestaciones de un amor importuno, Feliza debía encontrar otro amor que cautivara su corazon, iluminando con la aurora de una dicha, hasta entonces desconocida para ella, los últimos dias de su corta vida.

A fin de evitar el calor ardoroso de diciembre, los viajeros habíanse puesto en marcha al anochecer.

Una hermosa luna llena alumbraba su camino, derramando en la sombra misteriosos prestigios; la tierra exhalaba suaves aromas; dormitaban las auras, y todo parecía anunciar una apacible velada.

Mas, al mediar de la noche, una de esas borrascas que el pampero arrastra desde las regiones australes estalló de repente, envolviendo la caravana en

una tromba de granizo que en pocos instantes cegó los senderos convirtiendo los campos en un vasto piélago.

La oscuridad era profunda; y los relámpagos que la surcaban hacíanla mas densa todavía.

Alarmado Cristian á causa de sus compañeras, dejó el carruaje y cabalgando con los guías, preguntóles si habría allí cerca algun sitio donde pudieran guarecerse del vendaval y los torrentes de lluvia que amenazaban anegarlos.

Uno de ellos indicó la proximidad de un caserío distante algunos minutos á la izquierda del camino.

Hácia allá se dirijieron.

Pero habian caminado media hora y nada se divisaba en el paisaje asolado por las ráfagas del pampero.

Feliza bajó un vidrio, asomóse á la ventanilla, se orientó un momento, y exclamó—nos hemos extraviado!

El guía protestó.

—La señora tiene razon!—replicó una voz; y la silueta de un ginete se destacó en el fondo oscuro de la noche.

—En efecto— continuó el nuevo interlocutor, acercándose al estribo del carruaje—El caserío quedó á la derecha del camino: está ya lejos;

pero ruego á la señora me permita conducirla con sus compañeros á un parage cercano, donde estará mejor que en aquellas chozas miserables de ganaderos.

Poco despues, los viageros se hallaban en un elegante comedor sentados en torno á una mesa ricamente servida.

El caballero que los guiara allí, bello y apuesto jóven, hacia con galante finura los honores de anfitrion, colmando señaladamente á Feliza de las mas delicadas atenciones.

Algunas horas mas tarde, en medio á los esplendores de una hermosa mañana los viajeros continuaban su camino.

Al partir, Feliza tendió la mano á su huésped.

—Ah!—díjola él—yo anhelo prolongar estos momentos de dicha, acompañando á usted hasta su casa. ¿Se dignará usted permitirlo?

—Yo iba á solicitarlo de usted para mostrarle el camino—respondió ella—Pues que somos vecinos en este desierto, debemos estar siempre reunidos.

El jóven, con un ademan apasionado, llevó á sus lábios la mano de Feliza; y los ojos de ambos se encontraron en una mirada de precio infinito; en una mirada que dejó en el alma de la jóven un mundo de deliciosos ensueños.

Poco despues, Feliza, escoltada por sus dos

caballeros, el uno revelando en su semblante la dicha, el otro una tristeza que en vano procuraba ocultar, llegaba á su magnífica residencia de Juancho, y devolvia los honores de la hospitalidad á aquel que tan caro y fatal había de ser para ella.

Desde entonces, el tiempo se deslizó para Feliza delicioso y rápido. El amor de Samuel absorbia su alma. Todos sus pensamientos, todos sus anhelos referíanse á él.

Asi, cuando en la noche, apoyada en su brazo se paseaba á la luz de las estrellas en las solitarias alamedas de Juancho, elevados hácia él sus ojos, aspirando sus palabras, su sonrisa, sus miradas, creia no haber vivido sino desde que Samuel la amaba.

Muchas veces tambien, dudando de la realidad de ventura tanta, llevaba la mano al corazon para asegurarse por sus palpitaciones que no era un sueño el eden beatífico en que se habia convertido su vida. . . . . Cuando Feliza regresó á Buenos Aires, sus amigos encontráronla mas bella, mas armoniosa su voz, y en su frente algo como los destellos de una luz misteriosa.

Era la irradiacion de la dicha.

Y ella tambien, hallólo todo hermoseado con los resplandores de su felicidad. Nunca la ciudad

le pareció tan expléndida; ni el rio tan magestuoso, ni tan solemne la inmensidad de la Pampa.

Las zozobras del pasado; Enrique Ocampo y su importuno amor, habíanse borrado de su mente, visitada ahora por halagüeñas visiones.

Pero he ahí, que la noche misma del regreso; despues de una dulce velada entre parientes y amigos, al retirarse á su cuarto, Marieta le presentó una carta que habian traido del correo.

—He seguido paso á paso el amoroso idilio de Juancho—decíanle en ella—Feliza, tú no contabas conmigo. Treinta leguas del espacio te parecieron bastante á separarnos. ¡Vana esperanza! ¿No sabes que la mitad de tu vida me pertenece? Tú no has querido que sea la luz: seré la sombra.

Yo estaba contigo durante la tempestad en las soledades de la Pampa; era uno de tus guías; y fuí quien extravió la caravana. Quería arrebatarte en mis brazos y perderme contigo entre los torbellinos del huracan. Morir, estrechándote contra mi corazon! qué delicia! Ah! no me fué dada, entonces, esa dicha; pero ella llegará!

Feliza se estremeció; en su alma surjió el terror; y aquella noche, horribles pesadillas poblaron su sueño.

Mas, al siguiente dia, Samuel llegó á Buenos

Aires, y su presencia desterró de la mente de Feliza, todo linaje de terror.

Y sus dias volvieron á deslizarse radiosos en una continuada fiesta.

Hoy una escursion á las encantadas islas del Paraná; mañana visitas en las deliciosas quintas de los pueblos del contorno; y cada dia largas horas pasadas haciendo dulces programas, en la suntuosa morada que se edificaba para ella en la populosa calle Florida, cuya conclusion era la época fijada para su enlace con Samuel.

Feliza esperaba impaciente ese dia venturoso, que divisaba ya entre los nacarados celages de un soñado porvenir.

Una ceremonia que debía ella presidir iba á llevar otra vez á Feliza á las orillas del Salado.

Habíase construido sobre este rio y en tierras de su estancia, un puente de hierro en cuya bendicion y estreno habia ella de figurar como madrina.

Feliza quiso dar á este acto el carácter de una brillante fiesta.

—Será el prólogo de la nuestra—dijo á Samuel la noche anterior paseándose asida á su brazo en los jardines de la quinta.

Vestiré á mis colonos con los colores nacionales; les daré banquetes, carreras, saraos. Nosotros estaremos entre ellos; tomaremos parte en sus

regocijos; y cuando regresemos á Buenos Aires, encontraremos nuestra bella morada pronta á recibirnos, y la dicha esperándonos á sus puertas.

—¡Jamás! — rujió con sordo acento una voz que llegó cual un éco lejano de amenaza al oido de Feliza.

Y un hombre que, pálido, y centellantes los ojos, contemplaba, oculto entre el ramaje á la enamorada pareja, fijó en ellos una mirada terrible; y murmurando una imprecacion, se alejó, perdiéndose entre las sombras.

El siguiente dia, víspera de su marcha á la fiesta del Salado, Feliza, gozoso el ánimo y la mente llena de rientes pensamientos, dejaba el lecho para entregarse á los preparativos de aquella solemnidad.

Queriendo darle todo explendor, empleó fuertes sumas en manjares, licores y regalos, que expidió por un tren especial á los agentes encargados de organizar la fiesta.

En seguida, fué á invitar personalmente á sus amigas, quienes, encantadas del convite recibiéronla con gritos de alegría.

Feliza rió, charló, pasó el dia formando con ellas deliciosos proyectos para aquella romería de placer; y las dejó diciéndolas entre besos y sonrisas—¡Hasta mañana!

IV

Mirajes de la última hora

Bella! rica! amada! quedáronse diciendo las amigas de Feliza— ¡que feliz existencia!

Ella escuchó esa frase; y mientras recostada en los cojines de su lujoso carruaje cruzaba las calles, á esa postrera hora del dia, tan llena de pueblo, de un pueblo que la saludaba con afectuosa espresion—Bella! rica! amada!—repetía.

Y pensando en esos esplendorosos dones: beldad, riqueza y amor, que Dios habia derramado sobre ella—¡En verdad!—exclamó—¡cuán dulce es así la vida!

Y su alma se elevó hacia esa fuente de eterna dicha, de eterna belleza, en un sentimiento de inmensa gratitud.

Al llegar á la bajada de Barracas, de regreso á la quinta, Feliza ordenó, de pronto, al cochero retroceder y conducirla á casa de sus padres.

Como se presentara á tiempo que estos iban á ponerse á la mesa—¡Qué feliz casualidad!—exclamó —He desandado mi camino para venir á reclamar en esta mesa mi porcion de otro tiempo, aquí,

en mi antíguo sitío, al lado de estos dos queridos de mi alma.

Y reuniendo á sus padres en un abrazo, sentóse entre ambos y comió alegre, espiritual y cariñosa, reclinándose ora en el hombro de uno; ora en el seno del otro; parodiando con la gracia y el mimo de una niña engreida el dichoso tiempo de la infancia.

Acabada la comida, abrazó á su madre, presentó la frente al beso de su padre, y citando á los dos para las seis de la mañana en la estacion del ferro-carril del sur, separóse de ellos y regresó á la quinta.

A corta distancia de esta, Feliza mandó desviar hácia la derecha, y entrar por la puerta de los carruajes.

Sabía que los suyos, y con ellos Samuel, la esperaban reunidos en una glorieta, especie de pabellon de mármol blanco, situado á la entrada de la verja; y queria llegar sin ser vista, para dejar el severo vestido de calle, y presentarse con los frescos y primorosos atavíos que usaba en su casa.

Feliza entró en el vestíbulo sin que nadie se apercibiese de su presencia.

Contenta de sorprender á sus huéspedes, anunciándose á ellos con una marcha triunfal que

habia compuesto dedicada al estreno del puente, subia tarareándola, alegre y ligera, á sus habitaciones en el piso alto de la casa.

Marieta, que estaba aguardándola en el tocador le salió al encuentro.

—¡Qué alegria trae la señora en la voz y en el semblante!—exclamó la jóven *mucama*, con la dulce familiaridad que Feliza permitía á sus criadas.

—Ah!—repuso ella, con una mirada inefable—estoy tan cerca del cielo!

Pero dime, hija mia, se encuentra todo listo para mañana?

—Acabo de cerrar la maleta que contiene el equipaje de la señora. En cuanto á la señorita Antonia, ella quiso arreglar el suyo.

—¿Quienes estan con ella en la glorieta del parque?

—No otros todavia, que los señores Demaría y Saenzvaliente.

—Samuel!—murmuró Feliza. Y en voz alta—Ah! date prisa, querida mia. Nunca tardaste tanto para vestirme. Prende este lazo, y hemos concluido.

—Tambien llegó hace poco la señorita Casares, que dijo la era necesario hablar con la señora.

—Albina! De seguro es algo que me interesa.

Si te fuera posible llamarla aparte y anunciarle mi regreso!

—Nada tan fácil. Acabo de verla sola y pensativa apoyada en la verja, mientras que en la glorieta rien y hablan.

—Vé á decirle que estoy esperándola en mi cuarto.

Abre, despues, el salon; quema los pebeteros, arregla el piano, y prepara el refresco de la noche.

Feliza se quedó de pié delante del tocador, sonriendo á la imágen encantadora que le mostraba el espejo.

Marieta bajó murmurando con gozoso fervor:

—¡Está alegre y es feliz! ¡Bendito seas, Dios mio! Ah! si mi culpable condescendencia con la obstinacion de aquel desventurado hubiera de costar una lágrima á este ángel de bondad, moriría de dolor y remordimiento.

La señorita Casares corrió á buscar á Feliza, y ambas se abrazaron. Eran amigas desde la infancia y se amaban con ternura.

—Preciosa mia!

—Mi bella!

—¿Sabes que preparo á esos señores una sorpresa musical?

—Yo te traigo otra á tí.

—¿Cuál?

—Enrique Ocampo está loco.

—Hace tiempo que lo sé á costa de mi tranquilidad. ¿Qué es, sinó una insigne locura esa tenaz insistencia en seguirme por todas partes, hasta en mi lejana excursion á Juancho? Si en este momento me asomara á ese balcon, segura estoy de encontrarlo ahí al otro lado de la verja, con los ojos fijos en mí.

—Pues no vas lejos de la verdad. Hace media hora, al venir aquí, dejé el tramway para ir á ver en una casucha cerca de la quinta de Nóbrega á una pobre muger enferma que me pidió un socorro.

Despedíame de ella, é iba á abrir la puerta de viejas duelas que cierra el seto de rosales de su huertecito, cuando un coche vino á detenerse delante, y de él bajó un hombre.

Era Enrique Ocampo.

Dí un paso atrás, y me puse á observarlo por las rendijas de la puerta.

Estaba pálido, y en su aspecto había algo de sombrío y siniestro.

—Juan, — dijo al cochero — no me esperes; vuelve á casa y dí que voy á partir para un largo viaje. Añade que no marcharé solo, por que la señora de Álzaga habrá de acompañarme.

Al oirle decir este desatino, mirélo otra vez y ví en sus ojos el vago fulgor de la locura.

El coche partió, y él se alejó tambien con el paso largo y firme del que ha tomado una resolucion decisiva.

Pero cuando hube salido del jardin, busquélo en vano por toda la estension: habia desaparecido.

—Por dicha—repuso Feliza — ha llegado ya el tiempo de que esa locura acabe. Antes de un mes habréme unido á Samuel, y realizado mi proyecto de viajar por Europa y Ásia.

En ese momento, Marieta, pálida y turbada, presentóse anunciando á Enrique Ocampo.

—Oh!—exclamó Feliza con visible impaciencia—tú, hija mia, has recibido mi órden espresa de despedirlo. Lo has olvidado?

—La he cumplido; mas el señor Ocampo pretende hablar con la señora, y jura que no saldrá del salon sin haber sido recibido por ella.

—Forzoso será, en efecto, que yo reciba á ese insensato; y forzoso tambien hablarle con la energía que rehusé hasta hoy por conmiseracion á su demencia.

La señorita Casares, profundamente inquieta, detuvo á su amiga.

—Deja que yo vaya á su encuentro, querida Feliza—la dijo—En los ojos de ese hombre había

relámpagos de amenaza, que tiemblo verte desafiar. Permite que yo hable y haga entrar en razon á ese obstinado.

Y sonrió para ocultar el terror que, cual un presentimiento, surjía en su alma, al recuerdo de las estrañas palabras de Ocampo.

—Vé, querida mia—dijo Feliza—y, pues lo desea, ahórrame el disgusto de una penosa esplicacion.

La señorita Casares dejó á su amiga y bajó al salon donde Ocampo aguardaba.

El dia iba á acabar, y las tinieblas comenzaban á invadir el cuarto.

Feliza se acercó de nuevo al espejo; pero entonces, en vez del bello rostro que poco antes la sonreía, vió, solo, dos grandes ojos rodeados de sombra que fijaban en ella una lúgubre mirada.

Poseida de miedo, dió un grito que atrajo á Marieta desde la habitacion inmediata.

En ese momento llegaba tambien la señorita Casares.

—Veo—dijo esta—que te es preciso espresar personalmente á ese hombre una resolucion definitiva.

—Tú sabes que mil veces la ha escuchado de mis labios.

—El pretende que no.

—¿En verdad? Pues ahora va á oirla por la vez postrera.

Y Feliza se dirijió á la puerta.

La señorita Casares corrió hácia ella.

—Permíteme acompañarte—la dijo, con acento de profunda inquietud.

Feliza tomó el brazo de su amiga, y ambas bajaron la escalera cuyo último peldaño se asienta en un pasillo donde se hallan las puertas laterales del salon y del comedor.

Feliza oyó en este las voces de sus huéspedes, que dejando la glorieta del parque, habian venido allí á esperarla; é hizo seña á la señorita Casares de cerrar aquella puerta.

Quería impedir que Cristian, y sobre todo Samuel, intervinieran en la cuestion que iba á debatir ella sola.

Al entrar en el salon, Feliza vió á Ocampo alzarse mudo y sombrío ante ella.

Como la señorita Casares lo notára poco antes, habia en su mirada un resplandor lúgubre que la dió miedo.

Pero sobreponiéndose luego á esa impresion; y llamando á su frente la serenidad de una conciencia pura, saludó á Ocampo con su habitual cortesía, señalóle una silla, y sentándose en un divan al lado de su amiga:

—Sé—dijo volviendo hacia el huesped su bello rostro revestido de severa gravedad.

Sé que ha entrado usted en esta casa jurando no dejarla si antes no lograba acercarse á mí y hablarme.

Ocampo fijó en ella su sombría mirada.

—Es verdad, respondió; y su voz, en estas dos palabras vibró estraña, casi lúgubre.

—No alcanzo á adivinar—prosiguió Feliza—lo que usted quiére decirme, ni deseo saberlo; pero entrar por asalto y hacerse fuerte en ella, es por demas impertinente.

—Ah! no adivina qué vengo á decirla, aquella que ha hollado mi corazon bajo su pie! Hélo aquí, Feliza: helo aquí, breve; pero decisivo inéxorable:

Usted ha concedido su mano á Samuel Saenzvaliente. El dia señalado para esa union estaba cerca. ¿No es cierto que mañana, en esa fiesta que iba á presidir, pensaba usted anunciar su próximo enlace?

—¿Porqué he de negarlo? En efecto, así habrá de ser.

—Nó! no será!

Feliza sonrió con desden.

—Ignoro—dijo—qué podrá oponerse á mi voluntad.

—¡La mia!

—Insensato! ¿con qué derecho?

—Con el de mi amor!

Y riendo con una risa siniestra que heló de espanto á las dos jóvenes:

—Ah!—exclamó—¿creías tú, tú la que ha destruido mi felicidad, darla impunemente á otro, y pasear sobre mi humillacion su insolente triunfo? Ah! ah! ah! que venga á disputarte ahora, ese rival preferido.... Feliza, tú eres mía! mia para siempre; porque el abrazo que va á unirnos será eterno. . . . . .

Oyose un grito seguido de una detonacion que atrajo á Cristian y á sus compañeros, hacia la puerta que abría sobre el vestíbulo.

Aquella puerta estaba cerrada.

Cuando el jóven Demaria, arrojándose contra ella la derribó y penetró en el salon, vió á Feliza tendida en tierra, bañada de sangre; á la señorita Casares desmayada, y á Ocampo de pié al lado de su víctima, en el momento que volviendo contra sí mismo el arma homicida, se enviaba la segunda bala de su rewolver.

Cristian desesperado, casi loco, á impulsos de dolorosa rabia, asió del matador, buscando en él un resto de vida para vengar á Feliza; pero solo

encontró un cadáver, que soltara, arrojando sobre el maldiciones.

Saenzvaliente, entre tanto levantaba en sus brazos á Feliza moribunda; y ayudado de Cristian poníala en la cama donde la rodearon los suyos.

—Samuel!—murmuró la jóven con voz exánime —no te apartes de mi. Los momentos que me restan son breves! Deja que mirándote se cierren mis ojos. . . . . Dáme tu mano. Así, así quiero entrar en la eternidad! . . .

Y buscaba aquella mano con la suya helada ya y casi yerta.

Pero Samuel no estaba allí; alejáralo esa preocupacion impía que aparta del moribundo á los seres de su amor.

Los médicos, que llegaron en ese momento; encontraron á Feliza en la última estremidad, y declararon inútil la extraccion del proyectil que, atravesando la espalda, habia penetrado en su pecho.

Feliza abrió los ojos una vez todavía; y mirando en torno con angustia—Samuel—exclamó —¿donde estás? no te veo, por que te oculta á mis ojos esta nube negra que se estiende, ... se estiende y me envuelve en su sombra. . . . . Samuel! Samuel! . . . . .

Una ola de sangre le cortó la voz.

Pocos instantes despues la bella Feliza moría pronunciando con el último aliento el nombre de Samuel.

Aquella noche, cuando los médicos dieron el lúgubre fallo, Marieta, pálida y silenciosa, vino á prosternarse á los pies de la moribunda, besólos con doloroso fervor, y levantándose, salió del cuarto y de la quinta.

Horas despues, las aguas del Plata arrojaban su cadaver en la ribera.

Al siguiente dia Enrique y Feliza, el matador y la víctima dormian juntos el sueño eterno bajo la misma tierra, ese lecho nupcial que el desventurado Ocampo diera á su fatal amor.

Así bajó á la tumba tan inocente y digna creatura. El oro, la belleza, los halagos del mundo que tributaba culto á su piedad y homenajes á su hermosura, fueron débil valla opuesta á los designios de la Providencia.

Bella, rica y amada, necesitaba caer pura, envuelta en los cendales luminosos de su castidad coronando su vida por el martirio, para decir despues de su muerte—*fué tambien santa!*

La morada de Feliza, antes tan alegre y visitada, quedó desierta y silenciosa. Los huéspedes que la frecuentaban, y pasaran en ella tan dulces

horas, abandonáronla huyendo de los recuerdos que despertaba.

La yerba crece en los senderos de su parque, donde no se escucha otro rumor sino el arrullo de las tórtolas y el gemido del viento entre el ramaje de los cipreses.

¡Ay de los muertos! Los vivos alejan con temerosa repugnancia cuanto de ellos queda; y cuando han echado sobre su cuerpo la tierra del sepulcro, apresúranse á echar sobre su memoria la tierra del olvido.

FIN DE FELIZA

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

Pájina

Un drama en 15 minutos—A la señorita Ana Soler 5
El postrer mandato—A la señorita Sará Carranza 17
Un viaje agiago 29
Una querella 61
Beleu 85
La campaña de seis dias 107
Los mellizos del illimani— Historia contemporánea 125
Una visita al manicomio 129
Un diablo enamorado 131
El amor de una vírgen 141
Un paseo á la Oroya. 143
El riego de lágrimas 145
Un viaje al pais del oro—Al niño Ernesto Quesada 149
El emparedado 251
El fantasma de un rencor 257
Una visita infernal 261
Yerbas y alfileres 265

VELADAS DE LA INFANCIA

Caer de las nubes—Al niño Washington Carranza 277
Nuestra señora de los desamparados—A la niña María Pelliza . . 289
Impresiones del dos de mayo 307

Pájina

GETHSEMANI—A la señorita Ana Pintos 327
EL DIA DE DIFUNTOS 335
LA CIUDAD DE LOS CONTRASTES 341

ESCENAS DE LIMA

Risas gorgeos 347
Una bandada de mariposas 350
Crónica de las veredas 351
Luz y sombra 356
Oásis 360
Memento 365
Charla femenil 366

PERFILES DIVINOS

CAMILA O'GORMAN 369

FELIZA

El satélite 387
La obsesion 393
Un encuentro 401
Mirajes de la última hora 408

CANCELLE
JAN 3 0 19

3 2044 014 357 446

THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.

Harvard College Widener Library
Cambridge, MA 02138 (617) 495-2413